LUIS GARCÍA JAMBRINA
Así en la GUERRA
como en la PAZ
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
Agradecimientos y deudas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Invierno de 1808-1809. El ejército británico al mando de sir John Moore es enviado a ayudar a la causa española durante la Guerra de la Independencia, pero al poco tiempo se verá obligado a replegarse a la ciudad de A Coruña perseguido por las fuerzas de Napoleón.

La irlandesa Catherine Gallagher, esposa de un soldado de infantería, nos cuenta desde dentro cómo fue el día a día de esa trágica retirada por tierras de Zamora, León y Galicia en un invierno especialmente duro e inclemente.

Basada en unos hechos históricos que conmovieron a la opinión pública de la época, esta novela da voz a las grandes olvidadas de entonces, aquellas mujeres que acompañaban, a veces con sus hijos, a las tropas británicas en campaña.

Una historia conmovedora llena de emoción, tenacidad y heroísmo, protagonizada por una mujer singular envuelta en unas circunstancias extraordinarias.

Así en la guerra como en la paz

Luis García Jambrina

Para mi madre
y para mi hija,
siempre.

Los horrores de esta retirada han sido descritos una y otra vez con palabras especialmente escogidas para helar la sangre. Sin embargo, no me cabe ninguna duda cuando digo que el más desgarrador de cuantos relatos han sido presentados al público hasta hoy se queda corto a la hora de describir la realidad.

GENERAL CHARLES STEWART,
Story of the Peninsular War.

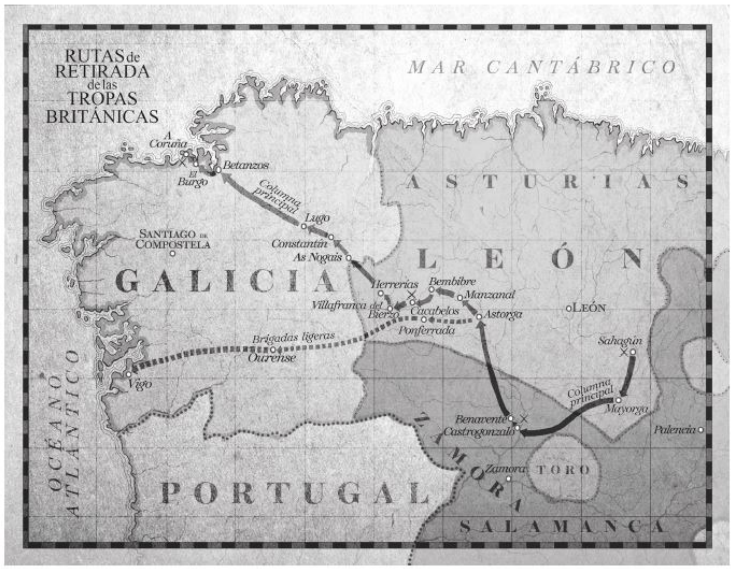
Si nuestra marcha hasta ahora ya había sido una atrocidad, a partir de Villafranca se puede decir que comenzó la marcha de la muerte...

Journal of a Soldier of the 71st.

Yo estaba en ese momento sin un penique y sin una cama, excepto la tierra desnuda, sobre la que descansar. [...] Sufrimos muchas penalidades por las inclemencias del tiempo. La ropa seca era un

lujo muy rara vez conocido.

CATHERINE EXLEY, *Diary*.


RUTAS de RETIRADA de las TROPAS BRITÁNICAS
MAR CANTÁBRICO
A Coruña
Betanzos
El Burgo
Columna principal
Lugo
Santiago de Compostela
Constantín
As Nogais
ASTURIAS
LEÓN
GALICIA
Herrerías
Bembibre
Manzanal
Villafranca del Bierzo
Cacabelos
Astorga
LAEÓN
Ponferrada
Brigadas ligeras
Ourense
Sahagún
Vigo
Columna principal
Mayorga
Benavente
Castrogonzalo
Palencia
ZAMORA
Zamora
TORO
OCÉANO ATLÁNTICO
PORTUGAL
SALAMANCA

I

Nos habían prometido la gloria, pero nada saldría como nos habían asegurado. Nosotros, sin embargo, no lo supimos ver. Por eso nadie podía imaginar, cuando llegamos a Salamanca para defender la causa española, lo que sucedería poco tiempo después. Nada en el horizonte lo hacía presentir ni presagiar. Las tropas de Napoleón habían invadido Portugal y habían aprovechado su paso por la península para ocupar también Madrid y otros lugares; como sus aliados que eran, los españoles les habían dejado la llave para que pudieran pasar por su territorio, pero ahora los franceses se querían quedar también con la casa. Dado que el pueblo luso era un antiguo amigo de Gran Bretaña, esta había decidido acudir de inmediato en su auxilio. España, por su parte, a pesar de ser un tradicional enemigo de los ingleses, había requerido también su ayuda para librarse de los franceses. Y allí estábamos nosotros, pues al Reino Unido no le interesaba que Francia creciera y se adueñara del continente europeo.

Ese 13 de noviembre de 1808 había amanecido soleado, sin una sola nube; aunque hacía algo de frío, el viento apenas soplaba y hasta daba gusto caminar por el sendero ligeramente embarrado. Nos habíamos puesto en marcha muy temprano, con las primeras luces del alba, con el fin de llegar a nuestro destino antes de que la jornada acabara. En la anterior, habíamos atravesado un extenso bosque rumoroso y por la noche no pararon de aullar los lobos, que parecían demasiado cercanos, y apenas conseguí dormir.

Conforme avanzábamos, la vegetación fue desapareciendo y el paisaje no tardó en convertirse en una llanura parda y polvorienta sin apenas árboles ni arroyos ni poblaciones, muy diferente, por tanto, al de mi Irlanda natal. A la caída de la tarde avistamos por fin la ciudad, encaramada sobre varios cerros; desde

lejos daba la impresión de que las torres de las iglesias, conventos y palacios estuvieran ardiendo bajo los últimos rayos de sol. Luego supe que era un efecto producido por la piedra arenisca con la que estaban construidos y que, por ese motivo, la llamaban la ciudad dorada, y vaya si lo era.

Tras cruzar el puente romano y atravesar la muralla por la puerta del Río, la que daba al sur, nos adentramos en sus empinadas y estrechas calles. En ellas nuestros soldados fueron recibidos con grandes muestras de júbilo, como si fueran sus salvadores. «¡Vivan los ingleses!», gritaban unos. «¡Mueran los franceses!», clamaban otros con más fuerza. Algunos hombres se acercaban a los soldados de infantería y les ofrecían sus botas de vino, que estos aceptaban de buen grado, pues venían resecos y sedientos del camino. También había algunas mujeres entre los asistentes, todas ellas vestidas de manera muy sencilla, en su mayoría de negro, que nos saludaban con gran afecto y simpatía, aunque discretamente.

En Salamanca teníamos que esperar a que llegaran las tropas del general Hope, que era el encargado de conducir la artillería pesada, pues el comandante en jefe había decidido que viajaran por otra ruta más apropiada, dando un rodeo bastante considerable. Más tarde supo que la información que le habían dado sobre los caminos portugueses no era cierta, y ello lo volvió muy desconfiado, hasta el punto de que ya solo parecía fiarse de sí mismo. Por lo demás, no sabíamos cuánto tiempo tendríamos que permanecer allí antes de ponernos de nuevo en marcha para entrar en guerra.

Según me dijeron, la ciudad tenía unos quince mil habitantes, muchos de ellos estudiantes, repartidos en más de tres mil casas, catorce conventos de monjas, veinticuatro de frailes y cuatro colegios mayores y trece menores, por lo que había más vecinos «inútiles», que ni trabajaban ni pagaban impuestos, que «útiles». Toda ella estaba encerrada en su recinto amurallado y tenía nada menos que veintisiete parroquias. Los encargados de la intendencia nos fueron distribuyendo por diferentes lugares, lo que no provocó ningún incidente, pues la mayoría de los salmantinos se mostraban

dispuestos a acogernos con alegría, dado que habíamos ido en su ayuda para combatir a los franceses y echarlos de sus tierras, y con este fin pusieron a nuestra disposición más de medio centenar de grandes edificios, entre ellos el hospital viejo y varios colegios y conventos, diversos albergues y mesones y numerosas viviendas particulares, con lo que casi todo el vecindario tuvo que soportar nuestra incómoda presencia, hasta el punto de que la población se duplicó con creces durante un tiempo, con todo lo que esto supone. Los oficiales, naturalmente, se alojaron en palacios, como el de Monterrey, y casas de hidalgos, que, aunque eran muy espaciosas, no solían estar muy bien amuebladas ni acondicionadas.

A las mujeres que acompañábamos a la tropa, algunas de ellas con niños de corta edad, nos alojaron sobre todo en conventos femeninos, pero también en otros lugares. A mí me tocó en suerte el de Santa Clara, situado al este de la ciudad. Se trataba de un edificio muy antiguo que había sido ya reformado varias veces a lo largo de su historia. Mientras entrábamos, las monjas clarisas nos miraron con curiosidad y cierto recelo, todo hay que decirlo, especialmente la abadesa, de rostro tan severo que asustaba un poco.

Para las hermanas, la mayor parte de nosotras éramos unas paganas, y, a juzgar por sus gestos de desagrado, debían de pensar que también ejercíamos como mujeres de mala vida en el campamento. Seguramente fuera por nuestra desordenada manera de vestir y el pésimo estado de nuestra ropa, así como por nuestro pelo, sucio y descuidado; o tal vez por el calzado que llevábamos, que por lo general eran botas militares, mucho mejores para caminar que aquellos zapatos con los que habíamos embarcado; o puede que por nuestro carácter atrevido y desenvuelto.

Lo cierto era que nuestra presencia las incomodaba. De hecho, muchas monjas nos rehuían o nos negaban el saludo, lo que, naturalmente, iba en contra de las enseñanzas del propio Jesucristo y de lo que predicaban las obras de misericordia de la Santa Madre Iglesia que yo había estudiado en la parroquia. Otras, sin embargo, parecían dispuestas a aprovechar la ocasión para tratar de redimirnos y devolvernos al redil, como si fuéramos ovejas

descarriadas, lo que hacía que nos sintiéramos un poco como peces fuera del agua.

Aunque entre nosotras no había diferencias ni jerarquías, desde un principio mis compañeras habían decidido que fuera yo una de las encargadas de tratar con las monjas. De modo que me dirigí a las hermanas para preguntarles si por casualidad alguna hablaba inglés. Entonces una de ellas se adelantó y, tras saludarme de forma efusiva, dijo que se llamaba sor María y que era la bibliotecaria del convento. Hablaba un inglés casi perfecto, sin apenas acento ni titubeos, desde luego mejor que el mío, que resulta un poco impostado. Después de comentar con ella algunos pormenores relativos al alojamiento, me preguntó cuál era mi nombre.

—Catherine o Cathy, que es como me llaman ellas —le dije yo, refiriéndome a mis compañeras.

—O sea, Catalina —indicó la hermana, complacida.

Sor María era bajita y regordeta, con la cara muy pálida, la mirada limpia y azul y una sonrisa permanente a pesar de las circunstancias. Tenía las manos pequeñas y llenas de heridas y durezas, como de trabajar también en la huerta. Según me dijo, había aprendido a hablar en inglés en su infancia con una institutriz, pero no quiso entrar en detalles. Mientras nos conducía a los dormitorios, quiso saber si todas las forasteras éramos cristianas. Yo le aseguré que la mayoría éramos irlandesas y, por lo tanto, católicas, y eso pareció tranquilizarla un poco. No obstante, le comenté que algunas eran anglicanas, pero que no debía tener ningún miedo de ellas, pues no eran ni peores ni mejores que las demás, y que su principal defecto era el de ser inglesas o escocesas, y, por lo tanto, engreídas, pero que de eso ellas no tenían la culpa, o tal vez sí, añadí guiñándole un ojo.

—¿Y por qué viajáis con las tropas británicas? —inquirió sor María a continuación, con mucha curiosidad.

—Somos esposas de soldados —le contesté.

—¡¿Esposas de soldados?! —se extrañó.

De forma muy sucinta, le comenté que a algunas nos estaba permitido acompañar a nuestros maridos en campaña, siempre que

fuéramos hacendosas y de buena reputación, y eso le produjo gran admiración y sorpresa, ya que no sabía que tal cosa fuera posible, ni mucho menos deseable para las mujeres, debido a los peligros y las penalidades asociados a la vida militar. Parece ser que, para ella, las mujeres éramos de Venus y los hombres, de Marte, y ambos mundos resultaban incompatibles.

—¿Acaso no te da miedo la guerra o el mero hecho de tener que vivir en un cuartel o en un campamento? —me soltó.

Yo le confesé que, por supuesto, me aterraba todo aquello, pero que había otras cosas que me causaban también mucha angustia y miedo, como el hambre, la miseria o la soledad; y que, bien mirado, la guerra lo único que hacía era agravar o empeorar un poco más las cosas, dado que, para la mayoría, la vida entera era ya una lucha continua por la supervivencia. Ella me indicó que entendía muy bien lo que le decía y que eso era precisamente lo que había llevado a muchas de sus hermanas —no a ella, aclaró, muy digna— a ingresar en el convento, donde al menos podían comer y sentirse seguras y acompañadas.

—Conozco algún caso —corroboré yo.

—¿Y tú nunca pensaste en hacerte monja? —preguntó de pronto con expresión candorosa.

—Puede que alguna vez —reconocí—, pero no me pareció cosa fácil, pues hacía falta una dote que mis padres no tenían, y tampoco creo que hubiera podido soportarlo —añadí con un gesto de impotencia.

—¿A qué te refieres?

—A los votos. No al de pobreza —precisé—, que a ese estoy muy acostumbrada desde niña, sino a los otros.

—¿Y eso cómo lo sabes si no lo has intentado? —me replicó sor María.

—Porque la carne es débil, hermana —señalé yo por toda explicación—. De ahí que prefiriera casarme con un guapo mozo del que estoy muy enamorada.

—Pues yo estoy desposada con Cristo, que es quien me ayuda, por cierto, con los votos, sobre todo con el de pobreza, que es el que a mí más me cuesta, dado mi origen —me explicó ella con

naturalidad.

—Cada una tenemos nuestra cruz —bromeé yo.

El convento era tan grande que había sitio de sobra para albergarnos a todas con relativa comodidad. La mayoría se instalaron en los dormitorios colectivos de las novicias y algunas tuvimos el privilegio de disponer de celdas, pues varias estaban vacías. Cada una de estas contaba con dos camas, con su jergón, manta y cabezal; y yo me las arreglé para compartirla con mi amiga Bridget, más conocida como Biddy y mayor que yo, a la que había conocido poco después de llegar a Portugal y con la que muy pronto hice buenas migas. Era esposa de un soldado ya veterano, Dan Skiddy, por el que siempre se desvivía, y de niña había tenido la oportunidad de recibir alguna instrucción en la casa donde trabajaba su madre como sirvienta. Su aspecto era más bien corpulento; el pelo rubio, el rostro sonrosado, los ojos azules, la nariz chata y la barbilla redondeada. Tenía tanta vitalidad que, solo con verla, ya te sentías alegre y llena de fuerza.

La vida en el convento era muy tranquila —demasiado, diría Biddy — y estaba pautada por las horas canónicas, que dividían el día en siete partes en función de los diferentes oficios y rezos. Allí, pues, no parecía que España estuviera en guerra contra los invasores franceses. Tampoco se pasaba ninguna necesidad, dado que cultivaban una buena huerta y hasta poseían algunos animales, como vacas, cerdos, gallinas y conejos; y, por si esto fuera poco, fabricaban bizcochos y pastas, que luego vendían en algunos puestos del mercado y que, a ratos, hicieron nuestra estancia mucho más dulce y llevadera, aunque no para todas. Las inglesas siempre andaban poniendo pegas a casi todo, ya que eran muy tiquismiquis, especialmente en cuestiones religiosas.

Pese a ello, debo decir que, al igual que las demás, yo echaba mucho de menos a mi marido, debido a que apenas nos podíamos ver. Y es que, como las monjas nos recordaban a cada instante, aquello era un convento de clausura y, por lo tanto, los hombres no podían entrar en él ni siquiera de visita, que ya bastante habían

hecho ellas con acogernos a nosotras, de lo que cada vez estaban más arrepentidas. Si a eso añadimos que a Niall, mi esposo, le habían dado albergue en un convento de frailes, donde yo tampoco podía poner el pie, y que fuera de allí era casi imposible que nos viéramos con un poco de intimidad y comodidad, se entenderá por qué yo estaba algo alterada.

En mi descargo, puedo argüir que los dos estábamos locos de amor y que no hay nada que más se desee que aquello que nos ha sido prohibido. De modo que tuvimos que ingeniárnoslas para que mi marido pudiera acceder al convento, después de completas, por una puerta falsa que me había mostrado sor María e irse antes de maitines, tras visitarme en la celda en la que me habían acomodado, mientras mi compañera Biddy se escapaba por la misma puerta y se iba a dormir con su esposo al convento en el que estaba alojado, con gran peligro de que nos descubrieran y nos excomulgaran a todos, lo que, en verdad, nos parecía muy excitante. Y me consta que algo parecido hacían otras compañeras. Espero que Dios sepa perdonarnos por ello.

Pero eso era por las noches. Durante los días en que estuve en las Claras, sor María, que fingía no estar enterada de mis artimañas, me enseñó a hablar español a cambio de que yo la ayudara en las tareas de la biblioteca, cosa que me complacía mucho, pues jamás había visto tantos volúmenes juntos. Ella era muy buena maestra y en poco tiempo aprendí lo suficiente para entender lo que se decía a mi alrededor o para poder comprar pan o algún otro alimento en los puestos del mercado, cerca de la plaza Mayor. Una tarde, cuando estábamos de cháchara, a la hermana la sorprendió descubrir que yo supiera leer y escribir con soltura y fuera aficionada a los libros, a pesar de ser una mujer de origen humilde, pues era hija de campesinos irlandeses. Mi instrucción era algo que, por lo general, yo había mantenido oculto, entre otras razones porque, hasta hacía muy poco, mi marido no era capaz siquiera de firmar un triste documento. De hecho, el día en que nos casamos el pobre se limitó a poner una cruz en el papel que le tendió el sacerdote y yo decidí hacer lo mismo con el fin de que no se sintiera incómodo ni avergonzado ni inferior a mí. Como bien

sabía por mis hermanos, los hombres son siempre muy susceptibles con esas cosas; los dos eran mayores que yo y siempre estaban picados conmigo porque era más resuelta que ellos.

Fue precisamente el cura de mi parroquia, allá en Irlanda, el que me enseñó a leer y escribir cuando tenía ocho años. Desde muy niña siempre he sido despierta y decidida, y él debió de fijarse en mí una tarde mientras jugaba alegremente en el atrio de la iglesia con las amigas o me quedaba ensimismada mirando las inscripciones de algunas lápidas. De modo que un domingo, después de la misa, le sugirió a mi madre que me llevara un rato por las mañanas a la casa parroquial, con el fin de que pudiera enseñarme las letras, propuesta que a mi madre no le gustó nada, pues era de naturaleza desconfiada, y menos aún a mi padre, al que nada que tuviera que ver con la Iglesia o con su hija solía parecerle bien. Pero ¡cómo iban ellos a oponerse a la voluntad de un hombre de Dios!

El caso es que el párroco me sentaba en sus rodillas ante la mesa de su escritorio y con una mano me mostraba cómo había que realizar los trazos con el lapicero en el cuaderno, mientras que con la otra no paraba de toquetearme por debajo del vestido. Por supuesto, yo entonces no era muy consciente de lo que pasaba. Estaba tan absorta en la tarea que me encomendaba, tan fascinada por las formas de las letras que no prestaba atención a lo que él me hacía, ni siquiera cuando se desabotonaba una parte de la sotana y me ponía encima de su regazo, jadeando y con la respiración muy acelerada, que parecía un caballo desbocado. Pero yo no acertaba a ver en ello ningún mal; más bien debía de considerarlo un simple juego o un pasatiempo. Por lo demás, él era muy amable o, al menos, lo simulaba con gran convicción.

Como me portaba muy bien y nunca protestaba ni me quejaba, algunas veces el párroco me regalaba un cuaderno o un libro, para cuando supiera leer, ya que, según me dijo, había observado que me quedaba embobada mirándolos en las estanterías, como si fueran objetos sagrados o mágicos, y eso a él debía de excitarlo sobremanera. No sé por qué, yo no se los mostraba nunca a mis padres ni a mis hermanos y, tan pronto

entraba en mi cuarto, los escondía detrás de un armario, en mi cueva del tesoro particular, donde fui reuniendo una buena biblioteca, que luego me sería de gran provecho y me serviría de consuelo, diversión y acicate, sobre todo en los momentos de mayor tribulación. Según mi experiencia, si sabes leer y tienes libros, nunca te aburres y las tristezas se olvidan pronto.

Así estuvimos durante varios meses, cinco días por semana, salvo que fueran fiestas de guardar. Hasta que una mañana mi madre acudió a buscarme antes de la hora convenida, porque tenía que volver pronto a casa, y lo descubrió todo. Naturalmente, al cura no le dijo nada ni puso el grito en el cielo, como solía hacer cuando se enfadaba. Tampoco él se mostró azorado ni preocupado; ni siquiera se dignó disculparse o dar alguna justificación, pues eso habría significado reconocer el pecado.

Mi madre se limitó a cogerme de la mano y a arrastrarme fuera de la estancia, sin más explicaciones. Por el camino, eso sí, la oí murmurar entre dientes:

—Ya sabía yo que esto no podía acabar bien. Mira que me lo estaba imaginando. Pero ¡qué podía hacer yo, pobre de mí! Más nos vale que no se entere nadie.

Una vez en casa, me examinó de arriba abajo, sobre todo entre las piernas, con extremo cuidado y sin decir nada, como si buscara alguna señal o alguna clase de herida. Pero, por lo visto, no la encontró, lo que al parecer la tranquilizó un poco. Durante la comida, tampoco quiso comentarle nada a mi padre, pues debía de temer que, con el mal genio que se gastaba, sobre todo cuando bebía, que era casi siempre, intentara matar al cura de una trompada en la propia iglesia, de la que no era muy asiduo, todo hay que decirlo, para gran escándalo de mi madre y de los demás feligreses.

A partir de entonces, ya no volví más a la casa parroquial. Por suerte, yo ya sabía leer y escribir con cierta destreza, debido a que el sacerdote se había empeñado en su momento en que siguiera practicando y perfeccionando, cosa que a mí no me importaba y a él no le desagradaba; ahora conocía el motivo. En casa o en el campo, siempre que podía me pasaba muchas horas mejorando mi

caligrafía y leyendo los libros que el cura me había ido regalando, que eran muchos y muy variados, algunos de ellos poco recomendables para una niña o incluso para un clérigo, procurando, eso sí, que mi madre no me viera, ya que no lo aprobaba, y menos desde que descubrió las maniobras del cura, en las que, como dije, yo apenas había reparado, tal vez a causa de mi inocencia, de la que ese día desperté de repente, como si alguien me hubiera dado un buen sopapo.

Algunos años después empecé a trabajar como lavandera en las orillas del río Martin, con otras muchachas de mi edad, pues en mi casa hacía falta el dinero. Allí estaba uno de los principales mentideros del pueblo; el lugar en el que se intercambiaban chismes y rumores y se hacían algunas confidencias más o menos inconfesables. Mis compañeras y yo lavábamos la ropa de la iglesia y de un convento cercano, y un día me enteré con sorpresa de que mi caso no era único, ni mucho menos. La principal diferencia era que a ellas el cura no les había enseñado a leer y a escribir como a mí; en el suyo, se había limitado a regalarles algún dulce o a ofrecerles algún juguete para que se entretuvieran mientras él hacía sus cosas con toda naturalidad; al menos eso era lo que ellas contaban entre comentarios obscenos y risas burlonas.

Yo no les dije nada de lo mío, pues no quería que se mofaran de mí, ya que el hecho de que una muchacha pobre e hija de campesinos supiera leer y escribir no estaba muy bien visto en mi pueblo natal, Blarney, en el condado de Cork, a pesar de que en su viejo castillo se guarda la llamada Piedra de la Elocuencia, que, según la leyenda, concede dicho don a todos aquellos que la besan, como hice yo el día en que me llevaron a verla. Hay que tener en cuenta que, para mi gente, la instrucción era cosa solo de hombres que vivían en la ciudad y de mujeres ricas y ociosas. De modo que, cada vez que se me presentaba la oportunidad de adquirir algún ejemplar o algún cuaderno con el poco dinero que no le daba a mi padre, debía comprarlo a escondidas, procurando que no me viera ningún conocido. Los libros, es cierto, alimentaban mis sueños, mi imaginación y mis ganas de aprender; sin embargo, yo me sentía como alguien a quien le hubieran otorgado algo muy valioso, pero

que debía permanecer oculto, como si se tratara de una mancha infamante, tal vez porque lo asociaba, sin darme apenas cuenta de ello, a algo sucio y pecaminoso. Y eso, para bien o para mal, me fue haciendo diferente a las demás; ni mejor ni peor, aunque sí muy distinta a las otras.

El hecho de que fuera una monja católica la que, años más tarde, me enseñara los rudimentos de la lengua española, me abriera las puertas de la biblioteca del convento y me animara a seguir leyendo y escribiendo provocó que dejara de avergonzarme de todo aquello. Tanto es así que tal vez sea esa una de las razones de que ahora esté ofreciendo este humilde testimonio, naturalmente en inglés, aunque mi lengua materna sea, en realidad, el gaélico irlandés. No es que busque hacerlo público o darlo a la imprenta por dinero o por vanidad, Dios me libre de semejante pretensión. ¡Quién soy yo, además, para desear tal cosa! Lo que quiero, en primer lugar, es fijar mis recuerdos cuando todavía están frescos, ya que, de ninguna forma, deseo que se deterioren, se tergiversen o se pierdan en el olvido. Pero, sobre todo, me lo tomo como una especie de deber hacia aquellas que fueron mis compañeras de fatigas en la península, empezando por mi amiga Biddy, y especialmente hacia aquellas que ya no están aquí, para que su memoria siga viva en el futuro. Mas de esto hablaré luego.

De un tiempo a esta parte, cada vez estoy más convencida de que, en efecto, saber escribir es un don y un privilegio, aunque para obtenerlo tuviera que pagar un precio cuando era niña, y, por tanto, no estaría bien desperdiciarlo ahora que podría serme muy útil. Otros ya habrá que relaten las cosas a su manera, desde su punto de vista y, desde luego, mucho mejor que yo. Pero ninguno podrá contar aquello que yo vi, ni menos aún cómo lo viví y lo padecí, y las circunstancias que lo rodearon. No en vano la guerra afecta tanto a los hombres como a las mujeres, que, con mucha frecuencia, la sufrimos por partida doble, esto es, no solo como víctimas pasivas y vulnerables, sino también como participantes activas a nuestro pesar. Sin embargo, las crónicas y los registros oficiales se olvidan casi siempre de nosotras. De modo que, si esta

historia no la cuento yo, nadie va a hacerlo por mí, y, sin historias, no somos nada.

II

Cuando destinaron a mi marido a la península ibérica, acabábamos de casarnos, como quien dice. Él con veintidós y yo con veinte años. Nos habíamos conocido unos meses antes en una fiesta popular en mi pueblo. Mi esposo era de una aldea próxima, en las tierras de Stoneview, y acababa de alistarse en el ejército porque no quería seguir trabajando en el campo con su padre, con el que no se llevaba muy bien, ni tenía intención de pasar más hambre de la que ya había sufrido, casi tanta como yo, a pesar de lo mucho que trajinaba. Así que había sucumbido a la verborrea de uno de esos sargentos de reclutamiento que iban de lugar en lugar prometiendo una paga digna, un bonito uniforme de soldado y una campaña gloriosa, nada menos, en territorio extranjero. Debido a la pobreza y al hambre, Irlanda era entonces un territorio abonado para el reclutamiento, al igual que Escocia. Se sabía también de algunos jóvenes y no tan jóvenes que se apuntaban estando borrachos o bajo la promesa de recibir una recompensa de dieciséis guineas y bebida gratis, ya que, además del salario regular, un chelín diario, recibían una asignación cotidiana de cerveza o de ron.

Yo, por mi parte, estaba harta de lavar ropa ajena a cambio de cuatro cuartos, que, en su mayor parte, se quedaba mi padre para gastárselos en alcohol o en cosas peores, y estaba deseando huir de allí a toda costa en busca de una nueva vida; me daba igual adonde, siempre que fuera lejos de mi casa y de mi familia y, a poder ser, en buena compañía. Y es que siempre he sentido una gran curiosidad por todo y un gran deseo de conocer mundo. No en vano soy muy soñadora y fantasiosa, y tal vez algo ingenua e ilusa, y más desde que comencé a leer, que a veces pienso que los libros han sido mi salvación y mi perdición a partes iguales, pues me han

llevado a vivir con más entusiasmo e intensidad, pero también a ser más consciente y, por lo tanto, a experimentar más dolor e insatisfacción, como si lo uno fuera inseparable de lo otro, al igual que la cara y la cruz de una moneda.

Recuerdo que, en la fiesta, estaba hablando con una amiga cuando él se acercó a mí y me preguntó si quería bailar. Yo lo miré con fingida indiferencia y no me dignó contestarle para así hacerme la interesante. Era alto y espigado, aunque yo no le iba a la zaga. Tenía el pelo muy oscuro, como ala de cuervo, los ojos a juego y una de esas sonrisas tan francas y alegres que la desarman a una sin que apenas se dé cuenta; hablo por experiencia.

—Si es porque no me conoces, te diré que me llamo Niall, Niall Gallagher, y, entre otras cosas, soy un excelente bailarín —me indicó con tono algo jactancioso—. ¿Cuál es tu nombre?

Su descaro me hizo reír y eso me ablandó, tengo que reconocerlo. De modo que, tras presentarme, le dije que sí, que de acuerdo, que me parecía bien, aunque fuera solo con la boca pequeña. Él se hizo a un lado y con un gesto me indicó que pasara delante, camino de la campa, donde me cogió por el brazo y la cintura y comenzamos a bailar. Y debo admitir que, en efecto, lo hacía muy bien y que en ningún momento trató de propasarse, cosa que agradecí, pues, de haberlo intentado, me habría obligado a dejarlo plantado en medio de la explanada con un buen bofetón, y eso era algo que en verdad no me apetecía hacer, pues Niall me gustaba mucho.

Esa tarde fue muy calurosa y cada vez estábamos más sudorosos y sofocados. Mientras bailábamos, él hablaba y hablaba y yo me reía sin parar, con una de esas carcajadas alocadas que a veces me vienen y que, una vez que se desatan, ya no soy capaz de controlar, para vergüenza mía y escándalo de los demás. Cuando nos cansamos de dar vueltas al ritmo de la música, me propuso un paseo por la orilla del río. Desde un principio, yo ya intuía cuáles podrían ser sus pretensiones, pero eso no me arredró, ya que, en el fondo, yo tenía tantas ganas como él.

Después de cruzar el puente, nos dirigimos hacia un soto que había a la izquierda. Aunque allí soplaba una suave brisa, el calor

seguía notándose. Al rato, nos sentamos sobre la hierba fresca, muy cerca del agua. En un principio, yo me mantuve a la espera. Pero sus besos y su sonrisa, siempre su alegre sonrisa, me hicieron sucumbir. Me trató, eso sí, con mucho respeto, ternura y delicadeza, dejando que en varias ocasiones pareciera que era yo la que llevaba la iniciativa; y debo reconocer que eso me complació.

Pero lo que más me enterneció fue que no quisiera irse cuando acabamos, que no se diera la vuelta y no le entraran las prisas por largarse, después de satisfacer sus deseos, para irse a beber con los amigos, como sabía que hacían casi todos los demás. Se incorporó un poco sobre el tronco de un árbol y estuvo acariciándome, mientras me decía que era muy hermosa y agraciada, pero que lo que más le gustaba de mí eran mis ojos verdes y risueños y mi melena pelirroja y ondulada. Luego me contó, cada vez más entusiasmado, sus proyectos de viajar por el mundo, de vivir aventuras y de conocer sitios nuevos y lejanos. Con los ojos entrecerrados, yo imaginaba mi existencia a su lado, compartiéndolo todo. Y así permanecimos hasta que comenzó a anochecer y tuvimos que volvernos a toda prisa a la fiesta para que mi padre no me montara una trifulca si descubría mi ausencia, pues a esas horas debía de andar ya totalmente borracho y con ganas de reñir.

Había oído contar tantas cosas acerca de los hombres que al día siguiente pensé que, una vez conseguido lo que anhelaba, Niall se olvidaría de mí para siempre. Sin embargo, me equivoqué. Todas las tardes caminaba varias millas a buen paso, desde su aldea hasta Blarney, para pasar apenas una hora conmigo. Lo primero que me preguntaba era qué tal me había ido el día y si había pensado mucho en él. Yo le contaba lo poco que me había ocurrido durante la jornada y lo mucho que, en efecto, lo había añorado, y Niall hacía lo mismo. Luego buscábamos un lugar apartado y tranquilo, cerca del río o de las ruinas del castillo, para amarnos con pasión e inocencia. Me gustaba mucho cómo me abrazaba y me decía palabras tiernas al oído, que no sabía de dónde las sacaba ni si de verdad las sentía, pero que a mí me encantaban y encandilaban, pues me hacían sentir como la

arrebatada heroína de una novela de amor. ¡Cómo no iba a adorarlo!

Mis padres, en cambio, no parecían muy contentos y tampoco mis hermanos; en primer lugar, porque no era del pueblo, sino de una aldea vecina con la que había una gran rivalidad desde antiguo; y, después, porque no tenía donde caerse muerto. ¡Como si nosotros nadáramos en la abundancia! Yo ya sabía que él se había alistado, pero me llevé una gran sorpresa el día que vino a casa vestido de uniforme para conocer a mi familia. Estaba tan gallardo y elegante con su casaca roja, su chaleco ceñido, su pantalón de lana gris y su chacó de infantería, del que yo me reía, pues parecía la copa de una estufa y carecía de una correa para asegurarlo al mentón, lo que hacía que a cada rato se le cayera. Todo ello adornado, además, con penachos, escarapelas y cintas de gran colorido, algo que llamaba mucho la atención en un lugar en el que todo el mundo llevaba siempre una ropa triste, pobre y monótona, de tonos oscuros y apagados, incluso los días de fiesta. Si hasta parecía un príncipe sacado de una novela. Así que me quedé deslumbrada en cuanto lo vi. Los míos, para no variar, lo recibieron con mucha frialdad y hasta le afearon el hecho de que fuera tan engalanado en un día de faena. En ese momento me habría ido con él hasta el fin del mundo si me lo hubiera pedido. No lo habría dudado ni un instante, ¡tan enamorada estaba de Niall y tan harta de mi parentela!

Ese mes la sangre no me visitó a su debido tiempo, y yo estaba bastante convencida de que me encontraba encinta. Una tarde se lo conté a Niall, que reaccionó con mucha ternura y entusiasmo y me colmó de atenciones, feliz con la idea de ser padre. De modo que decidimos casarnos de inmediato. Fue él quien me lo propuso sin que yo se lo pidiera, ya que, según me dijo, tenía miedo de que en cualquier momento lo llamaran a filas y tuviera que incorporarse a toda prisa a su regimiento, y luego ya no hubiera tiempo para celebraciones de ningún tipo.

Pasadas unas jornadas, comencé a menstruar; al parecer, se

trataba de un retraso algo mayor de lo habitual en mí, y eso nos frustró un poco a los dos. Pero seguimos adelante con nuestros planes de boda. Durante una semana, eso sí, Niall no quiso ni acercarse a mí, pues la sangre de mis entrañas le desagradaba y le causaba miedo, a pesar de que, en tales días, yo solía ponerme un paño de lino, sujeto a la cadera con una cinta, para contener el flujo.

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de mi pueblo, la misma en cuya casa parroquial el anterior cura, que para entonces ya había desaparecido, me sentaba sobre sus rodillas. En ella, el nuevo sacerdote nos recordó que debíamos querernos en la pobreza y en la riqueza, en la enfermedad y en la salud, en la desgracia y en la felicidad, y, al ver que mi futuro esposo era soldado de infantería, añadió con un gesto cómplice: en la guerra y en la paz. Y los dos sonreímos y dijimos que sí, que adelante, que por supuesto, ya que, en aquel momento, no parecía haber ninguna contienda a la vista, al menos que nosotros supiéramos, y no éramos del todo conscientes de lo que aquella frase podía significar. Pero no íbamos a tardar mucho en saberlo.

El banquete tuvo lugar en la casa de mis suegros, lo que no agradó mucho a mi padre, ya que lo consideraba una deshonra, a pesar de que yo vi cómo respiraba aliviado cuando se enteró de que no tenía que pagar nada. La celebración, eso sí, fue un absoluto desastre, pues todo eran pullas y quejas de una familia contra la otra y viceversa. Mi padre, como era de esperar, se emborrachó más de la cuenta y mi madre tuvo que pagar los platos rotos. Mis hermanos, por su parte, no pararon de hacer el ganso en toda la tarde. Cuando por fin se fueron, mis suegros la emprendieron conmigo y yo me fui a la cama tan agotada que esa noche no fui capaz de hacer nada con mi marido, a pesar de ser la primera como casados.

No había pasado ni una semana cuando mi esposo recibió la orden de unirse a su regimiento de forma urgente, con la advertencia de que, si no lo hacía, sería declarado desertor y

perseguido y juzgado por ello. De modo que no lo dudó; para eso se había alistado, me recordó. Y yo, claro, decidí irme con él. ¿Para qué, si no, me había casado? No, desde luego, para quedarme sola en casa de mis suegros, donde provisionalmente nos habíamos alojado, aguardando noticias y suspirando por él y por sus abrazos; para eso lo mejor habría sido quedarme en la de mis padres.

Recuerdo que, cuando me despedí de ellos, tan solo me exhortaron a que me portara siempre como es debido, obedeciera a mi marido sin rechistar y no me metiera en problemas. Eso fue todo lo que me dijeron; ningún buen deseo, ninguna palabra más o menos cariñosa, ninguna lágrima furtiva corriendo por sus mejillas... Pero a mí no me importó, pues estaba muy enamorada y llena de alegría e ilusiones, dispuesta en fin a comerme el mundo, y no iba a permitir que el desapego de mis padres lo fuera a arruinar.

El viaje en coche de caballos al cuartel de adiestramiento en el puerto de Cobh fue muy placentero. Desde luego, no era la primera vez que yo salía de Blarney y visitaba otros lugares de Irlanda, ya que, de pequeña, había ido con mis padres a alguna que otra boda o funeral. Pero sí fue la primera en la que pude ver el mar, tan hermoso y enigmático como un misterio sin descifrar. Cuando llegamos a nuestro destino, nos instalaron en unos barracones, junto a otras familias, la mayor parte con hijos de corta edad. Allí me di cuenta de que, en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, así llamado desde el Acta de Unión de 1800, el ejército se había convertido en el hogar de muchas mujeres y niños que huían de la pobreza y el hambre y no tenían otro sitio mejor adonde acudir. Luego nos fuimos enterando de que buena parte de los jóvenes reclutas eran, a su vez, hijos y nietos de soldados que habían vivido en los cuarteles y campamentos desde su nacimiento, por lo que bien podía decirse que habían mamado la guerra en la más tierna infancia y no conocían otro horizonte que el del campo de batalla. Habían nacido, literalmente, para ser carne de cañón. Los pobres no podemos elegir; siempre hacemos lo que nos toca, si bien algunos intentamos rebelarnos contra esa imposición.

En los barracones, en fin, había tanta chiquillería que mi

marido y yo apenas teníamos intimidad; de hecho, por las noches, tan solo una simple tela de esparto colgada del techo nos separaba de los demás, lo que dificultaba mucho nuestras expansiones amorosas y hacía que se resintieran un poco la vergüenza y el pudor. Pero no por ello dejábamos de amarnos.

Por otra parte, daba gusto ver a los niños correteando de un lado para otro o entretenidos en sus juegos. Uno de los que más les gustaba era, precisamente, el de la guerra. Había que verlos con sus palos de madera a modo de mosquetes o de sables, o montados a caballo en una escoba, la misma con la que sus madres los perseguían por el cuartel si se pasaban de la raya.

Durante el día, Niall tenía que participar en los ejercicios de instrucción, en los que les enseñaban a cargar el fusil, a disparar, a desfilar y poco más; de modo que tan solo nos veíamos a última hora de la tarde. Pero lo importante para nosotros era que estábamos juntos tanto en lo bueno como en lo malo; en lo bueno, para compartirlo, y, en lo malo, para confortarnos, amándonos como dos animalillos salvajes cada vez que podíamos.

Por lo general, salvo esos momentos de pasión, la vida cuartelaria era más bien monótona y aburrida. Así que, para estar entretenida, comencé a laborar de nuevo como lavandera, lo que nos brindaba algunas monedas y alguna ración extra de comida, cosa que nunca viene mal. Ese trabajo era uno de los más duros y sacrificados a los que una mujer podía dedicarse, pues exigía un gran esfuerzo físico y estar todo el santo día de rodillas sobre un cajón de madera o una piedra o con las faldas remangadas y los pies metidos dentro del agua para el aclarado, tanto en invierno como en verano. Así que andábamos casi siempre empapadas, con las manos estropeadas y los dedos arrugados a causa del frío, la humedad y las sustancias que manejábamos, algo que acarreaba muchas molestias y enfermedades. Y, por si todo esto fuera poco, encima estábamos muy mal consideradas y peor pagadas.

En el cuartel, trabajábamos en un gran lavadero, lo que resultaba más cómodo, y no en el río, como era usual. Allí remojábamos y macerábamos la ropa y hacíamos la colada, que consistía en sumergir las prendas en unos barreños con agua

hirviendo y lejía de sosa o de cenizas vegetales para disolver las manchas más difíciles. A continuación, la aclarábamos y restregábamos sobre la tabla de lavar con agua fría y jabón, que fabricábamos nosotras; después, la exponíamos un rato al sol y la volvíamos a enjabonar y a enjuagar; y, por último, la escurríamos, la retorcíamos y la poníamos a secar al aire en unos tendederos de cuerda o sobre la hierba de un prado, salvo que lloviera, claro. Y otra vez vuelta a empezar.

En el trabajo, hice cierta intimidad con algunas mujeres del cuartel, con las que a veces me juntaba para hacer nuestras labores cotidianas o jugar a las cartas en uno de los barracones. La mayoría eran de origen campesino, como yo, y estaban muy habituadas a pasar necesidades y a trabajar sin descanso. Una de ellas, llamada Julie Maloney, una dublinesa corpulenta que andaría ya por la cuarentena, me contó que había estado con su marido en varias campañas y que, a pesar de los muchos peligros a los que había tenido que enfrentarse, había salido siempre airosa; de modo que el ejército había sido para ella como una escuela en la que había descubierto muchas mañas.

Como yo era mucho más joven e inexperta, procuraba fijarme en ella y así aprendí a hacer fuego y a cocinar en las peores circunstancias, a vendar heridas y a preparar toda clase de emplastos, a zurcir y remendar uniformes y, en fin, a todo aquello que pudiera ser útil en la vida militar. De cuando en cuando, me dejaba caer también por la biblioteca del cuartel, con el pretexto de limpiar el polvo, y, cuando no había nadie, leía a hurtadillas algunos volúmenes sobre campañas bélicas y estrategia militar. Si al final iba a ir a la guerra, estaría bien saber algo sobre el asunto, debí de pensar yo. O me refugiaba en la capilla y los devoraba a escondidas, como si estuviera repasando el libro de oraciones, ya que prefería que me vieran como a una beata a que me consideraran una soberbia o, peor aún, un bicho raro.

III

A las pocas semanas, los oficiales les comunicaron a sus hombres que debían viajar al puerto de Portsmouth, en el sudeste de Inglaterra, donde estaba la base naval de la Marina Real británica, para que desde allí fueran trasladados a Portugal, con la sagrada misión de expulsar de su territorio a los franceses, que, entre otras cosas, habían tomado la decisión de cerrar todos los puertos del continente a los buques mercantes ingleses, algo que el Reino Unido no podía tolerar.

—Ha llegado, pues, la hora —les dijeron para concluir— de demostrarles a esos malditos gabachos quién manda. Así que deberíais estar muy contentos, orgullosos y agradecidos, pues os aguardan días de gloria al otro lado del mar.

Por lo visto, la campaña podía durar apenas unos meses, por lo que antes de acabar el año estarían de vuelta. En cualquier caso, era demasiado tiempo para dos personas que se aman y acaban de empezar a vivir juntas; sería tanto como quedarse con la miel en los labios. En el cuartel de Cobh, habíamos oído decir que las esposas de los soldados podían acompañar a sus maridos a la guerra y que, de hecho, eran muchas las que lo hacían de muy buen grado, y la verdad es que eso nos tentó.

En lo que a mí se refiere, no estaba dispuesta a volver a casa de mis padres ni tenía dinero para ello, ya que el ejército lo único que nos daba en tales circunstancias era una carta oficial en la que se exhortaba a las parroquias para que se nos proporcionara alimento y refugio durante el viaje de regreso. Luego, allá te las apañaras. Por otra parte, estaba convencida de que, si me quedaba en Inglaterra, estaría condenada a pasar hambre y necesidad, salvo que acabara prostituyéndome, como tantas mujeres de las que había oído hablar a lo largo de mi vida.

Por supuesto, yo ya sabía que la guerra era dura, dolorosa y cruel y que eran muchas las penalidades que en ella se sufrían; por no hablar de muerte, heridas o mutilaciones. Pero ¿podía haber algo peor que el hambre o la humillación de ser deshonrada y maltratada varias veces al día a cambio de unas monedas? Yo estaba segura de que no. En todo caso, la razón más importante para querer acompañarlo era que amaba a mi marido. A pesar de no poseer nada y de tener que vivir en un cuartel, en ese momento yo era la mujer más feliz del mundo. Siempre que disponíamos de un rato libre, salíamos a pasear por la costa o íbamos a bailar. Niall estaba pletórico, guapísimo, feliz, ilusionado...; rebosaba de amor por mí. De modo que decidí acompañarlo allá donde fuera y pasara lo que pasara.

Cuando se lo propuse, se quedó pensativo. Para él, se trataba de un terrible dilema. Por un lado, estaba deseoso de entrar en acción, si bien no soportaba la idea de tener que separarse de mí; por otro, tenía miedo de que yo no aguantara las penalidades de una guerra o, peor aún, de que me sucediera algo malo por haberlo acompañado. Eso jamás se lo perdonaría ni lo superaría. Pero yo no soy de las que se rinden fácilmente o de las que se detienen ante cualquier obstáculo. Así que lo estuvimos debatiendo durante horas y, al final, llegamos a un acuerdo.

Desde luego, éramos conscientes de algunas de las penurias que nos aguardaban, por muy fácil que fuera la campaña. Asimismo, era posible que Niall muriera o resultara malherido en una batalla o yo enfermara de forma grave, para qué íbamos a engañarnos. Pero los dos anhelábamos estar juntos y querernos; y también conocer mundo, protagonizar alguna que otra peripecia y, sobre todo, tener algo que contar cuando fuéramos ancianos y cuidáramos de nuestros nietos, si es que llegábamos a vivir tanto. Como ya dije, yo siempre he sido muy novelera y me pierdo por una buena historia de amor, intriga y aventura, sobre todo si trata de mujeres decididas y virtuosas, como las protagonistas de *Pamela o la virtud recompensada* y *Clarissa o la historia de una joven dama,* de Samuel Richardson, con las que yo tanto me identificaba.

El viaje en navío desde Cobh fue corto y sin incidentes, pues el tiempo estaba tranquilo y apenas nos mareamos. Niall y yo nos pasábamos las horas en la cubierta cogidos de la cintura y contemplando el mar por el que habían navegado los antiguos celtas. Al llegar a Portsmouth, nos enteramos de que allí permaneceríamos muy poco tiempo, dado que la partida de los soldados era inminente. En sus arengas, los oficiales al mando de los distintos batallones insistieron en que la campaña iba a ser como un paseo militar y que la recompensa para todos sería enorme. Por otro lado, advirtieron que solo unas pocas mujeres podrían acompañar a sus maridos durante la expedición militar, y eso a Niall y a mí nos desmoralizó un poco, ahora que habíamos tomado la decisión de que yo lo seguiría dondequiera que fuera y compartiría su destino.

Estaba claro, en fin, que la cosa no iba a ser fácil, debido a que eran muchas las esposas que, como yo, aunque tal vez por otros motivos, también querían compartir la suerte de sus maridos. No todas estaban casadas formalmente, pero bastaba con que llevaran un cierto tiempo juntos, siempre que pudieran probarlo de alguna manera y fueran mujeres respetables. Según el reglamento vigente, amparado por una orden general del año anterior, solo se permitía viajar al extranjero con sus esposos hasta a seis mujeres por compañía, que estaba formada por cien hombres. En algunos regimientos, los coroneles permitían, eso sí, algunas más; en la caballería y en algunas divisiones de la infantería ligera, sin embargo, evitaban por lo regular llevarlas en campaña, dado que, en los desplazamientos, estaban obligados a una mayor movilidad que los otros cuerpos y eso impedía que las mujeres del campamento pudieran seguirlos.

A las esposas de los humildes soldados había que sumar, por otro lado, las de unos pocos oficiales y suboficiales, o bien sus amantes. Pero, normalmente, estas iban aparte y con sus necesidades bien cubiertas; si resulta que algunas hasta tenían varias criadas, que se dice pronto. No en vano sus maridos pertenecían a familias muy acomodadas, pues la mayoría de los

oficiales eran aristócratas o caballeros ingleses o escoceses, que en esto, como en todo, siempre ha habido clases y categorías, especialmente en el ejército británico.

En cualquier caso, las de la tropa habían de ser escogidas con mucho cuidado para asegurarse de que fueran de muy buen carácter y de probada utilidad para poder llevar a cabo ciertas tareas imprescindibles para la buena marcha del campamento en tiempo de guerra, como preparar vendas, trasladar y atender a los heridos y enfermos; lavar, coser y remendar los uniformes; forrajear, cocinar, mantener el fuego, ir a por leña y agua o a buscar setas, castañas y bayas; o, cómo no, ejercer como sirvientas de las esposas de algunos oficiales.

Por suerte, no todos los soldados tenían cónyuge. Así y todo, solían ser muchas más las candidatas que las plazas existentes. Unas se presentaban porque así lo querían sus maridos y otras por voluntad propia, por fidelidad o por pura necesidad. Y, aunque las normas decían de forma explícita que era muy deseable que aquellas que tuvieran hijos se quedaran en casa, lo cierto era que a muchas se les permitía llevar consigo niños de pecho o que apenas andaban o incluso ir embarazadas, ya que los oficiales solían hacer la vista gorda.

La elección se realizaba por medio de un sorteo entre aquellas que cumplieran los requisitos. Para poder participar, tuvimos que ir a dar nuestro nombre, el de nuestro marido y la fecha y el lugar en que nos habíamos casado. Asimismo, nos preguntaron qué tareas podríamos llevar a cabo en el caso de que saliéramos elegidas. Yo les dije que era lavandera, pero que también sabía hacer muchas otras cosas, como vendar heridas, y, especialmente, leer y escribir; esto era la primera vez que se lo mencionaba de forma abierta a alguien.

—Con lo de lavandera es suficiente —me interrumpió el sargento encargado de tomar nota.

—Pero yo quiero que ponga que sé también leer y escribir —insistí yo.

—¿Y de qué vale en una guerra saber leer y escribir? —se burló él.

—De momento, y sin ir más lejos, podría hacer lo mismo que usted: anotar nombres, fechas y habilidades en un papel, y seguro que lo haría mejor y no sería tan remisa como usted —le repliqué.

—Está bien, lo indicaré —concedió de mala gana el sargento, mientras lo añadía a mis datos.

—¿Ve cómo no era tan difícil?

Una vez elaborada la lista de aspirantes y eliminadas aquellas que no cumplían las condiciones, tenía lugar el sorteo, cuyo procedimiento variaba de un regimiento a otro. En nuestro caso, se celebró la noche anterior a la partida, con lo que el suspense y la incertidumbre se mantuvieron hasta el final, lo que provocó mucha ansiedad entre las solicitantes. Al parecer, los oficiales trataban de evitar con ello que aquellos soldados cuya esposa no hubiera sido elegida tuvieran tiempo de desertar o que los ánimos de la tropa se enconaran más de lo debido, a causa del resentimiento de los desafortunados, algo que, de entrada, habría sido muy perjudicial para la moral y la disciplina. Pero, por otro lado, los matrimonios condenados a separarse durante meses, y en algunos casos para siempre, apenas tenían tiempo de despedirse o de darse consuelo mutuo.

La rifa tuvo lugar en uno de los pabellones del cuartel. En el centro, habían dispuesto una pequeña mesa. Frente a ella estaban las sillas para las mujeres que íbamos a vernos envueltas en el asunto. Los maridos permanecían de pie en los laterales, junto con otros soldados que no querían perderse el espectáculo. A la vista de todos, se procedió a meter en una bolsa las tiras de papel con los nombres de todas aquellas que deseábamos seguir a nuestros esposos durante la campaña. Luego designaron a una mano inocente, que en nuestro regimiento le correspondió a un joven e imberbe tambor, al que se le pidió que comenzara a sacar los papeles de uno en uno con mucha ceremonia. Tras cada extracción, debía pasárselo sin dilación al oficial veterano que estaba sentado ante la mesa, con el fin de que lo leyera en voz alta y con mucha solemnidad.

La primera agraciada fue una escocesa llamada Eve no recuerdo qué más, que, al oír pregonar su nombre, comenzó a dar

saltos de alegría, acompañados de muchos gritos y palmadas, mientras las demás la mirábamos con el ceño fruncido y cara de pocas amigas, hasta que el sorteo volvió a reclamar de nuevo nuestra atención, ya que era mucho lo que allí nos jugábamos y en cualquier momento podía llegar a salir nuestro papel.

Con cada nueva elegida, el disgusto de las demás aumentaba y el ambiente se volvía más enrarecido, y ello le daba emoción a la ceremonia. En los momentos más tensos, Niall y yo nos cruzábamos miradas de complicidad para darnos ánimo. Cuando faltaban ya muy pocos nombres para completar el cupo, la expectación se hizo enorme. Unas se mesaban el pelo o se retorcían las manos, y otras nos mordíamos las uñas o los labios con creciente ansiedad y desesperación. Los maridos, por su parte, disimulaban mirando al suelo, y los otros soldados no paraban de darse codazos entre ellos, divertidos con las penalidades ajenas.

—¡Catherine Gallagher! —gritó de pronto el oficial.

Al escucharlo, di un brinco tan grande que a punto estuve de derribar la silla. Y no era para menos, ya que, en el último momento, me había convertido en una de las afortunadas. ¡Yo, Catherine Gallagher, nacida y criada en Blarney! Estaba tan contenta y emocionada que no me lo podía creer. Para celebrarlo, me acerqué a mi marido y lo abracé como una loca, sin parar de reír y de saltar, hasta que me di cuenta de cómo me observaban las demás y me calmé un poco.

A esas alturas, era tal la tensión acumulada que algunas se echaron a llorar de forma desconsolada. Otras, por el contrario, reaccionaron con gran enfado e irritación. Incluso, hubo alguna que se dirigió al oficial para gritarle que aquel procedimiento no era justo, que no había derecho a que ella se quedara en tierra, que no solo le robaban a su marido, sino que la dejaban allí tirada, sin un lugar adonde ir ni nada que llevarse a la boca, que, si lo hubiera sabido, se habría casado con un campesino, que al menos tendría su terruño, por mal que vinieran dadas, y siempre habría algo que echar en el puchero, aunque fueran unas tristes berzas. Por último, comentó que a saber qué pondría en esos malditos papeles, dado que casi ninguna sabía leer, y que todo no era más que un fraude,

una farsa y un vulgar engaño. La pobre se puso, en fin, tan violenta que su marido tuvo que llevársela casi a rastras, para que no armara más escándalo.

Por suerte, la mayoría se lo tomó con resignación y tranquilidad. No obstante, fue muy incómodo presenciar la angustia de aquellas cuyo destino era quedarse atrás, solas e indefensas, obligadas a regresar a su tierra sin un penique y sin saber cuándo volverían a ver a sus maridos si es que sobrevivían a la guerra. Es cierto que algunos soldados, durante la campaña, trataban de enviar dinero a casa para el sustento de sus familias, pero no había una forma oficial de hacerlo ni un conducto establecido para ello por el ejército; de ahí que muchos no lo intentaran o acabaran olvidándose, al cabo de un tiempo, de sus obligaciones y gastándoselo todo en alcohol y mujeres de mala vida, mientras que sus esposas e hijos pasaban hambre.

Cuando acabó el sorteo, las más afortunadas nos quedamos un poco cariacontecidas y sin demasiadas ganas de seguir celebrando nuestra inmensa suerte, ya que nos sentíamos avergonzadas y algo culpables por lo que acababa de suceder. Ni siquiera luego, en nuestro cuarto, Niall y yo pudimos dar rienda suelta a toda nuestra alegría, pues al otro lado de la cortina se percibía todo, como bien sabíamos, que hasta tuve que apretar bien los labios para que no me oyeran gemir de placer ante las acometidas de mi marido. Nos sentíamos, en fin, tan dichosos que estábamos plenamente convencidos de que la contienda iba a ser poco menos que un viaje de novios para nosotros.

IV

A la mañana siguiente, nos despertaron a toque de corneta y tambores, como si llamaran a zafarrancho. Según nos dijeron, teníamos muy poco tiempo para embarcar, pues había que aprovechar el clima favorable. Por suerte, no había mucho equipaje que empacar, aparte de una bolsa con mis escasas pertenencias y del petate de Niall, que ya estaba hecho desde hacía días.

Dada la urgencia, la mayoría de las esposas que iban a quedarse en tierra se despidieron de sus maridos en el cuartel sin grandes efusiones ni aspavientos. Pero, en el puerto, se produjeron escenas dolorosas que horrorizaron a algunos asistentes e hicieron que a mí casi se me partiera el corazón. Recuerdo el caso de una mujer galesa que, en el último momento, trató de subir al barco gritando que, si no la dejaban, se cortaría las venas delante de todos, por lo que fue detenida y llevada a un calabozo hasta que zarpó el navío. Otras se arrojaron al agua con la intención de alcanzar los botes en los que íbamos las elegidas. Alguna lo logró, pero fue devuelta de inmediato al muelle. Y hasta hubo una que estuvo a punto de ahogarse. Los maridos, mientras tanto, iban de un lado para otro de la cubierta, desesperados y sin saber qué hacer, ya que, si en ese momento trataban de abandonar el barco para volver junto a ellas, podrían ser considerados desertores y acabar ante un consejo de guerra, con todo lo que ello implicaba para ambos cónyuges.

Partimos del puerto de Portsmouth el domingo 31 de julio de 1808. Nuestra expedición iba al mando del general sir John Moore, un escocés que no había cumplido aún la cincuentena y que, según se decía, había estado destinado, entre otros lugares, en las Indias Occidentales y Egipto. Este tenía el encargo de reunirse en Portugal

con las tropas del general Wellesley para ponerse a sus órdenes. Al parecer, gozaba de un gran prestigio y carisma entre las tropas por su carácter respetuoso y humanitario, pero no del favor del alto mando, ya que era un militar innovador y con ideas propias, y eso no siempre gusta a los que toman las grandes decisiones.

El barco que a Niall y a mí nos tocó era de los más grandes, y enseguida tuve la oportunidad de conocer a otras mujeres. Casi todas eran muy jóvenes y de origen muy humilde, como yo; la mayoría, campesinas acostumbradas a laborar de sol a sol y a pasar hambre. El resto venían de las grandes ciudades, donde algunas habían sido tejedoras o hilanderas y luego se habían ido quedando sin trabajo con la llegada a las fábricas de las primeras máquinas de hilar y tejer. No tenían nada, salvo a sus maridos y, en algunos casos, a sus hijos, y al otro lado del mar les aguardaba un destino incierto, pero se las veía contentas y excitadas. Recuerdo que, entre ellas, había una dublinesa llamada Saoirse que no paraba de cantar baladas en gaélico irlandés. Tenía una voz preciosa y una forma muy suave de entonar, y eso me puso algo nostálgica, no lo voy a negar.

En cuanto a la travesía, que duró unos veinte días, fue de todo menos agradable. No nos habíamos repuesto todavía de las terribles escenas del puerto, cuando hicieron su aparición los achaques. Yo andaba todo el santo día mareada, como si la cabeza me diera vueltas sin cesar, debido al fuerte oleaje. Claro que no era la única. Niall no paró de vomitar durante la mayor parte del recorrido. Todo lo que comía lo revesaba al poco rato en un cubo o directamente por la borda, y esto a él, que había pasado tanta hambre a lo largo de su vida, se le antojaba una especie de sacrilegio imperdonable. Pero hubo otros pasajeros que lo llevaron todavía peor o que enfermaron de gravedad, hasta el punto de que dos de ellos murieron, seguramente por alguna infección.

El ambiente en el barco era de expectación y algo de inquietud, pues no sabíamos muy bien qué era lo que nos aguardaba en tierra ni cuánto tiempo duraría exactamente la campaña, ya que habían comenzado a circular rumores de que, después de echar a los franceses de Portugal, entraríamos en

España para ayudar a su ejército a hacer lo propio. Y eso era algo con lo que, en un principio, no contábamos y que muchos soldados confesaban no acabar de entender, pues una cosa era socorrer a los amigos portugueses y otra muy distinta ayudar a los españoles, enemigos irreconciliables de Gran Bretaña durante varios siglos.

Pero lo peor era que Niall y yo apenas podíamos estar a solas. Encontrar algo de intimidad en un barco de la Marina Real inglesa no era cosa fácil, ya que tan solo los oficiales tenían camarote propio y en la cubierta, de noche, hacía frío y era demasiado peligroso. De modo que siempre acabábamos en el lugar más apartado de la bodega, junto a las cajas donde se transportaban las municiones y otros pertrechos militares, un lugar no muy agradable para el amor que digamos.

Durante el día, para distraernos de las preocupaciones, traté de enseñar a leer y a escribir a Niall, que en un primer momento se mostró muy reacio; de entrada, le costó un poco aceptar que yo supiera hacerlo, pues hasta ese momento no se lo había confesado y, como ya había imaginado, eso le hacía sentirse inferior, pero enseguida cambió de actitud y le fue cogiendo gusto a la tarea, ya que era muy despierto y quería complacerme en todo. A mí, desde luego, me daba mucha alegría ver cómo aprendía de mi mano las primeras letras, como si fuera un niño grande. Cada ejercicio comenzaba con una breve frase, que luego yo le ayudaba a descomponer en sus sílabas y letras, y con estas formábamos más tarde nuevas palabras y oraciones. Para estimularlo, procuré que estas tuvieran algo que ver con el motivo de nuestro viaje:

Venceremos a los franceses
Ven-ce-re-mos a los fran-ce-ses
V-e-n-c-e-r-e-m-o-sal-o-sf-r-a-n-c-e-s-e-s

Es verdad que al principio a Niall le resultaba muy difícil hacer bien los trazos, pero ponía tanto empeño que poco a poco lo fue consiguiendo.

—Si alguna vez tenemos que separarnos por un tiempo, Dios no lo quiera, podremos enviarnos cartas para hacer más llevadera

la ausencia y saber qué tal estamos y decirnos palabras cariñosas —le explicaba yo para animarlo.

—¡Ojalá nunca debamos hacerlo! —exclamó Niall, que no soportaba la mera idea de tener que estar lejos de mí.

—Siempre estaremos juntos, te lo garantizo —lo tranquilicé yo—. Pero podrías escribir a otras personas.

—La verdad es que no conozco a nadie que sepa leer, salvo tú —replicó Niall, con cierto desasosiego.

—Alguien habrá en tu aldea, aunque solo sea el párroco, que pueda leerles las cartas a tus padres. Los llenará de gozo saber que las has escrito tú y que te encuentras bien de salud y con ganas de verlos —le comenté.

—Como siempre, tienes razón —reconoció por fin con tono zalamero.

Cada noche, antes de ir a dormir, le leía algún fragmento del único libro que me había llevado conmigo, una novela titulada *El monje,* de Matthew Lewis, que le compré a un chamarilero de Portsmouth poco antes de embarcar. La elegí porque, según decía la cubierta, estaba ambientada en España. El protagonista era un monje muy virtuoso llamado Ambrosio que es tentado por el demonio bajo la apariencia de una hermosa doncella. Tras diversas vicisitudes, el religioso es juzgado y condenado a muerte por la Santa Inquisición, pero consigue escapar del castigo vendiendo su alma al diablo. En realidad, la historia era mucho más larga y enrevesada, aunque eso era lo de menos, ya que lo que a mí me gustaba era el tono y la manera de contarlo.

Seguramente, a los curas y a la llamada gente de bien esa novela les parecería una obra impía, blasfema, morbosa, libertina, macabra y no sé cuántas cosas más, pero reconozco que a mí me entusiasmaba por su gran viveza y su imaginación desbordada. A Niall, sin embargo, lo aterraba un poco, si bien lo disimulaba, pues al fin y al cabo era un soldado. De modo que, durante mi lectura, yo intentaba dulcificársela, suprimiendo algunos detalles especialmente crudos o cambiándolos por otros, hasta hacerla aceptable para él.

El desembarco tuvo lugar en una zona desprotegida, expuesta a los vientos del oeste y al fuerte oleaje del Atlántico, cerca de Ramalhal, sede del cuartel general británico, en las proximidades de Vimeiro, al norte de Lisboa. Allí las playas comenzaron a llenarse enseguida de jóvenes soldados, muchos de ellos reclutas de apenas dieciséis o diecisiete años. Para la mayoría, el hecho de pisar tierra firme, tras los días pasados en las infectas bodegas y cubiertas de los navíos, constituyó un gran alivio y un motivo de orgullo. No obstante, el oleaje volcó algunas lanchas de desembarco, haciendo que entre la espuma se perdieran algunos hombres y caballos. Dejando aparte los que murieron durante la travesía, ellos fueron las primeras víctimas de nuestra desgraciada expedición.

Cuando por fin llegamos a la costa, vimos cómo sobre la arena se apilaban cañones, mosquetes, fusiles, rifles, sables, uniformes, equipajes y toda clase de pertrechos y vituallas, que, a continuación, se cargaban en los numerosos carros de bueyes dispuestos por los arrieros portugueses para tal fin. Y luego estaban los soldados de infantería que iban de un lado para otro buscando su regimiento, o los de la caballería ligera con sus hermosas cabalgaduras. En fin, era tal el despliegue y la animación que nos quedamos embobados contemplándolo durante un buen rato.

Según nos explicaron luego, los generales que habían sido elegidos para llevar a cabo la misión de expulsar a los franceses de tierra lusa habían sido sir Hew Dalrymple, gobernador de Gibraltar, que, por lo visto, llevaba más de una década sin pelear ni una sola batalla, y sir Harry Burrard, de nada menos que setenta y tres años. No obstante, el primero en llegar en auxilio de los portugueses había sido el general Wellesley, al mando de nueve mil hombres, que no tardaron en derrotar a los franceses, que actuaban bajo las órdenes del mariscal Junot, en la batalla de Vimeiro.

Pero tanto Dalrymple como Burrard optaron después, de manera inexplicable, por frenar lo que podría haber supuesto la derrota definitiva de los franceses y la entrada inmediata en Lisboa

de los nuestros y acordaron capitular ante Junot en la llamada Convención de Sintra, que resultó claramente favorable para los franceses, casi como una victoria encubierta, lo que provocó la indignación de Portugal y de los propios británicos, tanto en el Parlamento como en la opinión pública. De ahí que los firmantes de semejante convenio, incluido el general Wellesley, que se había visto obligado también a rubricarlo, tuvieran que acudir a Londres para dar las debidas explicaciones ante el Gobierno por una decisión tan absurda, quedando las tropas sin mando efectivo.

En un principio, sir John Moore había acudido a la península como un general más, ya que el alto mando no había querido ponerlo al frente del conjunto del cuerpo expedicionario por no ser de su plena confianza ni considerarlo idóneo para el cargo. Pero, en ese momento, debía de albergar la esperanza de ser nombrado comandante en jefe, dadas las circunstancias.

A nuestra llegada a Lisboa, a comienzos de septiembre, fuimos testigos del descontento de los portugueses y del inmenso caos que reinaba en la ciudad. Allí nos enteramos de que los periódicos británicos habían publicado las noticias relativas a la capitulación de Sintra enmarcadas en una cenefa negra, en señal de luto por la situación en la que se encontraba inmersa la nación tras la firma de tan humillante convenio. Por suerte, enseguida nos trasladamos a la localidad de Queluz, donde sir John Moore había establecido su cuartel general a la expectativa de nuevas órdenes. A esas alturas, las tropas desplazadas a Portugal sumaban ya unos treinta mil soldados, entre infantes y jinetes, repartidos en diferentes lugares. Y, en conjunto, seríamos un total de mil doscientas mujeres.

Durante ese tiempo de espera, además de cuidar de los hijos, las que los tuvieran, nos dedicamos a lavar y zurcir uniformes y a algunos otros menesteres, y por la noche gozábamos de la compañía de nuestros maridos. Los alojamientos eran muy humildes, con las paredes húmedas y los suelos sin entablar, hasta el punto de que en algunos casos parecían simples chozas, y las condiciones sanitarias del campamento dejaban mucho que desear, por lo que algunos soldados y algunas esposas enfermaron pronto

de tifus y disentería y varios niños contrajeron el sarampión; de hecho, algunos de ellos murieron, lo que nos entristeció mucho a todas y especialmente a aquellas que tuvieron que hacer de enfermeras. Para limpiar y cocinar, teníamos que ir a buscar el agua a un pozo. La ropa la lavábamos en un arroyo cercano, donde algunas de nosotras aprovechábamos para asearnos un poco cuando no había hombres cerca, ya que el tiempo era bueno y soleado. Éramos como una pequeña tribu, aunque también había rencillas por diversos motivos, como en cualquier grupo humano.

Fue en esos días cuando conocí a Bridget, con la que enseguida congenié. Ella siempre se andaba quejando de la vida militar, ya que no le gustaba nada la disciplina. Pero intentaba sobrellevarlo con humor y alegría, dado que quería mucho a su marido, que era un bendito y un inocente al que, según ella, no se le podía dejar solo, pues enseguida se perdía o se metía en un lío. Se había alistado en el ejército por una apuesta que había hecho con un amigo y, cuando ella se enteró, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Así que no le quedó más remedio que acompañarlo, debido a que el pobre necesitaba protección. Y allí estaba ella para guiarlo y ayudarlo en lo que pudiera, como si fuera su ángel de la guarda.

Una vez realizadas las tareas cotidianas, Niall y yo íbamos a pasear por los jardines del palacio de verano del rey de Portugal, que, tras la llegada de los franceses, había huido a Brasil con su familia. Se trataba de un rincón muy hermoso, lleno de fuentes y lagos decorativos. Sentados bajo la sombra de un árbol centenario, mi marido solía hacer prácticas de escritura, cada vez con más destreza, mientras yo leía algún capítulo de *El monje*, fascinada con las peripecias de sus protagonistas. A cada rato, eso sí, nos mirábamos y nos dábamos un beso o nos abrazábamos como dos tórtolas en primavera, o retozábamos sobre la hierba al amparo de un seto.

También hacíamos largas caminatas por los alrededores, poblados de bosques umbríos y arroyos de aguas cantarinas, sin demasiado calor ni pizca de frío, con palacios y paisajes en los que recrear la vista y amarnos de forma desenfrenada. Se trataba, en

fin, de un lugar tan idílico que una vez nos encontramos de cerca con una manada de ciervos que estaban pastando y no salieron huyendo, tan mansos y confiados eran.

—Ojalá la vida fuera estar siempre juntos en un sitio como este —suspiré yo.

—Estando contigo, cualquier sitio me parecería maravilloso —comentó mi esposo sonriendo.

Entonces no éramos conscientes de cuánto íbamos a echar de menos todo aquello en los meses posteriores.

Entre los soldados había cierta incertidumbre, pues no tenían claro quién iba a estar al frente de las tropas allí estacionadas ni cuáles eran exactamente los planes del alto mando. Durante unas maniobras, Niall había conocido a un sargento cuya hermana vivía cerca de su aldea y se habían hecho buenos amigos. Se llamaba Brian O'Connor y era algo mayor que Niall. De estatura mediana y complexión fuerte, tenía el pelo y los ojos castaños y un bigote muy poblado. Debido a su carácter alegre y a su inteligencia despierta, se llevaba muy bien con algunos oficiales y solía estar bien informado de lo que pasaba. De ahí que Niall fuera uno de los primeros soldados en enterarse de que, en el cuartel, se había recibido la orden de que el general Moore se pusiera al frente del ejército expedicionario, en sustitución de los otros generales, para colaborar con el reino de España y conseguir así la expulsión definitiva de los invasores franceses de la península. Al parecer, también le habían ofrecido la posibilidad de hacerse cargo de las fuerzas españolas, pero había declinado aceptar, pues no sabía aún de cuántos efectivos disponían ni en qué condiciones se encontraban. Aunque no todos sentían la misma simpatía por sir John Moore, la noticia había sido recibida con alborozo entre algunos de los oficiales y los suboficiales de mayor rango, que estaban deseosos de combatir contra los gabachos y ayudar a los habitantes de un país del que apenas sabían nada.

El sargento O'Connor le contó también a Niall que el objetivo de la expedición parecía claro, pero no así la forma de conseguirlo,

que todavía era asunto de debate por parte del Gobierno. Por otro lado, faltaban algunos elementos fundamentales del equipo militar y los medios de transporte resultaban insuficientes para el bagaje y los víveres, por no hablar de las reticencias de los propios portugueses para colaborar, ahora que los franceses ya habían sido expulsados de su territorio, algo que molestaba mucho al general Moore, pues tal comportamiento era para él una prueba de ingratitud y falta de compromiso con los aliados.

El caso es que nuestro comandante en jefe debía marchar hacia España al frente de veinte mil hombres, dado que diez mil se quedarían en Portugal, para encontrarse luego con los más de once mil que desembarcarían en A Coruña a las órdenes del teniente general sir David Baird, unas tropas que el alto mando consideraba suficientes para la misión, pero no así sir John Moore, debido a que no sabía con certeza cuál era el número total de las fuerzas francesas en ese momento, presumiblemente muy superior al de las británicas, ni con cuántos soldados españoles podría contar.

La idea era agrupar a nuestro ejército en el noroeste de la península, en un lugar que el propio comandante en jefe debería elegir, ya fuera en Galicia o en tierras del antiguo reino de León, con el fin de atraer hacia allí a las tropas francesas y poder tener siempre una retirada abierta hacia la costa y así poder embarcar de regreso a Inglaterra si fuera necesario. Tras haber barajado varios planes, como el de trasladar las tropas desde Lisboa hasta A Coruña por mar, lo que podía verse dificultado por el mal tiempo y la falta de abastecimientos, y, desde allí, iniciar el avance hacia el interior de Castilla, el general Moore optó por atravesar Portugal hasta alcanzar las ciudades fortificadas de Almeida y Ciudad Rodrigo, para luego ir a Salamanca, lo que sin duda entrañaba también algunos riesgos. Pero, dadas las dificultades que, para la marcha del ejército, especialmente para la artillería, presentaban el mal estado de los caminos portugueses y la falta de un sistema de aprovisionamiento adecuado, al final tuvo que tomar la decisión de dividir sus tropas, con el peligro que eso podía suponer en el caso de un enfrentamiento con el enemigo.

De todas formas, no había tiempo que perder, pues ya habían

comenzado a desatarse la lluvia y el frío, que venían adelantados y podrían complicar mucho la marcha. Por otra parte, la moral de las tropas había empezado a resentirse un poco, como consecuencia de la larga espera y la inactividad. Los afectados por el tifus y la disentería, además, aumentaban cada día y el vino barato que se vendía en las tabernas portuguesas estaba causando más estragos entre los soldados que una batalla.

Y, en efecto, a los pocos días, el general Moore mandó que las tropas se concentraran y se prepararan para la partida. Por razones estratégicas, había decidido enviar a su ejército hacia España siguiendo tres rutas distintas: una por Coímbra y Celorico; otra por Abrantes, Castelobranco y Guarda; y la más meridional, por las localidades de Elvas, Alcántara, Coria, Talavera, El Espinar y Arévalo. Esta última estuvo motivada por los informes de algunos oficiales portugueses y británicos que aseguraban que era imposible trasladar la artillería por ninguna de las otras dos.

Poco antes de la salida, sir John Moore ordenó que las mujeres y los niños nos quedáramos en Lisboa, junto con el equipaje pesado, algunos enfermos y una parte de las tropas, con el fin de que no nos viéramos sometidas a grandes sufrimientos y privaciones, e incluso recomendó que se nos diera algo de dinero por si queríamos regresar a nuestra tierra en alguno de los barcos que aguardaban en el puerto. Pero la gran mayoría de nosotras decidimos desafiarlo y seguir a nuestros maridos, ya que para eso habíamos viajado hasta allí.

Entre todas nos las arreglamos para burlar los controles, que, por otra parte, no fueron muy rigurosos, la verdad sea dicha, debido a que los oficiales hicieron de nuevo la vista gorda para evitarse problemas, si bien a algunos no les agradaba demasiado la idea de tener que cargar con nosotras. Al fin y al cabo, el reglamento lo permitía y también tenía sus ventajas, aunque solo fuera por el hecho de que los soldados se mostraban más dóciles y disciplinados y resultaban más eficientes con sus esposas cerca. Así las cosas, el general Moore se mostró compasivo con nosotras y nuestros maridos y nos dio al final su consentimiento, lo que hizo que algunos lo tacharan luego de débil y negligente. En conclusión,

podría decirse que, para bien o para mal, nuestro ejército marchaba a la guerra en familia.

Pero ¡quién iba a imaginar en ese momento lo que nos aguardaba en el camino! La expedición contra los franceses en Portugal había sido pan comido, casi como un juego de niños, para el aguerrido ejército británico, aunque luego los generales no hubieran sabido sacarle partido a la victoria. De modo que eran muchos los que pensaban que la campaña española sería como un paseo triunfal por Hyde Park un día de domingo y que, en muy poco tiempo y sin ninguna dificultad, lograrían empujar a los franceses hasta el otro lado de los Pirineos y, si se descuidaban, hasta el centro de París. Así de claro y así de fácil. La realidad, sin embargo, pronto se encargaría de desmentirlos de manera tajante.

El 11 de octubre los tambores tocaron la orden de abandonar el campamento para las primeras divisiones. Una semana después, la mayoría del ejército estaba ya en camino y, ocho días más tarde, el comandante en jefe salía de Lisboa con los últimos contingentes. Las mujeres de cada regimiento, acompañadas de sus correspondientes hijos, viajamos con el equipaje con dos horas de adelanto sobre los soldados. Desde el principio, la marcha resultó más fatigosa y difícil de lo previsto, sobre todo a causa del mal tiempo y de los graves problemas de avituallamiento, ya que uno de los contratistas portugueses había entrado en bancarrota a última hora y dejado a nuestro ejército completamente desabastecido; de modo que no dispusimos de ningún almacén de suministros a lo largo de la ruta y tuvimos que apañárnoslas con lo que llevábamos en los carros y lo poco que nos brindaron en los lugares por los que pasamos. Además, varios hombres, mujeres y niños murieron de disentería u otras enfermedades graves durante el trayecto. Pero todo esto, con ser muy grave, no fue nada en comparación con lo mucho que aún nos quedaba por padecer.

V

Como ya dije al principio, después de atravesar Portugal, las primeras tropas alcanzamos Salamanca el 13 de noviembre, aproximadamente un año después de que los franceses pasaran por allí camino de Lisboa y el mismo día en el que estos entraron en Valladolid. No obstante, todavía tendríamos que esperar la llegada de varios regimientos y, sobre todo, de la artillería, dirigida por el general Hope. En la ciudad, las noticias que nos aguardaban no eran nada halagüeñas. Por un lado, supimos que Napoleón estaba en la península y parecía dispuesto a ponerse personalmente al mando de sus tropas, un contingente de unos ochenta mil hombres, si bien luego nos enteraríamos de que, probablemente, no llegaban ni a la mitad, y amenazaba con una devastadora ofensiva. Por otro lado, el general Castaños, el vencedor de la batalla de Bailén, al mando del ejército del centro, se había ido en solitario a enfrentarse a los franceses, en lugar de esperarnos a nosotros, y no tardó en ser derrotado.

Asimismo, entre los soldados circulaba el rumor de que los refuerzos enviados desde Inglaterra al mando de sir David Baird para que se unieran a nuestro ejército habían arribado al puerto de A Coruña justo un mes antes, pero las autoridades de la ciudad les habían impedido desembarcar por falta de suministros. Esto los obligó a hacerlo de forma escalonada en pequeños destacamentos, lo que iba a provocar que llegaran con retraso al punto de encuentro.

En el tiempo en que permanecimos en la ciudad del Tormes, se produjeron, además, diversos incidentes entre los españoles y algunos de nuestros soldados, que no siempre se comportaban con la debida compostura, todo hay que decirlo. Entre las trapacerías propias de estos, estaba la de aplastar los botones de sus bonitos

uniformes con una piedra y hacerlos pasar por monedas entre los taberneros y vendedores de la ciudad, para gran enfado de estos, que los insultaban llamándoles pícaros y desalmados. Por su parte, los curas españoles, que en su mayoría eran muy belicosos y ultramontanos, se negaban a enterrar a los soldados anglicanos muertos a causa de alguna enfermedad en el cementerio católico, por muy aliados que fueran de su país. Por no hablar de las reyertas callejeras por cualquier motivo. Todo esto provocó que afloraran de nuevo los viejos recelos y volviera a instalarse entre unos y otros la desconfianza mutua. No en vano ambas naciones habían sido rivales encarnizadas en el pasado; de hecho, hacía apenas unos años, la flota española, aliada entonces de Francia, había sido aniquilada por la Marina Real británica. Y es que la historia a veces da muchas vueltas.

Por lo que a mí respecta, me pasaba la mayor parte del tiempo con sor María, con la que cada vez me llevaba mejor a pesar de nuestras muchas diferencias. Después de nuestra clase, yo la ayudaba a ordenar la biblioteca. En ella había muchos libros sobre teología, vidas de santos y espiritualidad, pero también sobre historia y geografía de España, viajes y peregrinaciones. En los ratos libres, sor María me leía algunos pasajes de aquellos que más me llamaban la atención y me mostraba los mapas y dibujos que los ilustraban, dado que yo sentía mucha curiosidad por su país. Asimismo, se paraba para comentarme alguna palabra o expresión o para ampliar algún dato.

De vez en cuando, eso sí, yo me escapaba con mi marido para dar un paseo por la ciudad. A ambos nos llamaba la atención la mezcla de desconfianza y derrotismo que se había instalado entre los habitantes de Salamanca. Niall me contaba que los oficiales británicos siempre se andaban quejando del escaso patriotismo y poco ardor de los españoles, quién iba a decirlo, y de la estulticia y fanfarronería de la Junta local, que hablaba más de la cuenta y prometía mucho más de lo que luego daba. En cuanto a las autoridades locales, debo decir que ninguna levantaba la voz, salvo para exhortar a los ciudadanos a mantener la paz, una paz que ocultaba una cruda guerra.

Durante nuestros recorridos, era frecuente ver a los hombres envueltos en sus capas, deambulando por las calles y plazas con gesto grave e indolente, tan distintos de esa gente impulsiva y apasionada que mi acalorada imaginación, excitada por algunas novelas románticas, esperaba encontrar allí. Todos ellos iban adornados con la misma escarapela con las iniciales de «Viva Fernando Séptimo», rey que en ese momento estaba en poder de Napoleón, al igual que su trono. Eso era a lo máximo a lo que parecía llegar su afán de combatir a los franceses, ya que la mayoría estaban movidos casi exclusivamente por su deseo de quitarle la corona a José Bonaparte, hermano del emperador, y devolvérsela a su legítimo propietario.

—¿Qué ha sido de aquel pueblo español que se levantó en armas contra el invasor en Madrid y otros lugares la pasada primavera? Por lo que cuentan, aquí fue el 4 de junio. Pero ahora tengo la sensación de que el país entero se encuentra en un estado de apatía absoluta; no se percibe ningún ajetreo, ningún esfuerzo, ningún anhelo, como si la guerra no fuera con ellos; de hecho, los irlandeses parecemos más entusiasmados que ellos —observé yo al pasar delante de una taberna donde los clientes mataban el tiempo bebiendo vino y jugando a las cartas rodeados de moscas.

—Eso explica que, entre los soldados españoles, haya tantos desertores o «dispersos», como los llaman aquí, o que muchos vuelvan a su casa con licencia. En realidad, no tienen intención de combatir. Por lo visto, confían en que las tropas británicas les saquemos las castañas del fuego y peleemos por ellos sus batallas —comentó Niall.

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo es posible que tengan el enemigo en casa y se estén tan quietos? —exclamé yo.

—Tanto es así —me explicó— que, días antes de nuestra llegada, un grupo de diez o doce dragones franceses se paseó por los alrededores de Salamanca sin que nadie les diera el alto ni les disparara un solo tiro. ¿Qué te parece?

Lo cierto era que costaba mucho trabajo aceptarlo a la luz de lo que nos habían contado sobre los españoles antes de llegar a la península, pero, miraras donde miraras, todo allí parecía muerto,

anticuado, vano e inútil. ¿Tanto habían cambiado las cosas desde el 2 de mayo? ¿Qué había sido de aquel levantamiento popular y espontáneo en las calles de Madrid? Tal vez la explicación de la falta de rebeldía de los campesinos castellanos estuviera en que estos apenas tenían tierras que defender frente al invasor; no en vano muchos habían sido desahuciados y se habían convertido en simples jornaleros o, incluso, en vagabundos y mendigos. Por otra parte, ya sabemos que los pudientes siempre se las arreglan para librar a sus hijos del sacrificio patriótico; por no hablar de su connivencia con los franceses, pues estos garantizaban para ellos el orden público. Pero ¿y los demás?

Asimismo, habíamos oído hablar mucho de algunas mujeres españolas que se habían distinguido por su gran arrojo y patriotismo en la lucha contra los franceses hasta llegar a convertirse en un símbolo de la guerra contra el invasor. Tal vez la más notoria fuera una a la que llamaban Agustina de Aragón, que había participado con gran valor en el sitio de la ciudad de Zaragoza. Pero había muchas más. Al parecer, algunas habían desarrollado su labor en la retaguardia, seduciendo y ejecutando a militares franceses, mientras que otras habían combatido en la defensa de algunas localidades, algo con lo que Napoleón no había contado. Pero lo importante era que, gracias a ellas, las mujeres comenzaban a ser tenidas en cuenta, al menos en ciertos lugares, aunque solo fuera para llevar a cabo tareas subalternas, tales como acarrear leña, víveres y municiones, hacer cartuchos, zurcir uniformes y asistir a los heridos, un poco como hacíamos nosotras.

En mis pensamientos, yo las imaginaba pasionales y orgullosas, de una belleza fiera y salvaje, dispuestas a superar los límites que les imponía su condición femenina y a sacrificarse por una causa justa. Pero la realidad cotidiana de una ciudad como Salamanca era muy distinta, pues yo había comprobado cómo la mayoría se encontraban ociosas, sin otra ocupación que llevar a cabo las tareas de la casa, así como participar en los oficios religiosos. Además de ser ingenuas y supersticiosas, estaban muy influidas por los curas y sometidas totalmente a sus progenitores y esposos.

En cuanto a la ciudad en sí, debo decir que me provocaba sensaciones muy encontradas, ya que la suciedad, estrechez y miseria de muchas de sus calles contrastaba vivamente con la belleza y el esplendor de algunos lugares, como la plaza Mayor, las catedrales, pues tenía dos, o ciertos edificios del Estudio. Sin embargo, carecía de teatros y otros sitios de esparcimiento, como si las diversiones, esas que yo solo conocía a través de las novelas, fueran incompatibles con una ciudad eclesiástica y universitaria. Debía de haber bailes, tertulias y veladas, claro está, pero de puertas para dentro. En general, parecía más bien un lugar soso, monótono y aburrido, como el paisaje de sus alrededores, tan distinto al de mi añorada Irlanda.

Recuerdo que me impresionó mucho la fachada de las Escuelas Mayores, el edificio del colegio mayor de Cuenca o el convento de los dominicos. Asimismo, me sorprendió enterarme de que en la universidad también había un colegio de los nobles irlandeses o de San Patricio. Según nos dijeron, había sido fundado hacía más de dos siglos para que en él pudieran estudiar teología los católicos de Irlanda, algo que no les estaba permitido hacer en su país. A Niall y a mí nos habría gustado entrar a saludar a nuestros compatriotas, pero la mayoría se habían ido a causa de la guerra y ahora el recinto estaba ocupado por una parte de nuestras tropas.

Un día en que andábamos por las orillas del Tormes, nos encontramos con un británico que estaba dibujando una vista de la ciudad, con el río y el puente romano en primer término y las numerosas torres al fondo, una imagen tan idílica que por un instante nos hizo olvidar que habíamos acudido allí para entrar en combate. Nos gustó tanto que nos paramos a hablar con él. Se llamaba William Bradford y era uno de los reverendos anglicanos que viajaban con nuestras tropas. Según nos dijo, le gustaba mucho pintar y en esos días no tenía mucho que hacer. Así que se pasaba las horas dando forma a aquellos edificios y personajes de la ciudad que le parecían más pintorescos y curiosos. Y lo cierto era que tenía muy buena mano.

Algunas semanas después, volví a encontrármelo, cuando

atravesábamos un pueblo en llamas plagado de cadáveres, mientras él se entretenía pintando a unos campesinos junto a una carreta de bueyes, como si a su alrededor no sucediera nada o fuera insensible a la tragedia que estábamos viviendo. No obstante, debo decir en su favor que, gracias a sus bellas estampas, aún podemos imaginar cómo eran algunos de los lugares que luego sufrieron los duros embates de la contienda o incluso fueron destruidos. Vaya lo uno por lo otro, aunque me habría gustado que mostrara también la otra cara, la de los estragos de la guerra.

Una mañana vino a buscarme al convento mi marido, muy inquieto y preocupado, tanto que no paraba de moverse y retorcerse las manos, como si hubiera hecho algo malo de lo que tuviera que avergonzarse.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Verás. Hace unas horas un oficial pasó por el convento y pidió voluntarios que supieran escribir, y, como me aburro sin hacer nada, levanté la mano —me explicó—. Yo pensé que sería para copiar alguna cosa en limpio o algo así. Pero resulta que era para llevar parte de la correspondencia del mismísimo comandante en jefe. Se trataba, en fin, de escribir cartas al dictado, y, claro, le tuve que confesar que eso no podía hacerlo. «Entonces, ¿por qué se ha presentado voluntario?», me preguntó él. «Yo pensaba que era para otra cosa», me justifiqué. «Pero ¿sabe usted escribir?», insistió. «Acabo de aprender a hacer las letras en estas últimas semanas», comenté yo. «¿Y quién le ha enseñado, me lo puede decir?», me soltó. «Mi esposa», le confesé. «¡¿Su esposa?! —exclamó él sorprendido—. Deduzco entonces que ella también está en Salamanca, ¿no es cierto?», añadió. «Eso es», confirmé. «Pues hágala usted venir de inmediato», me ordenó. De modo que aquí me tienes; seguramente, quiere comprobar si es verdad que sabes escribir con soltura, pues no acaba de creerme.

Confieso que al principio me aterró un poco la idea de tener que exhibir mis habilidades delante de un comandante en jefe, pero luego me lo pensé mejor y cambié de opinión; de esa forma

tendría algo útil que hacer y, de paso, podría conocer al famoso sir John Moore. Así que accedí.

El edificio en el que estaba alojado no se encontraba muy lejos de la plaza Mayor, en la de San Boal. Se trataba de un antiguo palacio con un bonito patio de doble galería. Tras cruzarlo, un soldado me llevó a su despacho, en la primera planta. Hasta entonces yo no había visto de cerca al general. De entrada, me pareció muy apuesto, de aspecto refinado y aire algo melancólico. Cuando se puso en pie para recibirme, vi que, además, era muy alto, gallardo y erguido. Tenía el rostro preocupado y ausente, como si en su interior se estuviera librando una batalla encarnizada entre ideas contrapuestas. Mi esposo me había contado en alguna ocasión que, entre los soldados, se le consideraba una persona valiente y con criterio y un instructor muy innovador en las artes de la guerra. Sin embargo, me dio la impresión de que, en ese momento, estaba perdido y sin saber qué decisiones debía tomar.

—Por favor, siéntese —me pidió—. Y dígame su nombre.

En el despacho había varias mesas llenas de mapas, libros y papeles. Después de decirle cómo me llamaba, me acomodé ante una de ellas, frente a él.

—¿Es verdad que sabe usted escribir con soltura? —me preguntó.

—Eso creo —le respondí yo, algo intimidada.

—Está bien, comprobémoslo.

A continuación, me pasó papel, tintero y pluma y me dictó algunas frases, que yo copié de inmediato ante su mirada escrutadora. Tan pronto terminé, observó el resultado de cerca con gesto aprobatorio. Y así fue como ese día comencé a trabajar para el general Moore, si bien iba a ser de forma ocasional y extraoficial. Él me explicó que eran muchas las cartas que al cabo del día tenía que escribir, por lo que necesitaba a veces refuerzos en su despacho. Pero yo creo que lo que pasaba era que no se fiaba de algunos de los hombres que le habían asignado para esas tareas; de ahí que le interesara alguien completamente ajeno a su círculo habitual.

Esa mañana me dictó varias misivas seguidas con voz segura y grata al oído. La más relevante estaba dirigida a sir John Hookham Frere, que era el representante británico ante la Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino, que, según me explicó, era la que ejercía en España el poder ejecutivo y legislativo durante la ocupación napoleónica, y en ella se veía con claridad que el general se estaba preparando para iniciar la retirada y volver a Inglaterra, pues no confiaba en poder resultar de ninguna ayuda en la península. Asimismo, era evidente que su ánimo se encontraba totalmente decaído a causa del panorama desolador que se había encontrado a su llegada a Salamanca. Aunque no la recuerdo, como es lógico, en su literalidad, sé que decía más o menos así:

> *No mantengo relación con ningún ejército español, ni tengo noticia de las intenciones del Gobierno español ni de las de sus generales. Castaños, con quien venía manteniendo contacto, fue destituido del mando en el momento en que esperaba noticias suyas. Y La Romana, con el que supongo tengo que relacionarme ahora, aunque oficialmente no me han comunicado nada, está ausente sabe Dios dónde. Entretanto los franceses están a cuatro días de marcha de aquí, mientras mi ejército todavía está agrupándose; no puedo saber el número de mis enemigos. Tampoco se me ha abierto ninguna vía de información y no llevo tiempo suficiente en el país como para poder conseguirla yo solo... Si las cosas siguen así, la ruina de la causa española y la derrota de nuestros ejércitos es inevitable; entonces será mi deber tener en cuenta únicamente la seguridad del ejército británico y tomar las medidas necesarias para sacarlo de una situación en que, sin la posibilidad de hacer nada útil, se expone a una derrota segura.*

La carta, en fin, no dejaba lugar a dudas sobre el sentir del general Moore en ese momento, y lo mismo pasaba con las otras que esa mañana me dictó, más o menos del mismo tenor y en torno al mismo asunto; en unas, tratado de forma general, y en otras, de manera más detallada. A todas otorgó su aprobación, visiblemente satisfecho y, cuando terminamos, me dio las gracias con

efusividad.

—Su caligrafía es excelente y su ortografía sin tacha. ¿Dónde aprendió usted a escribir así? —quiso saber el general.

—Es una larga historia —le dije yo.

—Ya veo que no le apetece hablar de ello —comentó de forma respetuosa.

—No merece la pena —señalé yo.

—En fin, si necesita alguna cosa, no dude en pedírmela. Estoy en deuda con usted —se ofreció.

—Para mí ha sido un placer ayudarlo —reconocí yo.

—No hace falta que le diga que todo lo que aquí se comente o se escriba es confidencial y cualquier revelación en este sentido puede ser considerada un acto de traición —añadió con otro tono —. Tenga en cuenta que de ello depende la seguridad y la vida de muchos hombres. No sé si me entiende.

—Por supuesto, no diré nada —le aseguré yo.

—Ni siquiera a su marido.

Naturalmente, esa noche se lo conté a mi esposo, pues confiaba en su total discreción y con él nunca había tenido ningún secreto. Espero que el general Moore me perdone por ello, y también por el hecho de que lo refiera ahora.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa en realidad? —preguntó Niall, algo confundido por lo que le había confesado.

—Al parecer, el general tiene orden de cooperar con los ejércitos españoles, pero, según sus informes, tales tropas apenas existen o están totalmente desperdigadas y sin medios para hacer frente a un enemigo tan poderoso como Napoleón, cosa que, por otra parte, él ya había augurado desde un principio. De modo que cualquier acción contra los franceses en este momento sería una temeridad —le expliqué yo.

—¡Pues estamos bien! —comentó con ironía.

Niall y yo llevábamos ya más de seis meses casados y, sorprendentemente, aún no me había quedado encinta. Pero, a principios de diciembre, volví a tener un retraso. En esta ocasión,

no quise comentarle nada a mi esposo hasta que pasara algún tiempo, no fuera a ocurrir como la otra vez, y, además, no deseaba añadir más preocupaciones a las que ya teníamos, pues no me parecía un buen momento para quedarme embarazada. Así que lo dejé pasar.

Los días se sucedían y las noticias que llegaban eran poco alentadoras o al menos contradictorias. La noticia, por ejemplo, de la caída de Madrid, donde las tropas de Napoleón fueron recibidas como si hubieran sido invitadas a una fiesta, había llegado tarde a la ciudad, y en los mentideros todo era incertidumbre y confusión. Los salmantinos, por lo general, se negaban a aceptar la realidad y desconfiaban siempre de aquellos que les traían tristes nuevas de fuera, de tal manera que los pocos viajeros y trajineros que por allí pasaban en esos días, en lugar de contarles la cruda verdad, la ocultaban o la disimulaban un poco con el fin de asegurarse de que serían bien recibidos y mejor tratados.

Mientras tanto, en el convento, las cosas no iban tampoco demasiado bien a causa de la negligencia y los malos modos de algunas de mis compañeras y del egoísmo y la intolerancia de muchas monjas y especialmente de la abadesa, que siempre andaba riñéndolas por todo, como si, amén de infieles, fueran niñas consentidas y malcriadas. Las comidas, además, solían ser más frugales de lo habitual en un convento, ya que, según las hermanas, éramos muchas y había muy poco para repartir; de tal manera que a veces nos quedábamos con hambre y teníamos que salir a la calle en busca de pan o alguna que otra vianda. A ellas, en cambio, se las veía bien alimentadas, pues debían de comer a escondidas, y no solo en el refectorio con nosotras.

Todo esto hizo que, con el paso de los días, las quejas por la escasez de las raciones arreciaran, sobre todo entre las anglicanas, a lo que las monjas hicieron oídos sordos, hasta que una mañana mi amiga Biddy, que poseía muy buen olfato para todo lo que tuviera que ver con la comida, descubrió una especie de despensa llena de manjares disimulada detrás de un gran armario ropero. Indignada y al mismo tiempo feliz por el hallazgo, me lo contó a mí para ver qué hacíamos. Tras hablarlo con varias compañeras,

Bridget y yo le exigimos a la abadesa que compartiera parte de las viandas con nosotras. Esta, sin embargo, no quiso ceder, con el pretexto de que no se sabía qué era lo que podría pasar en el futuro inmediato cuando entraran los franceses y tomaran por asalto la ciudad.

—Mientras esté en la península el ejército británico, eso nunca sucederá —me aventuré a asegurar yo en español, imbuida de patriotismo.

—Torres más altas se han visto caer —sentenció de pronto la abadesa con más convicción que yo.

—¿A qué torres se refiere la abadesa? —quise saber.

—A imperios mucho más antiguos e importantes que el de la pérfida Albión —me soltó esta con tono solemne y desafiante para zanjar la cuestión.

Como católica irlandesa, una vez más me sentí avergonzada por la actitud de la abadesa y la mayor parte de las monjas, pues no me parecía muy cristiana que digamos, y así se lo hice saber a sor María, que en parte y con la boca pequeña me dio la razón, añadiendo que, por desgracia, ella nada podía hacer al respecto, ya que estaba obligada por el voto de obediencia a no cuestionar las decisiones de su superiora.

—Recemos entonces para que no ocurra nada, pues la cosa está tensa —comenté yo con ironía.

—Es lo único que cabe hacer —convino la hermana, siempre tan resignada y obediente.

Por desgracia, esa misma tarde estalló una insurrección entre mis compañeras, que amenazaron con tomar el poder en el convento, y las monjas se quedaron tan asustadas que no tuvieron más remedio que ceder. Al final la cosa se solventó con una especie de banquete en el que participamos todas, incluidas las hermanas, que en adelante se vieron obligadas a abrir la mano. Así y todo, fueron muchas las inglesas que protestaron por la cena, ya que decían que la carne que nos habían dado tenía mucho ajo y aceite. Y es que algunas nunca estaban satisfechas; unas veces la comida les parecía muy escasa y otras, demasiado mala, o las dos cosas al mismo tiempo, valga la paradoja. De ahí que estas fueran las que

peor lo pasaron después, durante la campaña.

Por esos días, el general Moore volvió a pedirme que acudiera de nuevo a su despacho para ayudarle con la correspondencia. Esa mañana había una gran agitación en el palacio de San Boal, con oficiales y suboficiales que iban de un lado para otro a paso firme. De las cartas que ese día tuve que escribir al dictado pude deducir que, en las enviadas en jornadas anteriores, sir John había tenido a bien plantear al representante del Gobierno británico en España y a la Junta Suprema Central una prudente retirada hacia Portugal, a la espera de una mejor coyuntura. Pero ni Frere ni los españoles querían oír hablar de eso, y, ante su insistencia, debieron de instarlo a través de varios comisionados enviados a la ciudad para que se retractara y cambiara de parecer. De modo que a sir John Moore no le restaba ahora otra salida que comenzar a prepararse para presentar batalla a los franceses, aunque fuera sin demasiada convicción.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —me preguntó él de repente en un receso.

—Yo soy solo una mujer y no entiendo de estas cosas —le respondí con fingida humildad—. ¿Acaso hay alguna cosa que no vea usted clara?

—Veo con tanta claridad mi situación como la ven los demás —me explicó el general—; es decir, que no puede estar peor, ya que no hay ningún ejército español para prestarme la más mínima ayuda. Únicamente el marqués de la Romana está tratando de reunir en León los restos del llamado ejército del norte, unos diez mil soldados, la mayoría reclutas sin experiencia. Pese a ello, estoy decidido a llevar a cabo la reagrupación de mis tropas y a probar fortuna si eso es lo que me piden. Tal y como están las cosas, es evidente que no tenemos nada que hacer aquí, pero, ya que hemos venido, no podemos abandonar a los españoles sin haber luchado antes. Eso también lo tengo claro. De modo que mi única opción es ponerme en marcha, y eso es lo que voy a hacer, faltaría más. Pero me reservaré en la manga la carta de la retirada —añadió a modo

de advertencia.

—¿Qué quiere decir? —inquirí yo.

—Que, en caso de peligro manifiesto, lo primero que haré será tratar de poner a salvo a mi ejército —aseguró con firmeza.

Después hablamos de la situación de España, de lo engañado o mal informado que estaba Frere, que le había aconsejado que marchara con su ejército hacia Madrid sin tener en cuenta lo arriesgado de la acción, y de la falta de líderes en la Junta Suprema Central. Al comprobar que algunos nombres de lugares que él mencionaba me eran familiares, me preguntó si los conocía.

—Algo he leído —le expliqué yo.

—¿Acaso sabe español?

—Tan solo cuatro cosas que me ha enseñado la bibliotecaria del convento en el que estoy alojada —le informé yo.

—Es usted una caja de sorpresas —me dijo antes de despedirnos con cierta admiración.

Cuando esa noche le conté a Niall que la partida de Salamanca estaba próxima, no se lo podía creer. Estábamos en mi celda, sentados en la cama, y me miró como si le estuviera gastando una broma. Pero yo le comenté que iba muy en serio y que deberíamos estar preparados.

—¡¿Estás segura?!

—¿Acaso no me crees?

—Tendré que verlo para creerlo. Llevamos tanto tiempo aquí que ya no sé qué pensar —indicó.

—Eso es verdad, pero, por lo visto, ha llegado el momento en el que la decisión no puede postergarse más, no veas cómo está la situación —le informé.

—¿Y cómo es que el general te cuenta estas cosas? —me preguntó con tono suspicaz.

—No solo me las cuenta, también me pide opinión —puntualicé yo.

—¡¿Ah, sí?! Eso es que quiere algo contigo —dejó caer.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo, desconcertada.

—Que le gustas.

—¡Eso es ridículo! —rechacé.

—¿De qué te sorprendes? Eres una mujer muy hermosa e inteligente, y sir John, que yo sepa, no está casado —arguyó Niall.

—Y si así fuera, ¿acaso no confías en mí?

—Claro que sí. Pero él podría valerse de su autoridad y abusar de ti, aunque no quieras —argumentó.

—Jamás lo permitiría, no te quepa duda; y él, además, es una persona muy cortés, que te quede claro. Te ruego, por tanto, que no vuelvas a pensar en eso —le exigí yo, muy ofendida.

—Está bien, olvídalo. Te pido perdón —comentó, recogiendo velas.

—Estás perdonado, pero, para otra vez, ándate con más cuidado —le advertí yo.

—Descuida, lo haré —me aseguró con tono arrepentido—. Entonces, ¿el general se ha decidido a ponerse en marcha? —me preguntó para cambiar de tema.

—¡Qué remedio! Parece muy dispuesto a reunir todas sus tropas y ver qué pasa. Así que va a ser cuestión de unos días —aventuré yo.

—Pues por falta de ganas por nuestra parte no va a quedar, te lo aseguro; los soldados ya hace tiempo que estamos deseando medirnos con el enemigo y matar gabachos —aseguró con convicción.

—¡No sabía que tuvieras tanto afán de entrar en acción! —exclamé.

—Claro que sí —aseveró, convencido—; para eso hemos venido hasta aquí, ¿no te parece?

—En todo caso, que sea lo que tenga que ser de una vez. Yo también estoy aburrida de tanto esperar. Llevo días pidiéndole a Dios que nos permita salir del convento y abandonar esta ciudad —confesé.

Muy pronto me arrepentiría de haber deseado tal cosa.

VI

A los pocos días, concretamente el 10 de diciembre, aproximadamente un mes después de la llegada de las tropas a la ciudad, los primeros grupos empezamos a marchar hacia el norte. La víspera, un oficial, siguiendo órdenes de sir John Moore, trató de convencernos a las mujeres, con muy buenos modales, de que accediéramos a volver a Lisboa con un pequeño retén, para desde allí regresar en barco hacia Inglaterra. Pero solo unas pocas aceptaron la propuesta, y, desde luego, yo no fui una de ellas. Lo único que podía haberme disuadido de continuar era la posibilidad de estar encinta, pero de eso aún no tenía una total certeza. Así que me mantuve firme, al igual que Biddy y casi todas las demás. Ahora que por fin nos movíamos, no íbamos a dejar a nuestros maridos para tomar, además, un camino que se nos antojaba tan incierto como el que íbamos a emprender. ¡Qué equivocadas estábamos!

Abandonamos la ciudad casi a hurtadillas, para gran alivio de todos sus habitantes y especialmente de las hermanas del convento de Santa Clara, con las que cada vez teníamos más roces y disputas, y no solo por cosas de comida; también por cuestiones religiosas y de moral, ya que las monjas seguían convencidas de que las inglesas eran unas paganas de vida alegre, mientras que estas no se cansaban de proclamar que las hermanas eran, literalmente, unas inquisidoras. Y lo cierto era que estas estaban tan hartas de nosotras que ni siquiera se dignaron despedirnos, como si fuéramos unas apestadas. Antes de irme, pregunté por sor María a la hermana portera, pero esta me dijo que no la había visto, lo cual me extrañó, dado que estaba enterada de nuestra partida. Me hallaba ya en el portal cuando mi querida monja me salió al encuentro para darme un abrazo y regalarme un libro.

—Toma, se trata de un florilegio con sentencias y citas de Santa Teresa de Jesús, de la que te hablé hace unos días, para que te guíe y te acompañe durante el camino, pues ella fue también una gran viajera, y, sobre todo, para que te acuerdes de mí —me explicó con voz emocionada.

Conmovida, yo le regalé mi ejemplar de *El monje,* con el ruego de que no intentara leerlo ni se lo mostrara a nadie, no fuera a ser que la denunciaran ante el Santo Oficio, y le di un beso en la mejilla en señal de adiós, que la hizo ruborizarse un poco. Una vez en la calle, abrí al azar el de la santa y, en el comienzo de una de las páginas, leí algo que me turbó: «Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por aquellas que permanecen desatendidas». De alguna forma, me recordó aquel dicho que reza: «Ten cuidado con lo que deseas, porque se puede cumplir». Y vaya si fue así.

Fuimos saliendo de Salamanca de manera escalonada; de tal forma que el cuerpo principal llevaba un día de delantera sobre la reserva, con la que solía ir, por cierto, el general Moore, y esta, unas horas sobre la retaguardia. Como ya comenté, las seguidoras del campamento de cada regimiento íbamos con el equipaje; de hecho, eran muchos los que nos llamaban con ese nombre o, peor aún, con el de *bolsa vieja,* pues nos consideraban una parte de la impedimenta, y no precisamente la más valiosa, algo que de entrada no resultaba muy respetuoso ni halagador. Para los mandos, desde luego, no éramos más que un estorbo, un lastre y, por lo tanto, una preocupación añadida y, a veces, un problema, ya que algunos soldados solteros se sentían incómodos o trataban de propasarse con nosotras y eso generaba algunas disputas y tensiones.

Salvo las esposas de los oficiales y algunos casos muy excepcionales, las mujeres no podíamos ir subidas en los carros ni siquiera cuando estábamos enfermas, dado que estos estaban reservados para los soldados heridos, las armas, los pertrechos y los víveres, que eran para el ejército lo prioritario. De modo que, al

igual que la infantería, las mujeres teníamos que ir caminando, si bien había unas cuantas que, por tener algún dinero, podían permitirse el lujo de comprarse un asno e ir más ligeras y descansadas. Este era el caso de Bridget, que con gran sacrificio había logrado adquirir una burra en el mercado de Salamanca, a la que apodaba cariñosamente la Reina de España, nunca supe por qué, pues ella era una republicana irlandesa convencida.

Algunas incluso llevaban pegados a sus pechos o a sus espaldas, en una especie de hatillo, a uno o dos bebés, a los que de cuando en cuando tenían que amamantar o limpiar sobre la marcha para no quedarse rezagadas. Muchos acababan de venir al mundo, y otros seguirían naciendo a lo largo del camino; tal vez también el mío. A los que ya podían andar, los llevaban cogidos de la mano o atados a una cuerda, como perritos falderos, que daba pena verlos, pues enseguida se cansaban y no paraban de llorar o protestar, y esto hacía que sus madres se desesperaran. Mientras los miraba, pensaba en el que podría estar gestándose en mi interior y me entraba cierta tristeza por la posibilidad de tener que alumbrarlo y criarlo en tales circunstancias, lo que no quitaba para que deseara tenerlo con todas mis fuerzas.

Como en ese momento íbamos a adentrarnos en territorio enemigo, teníamos orden de permanecer en la retaguardia, salvo que se nos indicara otra cosa, procurando no quedarnos demasiado atrás, ya que eso haría que la marcha fuera más lenta para todos; y, en caso de huida o retirada, debíamos intentar ir delante, siempre que se pudiera. Si el tiempo era bueno, hacíamos una media de veinte millas por día, que variaba según fueran las dificultades del camino. A veces, parábamos para descansar y recuperar fuerzas. Al principio, nos ayudábamos las unas a las otras si se producía alguna caída o algún otro percance o si teníamos alguna necesidad, pero luego, cuando las cosas se fueron poniendo feas, cada una iba a su avío, sin preocuparse mucho por las demás, pues ya tenían bastante con lo suyo, aunque siempre había excepciones, a Dios gracias.

A pesar de que el esfuerzo realizado era muy parecido, a las mujeres la intendencia nos reservaba para comer la mitad de lo

que se les daba a los hombres, esto es, media ración, salvo el alcohol, claro está, que a nosotras no nos estaba permitido; y eso siempre que realizáramos alguna labor en el campamento. A los niños les destinaban tan solo un cuarto de ración, lo que a todas luces resultaba insuficiente. Pero eso era lo que marcaba el reglamento; ofrecerle algo más era responsabilidad de la madre. También había soldados que sacrificaban una parte de su ración para alimentar a su esposa y a sus hijos; así lo hacía Niall conmigo cuando tenía ocasión. Pero, con frecuencia, teníamos que buscarnos la comida por nuestra cuenta, ya fuera robando en alguna huerta o comprando en una tienda o a algún particular. Lo primero, eso sí, estaba castigado y lo segundo, prohibido, puesto que el ejército tenía preferencia para hacerse con cualquier producto disponible en aquellos lugares por los que pasábamos; de modo que, si nos pillaban con alimentos, los oficiales podían confiscárnoslos. No obstante, se servían de nosotras para conseguirlos de tapadillo si era preciso; de hecho, en los primeros días, algunas llegaron a montar una especie de cantina en uno de los carros, donde se vendían licores y comida, pero esto terminó muy pronto por falta de género o mercancía.

Por otra parte, debo decir que, desde que llegamos a Portugal, poco a poco se habían ido sumando otras mujeres —españolas y, en menor medida, lusas— a nuestro grupo; la mayor parte de ellas eran amantes de soldados, que abandonaban los hogares familiares, generalmente pobres, para ponerse bajo su protección. También había algunas busconas y mujeres de la vida, lo que incomodaba mucho a las legítimas y a las no tan legítimas esposas, que siempre andaban preocupadas por la mala fama que ya de por sí arrastrábamos debido a la dudosa honorabilidad que se nos atribuía; en esto las monjas no eran una excepción. Por supuesto, las recién llegadas no tenían, en principio, derecho a nada, ni siquiera a la media ración, lo que no quitaba para que algunas de mis compañeras las vieran como enemigas y rivales; de hecho, hubo varios altercados entre unas y otras por culpa de algunos maridos no demasiado fieles, que se saldaron con la expulsión de la supuesta causante del revuelo.

En cuanto a las esposas de los oficiales, debo decir que iban por separado, generalmente en carro, si bien alguna iba a caballo, y acompañadas de criadas. En el campamento, hacían rancho aparte y se daban muchas ínfulas. Yo, desde luego, jamás tuve contacto con ninguna de ellas, y a mucha honra. Por lo general, trataban con desprecio a las mujeres de los soldados rasos y siempre andaban protestando por cualquier cosa y haciendo toda clase de remilgos, como si fueran princesas. De hecho, algunas se vestían como tales cuando llegábamos a una ciudad o a un pueblo grande, pero enseguida se manchaban de fango, como las demás.

Aparte de las mujeres, que éramos más de un millar, había otros seguidores del ejército, como médicos, cirujanos, abogados, encargados de la intendencia, comisarios de abastos, arrieros, mozos de recua, mayorales, pastores, carreteros, herradores, empleados y funcionarios diversos y sirvientes privados de algunos oficiales... En total, varios centenares. A pesar de su situación ambigua, todos ellos formaban parte de una manera u otra del ejército y, por lo tanto, estaban sujetos a las mismas leyes que los soldados, otra cosa era que estas se respetaran. Si ahora los menciono aquí, es porque rara vez se acuerdan de ellos en las crónicas históricas y periodísticas.

En la primera jornada llegamos al pueblo de Alaejos, donde el general Moore pudo comprobar, a través de varios despachos que casi por azar fueron a parar a sus manos, que el enemigo no sabía nada acerca de nuestra verdadera posición. Así que ordenó iniciar la marcha hacia Toro con la idea de salir cuanto antes al encuentro de las tropas del general Baird y, una vez agrupados, tratar de coger por sorpresa al mariscal Soult, comandante en jefe del ejército francés, cuyas tropas se concentraban entonces en Carrión de los Condes, ya que este pensaba que en realidad estábamos huyendo hacia Portugal, que habría sido lo natural, y no caminando hacia sus posiciones.

El invierno ya estaba ahí y los pueblos que atravesábamos eran tan pobres que en ellos no había mucho que llevarse a la boca. Lo poco que tenían lo guardaban bajo llave o lo escondían

como podían para que no se lo quitáramos o tratáramos de comprárselo a la fuerza. En algunas aldeas incluso abandonaban sus casas y se refugiaban en el monte, en cuevas o chamizos, ante la llegada de nuestras tropas. Según me dijo una mujer muy anciana, ese año, como el anterior, la cosecha había sido mala y apenas si tenían para subsistir, y eso sin contar con la rapiña y las exacciones de los franceses, que aplicaban con rigor el principio de que la guerra se ha de alimentar a sí misma. Por lo que yo pude ver, eran campesinos realmente pobres, como nosotras y nuestras familias, acostumbrados a pasar hambre y todo tipo de necesidades, y, por lo general, desconfiados y recelosos, y más ante el extranjero, aunque supuestamente hubiéramos acudido allí para ayudarlos y protegerlos, cosa que, de momento, para ellos no estaba del todo clara.

No obstante, en un pueblo de la diócesis de Zamora, Biddy y yo nos encontramos con un granjero que poseía varios panes para vender al mejor postor; cada uno pesaba alrededor de tres libras y olían todavía a recién hechos. El hombre tenía una edad indefinida; con la piel muy curtida y las manos sarmentosas, como si tuviera alguna enfermedad. Llevaba una capa de paño de color pardo hecho con lana de oveja que parecía proteger muy bien del frío y la lluvia. Después de saludarlo, le pregunté que cuánto quería por las hogazas. Al principio se mostró muy desconfiado y me pidió una fortuna, pero, tras mucho regatear, le pagamos por todas ellas la cantidad equivalente a unos cinco chelines, que seguía siendo mucho dinero, pero la mercancía lo valía.

Cuando tratamos de reincorporarnos al regimiento, descubrimos que nos habíamos extraviado y no sabíamos qué camino tomar. De modo que vagamos perdidas durante un buen rato por una llanura pelada e inmensa donde apenas había poblaciones. Tampoco lucía el sol, por lo que no era fácil orientarse. Yo estaba un poco asustada y no dejaba de pensar en Niall. Biddy, sin embargo, supo mantener la calma y me dijo que no me preocupara, que tarde o temprano aparecería alguien, aunque yo no las tenía todas conmigo y cada vez estaba más desesperada. Por suerte, cuando ya empezaba a caer la tarde, pasó

un grupo de soldados de nuestra retaguardia que se ofreció a conducirnos hasta el campamento a cambio de quedarse con la mitad de los panes, y, al final, no tuvimos más remedio que aceptar, ya que, si nos denunciaban al capitán, corríamos el riesgo de perderlo todo, incluida la burra.

Esa noche, a la hora de la cena, dividimos los sobrantes y los compartimos con otras mujeres y nuestros maridos, sin dejar ni una sola miga. Niall, por su parte, había intercambiado con Brian su apreciada ración de ron por algo de carne seca para mí. Y, con esas y otras triquiñuelas, íbamos tirando sin querer pensar en el día de mañana, pues estábamos convencidos de que para entonces Dios proveería, del mismo modo que sustentaba a las aves del cielo y a los lirios del campo. Pero eso debía de ser en primavera, no en otoño o en invierno.

En aquellas primeras jornadas, nuestra marcha fue un tanto errática. Tan pronto avanzábamos como retrocedíamos, caminábamos campo a través o zigzagueando, andábamos deprisa o nos deteníamos a la espera de nuevas órdenes, lo que a las mujeres del campamento nos tenía muy desconcertadas, tal vez por nuestra poca experiencia en cuestiones militares. Claro que, en esos días, tampoco nuestros maridos sabían mucho más que nosotras. Los planes del general Moore eran un misterio para todo el mundo.

Cuando Niall venía a verme al campamento, yo le preguntaba por lo que pasaba delante, y él siempre me respondía: «¡Nada, lo mismo que aquí!». Y de ahí no lo sacaba. Recuerdo que un día se puso muy enfurruñado cuando le pedí más explicaciones.

—Lo único que los oficiales nos dicen es que debemos estar siempre en estado de alerta, por si hay que salir raudos o prepararse para defendernos de un posible ataque del enemigo —me comentó—. Pero nosotros lo que queremos es combatir a campo abierto como animales de presa, en lugar de estar siempre dispuestos a huir como conejos. De modo que no acabamos de entender tanto titubeo por parte de nuestro comandante en jefe —añadió con algo de retintín.

—Sus razones tendrá para actuar así; cuando se es responsable de la vida de tanta gente, conviene obrar con cautela,

¿no te parece? —lo justifiqué yo.

—Una cosa es ser cauteloso y otra muy distinta ser un pusilánime —me replicó él.

—¿Y esa palabra dónde la has oído? —le pregunté yo con tono burlón.

—Es lo que dice mi amigo Brian —me informó en voz baja.

—O sea que él tampoco está muy de acuerdo con el general Moore —dejé caer yo.

—Calla, por favor, que pueden oírte —me rogó—. Brian admira mucho a sir John, pero no está de acuerdo con algunas de sus decisiones; eso es todo, y recuerda que yo no te he dicho nada. Me pidió que no se lo contara a nadie, ni siquiera a ti. Pero contigo no puedo tener secretos.

—Pues ya somos dos —bromeé yo.

VII

En el campamento, la vida discurría, por lo general, más o menos plácida y entretenida, ya que nunca faltaban cosas que hacer, debido a que nuestros maridos, fuera de marchar o participar en alguna escaramuza, lo que los dejaba terriblemente agotados, eran incapaces de valerse por sí mismos. Nosotras, sin embargo, estábamos siempre de guardia y a mano para prestarles todo tipo de ayuda; además de lavar, coser y cocinar, nos ocupábamos de limpiar las armas y los correajes para que siempre los tuvieran en perfecto estado de revista, ya que el general Moore era muy estricto con esas cosas. En su opinión, de ellas podía depender el éxito en una maniobra y hasta en una batalla, y tal vez no le faltara razón.

Las madres tenían también que atender y criar a sus hijos durante los periodos de descanso: alimentarlos o darles de mamar, entretenerlos con algún juego o alguna fábula, cuidarlos si estaban enfermos y curarles las posibles heridas. En tales momentos, yo las miraba con cierta envidia. Pero luego, cuando había que ponerse de nuevo en marcha, me alegraba de no ser madre todavía y le pedía a Dios que la criatura que probablemente estaba en camino naciera una vez que todo aquello hubiera terminado. Por otra parte, me habría gustado enseñar a los niños del campamento a leer y escribir, mas no había tiempo ni medios para eso.

De cuando en cuando, asistíamos a algún servicio religioso, pues tan solo había un par de capellanes católicos para toda la tropa irlandesa y acompañantes, que además iban por libre y sin que les pagaran ni un solo penique, no como los reverendos anglicanos, que formaban parte del ejército. Según costumbre, la ceremonia tenía lugar en una explanada con los soldados y sus esposas e hijos formando un círculo. El sacerdote se situaba en el

centro con la Biblia abierta sobre un gran tambor, ayudado por algún que otro acólito. Sus homilías solían ser breves y poco profundas, pues no había tiempo para más. En ellas trataba de confortarnos y darnos ánimo para soportar con resignación cristiana lo que Dios Nuestro Señor tuviera preparado para nosotros. Asimismo, nos aconsejaba que, por muy mal que nos fuera, no dejáramos nunca de confiar en Él, ya que, como me dijo una vez sor María: «Dios aprieta, pero no ahoga», si bien, a veces, me daba la impresión de que se le iba un poco la mano.

Las comidas las hacíamos casi siempre durante la marcha, sin detenernos demasiado, pues tampoco había mucho que llevarse a la boca y todo estaba muy racionado y con frecuencia en un estado lamentable. Al principio, cuando había ocasión, cocinábamos de prisa y corriendo lo poco que la intendencia había conseguido para que en nuestro cuerpo entrara algo caliente y engañara al estómago: patatas, berzas, gachas..., acompañadas, cuando las había, de unas virutas de carne seca. Lo preparábamos sobre una especie de trébede de metal. Pero eso se acabó desde el momento en el que las cosas comenzaron a complicarse.

Generalmente dormíamos junto al fuego, con el cielo por dosel y la hierba por almohada, ya que no teníamos tiendas ni en los pueblos y ciudades había alojamiento para todos, solo para unos pocos privilegiados. Para cubrirnos, únicamente teníamos una manta muy fina que solía estar empapada y olía a humedad, lo mismo que las diferentes prendas que llevábamos encima para tratar de mitigar el frío: camisa, blusa y corpiño, de un lado; enagua, falda y refajo, de otro; y, para cubrirnos, un abrigo o una capa de felpilla y un gorro negro de campesina. Muy pronto descubriría, eso sí, que la ropa seca iba a ser un lujo muy escaso, ya que, como no paraba de llover y nunca daba tiempo a que se secara como es debido, casi siempre estaba mojada, lo que hacía que cada día la marcha fuera más desagradable. Y eso que, por mi trabajo, yo estaba muy habituada a estar empapada durante horas, incluso en pleno invierno.

En fin, todo esto provocaba que las enfermedades se cebaran con nosotras y con los niños. Para curarlas, no teníamos otra cosa

que los remedios caseros que habíamos aprendido de nuestras abuelas, como las cataplasmas, las infusiones y los emplastos, pues los médicos bastante tenían con atender a los soldados. En los casos muy graves, si no encontrábamos un transporte adecuado, no había otra solución que llevar a la enferma entre varias o subirla a uno de los asnos.

Ni que decir tiene que nosotras también estábamos expuestas a morir a manos de los franceses en cualquier momento si las cosas se ponían demasiado feas; al fin y al cabo, éramos seguidoras del campamento. De hecho, en los momentos de peligro, a nuestros maridos se les presentaba un terrible dilema: obedecer las órdenes que les dieran sus mandos, como era su obligación, o tratar de proteger a sus esposas, como habían prometido que harían cuando contrajeron matrimonio. Para los oficiales, claro está, se trataba de un conflicto de lealtades en el que siempre habría de primar la obediencia debida al ejército, con quien en verdad los reclutas estaban casados, al menos durante el tiempo de su alistamiento; de no ser así, serían juzgados en un consejo de guerra o, en el mejor de los casos, expulsados del regimiento y condenados a pasar hambre y humillaciones, y sus esposas con ellos, no hace falta decirlo. Así que, para sobrevivir, debíamos hacer alianzas entre nosotras.

Bridget y yo nos entendíamos muy bien y siempre nos dábamos buena maña para conseguir comida y bebida, aunque para ello tuviéramos que enfrentarnos al capitán preboste, que nos tenía bien enfiladas. Pero mi amiga insistía a menudo en desafiar las órdenes de permanecer en retaguardia y prefería caminar en primera línea de marcha, encaramada en su burra. Con ella se adentraba en los lugares más recónditos y rara vez venía de vacío. Por lo demás, era muy generosa conmigo y siempre tenía una palabra de ánimo o de consuelo. No sé qué habría sido de mí sin mi querida Biddy durante aquellas primeras semanas.

Asimismo, ejercía de comadrona en algunos de los partos que acaecían en el campamento, pues, al parecer, tenía experiencia de ello y muy buena mano. Y, por si todo eso fuera poco, también era

muy ingeniosa y divertida, cosa muy de agradecer en tales momentos. Son tantas las anécdotas que en esas terribles jornadas me hicieron reír que me cuesta elegir una. No sé por qué, recuerdo ahora un día en que estábamos lavando en un río, de rodillas junto al agua y con las faldas bien remangadas para que no se nos mojaran del todo, y apareció un joven soldado, apenas un muchacho imberbe, que miró a mi amiga y se quedó como obnubilado.

—¿Estás herida? —le preguntó él de pronto.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber ella.

—Por la sangre que te gotea por los muslos —le explicó él muy asustado.

—Pues no me había dado cuenta —comentó Bridget, tras echarle un vistazo a sus piernas—. Es que ha venido a visitarme Mary la Colorada y he olvidado ponerme un paño —añadió mientras se las limpiaba con el dorso de las manos, después de mojarlas en el río.

—¡¿Mary la Colorada?! —inquirió el muchacho extrañado.

—¡No me digas que no sabes lo que es! ¿Acaso no tienes novia? —preguntó Biddy con sorpresa.

—Me alisté con dieciséis años; apenas he tenido tiempo de andar en serio con chicas —se justificó él.

—¿Tampoco has estado con ninguna muchacha desde que estás en el ejército? —inquirió mi amiga.

—De momento, no he tenido oportunidad —aseguró él.

—Pues has de saber que, a las mujeres, la matriz nos sangra todos los meses, cuando somos fértiles, y ello nos provoca un gran dolor en las entrañas. Vosotros solo la derramáis cuando os hieren en una batalla u os peleáis en una tasca, y, encima, estáis tan beodos que no os enteráis de nada. Por no hablar ahora del alumbramiento, que eso sí que es una carnicería, y no vuestras contiendas —añadió Biddy con cierta sorna y ánimo provocador—. El parto, hijo mío, es nuestro campo de batalla. ¿A ti te parece justo?

—Yo de esas cosas no entiendo, señora —se disculpó él, alejándose a buen paso, temeroso y avergonzado.

—Por supuesto que no; si apenas eres un niño —concluyó mi compañera entre risas y guiñándome un ojo.

En otra ocasión, se cruzó con un aldeano que iba sobre un asno y que con gestos le propuso intercambiar sus jumentos, dado que él necesitaba una burra para que la montaran en la cuadra y le diera pollinos, a lo que Biddy respondió que tal cosa no podía ser, pues la suya era de sangre real, pero que, si quería, con gusto trocaría el contenido de sus alforjas, ya que había visto que las del hombre iban cargadas de chacinas, probablemente para ser vendidas en algún mercado. Pero el aldeano le contestó que, si deseaba la carga, tendría que hacerse cargo también del rucio. Y mi amiga le replicó, con mucha sorna, que a su burra no la cambiaba ella ni por todo el oro y la plata de las colonias, y menos para que la preñara un jumento cualquiera, que no en vano era la Reina de España. A mí eso me hizo tanta gracia que no paré de reír en mucho rato, a pesar del frío y la fatiga que llevaba encima.

Después de varios días de camino, confluimos con las tropas de refuerzo en una localidad llamada Mayorga. Luego seguimos ruta y, en nuestro recorrido, pasamos por un pueblo, de cuyo nombre no logro acordarme, que días antes había sido ocupado por los franceses, por lo que sus habitantes habían huido. En él hallamos un pequeño almacén lleno de provisiones, que ninguno de los nuestros se atrevió a probar. Por lo visto, un arriero había oído contar a un soldado veterano que los gabachos tenían la costumbre de poner veneno, probablemente arsénico, en la comida que dejaban tras ellos, en lugar de destruirla, como solíamos hacer nosotros, para que no pudiera ser aprovechada por el enemigo. Sin duda lo suyo era mucho más refinado, suponiendo que fuera cierto, pues, como dije, nadie se paró a comprobarlo, ni siquiera los más golosos y hambrientos, que eran la mayoría.

Desde allí emprendimos el camino hacia Saldaña, donde se encontraban atrincheradas las tropas francesas. Pero, antes de llegar a nuestro destino, lord Henry Paget, al mando del 10.º y el 15.º regimiento de Húsares, en una marcha nocturna y bajo un frío

glacial, sorprendió y derrotó con claridad a una fuerza de setecientos jinetes enemigos en la ciudad de Sahagún; de ellos más de cien murieron y unos ciento cincuenta fueron hechos prisioneros, incluidos dos tenientes coroneles, para gran alegría de nuestros oficiales. Aunque el terreno era muy irregular y estaba totalmente cubierto de barro y de nieve, la caballería británica logró su objetivo con gran eficacia y rapidez, demostrando de forma clara su superioridad, lo que hizo crecer la moral de nuestras tropas y las ganas de pelear.

En ese momento, apenas nos separaban veinticinco millas de las tropas francesas, que ignoraban todavía nuestra presencia en la zona, y ello nos daba bastante ventaja. No obstante, corríamos el peligro de vernos rodeados en cualquier momento por las fuerzas del enemigo, sin posibilidad de avanzar ni de emprender la retirada. A pesar de ello, el general Moore decidió presentar batalla en Carrión de los Condes el 23 de diciembre. Pero resulta que ese mismo día sir John recibió la noticia de que todos los efectivos franceses estacionados en las cercanías de Madrid, unos cuarenta mil soldados bien experimentados, después de una campaña fulgurante, estaban siendo enviados hacia el noroeste de la península, con el propio Napoleón a la cabeza. Este había llegado a declarar en una arenga que muy pronto arrojaría de la península a ese ejército británico enviado a España, no para socorrerla, sino para perderla de forma vergonzosa y cobarde. De modo que, para el comandante en jefe, ya no tenía mucho sentido tratar de entrar en combate con el mariscal Soult, como tenía previsto, dado que muy pronto este recibiría grandes refuerzos, y la derrota podría significar la pérdida del ejército británico, no solo para la causa de España, sino también para el Reino Unido.

¿Dónde estaban, mientras tanto, los ejércitos españoles? Con sus maniobras, el general Moore había logrado alejar a los franceses de lo que quedaba de ellos, pero estos seguían sin aparecer, ni se les esperaba, salvo al maltrecho ejército del norte. Así que, de momento, los británicos no podían hacer nada más. Según le contó Brian a Niall con gran decepción, había llegado la hora de cancelar el avance de nuestras tropas hacia el enemigo,

abandonar el anhelado campo de batalla y llevar a cabo lo que sir John llamaba entonces un «repliegue táctico» o, lo que es lo mismo, una retirada a tiempo.

Esto quería decir que nuestro objetivo no era ya hacer frente a los franceses, sino llegar al puerto de A Coruña o al de Vigo, que era el aconsejado por la Marina Real británica, lo más rápidamente posible y evitar así ser interceptados o tener que entablar combate abierto. Y es que, a juzgar por algunos informes de campo, que no siempre eran fiables, nuestro contingente era muy inferior en número y armamento al del enemigo. Pero ni siquiera esa decisión estaba del todo clara para muchos de sus oficiales, que todavía confiaban en poder hacer frente a los franceses en tierras leonesas. Por lo visto, el general Moore llevaba sus planes casi en secreto y solo los debatía con unos pocos, ya que no se fiaba de la mayoría de sus subordinados. En cuanto a nuestros adversarios, era evidente que no iban a dejar que nos marcháramos así como así. Lo único que faltaba saber era hasta dónde y de qué manera nos perseguirían.

VIII

Iniciamos la retirada propiamente dicha el día de Nochebuena, volviendo en principio sobre nuestros pasos; de modo que los que antes habían sido punta de lanza por un momento se convirtieron en rezagados. Los villancicos y celebraciones navideñas se vieron sustituidos, a su vez, por una caminata fría y silenciosa —bajo la blanca nieve, eso sí—, y ello nos hizo a todos echar de menos nuestra infancia junto al fuego familiar, incluso a los que no teníamos mucho que añorar. Esa noche, después de la humilde cena en un granero sin techumbre, yo le regalé a Niall una rama de acebo que había arrancado por el camino y él a mí una corteza de pino en la que había grabado nuestros nombres con su bayoneta, y ello nos provocó una sonrisa. Después de besarnos con pasión, nos hicimos la promesa de que, pasara lo que pasara, los dos sobreviviríamos y cuidaríamos el uno del otro.

Al día siguiente, nos levantamos muy temprano. Para entonces, los senderos y calzadas habían comenzado a cubrirse con una fina capa de hielo, frágil y resbaladiza, que nos obligaba a andar con sumo cuidado. La niebla no nos dejaba ver al que iba a tres palmos de nosotros y el frío era implacable como una maldición. Por delante se nos presentaba una larga y peligrosa marcha que pronto discurriría entre montañas, con senderos empinados y serpenteantes y poblaciones que no podrían darnos refugio ni abastecernos de comida ni de combustible para hacer fuego.

Iban a ser mis primeras Navidades lejos de casa y las primeras con Niall, y, de momento, no estaban resultando demasiado prometedoras. Esa época suele ser una buena ocasión para hacer balance. Mi esposo y yo llevábamos algo más de medio año casados y ese tiempo había servido para que nos quisiéramos cada

vez más y nos conociéramos mejor. Pero la campaña no pintaba muy bien. Nos esperaban días difíciles. De todas formas, eso no habría importado si de verdad hubiéramos podido estar juntos y abrazarnos delante de la lumbre al acabar la jornada. No pedíamos más. Sin embargo, cada día nos veíamos menos, pues debíamos marchar separados, y, por la noche, no teníamos casi nada para cenar ni un lugar donde guarecernos a solas. Para eso habría sido mejor quedarnos en Irlanda.

El ambiente entre las tropas tampoco era muy bueno. La mayoría de los oficiales y soldados, incluido Niall, se sentían traicionados por su comandante y por el ejército español y no paraban de quejarse con gran amargura de que todavía no se les hubiera dado la oportunidad de enfrentarse a los franceses en una batalla abierta, después de la clara victoria obtenida por la caballería en Sahagún.

—¡Por San Patricio! ¿Es que no nos van a permitir pelear? —le oí decir a un joven recluta irlandés en una breve parada que hicimos para descansar, camino de Valderas.

—Al parecer, los vencimos con tanta facilidad que el general nos envía ahora a la muerte para que podamos volver a enfrentarnos a ellos en el infierno —replicó un veterano con mucha sorna.

—Lo que tampoco entiendo es por qué los españoles no se levantan en armas contra los gabachos. ¿Acaso no tienen sangre en las venas? —comentó el primero.

—Tal vez se les haya helado con este frío del demonio; yo creo que en invierno se aletargan. Así que habrá que esperar a la próxima primavera —señaló el otro con humor.

Luego supimos que los españoles habían comenzado a criticar el comportamiento de sus aliados británicos tan pronto se enteraron de lo que estábamos haciendo. En realidad, casi todos los implicados parecían estar en contra de la decisión tomada por el general Moore. Pero para este no se trataba solo de una cuestión estratégica, sino también humanitaria, y eso era algo que los demás no podían comprender, como tampoco lo entendería el Gobierno británico, para el que la tropa era algo desechable y fácil de

sustituir. Pasara lo que pasara, sir John no estaba dispuesto a permitir que su ejército fuera masacrado por el enemigo; así que siguió adelante con su idea, pensando que los franceses en ningún caso nos perseguirían más allá de las montañas de León, ya que iban a estar sometidos a las mismas condiciones que nosotros y no dispondrían de las provisiones necesarias para resistir tan dura marcha.

Todo esto provocó un creciente descontento y una gran frustración en una parte de nuestras tropas, que, sedienta de sangre por no haber podido entrar en acción, se vengó en los habitantes de algunos de los lugares por los que pasamos, saqueando e incendiando las casas, violando a las mujeres y asesinando a los hombres que les ofrecían resistencia, algo que hasta ese momento jamás se habría creído propio de los soldados británicos, y menos en un país al que debían ayudar. Pero la culpa era también de ciertos oficiales, que se mostraban negligentes a la hora de impartir órdenes e imponer disciplina, mientras que otros eran demasiado estrictos en el cumplimiento de las ordenanzas.

Las seguidoras del campamento pudimos comprobar, en más de una ocasión, las consecuencias de tales desmanes. Cuando llegamos, por ejemplo, a la localidad de Valderas, la hallamos pasto de las llamas. Los pocos habitantes que no habían muerto o huido estaban sentados en medio de los pobres enseres que habían logrado rescatar, mesándose los cabellos o contemplando las ruinas en un silencio desesperado e impotente. Un grupo de soldados británicos que iba por delante de nosotras había prendido fuego a las casas como castigo por no haber encontrado suficiente alojamiento ni provisiones para ellos y sus caballos. También les habían robado a los pobres campesinos las acémilas y demás animales de tiro, así como la poca comida y bebida que tenían, tras asaltar sus despensas y bodegas. Y es que las guerras, como los tributos en tiempos de paz, siempre acaban pagándolas y sufriéndolas los mismos, no importa la época ni el lugar.

—¡Malditos ladrones! —nos gritó una mujer con los ojos llenos de odio y los puños cerrados, al vernos pasar.

—¡Vivan los franceses! —exclamó un hombre con rabia, pues

ya no le quedaba nada que perder, salvo su miserable vida.

—Ojalá os pase lo mismo y no podáis regresar nunca a vuestra tierra —gritó un tercero, dirigiéndose a nosotras.

Yo me sentí tan abochornada y escandalizada con el comportamiento de los míos que me eché a llorar. Pero no tuve valor para acercarme a esa pobre gente y pedirle perdón o echarle una mano, por temor a posibles represalias. Luego supe que, en efecto, algunos rezagados que se encontraban todavía en el pueblo habían sido desnudados, maltratados y expoliados por unos cuantos españoles ávidos de venganza. Entre las víctimas, había una mujer, que también había sido vejada y golpeada con violencia. Asimismo, comenzamos a tener noticias de varios grupos de campesinos que, cuando se topaban con algún fugitivo nuestro en un descampado, lo mataban y lo despojaban de todo lo que llevara encima.

A Niall, todas estas atrocidades le produjeron un enorme disgusto. Él era de los que creían que la milicia debería ser algo distinguido y honorable, algo por lo que de verdad mereciera la pena poner en riesgo la vida, y, de golpe, estaba comprobando que, en determinadas circunstancias, no parecía así, ni mucho menos. Era como si esa aureola que, para él, tenía el ejército se fuera cayendo a pedazos delante de sus ojos, y eso lo entristecía y lo contrariaba, pues lo llevaba a pensar que su decisión de alistarse había sido una absoluta equivocación.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué actuamos de ese modo? —me preguntó, apesadumbrado, esa noche, mientras descansábamos —. Se suponía que habíamos venido a salvar a los españoles de las garras de los franceses. ¿Acaso no nos estamos comportando como si, en realidad, fuésemos sus enemigos? Peor incluso, pues de nosotros no se espera algo así. ¿Por qué las cosas se han torcido de este modo? ¿De verdad nos creemos mejores que los gabachos?

—Yo estoy tan enfurecida como tú, tal vez más. Pero no quiero que pienses en eso ahora —le dije con la intención de tranquilizarlo.

—Siempre he creído que las guerras estaban sometidas a unas leyes y tenían unas normas, que no todo valía en ellas —me

replicó.

—Pues ya ves que no. Y tampoco deberías sorprenderte. ¿Acaso crees que las leyes se respetan en tiempos de paz? ¿No estamos habituados a que se produzcan toda clase de abusos y violencias, especialmente contra los de nuestra clase? ¿Por qué la guerra iba a ser diferente? —objeté yo.

—Porque en ella participan caballeros —me respondió.

—No te equivoques, Niall. Si se llaman así, es porque van a caballo, no porque se comporten como tales —comenté yo con tono burlón.

Mas él insistía en lo mismo, como si se resistiera a perder del todo su inocencia y su fe. Yo le dije, para animarlo, que, en cualquier caso, lo importante era que estábamos juntos y nos queríamos.

—En cuanto a eso, lo cierto es que ahora apenas nos vemos, y por la noche estamos siempre tan cansados que no tenemos ganas de nada —objetó Niall.

Y la verdad era que no le faltaba razón. Así que no quise añadir más sobre ese asunto. Procuré, eso sí, distraerlo contándole anécdotas divertidas sobre mis compañeras o sobre gente de mi pueblo, con las que siempre disfrutaba y se reía a carcajadas. Pero cada vez resultaba más difícil captar su atención y alegrarle el semblante.

¿Estaría enterado el general Moore de lo que estaban haciendo algunos de sus hombres en los pueblos por los que pasábamos? Y, si era así, ¿por qué no hacía nada al respecto? ¿Se sentía acaso responsable de alguna manera por no haberles permitido combatir? Y, en ese caso, ¿hasta cuándo iba a consentir que se siguieran cometiendo tales atrocidades? Estaba tan indignada que decidí ir a hablar con él. De modo que, durante la marcha, abandoné a mis compañeras y me detuve junto a una casa que había al borde del sendero. Allí esperé a que llegara la reserva. Al cabo de un par de horas, aparecieron los primeros jinetes del grupo, que venían al trote. Sin pensármelo dos veces, salí al

camino y me planté delante de ellos.

—¿Algún problema? —preguntó uno de ellos, el que parecía más hosco, tras detener el caballo.

—Tan solo quiero hablar con el general Moore —expliqué yo.

—Eso es imposible, ¿no ves que vamos con prisa? Hazte a un lado —me gritó el hombre.

—No le robaré mucho tiempo —comenté.

—He dicho que te apartes —me gritó.

En ese momento, aparecieron varios oficiales a caballo. En el medio estaba el general Moore. Recuerdo que montaba un corcel blanco y cabalgaba muy derecho, con la mirada puesta en el frente, hasta que me oyó gritar.

—¿Qué sucede? —preguntó, dirigiendo la vista hacia mí—. ¡Ah, es usted! —exclamó al reconocerme, sorprendido.

—Necesito decirle algo.

—Ahora ando muy ocupado. Estamos en plena operación —objetó.

—Me parece muy bien, pero creo que también es urgente que tome algunas medidas contra los que prendieron fuego al pueblo de Valderas —le solté.

—¿A qué se refiere?

—A lo que hicieron algunos de sus hombres en Valderas, contra gente que no les había hecho nada y a la que, supuestamente, habían venido a proteger —apunté yo.

—¿Por qué nadie me ha hablado de eso? —preguntó el general a sus oficiales con tono de reproche.

De repente llegó un sargento al galope con un mensaje de la retaguardia para el comandante en jefe. Tras recibirlo, este lo leyó con el ceño fruncido.

—Ahora no puedo atender eso —se disculpó, con gesto preocupado—. Hay cosas mucho más prioritarias, como poner a salvo a mis tropas...

—¿Para que algunos soldados puedan seguir cometiendo barbaridades contra los españoles? —lo interrumpí.

—Si es verdad lo que me dice, yo le aseguro que no volverá a pasar —prometió.

—Eso espero —lo desafié yo—. Y claro que es verdad; yo he visto los resultados con mis propios ojos.

—De acuerdo, lo mandaré investigar. Y ahora, si me lo permite, debemos irnos —se despidió—. Le diré a uno de mis asistentes que la lleve en su caballo para que pueda venir con nosotros durante el trecho más peligroso y luego le pediré que la acerque hasta donde se encuentren sus compañeras.

El principal objetivo del general Moore en ese momento era alcanzar el río Esla, que constituía una especie de barrera natural hacia el noroeste, con el fin de franquearlo por el puente de Castrogonzalo antes de que las tropas del mariscal Soult y las del propio Napoleón se unieran y consiguieran interceptarnos y cortarnos la retirada; después de eso, tendríamos que intentar ser los primeros en llegar a Astorga y, a partir de allí, tomar posiciones en las montañas para intentar disuadirlos de que continuaran persiguiéndonos. En su recorrido hacia Esla, nuestra caballería ligera logró frenar varias veces las avanzadillas francesas, y eso le dio a nuestro ejército mucha confianza.

Desde hacía días caía aguanieve sin parar y el río arrastraba un abundante caudal, por lo que a las tropas enemigas les iba a resultar muy difícil vadearlo si es que, al final, conseguíamos impedirles cruzar el puente. Una vez nuestras tropas pasaron al otro lado, la brigada ligera del general Robert Craufurd, al que sus soldados apodaban Bob el Negro por su gran severidad, se quedó hasta el último momento junto al puente con la misión de volarlo para que no pudiera ser utilizado por el enemigo.

Así y todo, la caballería francesa se las arregló para atravesar el río. Esto hizo que los húsares de lord Paget y los germanos de la Legión Alemana del Rey, encargados de proteger la retaguardia, tuvieran que cubrir nuestro avance. Y la verdad es que lo hicieron con tal ímpetu que se llevaron por delante a los Cazadores a Caballo de la Guardia Imperial, con sus imponentes mostachos y sus grandes gorros de piel de oso, y, de paso, hicieron prisionero al apuesto general Lefebvre-Desnouëttes y a otros cien franceses más,

ante la mirada iracunda del mariscal Soult y hasta es posible que del propio Napoleón, que, según nos contaron algunos de nuestros soldados, pudieron observarlo todo desde lo alto de un pequeño cerro.

La captura del general se había producido debido a que su caballo había rehusado en el último momento cruzar el río, que venía muy fiero, y ello supuso un importante triunfo para los británicos. El oficial tenía un pequeño corte en la cara y, dada su relevancia y sus modales corteses, sir John Moore ordenó que se le curara la herida y se le tratara con el respeto requerido. A él le solicitó que firmara un papel en el que prometía por su honor que no se escaparía, cosa que, al parecer, cumplió. Los españoles allí presentes, sin embargo, no paraban de exigir que se les entregara su cabeza para ponerla de adorno en una piqueta. Pero, por suerte para el francés, se quedaron con las ganas.

Para entonces, yo ya había contactado con mis compañeras y estábamos a punto de entrar en Benavente, adonde llegamos caladas, ateridas y fatigadas, como si acabáramos de emerger de una densa niebla. En la ciudad nos enteramos de que, siguiendo órdenes del general Moore, un oficial británico había ordenado destruir un importante depósito de armas, así como miles de zapatos y otras prendas de ropa para que no cayeran en poder de los franceses, a pesar de que muchos de sus hombres andaban medio desnudos y descalzos. Un disparate, en fin, y más cuando luego vimos que las calles y el camino de salida eran un reguero de carros abandonados, llenos de pertrechos, provisiones y cajas con fusiles y munición. Asimismo, la intendencia invitó a los vecinos de la ciudad a que dieran cuenta de las provisiones sobrantes del ejército, lo que provocó un gran revuelo y algunos incidentes graves. Por otro lado, supimos que un grupo de soldados y algunas de sus esposas habían saqueado el castillo de Benavente y habían usado sus valiosos muebles como vulgar leña para alimentar las fogatas.

IX

Tras abandonar Benavente, algunas seguidoras del campamento cruzamos el río Órbigo por un vado, pues no logramos encontrar el puente. Como el cauce era algo profundo, tuvimos que desvestirnos y hacer un hatillo con nuestra ropa. Con una mano lo sujetamos a la cabeza y con la otra nos agarramos con fuerza a una cuerda atada a una acémila a fin de que no nos arrastrara la corriente. El agua estaba helada y nos llegaba casi hasta el pecho. Tras secarnos y vestirnos de nuevo, nos dirigimos sin dilación a la ciudad de Astorga, pasando por La Bañeza, que parecía desierta. Conforme avanzábamos por el barro de unos caminos en pésimo estado, la parda llanura fue dando paso a unas lomas de perfil suave cubiertas de encinas desmochadas y de pequeños arbustos que apenas se veían a causa de la niebla.

Durante esas jornadas, nos fue dado contemplar escenas espantosas que nos causaron una gran aflicción; en particular, las de algunas mujeres que se iban descolgando del grupo y quedando a la zaga, mientras sus maridos estaban por delante, en el cuerpo principal, ignorantes de lo que estaba ocurriendo detrás. Una de ellas, que no podía aguantar más, se salió de la columna y fue a tumbarse en la nieve, un poco apartada del camino, para dejarse morir sin un solo gemido. Y allí habría quedado tendida para siempre si no hubiera sido por Bridget y por mí, que acudimos de inmediato a socorrerla. Se llamaba Heather y estaba muy débil, pues apenas había comido en los últimos días. Cuando le pedimos que nos acompañara, nos rogó sin apenas aliento que la dejáramos en paz, que estaba harta y no deseaba continuar. Así que no nos quedó más remedio que incorporarla a la fuerza y conducirla entre las dos hasta un refugio de pastores, donde logramos animarla con buenas palabras, un poco de pan y un trago de ron para que

prosiguiera la marcha. Mas, después de eso, ya no volvimos a verla.

Otra mujer, a la que no conocíamos y que andaría por la treintena, se separó del grupo y cayó de bruces en el barro del camino y, hundida en él, fue pisoteada por varios caballos de nuestro ejército, cuyos apresurados jinetes no la vieron o no quisieron apartarse, hasta que pudimos rescatarla. La pobre estaba llena de heridas y magulladuras por todo el cuerpo y parecía muy conmocionada, ya que ni siquiera recordaba su nombre ni tenía conciencia de dónde se encontraba. Pero, con la ayuda de otras mujeres, logró salir adelante.

Hacia el anochecer, pasamos junto a un soldado y su joven esposa, abrazados e inertes en la nieve. Tendrían unos veinte años o poco más cada uno. Seguramente, ella se había apartado de sus compañeras para intentar dar con su marido y este había intentado ayudarla dándole calor de forma desesperada, o tal vez fuera al revés. El caso es que, al final, el frío helador los había unido para siempre, algo que a todas nos sobrecogió y nos hizo pensar. Entre varias cavamos una pequeña tumba para ellos y le pusimos una cruz hecha con dos palos cruzados. Nadie del grupo sabía cómo se llamaban.

Tras contemplar estas escenas, fueron muchas las que comenzaron a arrepentirse de no haber querido aceptar la oferta que se nos había brindado en su momento de volver a Lisboa y esperar allí o embarcarnos para Inglaterra, en lugar de acompañar a nuestros maridos a través de un país tan inhóspito e inclemente como el que estábamos atravesando, en el que parecía que todos los elementos conspiraban contra nosotras. Pero ya era demasiado tarde para volver atrás. Así las cosas, algunas intentaron tomárselo con mucha paciencia y resignación cristianas, qué remedio les quedaba, como si se tratara de una prueba más que les mandaba el Señor Todopoderoso para probar su determinación y la fortaleza de su fe, como hizo, en su día, con el Santo Job o con el confiado Abraham. De todas formas, debo decir que lo peor estaba aún por llegar.

La retirada, por otra parte, no estaba saliendo como el general

Moore había planeado en un principio. Cuando llegamos a Astorga el 30 de diciembre, nos enteramos de que el mariscal Soult había atacado la retaguardia del ejército español, al mando del marqués de la Romana, en Mansilla de las Mulas, causando la desbandada de sus diez mil soldados; en la huida, algunos fueron hechos prisioneros y otros murieron en el río cuando intentaban cruzarlo. Una vez reagrupados los que quedaban, habían terminado en la ciudad el penúltimo día del año, contraviniendo así los acuerdos establecidos con nuestro general, que les había indicado con claridad que, llegado el caso de tener que huir, destruyeran el puente de Mansilla y siguieran una ruta distinta para su retirada con el fin de que no obstruyeran ni retrasaran la nuestra. Pero ellos habían hecho justamente lo contrario de lo que se les había pedido y eso provocó que a sir John, siempre tan contenido, se lo llevaran todos los demonios.

Astorga estaba situada en la comarca de la Maragatería. Ceñida por una alta muralla romana, era un importante nudo de caminos, puesto que en ella convergían el llamado Camino Francés —un nombre que en ese momento no podría ser más irónico—, muy transitado por los peregrinos que antaño iban a Santiago de Compostela, con la antigua vía de la Plata, que unía el norte con el sur peninsular, por lo que la ciudad estaba llena de mesones, hospitales y albergues. De todos modos, ya hacía varias décadas que casi nadie seguía la ruta jacobea, y la mayor parte de tales edificios se hallaba en estado de abandono.

Sobre Astorga y las antiguas peregrinaciones a Santiago de Compostela me había hablado en su momento sor María. Entre otras cosas, me había contado que, durante siglos, fueron muchos los que viajaron en busca de la tumba del apóstol, guiados por la fe cristiana y el deseo de obtener el perdón de sus pecados, aunque también los había que lo hacían para ganarse fácilmente el sustento, ya que tenían asegurados el alojamiento y la comida en los albergues y hospitales, o para conocer mundo y vivir toda clase de aventuras. Qué distinto, en todo caso, aquel antiguo peregrinaje del que nosotros estábamos llevando a cabo en ese momento, que en buena parte discurría por los mismos lugares y transitaba por

los mismos caminos de antaño. Si aquel estaba movido por la esperanza, este lo estaba por la desesperación.

Nosotras habíamos entrado precisamente por la puerta del Sol, que era por la que solían acceder los romeros que hacían el Camino Francés. Pero enseguida descubrimos que éramos tantos y nos encontrábamos en tan mal estado que la ciudad no daba abasto para acogernos y alimentarnos a todos, lo que hacía que la situación en las calles y plazas fuera cada vez más caótica, con centenares de soldados heridos y hambrientos, muchos de ellos descalzos y sin equipamiento y otros enfermos de tifus y disentería, la mayoría tirados por el suelo, por estar todas las casas y edificios públicos abarrotados y con la gente apiñada como ganado en una feria.

Las tiendas, por otra parte, habían sido asaltadas y los almacenes de avituallamiento, quemados por un exceso de celo de los oficiales encargados de destruirlos, que no querían que se apropiaran de ellos los franceses. De ahí que nuestras tropas se olvidaran enseguida de la disciplina militar y de sus principios cristianos y se lanzaran al saqueo, la extorsión, el desenfreno y las peleas con los soldados españoles por conseguir un alojamiento, aprovechando la turbia y húmeda niebla que lo cubría todo. Estaba claro, en fin, que el general Moore no había sido capaz de tomar medidas efectivas contra esa clase de desmanes.

Dadas las circunstancias, nos dividimos en pequeños grupos y nos fuimos a buscar a nuestros respectivos maridos. A media tarde, yo logré dar con Niall, que estaba muy preocupado por mí y algo atemorizado por todo lo que estaba ocurriendo. Gracias a su amigo Brian, conseguimos un techo bajo el que refugiarnos en una pequeña casa abandonada que había junto a la muralla. Mientras comíamos algo, el joven sargento nos contó que sir John Moore estaba desbordado por los acontecimientos y de nuevo había tenido que cambiar de planes, para disgusto de sus oficiales, que ya empezaban a estar hastiados de él; incluso había rumores, probablemente infundados, de que se podía estar preparando una especie de revuelta o motín por parte de algunos oficiales con la colaboración de los españoles.

Al parecer, una de las opciones que había manejado el general era establecer su cuartel general en Astorga y, una vez aprovisionados y bien pertrechados, enfrentarse a los franceses en las montañas de los alrededores. Ya en su día La Romana le había manifestado la conveniencia de combatirlos en los pasos de Manzanal o de Foncebadón, donde una pequeña fuerza podría defenderse sin problemas contra cualquier número de enemigos, debido a lo escarpado del terreno. Pero el desorden reinante en la ciudad, el lamentable estado de las tropas y la falta de alimentos para todos le hizo desistir de la idea, por lo que no quedaba más remedio que continuar con la retirada y salir de allí lo antes posible. Sin duda, esa decisión debió de disgustar mucho al militar español, que también estaba muy descontento con los abundantes excesos y tropelías de las tropas británicas.

Por lo visto, los reproches entre los dos ejércitos supuestamente aliados eran mutuos y muy variados. Los españoles, por ejemplo, se quejaban amargamente de que los británicos, al ver sus propios depósitos destruidos, hubieran atacado los que ellos tenían en Astorga y los acusaban, entre otras cosas, de tratarlos con suficiencia y superioridad y de no querer combatir contra los franceses, por no hablar del pésimo comportamiento de la tropa, mientras que estos culpaban a los primeros de haberlos abandonado a su suerte de forma vergonzosa, y se lamentaban de su tendencia a exagerar y a despreocuparse del enemigo, de su falta de organización y de no servir para nada efectivo. Y lo malo era que, en buena medida, ambos tenían razón.

Después de comer, Brian y Niall volvieron a incorporarse a su regimiento, pues habían sido reclamados para intentar poner orden en algunos lugares de la ciudad. Yo, por mi parte, estaba tan escandalizada con todo lo que estaba sucediendo que decidí ir a hablar de nuevo con el general Moore. Pero ¡esta vez me iba a oír, vaya que sí! Por lo que había dicho Brian, este se alojaba en una casa sencilla de dos plantas situada al lado la catedral, muy cerca, por tanto, de donde estábamos nosotros. Enseguida supe cuál era, ya que en la puerta había varios soldados de guardia, que, al verme llegar, me dieron el alto y no quisieron dejarme pasar. Así que tuve

que pedirles que le dijeran al general que fuera estaba Catherine Gallagher y que necesitaba hablar con él. Al cabo de un rato, me condujeron a una sala que había en el primer piso. El general estaba sentado ante una mesa llena de papeles y un plato de comida sin tocar. Parecía tan abrumado que iba pasando de un documento a otro sin saber cuál atender primero, al tiempo que su ánimo se movía entre la ira y la desolación.

—¿Viene usted a ayudarme? No recuerdo haberla llamado —me dijo, sin dignarse saludarme.

—Estoy aquí para hablar con usted —le informé yo con cierta sequedad.

—¡¿Otra vez?! —exclamó el general con gesto de hastío—. Pues tampoco es este un momento adecuado. Como puede ver, ahora tengo muchos problemas urgentes que resolver.

—Me temo que los que yo le traigo son también muy apremiantes —repliqué yo.

—¿De qué asuntos me habla?

—Supongo que sabe usted que están sufriendo y muriendo muchas compañeras mías en esta retirada, y lo hacen, además, de una manera atroz: de hambre, frío y fatiga —le indiqué.

—Claro que lo sé, pero de eso sí que no puedo considerarme responsable. Tanto en Queluz como en Salamanca mandé que las mujeres regresaran a Lisboa y allí esperaran o embarcaran para Inglaterra, y casi ninguna quiso hacer caso; así que tuve que ceder, y ahora ya no se puede volver atrás —me recordó.

—Pero ellas pensaban que iban a una guerra, no que tendrían que huir bajo la lluvia y el frío por caminos embarrados y cubiertos de nieve, perseguidas de cerca por los franceses y sin casi nada que comer. Yo misma he sido testigo de escenas muy atroces, de esas que no son fáciles de olvidar —repliqué yo.

—Pero es que no se trata de una huida, sino de una retirada, una operación militar que también está contemplada entre las estrategias de guerra; se trata de una retirada táctica —se defendió él.

—Conozco muy bien las razones que le han llevado a optar por la retirada; de hecho, era algo que ya tenía usted previsto de

antemano...

—Y, si por mí hubiera sido, hace ya tiempo que estaríamos de vuelta en Inglaterra —me interrumpió—. Usted sabe mejor que nadie que me vi obligado a probar suerte contra mi voluntad. Pero, como bien me temía, no tenemos nada que hacer aquí, y ahora mi objetivo es salvar como sea a mis hombres y, por supuesto, también a sus esposas.

—Pues, si esto sigue así, lo único que conseguirá salvar es un ejército completamente destruido y diezmado, y, encima, para nada —me atreví a decirle.

—Sería mucho más fácil si algunos de mis hombres no fueran tan remisos e indisciplinados.

—De eso quería hablarle también. Como ya le insinué el otro día, esta retirada la están padeciendo, además, muchos campesinos españoles, y especialmente sus mujeres e hijas, a los que supuestamente hemos venido a ayudar, y eso está haciendo que los lugareños nos detesten todavía más que a los franceses, pues una cosa es que los abandonemos a su suerte y otra muy distinta que, para colmo, les robemos, les incendiemos sus casas y paguemos con ellos nuestra frustración —le comenté.

—Le aseguro que tomaré medidas —me prometió—. De ahora en adelante, trataré de imponer más disciplina, recurriendo, si es necesario, a los peores castigos. Pero no resulta fácil atender todos los frentes al mismo tiempo, y menos cuando los soldados españoles, en lugar de colaborar, entorpecen la retirada; por no hablar de las inclemencias del tiempo. ¿Sabe usted lo que dijo el rey español Felipe II tan pronto se enteró de que buena parte de su Gran Armada, la llamada irónicamente Invencible, naufragó a causa de un gran temporal cuando iba camino de Inglaterra? «Yo no mandé a mis barcos a luchar contra los elementos». Pues eso mismo me está pasando ahora a mí.

—Algo había leído sobre eso. Precisamente, en Irlanda se cuenta que uno de esos galeones españoles que se hundieron frente a nuestras costas fue el que llevó la patata a nuestra tierra, que ahora es casi lo único que se cultiva en ella. De hecho, es el principal alimento de los pobres; de ahí la hambruna cuando viene

una mala cosecha. En cuanto a lo otro, confío en que hará todo aquello que esté en su mano. Si no es así —le advertí—, tanto los españoles como vuestras propias tropas acabarán sublevándose o poniéndose en manos del enemigo, y eso es algo que nadie le perdonaría jamás.

X

La salida de Astorga tuvo lugar el último día del año. Aún no la habían abandonado todos cuando el 1 de enero hizo su entrada en ella el propio Napoleón con su Estado Mayor y parte de la caballería. Me imagino la cara que pondría al ver el lamentable estado en el que la habíamos dejado y en el que se encontraban algunos rezagados, entre los que se hallaban decenas de mujeres, algunas de las cuales serían sacadas luego a pública subasta, mientras nuestros hombres corrían de acá para allá como gallinas sin cabeza. De todo ello debió de deducir el emperador que los soldados británicos no tenían ninguna intención de entablar combate con él, sino de huir a marchas forzadas. De modo que, según se supo luego, no quiso perder más tiempo y el 2 de enero decidió dejar la ciudad y salir a toda prisa hacia París para ocuparse de algunos problemas que le habían surgido en Austria, ordenando al mariscal Soult que continuara la persecución hasta acabar como fuera con nosotros. Y, para llevarla a cabo, debió de considerar que una tropa de veinticinco mil hombres sería más que suficiente, ya que Soult tenía fama de ser un militar implacable y tenaz. Desde luego, ya había dado muestras más que sobradas de ello en las jornadas pasadas.

Para que la retirada fuera más rápida y segura, el general Moore había mandado que las dos brigadas ligeras de su ejército, unos tres mil hombres, y lo que quedaba de las tropas españolas fueran por el llamado camino viejo, el que iba por Foncebadón y Molinaseca hacia Ponferrada, Ourense y Vigo, y que el grueso de nuestro ejército lo hiciera por el nuevo, el que atravesaba el puerto de Manzanal, siguiendo la calzada real, en dirección a Bembibre, para desde allí dirigirse a Cacabelos y Villafranca del Bierzo, donde había almacenes con armamento, pertrechos y comida.

A Niall y a mí, claro, nos tocó ir por la segunda ruta, algo menos empinada y difícil que la otra, cuyo camino era de herradura, pero posiblemente más expuesta y peligrosa; de hecho, fue la que siguieron la mayor parte de nuestros perseguidores, con lo que, una vez más, el escenario de la marcha, que era bello y armonioso, pronto se volvió, a nuestro paso, sombrío y disonante. Tras los monótonos llanos de días anteriores, poco a poco las lomas fueron elevándose hasta convertirse en montañas cuajadas de blanco, los valles se hicieron más profundos y frondosos y los arroyos, más veloces y cantarines. En las cumbres, las nubes se mezclaban con las rocas descarnadas; en las laderas, los rebollos con los madroños; y, en la parte baja, el brezo con los matorrales. Cuanto más ascendíamos, tanto más se agudizaba el frío, hasta el punto de que la nieve se helaba nada más caer, y los vientos eran cada vez más cortantes. La calzada, eso sí, era bastante firme, pues había sido trazada sobre una antigua vía romana, aunque resultaba muy resbaladiza a causa del hielo, lo que hacía que a los caballos hubiera que llevarlos de las riendas y algunos hombres y mujeres resbalaran e, incapaces de levantarse, cedieran a la desesperación y acabaran muriendo congelados.

Como en otras ocasiones, el ejército británico debería haberse movido por divisiones, de manera ordenada y siguiendo el plan trazado por el general Moore. Pero, poco a poco, a medida que la moral de la tropa disminuía o se relajaba, algunas unidades se fueron desintegrando, por lo que muchos soldados de los diversos batallones de infantería se salieron pronto de sus respectivas filas y se dispersaron en busca de comida, vino y mujeres por los pueblos y aldeas. Según yo misma pude comprobar, los católicos irlandeses solían mostrar, en estos casos, sus crucifijos para conseguir aguardiente, debido a que los españoles eran más proclives a compartir sus provisiones con aquellos a los que consideraban hermanos en la fe que con los ingleses, a los que motejaban de malditos heréticos, profanadores e hijos de Satanás.

El caso es que de nuevo la embriaguez, la indisciplina y la ansiedad de algunos soldados provocaron que las cosas se precipitaran y acabara imponiéndose el desorden y el sálvese quien

pueda, con lo que cada uno iba a su ritmo y en una dirección diferente. Por este motivo, fueron muchos los que enseguida se retrasaron, se perdieron o cayeron rodando por alguna pendiente, incapaces después de volver a trepar, debido a su mal estado. Esto hizo que varios oficiales y suboficiales perdieran los estribos y mandaran azotar a todo aquel que se saliera de la fila o se desviara de la marcha, lo que, a su vez, ocasionó la protesta y el descontento de los demás y acrecentó la sensación de caos.

A muchos de los desbandados nos los fuimos encontrando luego medio desnudos y completamente ebrios en las calles de algunas poblaciones o a la orilla del camino, andando como sonámbulos sobre la nieve, que daba mucha pena mirarlos y también bastante miedo, por lo que las mujeres tratábamos de rehuirlos siempre que podíamos o, si la cosa se ponía seria, plantarles cara. Yo misma tuve que enfrentarme a sus bravuconadas más de una vez, con gran riesgo de ser atacada. Entre los más agresivos, se encontraba un tal Thomas Smith, del que se decía que había hecho una pequeña fortuna expoliando cadáveres en la batalla de Sahagún y, desde entonces, había ido enganchando una borrachera con otra, sin que se le volviera a ver sobrio.

La mayoría de esos vándalos estaban tan desatados y fuera de sí que, después del pillaje, prendían fuego a las casas por mera diversión, ante los aterrorizados habitantes, y, si en el último momento descubrían donde se escondía el vino o el aguardiente, se lo bebían de inmediato hasta no tenerse en pie, dejando las espitas abiertas, de tal modo que algunos llegaban a perecer entre las llamas que ellos mismos habían provocado, dando gritos de angustia. Uno de los que murieron era el marido de una de nuestras compañeras, llamada Niamh, que, al dolor y la pena causados por la pérdida de su esposo, tuvo que sumar también la vergüenza y el enojo que le producía su horrible comportamiento. Y no fue la única.

No era, pues, de extrañar que, en los lugares por los que transitábamos, sus habitantes trataran de huir de nosotros a toda prisa y estuvieran deseando la llegada de los franceses, menos

peligrosos para ellos que sus supuestos defensores, o atacaran a todos los británicos que se quedaban solos y se apartaban un poco del camino. De ahí que, cada día que pasaba, aumentara entre nosotros la sensación de que nos estábamos retirando de un país hostil que nos odiaba a muerte, a pesar de que habíamos acudido para librarlo de sus invasores.

A veces, si no podían escabullirse, los campesinos se veían obligados a hacernos frente. En un pueblo cerca de Bembibre en el que los hombres estaban ausentes, pues trabajaban como muleros o pastores, fueron las lugareñas las que tuvieron que defenderse con uñas y dientes cuando un grupo de soldados intentaron forzar las puertas de sus casas con la intención de violarlas y, al final, consiguieron echarlos, dejándolos frustrados y abochornados. Eso hizo que, poco después, esos mismos miserables quisieran pagarla con una de nosotras, una muchacha tímida y apacible llamada Bonnie, de piel pálida y cabello rubio. Pero, por suerte, alguien dio la voz de alarma y acudimos a defenderla unas cuantas compañeras. Entre todas conseguimos detenerlos e impedir que consumaran su iniquidad. Luego los atamos fuertemente para conducirlos ante sus oficiales, con el fin de que les dieran su merecido. En total eran ocho, y estaban tan asustados que varios de ellos se lo hicieron encima por el camino.

Cuando entramos en Bembibre el 1 de enero, vimos que la villa había sido totalmente asaltada y saqueada; las ventanas y puertas estaban rotas; las cerraduras, forzadas; y los muebles y objetos, destruidos o utilizados como leña para hacer fuego. ¡Bonita manera de celebrar el nuevo año! También descubrimos a muchos de nuestros soldados dando tumbos o tirados por las calles como si estuvieran muertos o agonizando; de hecho, el vino tinto que rebosaba de sus labios y fosas nasales parecía sangre que manase de sus heridas interiores. Pero enseguida comprobamos que algunos se removían y balbucían incoherencias en el suelo. Estaban tan ebrios que resultaba imposible ponerlos en pie y hacer que caminaran, por más que los azuzáramos o los pincháramos, como si no fueran conscientes del peligro. De modo que tuvimos que desistir y abandonarlos a su suerte, pues los gabachos ya

estaban a las puertas de la villa y no tardarían en entrar.

Más tarde nos enteraríamos, por boca de uno de los supervivientes, de que, incapaces de defenderse, fueron salvajemente heridos y mutilados por los dragones franceses en venganza por la derrota que habían sufrido días atrás, así como las mujeres y los niños del campamento que se habían ido quedando rezagados. Según algunos testigos, hubo un momento, en medio de todo aquel fragor, en el que algunas madres tuvieron que alzar a sus hijos indefensos por encima de sus cabezas para tratar de protegerlos de los sables y las lanzas, pidiendo clemencia, pero, al parecer, eso no les sirvió de nada, ni a ellas ni a los niños. Sin duda, ese día de Año Nuevo no lo íbamos a olvidar fácilmente si es que llegábamos a vivir otro, que estaba por ver.

Aquellos borrachos y alborotadores que consiguieron librarse de la muerte y fueron rescatados por nuestras tropas se vieron obligados luego a desfilar delante de sus compañeros por orden del general Moore, para que, al verlos tan lacerados y rotos, sirvieran de escarmiento a los demás. Asimismo, les prohibió que durmieran bajo techo en los lugares en los que se detuvieran para descansar, por lo que, como castigo, tuvieron que pasar varias noches al raso. Y lo mismo sucedió con los hombres a los que nosotras habíamos detenido. Una pena, a mi juicio, insuficiente, que de muy poco sirvió.

Después de salir de Bembibre, las seguidoras del campamento cruzamos el río Boeza por un puente de varas encestadas muy estropeado, camino de Cacabelos, pasando por Congosto, Cubillos, Cabañas Raras y Magaz de Abajo. Cuando atravesamos el valle del Sil, me pareció muy espacioso y bien resguardado de los vientos del norte y del sur, por lo que en primavera debía de ser todo un vergel, lleno de árboles, cascadas y arroyos que discurrían entre peñas, y, de cuando en cuando, las ruinas de una ermita o un viejo convento. Yo estaba tan seducida por la belleza del paisaje como estremecida por su inclemente dureza.

Acuciadas por el hambre, paramos en una aldea con la

intención de conseguir algo que llevarnos a la boca, pero enseguida descubrimos que por allí ya había pasado una parte de nuestro ejército y no encontramos nada. Las casas me llamaron la atención, pues el piso de abajo estaba destinado a las cuadras para los animales y a la leñera y el de arriba a la vivienda; y, en este último, apenas había muebles, camas o utensilios. Antes de irnos, algunas nos pusimos a rebuscar en las huertas, para ver si, por fortuna, dábamos con alguna cosa que hubiera quedado sin arrancar, como nabos, puerros, rábanos, zanahorias o alguna mísera planta o raíz con la que hacer un triste caldo. Pero lo único que hallamos fueron unas cebollas medio podridas, que nos comimos a mordiscos y sin que nos lloraran los ojos. Después, mascamos nieve para aliviar la sed y mitigar el sabor.

Más tarde nos topamos con un soldado de la avanzadilla francesa que se había distraído en una incursión que habían hecho por un camino paralelo y, en lugar de permanecer con los suyos, había seguido adelante. Era apenas un muchacho y parecía completamente aterrorizado. Varias de mis compañeras se aproximaron a él con la intención de lincharlo como represalia por las atrocidades cometidas por los suyos en Bembibre. Al ver lo que se le venía encima, el joven comenzó a lanzar gritos de socorro y a llorar reclamando piedad. Mas las agresoras no se conmovieron y empezaron a golpearlo con rabia con los puños o con algún palo. Yo al principio las dejé hacer, pero hubo un momento en que ya no pude más y traté de contenerlas, sin demasiado éxito. Así que me interpuse entre ellas y la víctima y les solté:

—Pero ¿qué hacéis? Nosotras no podemos ser como los franceses, nosotras no nos ensañamos ni maltratamos a los prisioneros; al contrario, nuestro deber es mostrar compasión cristiana.

En ese momento, comenzaron a mirarse unas a otras y, poco a poco, dejaron de golpearlo. No obstante, una de ellas, una irlandesa de unos treinta años llamada Siobhan, que siempre estaba descontenta, me comentó muy airada:

—Por si no lo sabías, estamos en guerra y tenemos derecho a vengar a nuestras compañeras y a sus hijos.

—Tu rabia es comprensible —le dije yo—, pero nosotras no somos unas asesinas.

—¿Por qué nosotras no podemos castigar a un enemigo, tal vez un espía que quiere hacernos todo el daño posible? —me replicó ella.

—Eso digo yo también —corearon algunas otras, sobre todo las de más edad.

—Porque las guerras, aunque no lo parezca, también tienen sus normas y sus leyes y en ellas no todo está permitido con los prisioneros, y menos con una criatura que seguramente habrá sido obligada a alistarse y aún no habrá tenido tiempo de hacer ninguna fechoría —les expliqué yo.

Y fue tal mi elocuencia que, al final, las persuadí a todas; de hecho, se sintieron tan avergonzadas que, tras desarmar al soldado, lo curaron y lo dejaron marchar, cosa que no me esperaba. Así que les di las gracias por ello.

XI

Por si todo lo anterior fuera poco, también sucedió que ese día a Elizabeth McGuire, una irlandesa muy hermosa y algo apocada, le vino el parto en el momento más inoportuno, y Bridget y yo tuvimos que quedarnos con ella. Ocurrió justo cuando los franceses estaban acercándose a grandes pasos y no teníamos donde refugiarnos del temporal que en ese momento arreciaba. Tras mucho mirar aquí y allá, encontramos un chamizo medio derruido no muy lejos del sendero, con un jergón de paja en el suelo, tan sucio que daba asco verlo. Entre Biddy y yo preparamos un pequeño fuego y pusimos nieve a calentar en un cubo del que nos habíamos aprovisionado en el último pueblo por el que habíamos pasado y que habíamos cargado en la burra para cuando fuera necesario, puesto que Elizabeth ya había salido de cuentas.

Después de tenerlo todo listo, estuvimos un buen rato esperando a que dilatara. Pero no hacía más que quejarse de lo mucho que le dolían las contracciones y protestar a gritos, que debían de oírse a varias millas a la redonda. Bridget y yo tratamos de calmarla por todos los medios, ya que teníamos miedo de que los bramidos llegaran a oídos de alguna avanzadilla francesa. Mas nuestra insistencia resultó baldía y esto hizo que Bridget se impacientara.

—Tienes que gritar menos y esforzarte más —le dijo esta con tono desabrido—. Si no lo haces, el niño no va a salir y nosotras no podremos quedarnos para auxiliarte. Es ahora o nunca, ¿me oyes?

—Es que no tengo fuerzas —se disculpó la parturienta.

—Pues me temo que tendrás que sacarlas de donde sea. Pero aquí ya no podemos permanecer durante mucho tiempo sin arriesgarnos a que nos corten el cuello —le recordó Bridget.

En ese momento, estalló una tormenta tan poderosa que nos

hizo temblar a las tres. Era como si el cielo se abriera y se resquebrajara y amenazara con romperse en mil pedazos sobre nosotras, un poco como Elizabeth.

—No quiero que mi hijo nazca en semejante lugar y sin la ayuda de una auténtica comadrona —indicó esta, aterrada.

—Como supongo conocerás —comenzó a explicar Biddy—, si es que de verdad estás bautizada, la Virgen María dio a luz a Jesús en un humilde portal de un pueblucho llamado Belén, y lo hizo con la sola ayuda de San José, que por lo que sabemos era un buen carpintero, pero un inútil y un pusilánime para lo demás.

—¿Y eso a qué viene ahora? —objetó Elizabeth.

—A que debes confiar en mí, pues, aunque no sea partera de profesión, he ayudado a venir al mundo a muchas criaturas; la última, hace unos días en el campamento, y ahí sigue respirando, al igual que su madre, que me lo agradece cada mañana —replicó Bridget de mal humor.

—Pero no en estas circunstancias —señaló Elizabeth.

—En eso tienes razón, claro que sí. Lo malo es que una nunca elige las circunstancias, qué más quisiéramos, y menos cuando estamos en guerra, mejor dicho, de retirada —puntualizó Biddy con ironía—. De modo que ya sabes lo que tienes que hacer.

—Está bien, tú ganas —concedió por fin Elizabeth con displicencia.

—Eres tú la que aquí sale ganando, no lo olvides, no yo —replicó mi amiga, muy enfadada.

—¡¿Podéis callaros de una vez?! O me temo que, si no lo hacéis, seré yo la que pierda la paciencia con vosotras —bromeé para rebajar la tensión, y, justo en ese instante, el cielo tronó como si tuviéramos la tormenta justo encima de la choza.

A partir de ahí las cosas cambiaron y la parturienta comenzó a dilatar lentamente y a seguir sin rechistar las indicaciones que le daba Biddy para que, cuando sintiera que aumentaban las contracciones, no dejara de empujar y empujar, como si estuviera peleando a brazo partido en una batalla, solo que en esta daría a luz una vida, en lugar de provocar la muerte y la destrucción.

—Sigue, sigue, por mucho que te duela, un poco más, un poco

más —insistía Bridget, que parecía un general dando órdenes en plena contienda.

—No puedo, no puedo; es un dolor agudo e insoportable —replicó la parturienta con ganas de retirarse.

—Claro que puedes, así, así, ya viene, ya viene —la animó mi amiga, al tiempo que yo le enjugaba el sudor a Elizabeth.

Y la cosa continuó hasta que por fin vimos asomar entre sus muslos, primero con timidez y luego con creciente determinación, la cabeza de la naciente criatura. Tras comprobar que todo iba bien, Biddy le pidió que siguiera empujando algo más, que hiciera un último esfuerzo, y, de repente, el cuerpecillo entero acabó de brotar de entre las piernas de Elizabeth, como de una cueva marina. ¡Era una niña! Una bendita criatura que vino al mundo, con nuestra ayuda y a pesar de todos los pesares, en la noche más fría y tormentosa que pueda imaginarse. Tan parecida, por cierto, a su madre que enseguida empezó a llorar y a protestar.

Pero el parto aún no había terminado. Elizabeth sufrió de pronto una contracción tan dolorosa que la hizo retorcerse hasta que expulsó la placenta envuelta en sangre. Ahora solo faltaba encargarse del cordón umbilical. El problema era que no disponíamos de ningún cuchillo ni navaja. Así que Bridget no se lo pensó dos veces y, después de anudarlo, lo cortó con los dientes, de forma limpia y rápida, como había visto hacer en una ocasión en que a una hermana suya le pilló el alumbramiento en medio del campo, allá en las Midlands, en el corazón de Irlanda.

Bridget me entregó, entonces, a la recién nacida y me pidió que la envolviera con cuidado en un delantal para que se calmara y no cogiera frío, mientras ella se ocupaba de que Elizabeth se recuperara, ya que se había quedado postrada en el lecho, como si se hubiera vaciado totalmente por dentro.

Con frecuencia, cuando las cosas van mal, una tiende a pensar que solo pueden ir a peor. Pero, si algo he aprendido en todo ese tiempo que estuve en campaña, es que la vida siempre se abre paso, como los rayos de sol entre los negros nubarrones, aun en las peores circunstancias. En este caso, lo que vino al mundo fue una niña de aspecto sorprendentemente sano y rollizo y de mirada

despierta. Por fortuna, la madre también sobrevivió, aunque fuera a regañadientes, e incluso sonrió cuando le entregamos a su hija. En ese preciso momento, yo me vi reflejada en ella. Debían de faltar unos ocho meses para que yo diera a luz, si es que, como creía, estaba encinta, pues ya había empezado a notar cierta hinchazón, los pechos algo sensibles y una frecuente y molesta necesidad de orinar; la fatiga y los cambios de humor podrían deberse a otras causas. Así que me eché a llorar.

Biddy debió de notar algo porque enseguida me preguntó si me encontraba bien.

—Sí —contesté—. Es solo que...

—¡No me digas que tú también...!

—Me temo que sí —confirmé yo.

—¡Cómo que me temo! Para mí es una gran noticia saber que estás encinta. Mi marido y yo llevamos mucho tiempo intentándolo, y nada —suspiró.

—Para mí también lo es. Pero ¿y si esta situación se prolonga y a mí también me toca dar a luz en unas circunstancias parecidas?

—Pues ahí estaré yo para ayudarte. Seguro que tu parto será más fácil que el de nuestra amiga, que menuda noche nos ha dado. ¿De cuánto estarás?

—De un mes, más o menos. Fue en Salamanca, calculo que a principios de diciembre, tal vez un poco antes —estimé yo.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? —me reprochó.

—Porque no quería hacerme ilusiones, tal y como están las cosas, y porque hasta ahora tampoco he estado segura.

—En cualquier caso, lo más probable es que, cuando llegue el momento, ya estés de vuelta en casa —me comentó.

—Yo no tengo casa —le recordé yo.

—Tú ya me entiendes.

—¿Y si lo pierdo en el camino con tanto trajín como llevamos?

—Eso no va a suceder, tú eres fuerte, como yo —me tranquilizó—. Pero ahora debemos ocuparnos de Elizabeth y de esta hermosa niña.

—Habrá que avisar también al marido de que ha sido padre

—propuse yo.

—Vete a saber dónde estará —comentó Biddy—. Después de Astorga, esto es un auténtico desbarajuste.

Lo importante, en todo caso, era que ese día la marcha de la muerte, como algunos habían comenzado a bautizar la retirada, y no sin razón, dejó de serlo, para dar paso a la vida. ¿De qué manera? ¿Por cuánto tiempo? Ya lo veríamos. De momento, tocaba cuidar a la pequeña Bridget —así había decidido bautizarla su madre— y descansar un poco, no mucho, pues había que seguir andando hacia adelante sin parar, ya que a ninguna nos gustaba la idea de que nos alcanzaran los franceses.

Tan pronto Elizabeth se pudo levantar del jergón, la subimos con cuidado a lomos de la burra, con su hija en brazos, y emprendimos de nuevo la marcha bajo una lluvia torrencial. Por suerte, a las pocas horas, conseguimos contactar con una parte de la retaguardia, que había parado para hacer un breve receso y, de paso, esperar a algunos rezagados, como nosotras. En el campamento, nuestras compañeras se alegraron mucho de vernos sanas y salvas y con una nueva criatura, aunque eso también significara más bocas que alimentar. También Niall, que estaba muy preocupado por mi ausencia, ya que algunos nos daban por desaparecidas o capturadas por el enemigo.

Durante el resto del día, el tiempo siguió siendo cruel y despiadado con nosotras. Los campos estaban totalmente cubiertos de un manto de nieve de varios palmos de espesor y los caminos se mostraban cada vez más embarrados e intransitables, hasta el punto de que el lodo se te iba metiendo, poco a poco, por entre las ropas y te rozaba la piel al andar, llegando a causar un dolor agudo y constante, como si fuera una llaga en carne viva; la verdad era que, a esas alturas, todo el cuerpo parecía una herida.

Para distraerme, yo trataba de imaginar esos mismos lugares en primavera, cuando los bosques estuvieran frondosos, las colinas fueran verdes y los arroyos brincaran alegremente de peña en peña bajo el tibio sol de mayo. Pero en ese momento todo era tristeza y

desolación. La nieve y la lluvia caían a mares sin darnos ningún tipo de tregua, ni tan siquiera un minuto, y a veces la cortina de agua era tan tupida y espesa que apenas nos dejaba ver lo que teníamos delante de los ojos. Mas no podíamos permitirnos el lujo de refugiarnos en alguna choza o bajo una peña, si es que la había, que con tanta agua no habríamos sido capaces de verla. Las cosas se habían puesto tan feas que los curtidos y sufridos arrieros españoles en cuanto veían un atajo que se apartaba del camino en otra dirección, lo tomaban y nos abandonaban, tal era el miedo que tenían a perecer de hambre o de frío o a que los franceses nos dieran caza.

Las mulas, los asnos y los caballos se hundían y se atascaban en la nieve y el lodo a cada paso; unos agotados por la fatiga y la falta de forraje, otros derrotados por el peso de la carga o la pérdida de las herraduras, ya que no había clavos para sujetarlas. Para mí, era muy triste ver cómo unos animales tan hermosos y fieles eran azotados o aguijoneados por sus jinetes hasta que ya no podían aguantar más y, finalmente, eran asesinados a tiros o a puñaladas, dejando la nieve teñida de rojo. Y es que, según me contaron, los caballeros británicos tenían la costumbre de apearse de su montura en cuanto notaban que sus animales comenzaban a flaquear o parecían demasiado cansados o tullidos para continuar, y, una vez en tierra, les disparaban de lleno en la cabeza para seguir luego a pie, ya que preferían acabar de esa forma con el que había sido su compañero de fatigas durante largo tiempo que permitir que sus enemigos pudieran servirse del caballo tan pronto se recuperara de la fatiga. Antes muertos que en manos de sus rivales, parecía ser su lema, y, en la retirada, esto se había ido convirtiendo en una auténtica obsesión.

En cierta ocasión, Biddy y yo pudimos ver cómo unos campesinos de la zona se acercaban a recoger los cuartos traseros de los caballos recién sacrificados para luego preparar cecina, que era carne seca, ahumada y curada, muy apreciada en esas tierras; normalmente, era de vaca, pero, cuando esta faltaba o escaseaba, también la hacían de equino. Los ingleses y los irlandeses, sin embargo, nos resistíamos a comer carne de caballo, y más si era de

animales con los que habíamos convivido y no teníamos modo de prepararla como es debido.

Tampoco a los pobres bueyes y otras bestias de carga les iba mucho mejor, por culpa de las dificultades del camino y de las enormes cargas que arrastraban sin descanso. Esto hacía que, poco a poco, fueran cayendo extenuados y los carruajes tuvieran que ser abandonados, despeñados o despedazados por las cunetas. En tales casos, las mercancías, víveres y pertrechos debían ser destruidos para que no cayeran en poder de los franceses, que se suponía que andaban tan fatigados y necesitados de comida como nosotros, aunque a ellos apenas se les notara, tal vez porque eran los perseguidores y podían marchar al ritmo que quisieran o detenerse durante un buen rato si así lo deseaban. La carne de buey, por cierto, sí que la aprovechábamos.

Por otra parte, en el campamento comenzaron a aumentar los crímenes sangrientos por cualquier motivo. Una noche, cuando estábamos durmiendo, una de nuestras compañeras, una inglesa llamada Helen, fue apuñalada con una bayoneta por su marido, un soldado de infantería, por haber tenido una aventura con un cabo de otro regimiento, o eso era lo que él sostenía. Ella murió desangrada tras una larga agonía sin que ningún médico, tan solo nosotras, la atendiera; el asesino, por el contrario, no fue castigado como se merecía y, al día siguiente, lo estuvo celebrando con sus compadres de parranda. Así eran algunos de los soldados de nuestro glorioso ejército británico.

Otro mató a su amigo porque decía que lo había mirado mal o le había gastado una broma pesada o le había robado algo; la causa nunca se supo a ciencia cierta, aunque el motivo en realidad era lo de menos. Bastaba cualquier chispa para que enseguida prendiera la yesca y el incendio se desatara como si estuviéramos en un ardiente día de verano. Y ya no hablemos de las riñas o peleas de todo tipo provocadas por la angustia o el desaliento que en todos causaban las terribles condiciones de la retirada. Para colmo, en uno de los regimientos se desató un nuevo brote de tifus con bastantes afectados, lo que les provocaba fuertes dolores de cabeza, fiebre, delirios, abscesos, gangrena y, en algunos casos, la muerte.

Así las cosas, cada vez me parecía más improbable que pudiéramos llegar a buen puerto, ya fuera al de A Coruña o al de Vigo, sanos y salvos.

Niall y yo estábamos tan decaídos y desesperados que ya apenas disfrutábamos de los pocos momentos en que estábamos juntos. Ambos soñábamos con una vida tranquila, lejos de allí y de todo lo que tuviera que ver con el ejército; no pedíamos mucho, tan solo un techo bajo el que cobijarnos, algo de comida en el puchero y leña seca en la lumbre, nada más, si acaso algunos libros para entretener la espera hasta que llegara nuestro hijo. A veces fantaseábamos con escaparnos; los dos éramos jóvenes y yo hablaba algo de español, de modo que podríamos apañárnoslas. Pero la deserción no estaba en nuestro horizonte, y no por miedo a lo que nos pudiera pasar si nos atrapaban los nuestros o nos capturaban los franceses, sino por no defraudar a todos aquellos que confiaban en nosotros, incluido el general Moore, al que mi marido y yo habíamos comenzado a odiar cordialmente.

XII

A veces, mientras caminaba, no podía evitar pensar en nuestros perseguidores y hacerme muchas preguntas. ¿Por qué los franceses nos hostigaban y acosaban de esa forma? ¿A qué venía esa saña contra nosotros? ¿Por qué no nos dejaban huir en paz de una vez? ¿Qué los movía a seguir adelante? ¿Por qué no paraban o retrocedían? Y, sobre todo, ¿por qué en ellos no cundía nunca el desaliento ni la indisciplina? O al menos eso parecía. Seguramente, estaban pasando las mismas penalidades, incluso más, debido a nuestra política de tierra quemada, que tanto obsesionaba a los oficiales británicos, y puede que, de vez en cuando, a algunos se les fuera mucho la mano. Pero daba la impresión de que siempre estaban ahí, al acecho, firmes e impasibles.

Les di muchas vueltas a esas y a otras cuestiones, y al final llegué a la conclusión de que la principal diferencia entre unos y otros estribaba en que nuestros soldados huían en contra de sus deseos, sin saber muy bien por qué ni para qué lo hacían, mientras que los franceses tenían un objetivo claro, siempre a la vista, que éramos nosotros, y unas órdenes muy precisas al respecto. De ahí que ellos nunca se cansaran ni se desesperaran ni se derrumbaran, a pesar del frío, el hambre y la fatiga, que seguramente también estarían causando muchas bajas; más bien parecían convencidos de que, poco a poco, nos iríamos desgastando y que, tarde o temprano, nos alcanzarían y acabarían de una vez por todas con nosotros sin gran esfuerzo.

De momento, se entretenían jugando al gato y al ratón, sin molestarse en atraparnos o en despedazarnos, pues entonces se les acabaría la diversión. Eso explicaba que rara vez nos atacaran abiertamente o que, si lo hacían, no fuera de forma continuada, como si no tuvieran prisa y se complacieran en mantenernos

atemorizados y en ver cómo nos desmoronábamos lentamente, lo que para nuestras tropas resultaba cada vez más desmoralizador. En el campamento, se contaban auténticas atrocidades de nuestros perseguidores, la mayoría difundidas por ellos mismos, pero estaba claro que no todas eran ciertas, ni mucho menos. Se trataba solo de una estrategia destinada a provocar terror, que, inexorablemente, iba dando sus frutos, algo a lo que, de una manera u otra, también contribuíamos nosotros.

A este respecto, recuerdo que, cerca ya de Cacabelos, un rezagado que había sido hecho prisionero por los franceses en Bembibre logró reintegrarse con gran esfuerzo a nuestras líneas. Al parecer, se había resistido y luego había escapado en un descuido de sus captores. Venía gravemente herido, sobre todo en la cara y en los brazos, con numerosos cortes y algunos dedos congelados. Era tan lamentable su estado que el coronel Ross decidió conducirlo a través de las filas del regimiento con la intención de mostrar a sus hombres lo que les pasaría si se rezagaban por haberse emborrachado o demorado más de la cuenta. Pero lo cierto era que muchos soldados heridos o enfermos se iban quedando atrás porque apenas podían dar un paso y no había medios de transporte para llevarlos. Por otro lado, había que reconocer que, salvo en aquellos momentos en que nuestros enemigos estaban encolerizados por alguna derrota o querían vengarse o darnos una lección, los apresados no solían ser maltratados de esa forma. Tampoco lo necesitaban; para eso ya estaban el frío y la lluvia y las dificultades del camino.

Por suerte, algunos batallones y especialmente los situados a la zaga, donde mi marido y yo nos encontrábamos, gracias a las medidas tomadas por fin por el general Moore, comenzaron a mantener el orden y la disciplina durante la retirada, al tiempo que trataban de frenar el avance de los franceses con algunas escaramuzas cuando era necesario y encontraban terreno propicio para ello. Pero, al ver que esto no era suficiente para contenerlos o demorarlos, sir John decidió que la retaguardia se detuviera y les plantara cara en Cacabelos, situado a pocas millas de Villafranca del Bierzo.

Se trataba de un pueblo de unas ciento cincuenta casas situado en la margen izquierda del Cúa, que en esos días venía muy crecido y alborotado. Nuestro campamento se hallaba al otro lado del río, en un terreno más elevado y abrupto, muy adecuado para la defensa. La población acusaba una cierta decrepitud, debido a la decadencia del Camino de Santiago, y algunos de sus edificios estaban en ruinas; en su tiempo, además, había contado con varios albergues y hospitales de peregrinos, que ahora se encontraban cerrados. En ese momento, la mayor parte de sus habitantes habían huido al monte hasta que la contienda acabara y los unos y los otros nos fuéramos de allí, aunque no debían de andar muy lejos.

En la noche previa a la batalla, Niall estaba exultante, a pesar de la fatiga acumulada durante los últimos días. Al fin podría combatir cara a cara con el enemigo, en lugar de tener que huir todo el tiempo de él. Se le veía muy feliz con su arma, a la que familiarmente los soldados apodaban Brown Bess (Isabelita la Morena), por el color oscuro de su culata, como si fuera su amante o compañera, algo que a muchas esposas nos parecía de mal gusto e incluso un poco ofensivo, para qué nos vamos a engañar. Pero qué podíamos hacer si, en el momento de ir a batallar, nuestros maridos eran como niños con zapatos nuevos.

Yo, sin embargo, tenía bastante miedo, aunque delante de él traté de disimularlo lo mejor que pude, pues no quería que se preocupara. Me hubiera gustado mucho acompañarlo durante la noche para darle calor y sentir el suyo, pero tuvimos que contentarnos con pasar tan solo un rato juntos antes de ir a dormir cada uno por su lado. Nos refugiamos en una pequeña casa de labranza medio derruida que había al lado de unas viñas, pero que a nosotros nos parecía una habitación de lujo en un hotel de Londres. Después de besarnos y acariciarnos, nos amamos de pie contra una pared con tanta pasión y desesperación que el muro de adobe amenazaba con derrumbarse. Por suerte, aguantó y no nos dejó a la intemperie. Luego nos quedamos en silencio, completamente entrelazados, hasta que a él lo llamaron para hacer una guardia.

De vuelta al campamento, pude dar rienda suelta a mi tristeza. Al verme tan abatida, una de las mujeres más veteranas, una irlandesa de muy mal carácter y peor aspecto llamada Mary Jane me comentó que lo único que podíamos hacer por nuestros maridos en tales circunstancias era rezar y pedirle a Dios que no nos los arrebatara y que, en todo caso, si tenía que llevarse a algunos, puesto que estábamos en guerra, que fueran los de las otras esposas, y que al nuestro lo dejara para mejor ocasión, siempre para mejor ocasión. Así me dijo la muy bruta, guiñándome un ojo y dándome una palmada en el brazo que casi me hizo trastabillar.

Por suerte, allí estaba Biddy para confortarme. Su marido también iba a pelear, pero para ellos no era la primera batalla y Dan se lo tomaba todo con mucha tranquilidad, dada su habitual inconsciencia. Y lo cierto era que, hasta la fecha, les había ido bien. De modo que me cogió una mano y me llevó junto al fuego. Durante el día, había estado lloviendo, como casi siempre; la noche, sin embargo, nos había traído una pequeña tregua, aunque en el aire había mucha humedad.

—Me imagino que te estarás preguntando si yo tengo miedo —comenzó a decirme—, y me apresuro a responderte que sí, que lo tengo, y que, por muchas veces que hayas pasado por algo parecido, el temor a que a tu marido pueda sucederle algo sigue ahí. Es algo natural y comprensible, y muy necesario. Pero también lo es la esperanza; de modo que hazle un poco de sitio a esta para que crezca y así el pánico no pueda llenarlo todo.

—Lo intentaré —le prometí yo.

—Esta mañana, por casualidad —continuó—, me fijé en que en uno de los arcos centrales del puente había brotado una hermosa higuera, todo un símbolo de la vida que lucha por abrirse paso incluso entre algo tan inerte como la piedra labrada. Así tenemos que ser nosotras, como esa higuera.

—No sabes cómo agradezco tus palabras —comenté yo, más serena.

—En cuanto a Niall, no te preocupes. Es un hombre con

suerte; no en vano te tiene a ti —bromeó.

Por la mañana, Biddy y yo subimos a un altozano que había cerca del río para ver qué era lo que sucedía al otro lado, en el campo de batalla. Desde allí, podíamos contemplar el puente con su higuera. A ambos lados del cauce, en un ribazo, se extendían los viñedos, cercados por pequeños muros de piedra; por lo visto, el vino del lugar tenía bastante fama. Después, estaba el pueblo y más allá, en el lado este, se situaban nuestras tropas.

Cuando los casacas azules se acercaron a esa posición, los nuestros trataron de mantenerlos a raya, pero, al descubrir que nuestras fuerzas eran muy escasas, los franceses cargaron contra ellas y las hicieron retroceder. En lugar de rodear la población, los nuestros se adentraron en sus calles, y esto permitió que la caballería enemiga les diera alcance sable en mano. Al final, llegaron a estar tan apiñados en una especie de embudo que los combatientes de ambos bandos se quedaron atascados, por lo que les resultaba imposible tanto avanzar como volver atrás; de modo que el griterío y la confusión eran enormes.

Y así permanecieron un buen rato, hasta que los nuestros lograron retirarse, perseguidos de cerca por los franceses, que intentaban impedirles que cruzaran el río Cúa para refugiarse en la orilla derecha, donde estábamos nosotras, que asistíamos a todo aquello con gran inquietud e impotencia por no poder hacer nada. No obstante, en la izquierda, se quedó una compañía ligera con el fin de frenar al enemigo e impedir que atravesara el puente y proteger así las baterías de artillería, que se encontraban en una posición elevada.

Una vez estuvieron a resguardo nuestros hombres, los cañones de la brigada de caballería abrieron fuego contra los franceses, que, después de sufrir algunas bajas, interrumpieron el ataque y regresaron a Cacabelos, donde reagruparon sus tropas y se prepararon para un nuevo hostigamiento. Su intención no parecía ser otra que cruzar el río por un vado que había aguas abajo y tomar el puente a toda costa. Con este fin, el general Colbert, de

quien se decía que era tan bello como el joven Antinoo, el favorito del emperador Adriano, impaciente por pasar al otro lado, hizo avanzar a sus soldados en columna de a cuatro y mandó intervenir de nuevo a la caballería, cuyas cargas solían ser temibles por la audacia y fiereza de sus jinetes. Pero la reacción de los nuestros no se hizo esperar; desde varios puntos, comenzaron a lanzar fuego de artillería contra los atacantes para después dar paso a la infantería, donde se hallaba mi marido, que sería la encargada de obligarlos a retroceder hacia la población.

Mientras tanto, un soldado irlandés llamado Tom Plunkett logró abatir desde lejos al general francés de un tiro en la cabeza, justo encima de la ceja izquierda, así como al corneta mayor del regimiento, que había acudido para socorrerlo. Esto provocó que las tropas enemigas se retiraran de nuevo del campo y nosotros recuperáramos las posiciones momentáneamente perdidas. Según contó luego el autor del disparo, un joven muy despierto y de buena apariencia, para conseguir su objetivo tuvo que tumbarse de espaldas en el suelo, en una postura harto complicada, pasando el pie por dentro de la correa de su fusil de largo alcance con el fin de estabilizar el arma y afinar bien la puntería. Una proeza, vaya, que le valió la felicitación de sus compañeros, que lo saludaron como a un héroe, y la recompensa de los oficiales, que no cabían en sí de gozo.

Indignados por la pérdida de su admirado general, los franceses atacaron de nuevo unas horas más tarde. Al tiempo que la caballería ligera trataba de abrirse paso en el puente a golpe de sable, cargando a todo o nada, la infantería intentó vadear el río. Pero volvieron a ser rechazados y perseguidos por nuestras tropas; así que no les quedó más remedio que regresar una vez más a Cacabelos y esperar a la mañana siguiente, pues ya comenzaba a declinar la luz del sol y necesitaban recomponerse y descansar.

Pero, a pesar de haber ganado y de las ventajas de nuestra posición, el general Moore no quería que la batalla se prolongara y ordenó que nuestras tropas fueran replegándose poco a poco hacia la aldea de Pieros, en dirección a Villafranca, adonde el comandante en jefe parecía tener prisa por llegar. Nuestros

soldados, en cambio, estaban tan enardecidos y deseosos de continuar la lucha que a los oficiales les costó mucho sacarlos del campo de liza.

Cuando después regresaron al campamento, las esposas e hijos salimos a su encuentro para recibirlos y abrazarlos. Sus rostros estaban tan ennegrecidos por el humo de los cañones y mosquetes que hasta costaba distinguirlos. Así que se produjeron algunas escenas embarazosas: mujeres que se acercaban al marido que no era; niños que se asustaban al no reconocer a sus padres. Al final, algunas nos quedamos sin poder estrechar a nadie.

Seríamos cerca de una docena, incluidas Bridget y yo, y la mayoría estábamos muy alteradas. Como nuestros maridos no aparecían, nos fuimos de inmediato a ver al capitán del regimiento con la intención de averiguar qué podría haber sido de ellos. Tras comprobar que no se encontraban tampoco entre los heridos, este nos dijo que aún era pronto para darlos por muertos, por lo que nos recomendó que regresáramos con las otras mujeres, que tan pronto tuvieran alguna noticia nos la comunicarían. Pero, tal y como estábamos, no resultaba fácil aguardar, mano sobre mano, a que te confirmaran que tu marido había fallecido en combate o estaba agonizando en el campo de batalla. De modo que nos dirigimos al sitio en el que había tenido lugar la última parte del enfrentamiento. Los soldados que estaban apostados junto al puente se negaron a dejarnos pasar, alegando que tenían órdenes de que nadie cruzara. Y eso nos trastornó todavía más.

—Por lo que más queráis —les dije yo—; tan solo pretendemos ver si se encuentran ahí nuestros maridos.

Pero ellos insistieron en que se limitaban a cumplir lo que el capitán les había mandado, que no era cosa suya.

—Oídme bien —les gritó entonces Biddy con gran sentimiento —. No quiero que mi marido muera solo en ese barrizal si es que todavía sigue vivo, y, si ya ha muerto, Dios no lo quiera, deseo ser yo la primera en dar con él.

—Vosotros también tendréis novia o esposa; poneos en nuestro lugar —argüí yo.

Después de un tira y afloja bastante tenso y de derramar

abundantes lágrimas, por fin logramos conmoverlos.

—Está bien, podéis pasar —concedió el cabo de guardia—. Pero os recomiendo que vayáis con cuidado, ya que podría haber soldados enemigos cerca.

Para entonces la noche ya había caído y tuvimos que ir provistas de faroles y linternas, con gran peligro de que los franceses nos dispararan desde las afueras de Cacabelos. Buscamos, en primer lugar, junto al puente, a uno y otro lado del río. Nunca en mi vida, ni en las peores pesadillas, había contemplado o imaginado nada tan desolador como lo que allí vi. Y, sin embargo, aún me faltaba mucho por descubrir.

—Esto es una atrocidad; el infierno no puede ser peor que esto —recuerdo que me decía a cada paso.

Sobre un oscuro barrizal estaban los cadáveres de ambos ejércitos mezclados los unos con los otros en las posturas más inverosímiles, convertidos en pasto para los animales carroñeros. A simple vista, solo se distinguían por el color de sus casacas, y, a esas horas, ni siquiera eso. Hombres con los cuerpos destrozados, desmembrados, mutilados, cercenados, lacerados, hendidos, abiertos... En el aire había, además, un hedor extraño; era el olor acre de la sangre derramada y de las vísceras expuestas. Este había atraído ya a varios perros y alimañas, que los soldados que por allí andaban trataron de alejar lanzándoles piedras.

Nosotras íbamos encogidas, como almas en pena, buscando con ansiedad a nuestros maridos y, al mismo tiempo, deseando no dar con ellos, pues eso significaría que estaban muertos o, en el mejor de los casos, malheridos y agonizantes. Recuerdo ahora a Moira, una galesa de apenas dieciocho años, que se agarró con fuerza a Biddy porque tenía miedo de que los muertos se la llevaran al otro mundo. O a la pobre Lesly, una muchacha muy tímida que a cada rato pedía que la despertaran de ese mal sueño, que ya era hora de volver a casa.

También había algunas compañeras que aprovecharon la ocasión para hacer pillaje y robarles sus escasas pertenencias a los cadáveres del enemigo; una cantimplora, un cinturón, una bayoneta, una casaca rota, unas botas gastadas, municiones, unas

pocas monedas..., cualquier cosa valía como botín de guerra, que luego venderían por cuatro perras o trocarían por comida en alguna aldea.

Por supuesto que yo ya sabía que saquear a los muertos era una costumbre extendida entre muchas seguidoras del campamento, casi como una ocupación más para algunas, pero no que se pudiera llegar al extremo de rematar a los heridos con el fin de robarles, si bien ellas aducirían que lo hacían por piedad, y no movidas por la codicia desenfrenada. En todo caso, en el campamento parecía haberse impuesto cierta tolerancia o manga ancha con estas prácticas; el simple robo, por el contrario, estaba penado con dureza, pudiendo llegar a ser procesadas, azotadas y expulsadas del regimiento.

—¿Por qué no paráis de expoliar a esos hombres? —les grité yo, sin poder evitarlo—. ¿Os gustaría que a vuestros maridos, Dios no lo quiera ni lo consienta, les hicieran lo mismo?

—¿Acaso crees que no lo harán? —me replicó una de ellas, a la que llamaban Molly, con rabia—. Tan pronto cambien las tornas y ganen los casacas azules dejarán a los nuestros más limpios que una patena, ya lo verás. A él, además, ya no va a servirle de nada —comentó, señalando al cadáver—. El muerto al hoyo y el vivo al bollo, como dicen por estas tierras —añadió con una risotada, coreada por algunas de las que la secundaban.

Recordé que le había oído decir esa frase a la hermana María un día en que las dos hablábamos de la guerra y sabía muy bien lo que significaba, pero la monja la pronunció con ironía y tono de censura, y no con cinismo y descaro, como mi compañera, a la que no quise replicar, dado que era muy tarde y tenía algo más urgente que hacer. Así que seguí con mi búsqueda lejos de ellas.

Yo cada vez estaba más angustiada y, sin darme cuenta, comencé a rezar de forma atropellada, mezclando unas oraciones con otras, como si fueran una especie de conjuro contra la muerte. Lo importante era no pensar en su poder, mantener viva la esperanza y no dejarse dominar por el miedo, como diría Biddy, a la que hacía rato que no veía. Debía de parecer un alma perdida en medio de aquel montón de cadáveres.

Me impresionó mucho descubrir junto a la orilla del río el de un soldado muy joven, tanto que apenas habría tenido tiempo de disfrutar de la vida. Sin poder evitarlo, imaginé el dolor de su madre cuando se enterara de que su hijo había muerto de un disparo en una tierra extraña, en un lugar del que ella jamás habría oído hablar y por una causa que no comprendería por más que se la explicaran. Y lo peor era que la pobre mujer no tendría una tumba donde poder ir a honrarlo o a rezar por la salvación de su alma o a ponerle unas tristes flores arrancadas en el campo. Así que le cerré los ojos y musité por él una oración en nombre de su madre. Y allí lo dejé, pues debía continuar.

Cuando ya creía que lo había visto todo en esa maldita campaña, esa noche pude palpar de cerca el horror y la brutalidad de una batalla: hombres peleando de forma ciega por un palmo de tierra que, al final, resultó ser su tumba. ¿A eso se reducía todo? ¿Tan criminal y necio era el ser humano? ¿De qué habían servido tantos libros a lo largo de la historia, tantos descubrimientos, tantas leyes...? Y Dios, ¿dónde estaba? ¿Por qué permitía todo aquello? ¿Acaso estaba distraído con las alabanzas que en ese momento le tributaban o mirando para otro lado? Demasiadas preguntas para una mujer que lo único que quería era encontrar a su marido y poder vivir en paz con él y con sus hijos cuando terminara esa pesadilla.

De repente, oí gemir a alguien a mi lado. Me acerqué a ver y descubrí que se trataba de un veterano que yacía sobre un charco muy profundo. El hombre tenía una herida abierta en la cabeza y se estaba desangrando. De modo que me arranqué un trozo de la enagua y se la vendé con él como pude. Después le acerqué la cantimplora para que bebiera un sorbo de agua y recuperara el aliento. El soldado trató de decirme algo al oído, pero no fue capaz de pronunciar ni una sola frase, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta. Al poco rato, exhaló su último suspiro sin que pudiera hacer nada más por él. Y eso me entristeció y me hizo flaquear, pero no tanto como para rendirme; eso era algo que, a esas alturas, no me podía permitir. Tenía que dar con mi marido; no podía dejarlo ahí fuera.

—¿Dónde estás, Niall? ¿Por qué no me mandas una señal? —me repetía en voz alta como una loca.

XIII

Llevaba ya un buen rato deambulando entre muertos y moribundos, bajo la lluvia, una lluvia más bien fina, pero que te iba calando por dentro, como si se filtrara a través de la piel y los huesos, cuando se acercó a mí el sargento O'Connor, el amigo de mi marido. Después de saludarme, me explicó con mucha delicadeza que acababan de encontrar a alguien que podría ser Niall, ya que se hallaba en la zona en la que lo habían visto pelear por última vez, en la orilla izquierda del río, no muy lejos de un camino que discurría paralelo al agua. Por un momento, me quedé sin habla y sin aire, como si no pudiera discurrir ni respirar, tan afectada que creí que me iba a desmayar.

—¿Estás seguro? —balbucí por fin.

—Por la estatura y la complexión, creemos que podría tratarse de él —me indicó Brian—. Pero no estamos seguros del todo, pues está muy desfigurado —añadió en un susurro por respeto a mí.

El sargento me cogió suavemente del brazo y caminé a su lado por la estrecha vereda, como una sonámbula, sin saber muy bien quién era, qué hacía o dónde estaba, hasta llegar a un pequeño muro hecho de piedras, a modo de lindero entre dos viñedos. Por fin el cielo se había abierto y, por un boquete entre las nubes, podía verse la luna llena, que lo bañaba todo con una luz plateada y fantasmal.

—Ese es —me indicó el amigo de mi marido, señalando con la cabeza hacia un bulto alargado que había a unos pocos pasos.

Me acerqué a él y lo iluminé con el farol con mucho cuidado. El rostro, en efecto, estaba completamente destrozado y, por tanto, resultaba irreconocible, incluso para mí, suponiendo que fuera Niall. Recordé entonces que mi marido tenía una marca en el dedo

índice de la mano derecha. Se trataba de la cicatriz de una vieja herida que se había hecho hacía tiempo segando hierba en las tierras de su padre. De modo que le cogí la diestra con cierta aprensión y la acerqué al farol, ante la mirada atenta de Brian. En su dedo no había nada, ni un rasguño. Miré de nuevo por si me había equivocado, y lo mismo hice con el resto de la mano. Ni rastro de la señal. Tampoco estaba, por cierto, el zurcido que unos días antes le había hecho en la casaca, en la zona de la axila. Y eso terminó de tranquilizarme. Estaba claro que no era Niall.

—¿Estás segura? —me preguntó Brian para que no hubiera duda.

—Completamente —confirmé yo.

Pero la alegría me duró muy poco. El hecho de que no fuera ese soldado en concreto no quería decir que mi esposo no hubiera fallecido esa tarde. Así que seguí rastreando entre los muertos, como quien busca una espiga tronchada en un campo de trigo maduro después de un vendaval. Y es que hay un momento en el que todos los cadáveres acaban pareciéndose, como si la huida del alma los igualara a todos y los convirtiera en mera cáscara o envoltorio. El caso es que su cuerpo no apareció. Y esto, claro, me produjo una sensación agridulce, ya que, mientras no aparecieran sus restos, habría esperanza de que Niall siguiera vivo, y bien sabe Dios que yo me aferré a ella con todas mis fuerzas. Mas, si no había sido abatido en la contienda, entonces, ¿dónde estaba?

Antes de despedirse e irse a descansar, pues también había participado en la batalla, Brian me dijo que siguiera confiando, que Niall todavía podía aparecer con vida y que él, por supuesto, continuaría haciendo indagaciones, y yo se lo agradecí en mi nombre y en el de mi marido.

A esas alturas, en el campo de batalla ya habían empezado a llevarse los cuerpos de nuestros fallecidos, unas doscientas bajas en total, con el fin de poder enterrarlos en tumbas anónimas dentro de un pequeño cercado e impedir así que fueran comidos por los animales carroñeros. Según me había dicho Brian, era lo único que se podía hacer por ellos, y ya era bastante, dado que los que perecían durante la marcha generalmente se quedaban sin sepultar.

Una vez retirados los cadáveres de los nuestros y expoliados los de los franceses, sería el turno de estos, tal y como estaba pactado de antemano, ya que eran los que habían perdido la batalla. Se trataba de una especie de tregua acordada para que cada bando pudiera enterrar a sus muertos y hacer recuento de ellos después de la contienda. Y así, al día siguiente, podrían retomarla donde la habían interrumpido, con el campo convenientemente despejado.

En ese momento me di cuenta de que me había olvidado de Biddy y de su marido. De modo que me fui al campamento. Mi amiga estaba con otras mujeres atendiendo a los heridos. Su esposo, por desgracia, se encontraba entre ellos. Lo habían descubierto tendido sobre el barro con una herida de sable en un costado. Esta no parecía grave, con lo que podría viajar. El problema era que también estaba enfermo de disentería y eso lo tenía muy debilitado y, por primera vez, con el ánimo perdido.

—¡A él, que siempre ha sido fuerte como un roble y alegre como una abubilla! —exclamó Biddy.

Yo le conté que Niall no había aparecido todavía y ella me dio un abrazo y me dijo que no perdiera la esperanza, que en las guerras pasaban esas cosas y que en cualquier momento daría señales de vida.

Para estar entretenida, decidí echar una mano en la enfermería. Si la visión de los muertos en el campo de batalla había sido desoladora, la de los heridos en el campamento no lo era menos. Los médicos y cirujanos no podían con todos y muchos acababan muriendo por falta de atención adecuada. En tales circunstancias, lo único que nosotras podíamos hacer era tratar de cortarles la hemorragia, llevarles agua o darles consuelo para que al menos tuvieran una muerte digna y no fallecieran a solas.

Cuando Biddy y yo nos retiramos a descansar, descubrimos que nuestras compañeras se disponían a ponerse en marcha, tal y como se les había ordenado. La intención del general Moore era retirarnos en plena noche y sacar ventaja a nuestros perseguidores, en lugar de seguir frenándolos al día siguiente aprovechando nuestra posición, que era lo que ellos se esperaban. Mientras tanto,

los que iban por delante tenían la misión de evacuar los depósitos de armas y víveres de Villafranca del Bierzo para así poder contar con su contenido y hacer frente a los franceses en los desfiladeros que había camino de Herrerías.

A mí la noticia de la partida me cayó como un jarro de agua fría, ya que, si me marchaba con los demás, abandonaría a mi marido a su suerte y entonces sí que no volvería a verlo. De modo que me negué a moverme de allí.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Mary Jane con tono de reproche, como si fuera mi madre.

—Seguir buscándolo —le dije yo.

—Es a ti a quien acabarán encontrando los franceses, que ahora deben de estar muy rabiosos por haber perdido la batalla y a su querido general. ¿Qué quieres, que abusen de ti y te maten? —me replicó Siobhan.

—Lo que deseo es dar con mi marido. Vinimos juntos a esta guerra y no me pienso ir sin él —insistí yo.

—Si está muerto, ya nada puedes hacer; y, si está con vida, tarde o temprano aparecerá; es lo que suele ocurrir —argumentó Mary Jane.

—¿Y si ha sido hecho prisionero? —objeté yo.

—Entonces tendrás que esperar a que lo liberen; con un poco de suerte, él estará ahora mucho mejor que nosotras, pues al menos no tendrá que huir de prisa y corriendo de madrugada —apuntó Elizabeth con ironía.

Entre unas y otras, acabaron convenciéndome de que lo mejor que podía hacer era acompañarlas y seguir adelante, sin darle más vueltas al asunto. Y eso hice, o en todo caso lo intenté. Nos retiramos de forma sigilosa y dejando encendidas las fogatas para que los franceses pensaran que todavía permanecíamos en nuestra posición; de modo que, cuando los gabachos llegaran a darse cuenta del engaño, ya estaríamos lejos de su alcance.

Por el camino me fui enterando de que varias de mis compañeras habían tenido, de momento, peor suerte que yo, dado que al final habían encontrado los cadáveres de sus maridos en el campo de batalla. Algunas se quejaron, además, de que el entierro

había sido demasiado rápido, sin ninguna clase de ceremonia ni de honra fúnebre por falta de tiempo. Pero lo más sorprendente para mí fue averiguar que, pocas horas después de sepultar a su marido, algunas ya estaban pensando en volver a contraer matrimonio, cosa que, en un principio, debo reconocerlo, me escandalizó. «¿Tan poco dura la fidelidad? ¿Tan volubles y ligeras somos?», recuerdo que me dije. Mas no tardé en considerar que podía haber razones muy poderosas para ello y, por lo tanto, yo no tenía derecho a juzgarlas.

Según me contaron las más veteranas, lo habitual era que, cuando una de nosotras enviudaba, se desposara de inmediato con otro soldado, a ser posible del mismo regimiento, algo, por otra parte, perfectamente factible, dado que los coroneles estaban facultados para llevar a cabo la ceremonia de forma legal, en el caso de que no hubiera ningún cura o reverendo cerca. Y no era raro que algunas mujeres lo hicieran más de una vez; de hecho, se conocían casos como el de Anne Rose, una tejedora de Glasgow, que se había casado nada menos que cuatro veces en una misma campaña, por lo que a menudo no se acordaba ni de cómo se apellidaba.

Por supuesto, eso no quería decir que no amaran a sus difuntos maridos o que no les fueran leales; si de verdad no hubiera sido así, no los habrían seguido hasta allí. Pero lo prioritario en ese momento era sobrevivir, y más si tenían hijos; y para ello era fundamental poder permanecer en el campamento, ya que, tan pronto enviudaban, las mujeres eran expulsadas sin ninguna clase de ayuda, salvo unas pocas monedas para los primeros gastos, a no ser que contrajeran de inmediato nuevo matrimonio con otro soldado. Ese era, pues, el motivo de semejante costumbre.

Perdidas, solas y sin nada que llevarse a la boca, y, en muchos casos, encintas o con uno o varios niños a sus espaldas, ¿qué otra cosa podían hacer? ¿Vagar por los caminos en tierra extraña, expuestas a toda clase de peligros? ¿Volver a su lugar de origen y, en el mejor de los casos, vivir de la caridad de la familia, de alguna parroquia o de la casa de los pobres? Allá, en la vida civil, la

costumbre era que las viudas permanecieran en casa y vistieran durante seis meses de negro, seguidos de otros seis en los que ya se podían llevar, si se deseaba, colores apagados, como el gris o el beige. Pero, en el seno del ejército y en medio de una guerra, nadie podía exigirles que guardaran lealtad a sus esposos muertos más allá de lo estrictamente necesario; de hecho, algunas se casaban a los dos días de haber fallecido el anterior esposo.

En mi caso, claro, la situación era muy distinta, ya que podía permanecer en el campamento hasta que la circunstancia de mi marido se aclarara. Así que seguí indagando por ahí. Incluso intenté hablar con el general Moore. Pero ya había salido hacia Villafranca, para dirigir personalmente las operaciones allí. De nuevo, volví a preguntar a los compañeros de Niall y a los oficiales y suboficiales de su compañía, y nadie pudo darme cuenta de él, como si se lo hubiera tragado la tierra o tal vez el río Cúa. Lo único que supe de cierto era que no podía haber caído en la primera refriega, la que tuvo lugar en las calles de Cacabelos, dado que varios testigos lo habían visto pelear en el segundo ataque.

—Hay soldados que, por diversas circunstancias, no aparecen después de una batalla —me indicó un capitán que tenía la cara llena de cicatrices—. Lo más probable es que estén muertos en algún lugar oculto o poco accesible, o que hayan quedado completamente destrozados e irreconocibles. También cabe la posibilidad de que hayan caído al agua y se los haya llevado la corriente o que el enemigo los haya capturado antes de retirarse, aunque no lo creo, pues en estos momentos a los franceses no les interesa hacer demasiados prisioneros, ya que tendrían que alimentarlos e imagino que, como nosotros, no andarán muy sobrados de comida.

—Pero ¿y si fuera así? ¿Se podría hacer algo para rescatarlo? —dejé caer yo.

—En otras circunstancias, podríamos intentar un intercambio de prisioneros, mas estamos de retirada y, después de los últimos incidentes, las cosas no están ahora para acuerdos ni negociaciones. Lo lamento mucho; por ahora, debemos esperar —añadió con pesadumbre.

—Más lo lamento yo —comenté a mi vez.

—Es lo único que de momento podemos hacer —insistió el capitán—. Claro que también cabe la posibilidad de que su esposo haya desertado —añadió de pronto con tono sibilino.

—¡¿Dejándome aquí sola y desamparada?! Eso es absurdo. Mi marido nunca haría eso —objeté.

—No sería el primero, se lo aseguro. Si yo le contara las cosas que he visto dentro del ejército: desde gente que se alista para huir de sus familias y de sus obligaciones hacia ellas hasta soldados que dejan su puesto para abandonar a su mujer e irse a vivir con su amante —me comentó él con aire de suficiencia.

—Pues quiero que sepa que ese no es mi caso, téngalo por cierto —repliqué yo, muy digna.

—Yo no he pretendido dar a entender eso —puntualizó el capitán—. Pero le advierto que, si se tratara de algo así, quedaría totalmente desprotegida, dado que tendría que abandonar el campamento de inmediato, sin un penique y, en este caso, sin el recurso de poder volver a casarse —precisó con firmeza.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo deseo hacer tal cosa? Si es eso lo que piensa, le aseguro que no es mi intención contraer nuevas nupcias bajo ninguna circunstancia —le informé.

—Al principio, es lo que dicen todas, pero enseguida se dan cuenta de que no les queda otro remedio —me soltó él.

—Si es así, es porque ni el ejército ni el Gobierno se ocupan de las viudas como es debido —me apresuré a recordarle.

—Eso está fuera de mi competencia. Pero, si usted quiere, yo podría ayudarla de alguna manera —dejó caer con otro tono.

—¿Qué insinúa? —repliqué muy ofendida.

—Nada, nada. Yo solo me ofrecía a protegerla —comentó él, recogiendo velas.

—¿Y a cambio de qué?

—Pero ¡¿qué dice?!

—De usted es de quien debería yo guardarme, me parece a mí —le solté, muy enfadada, antes de irme.

Era ya muy tarde cuando por fin regresé junto a mis compañeras de campamento. Aunque algunas lo intentaron de forma reiterada, no supieron brindarme ningún consuelo ni apoyo, o no los que yo verdaderamente necesitaba en ese momento, dado mi estado de ánimo, que cada vez estaba más confuso y alterado.

—Deberías ir pensando en buscar a alguien —me aconsejó Mary Jane, siempre tan inoportuna.

Eso hizo que me revolviera. Así que le contesté:

—En lo que ahora debo pensar es en cómo dar con mi marido, a ver si se te mete en la cabeza de una vez.

—Tampoco hace falta ponerse así. Yo conozco a un soldado que está libre y es bastante apuesto; seguro que te gusta —insistió ella con desfachatez.

—¡Te he dicho que no me interesa ninguno! Yo quiero a mi marido —protesté con tono irritado.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Es que nunca hablaste de eso con él? ¿Acaso no te dijo que, si llegabas a verte en la situación en la que ahora te encuentras, no dudaras en casarte de inmediato con alguien del mismo regimiento? —me preguntó ella sorprendida.

—¿Y por qué íbamos a hablar de una cosa así si acabábamos de casarnos? —me justifiqué.

—Porque la vida del soldado está muy expuesta y, en cuanto te descuidas, te quedas sin él. Es cuestión de vida o muerte —insistió Mary Jane con naturalidad.

—Pero es que yo todavía no estoy viuda —rechacé—; lo más probable es que a mi marido lo hayan hecho prisionero.

—Si tan convencida estás, ¿por qué no te dejas apresar por los franceses e intentas dar con él? Seguro que te está esperando —comentó ella en tono de burla, lo que hizo que las demás se rieran.

—¡Déjame en paz de una vez! —le grité yo, muy molesta.

Esa noche fui a acostarme preocupadísima y apenas pude dormir. En algunos momentos, pensé en levantarme y ponerme a rezar, pero por experiencia sabía que Dios siempre está ausente cuando más se necesita su ayuda. Así que me pasé horas dándole vueltas al asunto por un lado y por otro. Vistas las cosas con la debida frialdad, no me quedaba más remedio que reconocer que

era muy posible que, en efecto, mi marido hubiera muerto en la batalla, aunque su cadáver no hubiera aparecido. De modo que bien podría decirse que me encontraba en una especie de limbo o vacío legal. Pero ¿y si los franceses lo hubieran hecho prisionero? El problema era que no había forma de poder confirmar tal extremo, salvo que...

La idea me vino de repente a la cabeza. A lo mejor Mary Jane tenía razón. Yo ya sabía que ella lo había planteado como un disparate para hacer gracia a las otras y burlarse de mí por mi terquedad. Pero puede que no fuera tan mal plan, al fin y al cabo. Como suele decirse, los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, y no se me figuraba una que lo fuera tanto como la de dejarme capturar por el enemigo para tratar de averiguar si mi marido estaba en sus manos. De todos modos, esa era la única salida que se me ofrecía.

A este respecto, recordé que días atrás los franceses habían cogido presas a varias compañeras que se habían quedado rezagadas y luego las habían soltado de forma rutinaria, sin infligirles daño alguno, al menos eso fue lo que ellas nos dijeron, aunque teníamos noticia de que, en otras ocasiones, las detenidas habían sido vejadas. También nos contaron que, antes de que las liberaran, habían tenido la oportunidad de hablar con algunos de los prisioneros que estaban encerrados en el mismo lugar, lo que a ellos les había brindado un gran consuelo y a mí ahora me ratificaba en la idea de llevar a cabo mi proyecto desesperado.

Ya sé que, contado de esa forma, puede parecer una locura, algo así como intentar tirarlo todo por la borda o arrojar la soga tras el caldero, como suele decirse. Pero estaba tan angustiada y desolada que no se me ocurrió nada mejor que convertirme en cautiva voluntaria de los franceses con la esperanza de poder llegar así hasta mi esposo, si es que en verdad había caído en su poder y no se habían deshecho ya de él, algo en lo que no quería ni pensar.

La empresa, desde luego, no iba a ser nada fácil y lo más probable era que yo saliera malparada del intento. Mas, ¿qué otra alternativa tenía? ¿Quedarme mano sobre mano? ¿Volver a mi casa como una fracasada para tratar de vivir de la caridad de mis padres

o de la parroquia? ¡Eso nunca! Yo sabía, por otro lado, que jamás me perdonaría si no hacía todo lo posible para intentar dar con mi marido, como él mismo habría hecho si hubiera estado en mi lugar, de eso estaba completamente segura, dado que también me quería. Luego ya vería cómo saldría del tremendo embrollo en el que estaba a punto de meterme. En todo caso, mi situación no podría ser mucho peor de lo que ya era. «Así que, de perdidos, al río», me dije con convicción.

XIV

A la mañana siguiente, durante la marcha, me fui haciendo poco a poco la descuidada hasta que al fin me quedé sola y apartada de las demás, de tal forma que ninguna de mis compañeras se dio cuenta de lo que ocurría. No había querido decirle tampoco nada a Biddy, pues se habría empeñado en ayudarme de alguna manera y ella ya tenía bastante con atender a su marido, que seguía muy enfermo. Después, me escondí en el lindero del bosque y aguardé a que pasaran los rezagados y los últimos efectivos de nuestra retaguardia, que eran los encargados de cubrir a los demás y, a ser posible, de mantener a raya a nuestros perseguidores.

Acababa de salir de nuevo al camino, cuando apareció una avanzadilla de soldados franceses a caballo, que no tardó en darme el alto. Por el color de mi pelo y mi aspecto, debieron de deducir enseguida que era irlandesa. Al ver que no me detenía, uno de los jinetes se acercó a mi posición, sable en mano, dispuesto a darme mi merecido. Pero el sargento le pidió que parara. Después ordenó a dos de sus hombres que me apresaran y me llevaran a Cacabelos para que sus superiores decidieran lo que hacían conmigo. Por el camino nos cruzamos con parte de la vanguardia del ejército francés, y, en los alrededores del puente, donde no hacía mucho había estado el campo de batalla, se veían hogueras y fogatas ante las que se arracimaban los soldados de infantería para calentarse mientras llegaba la hora de la partida.

Ya en el pueblo, me condujeron de inmediato a una casa medio derruida y me entregaron a un joven oficial que hablaba algo de inglés. Después de registrarme y requisarme el libro de la santa, tal vez por considerarlo sospechoso, me ofreció agua y comida. Tan pronto terminé de reponer fuerzas, quiso saber quién era y por qué estaba sola. Yo le aseguré que era la esposa de un

soldado británico y que me había quedado rezagada porque no me encontraba muy bien. Pero él insistió en pedirme explicaciones, como si no me creyera o no me entendiera bien. Al final le confesé, con determinación, que me había dejado capturar para tratar de descubrir si mi marido había sido hecho prisionero durante la batalla de Cacabelos. El oficial, cada vez más confuso, debió de pensar que podía ser una espía y amenazó con torturarme si no le contaba toda la verdad, y yo me asusté.

Por suerte, en ese momento apareció un nuevo oficial, acompañado de dos soldados, con orden de llevarme a otro sitio. Como luego supe, se trataba de una de las casonas del concejo, donde el mariscal Soult había establecido su cuartel general. Allí me condujeron a una de las estancias de la planta baja, una sala amplia con una gran chimenea. Cuando entré, vi a un hombre de gran envergadura, o eso me pareció, que estaba de espaldas, calentándose al fuego, inmóvil como una estatua. Antes de irse, el oficial que me había acompañado le dijo algo al oído. Al cabo de un rato, mi anfitrión dejó de contemplar el fuego y se dio la vuelta lentamente. Tendría unos cuarenta años, no más, y un rostro agradable, aunque, en ese momento, mostraba un gesto adusto y sombrío y sus ojos parecían dos tizones ardiendo.

—¿Sabe usted quién soy? —me preguntó el hombre en inglés; su tono era cortés y, al mismo tiempo, firme.

—Supongo que el mariscal Soult —me aventuré yo.

—Me sorprende que conozca mi nombre —comentó.

—También sé que es usted el duque de Dalmacia —añadí, no sé por qué; lo que no le dije era que, en el campamento, haciendo un juego de palabras, lo llamábamos el duque de la Desgracia, ya que temía que fuera a enfadarse.

—¿Y no me tiene miedo? —inquirió, dando unos pasos hacia mí.

—¿Debería tenérselo? —contesté yo con tono desafiante, mirándolo a los ojos.

—¿Es verdad lo que me ha contado el oficial que la ha traído, que fue usted la que salvó a uno de mis reclutas de ser linchado hace unos días? Al parecer, este la ha visto cuando llegaba al

campamento y la ha reconocido —añadió.

El mariscal hablaba un inglés muy correcto, aunque su acento era muy marcado, arrastrando mucho las erres, tal vez de forma deliberada.

—Solo hice lo que me dictó la conciencia en ese momento. Puede que esté engañada, pero en la guerra, como en la paz, no todo vale —indiqué yo.

—Sobre eso habría mucho que discutir. En todo caso, le doy las gracias por su gesto —me hizo saber—. También me han comunicado que se ha dejado apresar para intentar dar con su marido, ¿es eso cierto? —preguntó muy interesado.

—Así es —corroboré yo.

El mariscal se quedó pensativo, como si estuviera tratando de digerir la información que yo le acababa de dar. Luego tomó asiento junto al fuego y me invitó a hacer lo mismo señalando con la mano hacia la otra butaca.

—Nunca he entendido por qué los británicos permiten que las mujeres acompañen a sus maridos a la guerra —confesó por fin.

—¿Acaso las francesas no lo hacen? —quise saber yo, tras acomodarme.

—Con nosotros tan solo viajan algunas cantineras y vivanderas debidamente autorizadas y sujetas a la disciplina militar —precisó el mariscal muy serio—. Su trabajo consiste, sobre todo, en vender vino y abastecer de comestibles a los soldados, ya que a veces nuestra intendencia deja un poco que desear; incluso lo hacen durante la batalla, a la que acuden con su pequeño barril en bandolera con los colores azul, blanco y rojo, lo que puede ser un buen regalo para los hombres con la boca seca por la sed o el miedo o por haber mordido los cartuchos de mosquete. Esas mujeres se limitan, por tanto, a auxiliar a nuestras tropas, también como lavanderas y enfermeras, y a aliviar sus necesidades —explicó—. Pero de ahí a permitir que las esposas acompañen a los soldados a la guerra, sin más ni más, hay un largo trecho.

—Si es por eso, yo también trabajo como zurcidora, enfermera y lavandera —me apresuré a comentar.

—Como le he dicho, no es lo mismo. Nuestras cantineras son pocas y están bien integradas en sus respectivos regimientos, casi como soldados, y no como meras seguidoras del campamento. De modo que, si una de ellas se dejara capturar para intentar ver a su marido, sería sometida a un consejo de guerra tan pronto volviera a nuestras filas —dejó caer con toda la intención—. También como cantineras tienen unas normas y viajan con su correspondiente licencia y autorización, expedida a su nombre, y no al de su marido. Algunas, eso sí, están casadas con soldados, pero no necesariamente, y hasta tienen hijos que viajan con ellas; las chicas como ayudantes, los chicos como auxiliares de la tropa. Para nosotros, la presencia de este tipo de mujeres es, pues, algo lógico y natural, y yo diría que hasta rutinario, y su sustento está siempre asegurado. Lo que no alcanzo a entender —insistió el mariscal— es la presencia de esposas de soldados sin una misión clara ni un estatus oficial. De ahí que desapruebe la política del ejército británico en esta materia.

—No esperaba menos de usted, teniendo en cuenta que somos enemigos. Se supone que vemos las cosas de forma muy diferente —razoné yo.

—Me imagino que habrá oído decir todo tipo de barbaridades acerca de los militares franceses —señaló el mariscal.

Yo lo observé con curiosidad y él me devolvió la mirada.

—Desde luego. Pero, en estos días, he visto cosas que tampoco dejan a los británicos en muy buen lugar —le confesé.

—¡Ya lo creo! —exclamó—. En cualquier caso, debo reconocer que es usted valiente, franca y decidida. Creo que solo por eso no la voy a retener.

—¿Y qué pasa con mi marido?

—¿Su marido? —exclamó, poniéndose en pie—. ¿Qué se figuraba, que por el mero hecho de venir en su busca, iba a soltarlo y a dejarlos ir a los dos?

—Lo cierto es que no había pensado nada en concreto. Reconozco que he actuado movida por un impulso —confesé.

El mariscal comenzó a dar vueltas por la habitación, con las manos cogidas detrás de la espalda.

—¿Y cómo sabe que él está aquí? —inquirió.

—La verdad es que no lo sé.

—Debe de estar muy enamorada para hacer algo así, y eso me conmueve, créame; no por ser mariscal soy una persona insensible —me aseguró.

—Si es como dice, ¿por qué no me permite verlo si es que en efecto está aquí? —le propuse.

—¿Y usted cree que se merece todo lo que está haciendo por él?

—Él haría lo mismo por mí —repliqué con firmeza.

—Lo dudo mucho. Debería saber que los hombres somos muy volubles y es muy posible que el suyo mañana la engañe o la deje por otra —me advirtió con una leve sonrisa.

—Me arriesgaré.

—Y tanto que se ha arriesgado... Ahora podría estar muerta en una zanja —me recordó.

Yo agaché la cabeza y di un suspiro.

—En ese momento no me habría importado, la verdad —reconocí.

—Si, como piensa, su marido está aquí, puedo asegurarle que se encuentra mucho mejor que si estuviera en su regimiento; me refiero a menos expuesto y mejor alimentado, al igual que sus compañeros de cautiverio. De hecho, hay algunos que parece que, entre nosotros, están como en su propia casa: todo el día jugando a las cartas, bebiendo alcohol, divirtiéndose... Cualquiera pensaría que están en Londres —comentó con ironía—. Así que no creo que su marido quiera irse de aquí.

—Dejemos que eso lo decida él —apunté yo.

El mariscal volvió a sentarse.

—Está bien. Veamos, entonces, hasta dónde es capaz de llegar por liberar a su esposo. Si logra demostrarme de nuevo lo mucho que lo quiere, les dejaremos marchar a los dos. Pero para ello tendrá que sacrificar a alguien —añadió el mariscal de forma enigmática.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirí yo.

—Que tendrá que elegir a alguno de sus compañeros para que

sea ejecutado por mis hombres en su lugar.

—Eso no pienso hacerlo, ya lo sabe —rechacé yo, poniéndome en pie—. Bajo ninguna circunstancia, podría cargar sobre mi conciencia con el hecho de haber matado a un inocente para salvar a mi marido. Todo tiene un límite.

—Recuerde que estamos en guerra y en ella nadie es inocente —puntualizó—. Por otra parte, no van a juzgarla por hacer algo así.

Me senté de nuevo, cada vez más alterada.

—Me juzgaría yo, y para mí eso es suficiente. Sin embargo, creo que sí sería capaz de matar a alguien como usted si se me presentase la ocasión; de esa forma salvaría muchas vidas —le solté sin pensar.

—Estoy seguro de ello —corroboró él sonriendo, como si mis palabras no lo sorprendieran—. Así que dejémonos ya de juegos. Valoro tanto su arrojo y su honestidad que voy a dejarles libres a usted y a su marido sin necesidad de ninguna prueba. Lo hago también como muestra de agradecimiento por haber salvado a uno de mis hombres de ser linchado por sus compañeras, pues sigo pensando que el suyo fue un bonito gesto. Dígame, ¿cómo se llama su esposo y a qué regimiento pertenece?

Se lo comuniqué. Después de levantarse, el mariscal se dirigió a la puerta y, desde allí, mandó llamar a uno de sus asistentes, al que le transmitió una orden en voz baja. Este consultó unos papeles que llevaba consigo. Una vez comprobó algo, me hizo un gesto para que lo acompañara y me condujo a un edificio próximo. Se trataba de unas caballerizas. Después de hablar con los guardias de la entrada y ordenarles algo, el asistente me llevó hasta un pequeño establo que había cerca de la puerta. Poco después, llegó mi esposo, que, al verme, se quedó muy sorprendido. El pobre estaba muy demacrado, aunque no parecía herido ni enfermo. Yo me acerqué a él y los dos nos miramos sin atrevernos a abrazarnos.

—¿De verdad eres tú? —me preguntó, como si no acabara de creerse lo que veían sus ojos.

—Claro que soy yo —confirmé.

El asistente nos dejó por fin solos, y Niall y yo nos

estrechamos con tal fuerza que hasta pude notar cómo a ambos nos crujían los huesos. Luego nos besamos con pasión, sin poder contener nuestras lágrimas.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás herido? —le pregunté.

—No tengo nada, pero estoy muy desolado, ¡cómo voy a estar! —me respondió con pesadumbre—. Para una vez que puedo combatir, me cogen prisionero. No tengo arreglo. Me capturaron por adentrarme más de la cuenta en las líneas enemigas, y, cuando quise darme cuenta, ya estaba rodeado de franceses en retirada, que aprovecharon la ocasión para desarmarme y llevarme consigo. Creí que ya no volvería a verte —añadió, emocionado—. ¿Y tú cómo has venido a parar aquí?

—Como, después de la batalla, no aparecías por ninguna parte ni nadie me daba cuenta de ti, pensé que los franceses te habrían apresado. Así que decidí venir a buscarte —le confesé.

—Pero ¡¿cómo lo hiciste?!

—Pues rezagándome y dejándome capturar —le expliqué.

—¡¿De verdad has hecho eso por mí?! —me preguntó, conmovido y abrumado.

—¿Por quién si no? Eres mi marido y te amo —argumenté yo.

—Pero no por ello estás obligada a compartir mi triste destino; son gajes de la guerra, ya lo sabes —me replicó.

—Nos prometimos que estaríamos siempre juntos y cuidaríamos el uno del otro, ¿recuerdas? De modo que aquí me tienes —le dije, con los brazos abiertos—. ¿Y a ti cómo te han tratado?

—Reconozco que lo peor ha sido verme separado de ti —comentó—. De lo demás no puedo quejarme, puesto que me han atendido con respeto y me han dado cama y comida, que es más de lo que nuestro propio ejército nos proporciona, permíteme que lo diga.

—Tienes razón —convine yo.

En ese momento, acudieron a buscarnos unos soldados, que nos condujeron ante el mariscal Soult. Este seguía contemplando el fuego, como si en él estuviera escrito su futuro, pero no fuera capaz de descifrarlo, o tal vez sí, y no le gustara.

—Su mujer es muy valiente y generosa —proclamó, dirigiéndose a mi esposo—. Y usted tiene mucha suerte, seguramente bastante más de la que merece. Así que más le vale que no la deje escapar —le advirtió—. Si ahora queda libre, es gracias a su esposa. Ella sabe bien por qué. Yo, por mi parte, tendré que explicárselo a mis hombres, para que no se piensen que los dejo irse por su cara bonita. En fin, ya se pueden marchar. Pero díganle a sir John Moore que, si no se rinde, no cejaré hasta acabar con todas sus tropas, que él sabrá lo que hace.

El mariscal parecía hablar muy en serio, como movido por un designio que iba más allá de sí mismo y de sus deseos, como si fuera el mismísimo oráculo de la guerra el que se expresara a través de su boca.

—¿A qué viene, por cierto, ese empeño en perseguirnos? ¿Por qué no nos deja partir a todos en paz, igual que está haciendo con nosotros ahora? —quise saber yo.

Niall me miró sorprendido, como si temiera que por mis palabras el mariscal fuera a cambiar su decisión con respecto a nosotros.

—Hace unos días —comenzó a decir este— le pregunté al emperador que por qué no permitíamos que el ejército británico se marchara sin más y embarcara hacia Inglaterra con viento fresco, que a enemigo que huye puente de plata, y ¿sabe qué me respondió? Que a veces una retirada a tiempo podía ser considerada una victoria, y, en este caso, no debíamos consentirlo —se apresuró a contestar—. Luego añadió que, como yo bien sabía, desde que llegaron a España los ingleses estaban maltratando a todo el mundo a su paso, por lo que consideraba que no podía haber mejor calmante para este país que enviarle un ejército como el británico para prestarle su ayuda, que de esta forma los españoles pronto dejarían de combatir y se entregarían con gusto en brazos de los franceses y así la guerra terminaría, por lo que no debíamos dejar de espolearlos y acosarlos a ustedes. Comuníquenle todo esto a su general y díganle a los soldados y a sus esposas que, si se rinden por su cuenta, terminará su suplicio y no les pasará nada, que yo les doy mi palabra. Y ustedes podrán

dar fe de ello —añadió, sonriente.

—Me temo que no va a ser como usted se cree. Ya sé que, de momento, no lo estamos haciendo nada bien. Pero resistiremos, no le quepa duda, y al final lo lograremos —aseguré yo.

—Permítame que le diga que el soldado británico, cuando está bien vestido y alimentado, puede ser muy certero en sus disparos, pero lento en su marcha por la poca costumbre que tiene de caminar y la falta de entusiasmo espontáneo; sin duda, es firme, casi invencible en ciertas posiciones en las que la orografía favorece su carácter resistente, pero degenera pronto en débil y vulnerable si se le obliga a moverse y a vencer dificultades que solo pueden superarse a fuerza de audacia, viveza y ardor guerrero —señaló con firmeza.

Yo veía cómo Niall apretaba los puños, lleno de rabia por los comentarios despectivos del mariscal, o miraba para abajo, tal vez avergonzado por algunas de sus acusaciones.

—En cuanto a la caballería —continuó el mariscal—, es posible que los británicos sean mejores jinetes, no lo dudo, pero son inferiores a los nuestros en la batalla, que en una guerra es lo que cuenta. Y nosotros, además, no matamos a los caballos si no es estrictamente necesario —añadió con un gesto de suficiencia.

—Ya veo que lo tiene todo muy bien pensado —comenté yo.

—Las guerras no se hacen solo con el corazón —replicó el mariscal.

De buena gana habría señalado también que sus palabras no eran del todo justas, aunque puede que sí acertadas en algunos puntos. Pero me limité a esbozar un gesto de agradecimiento por su magnanimidad, que en verdad me había impresionado, ya que no quería arriesgarme a que se arrepintiera de su resolución.

Una vez en la calle, nos dieron un salvoconducto y una antorcha, nos subieron a una mula y nos dejaron marchar. Mi marido apenas podía mantenerse erguido sobre la cabalgadura a causa del cansancio, por lo que era yo la que llevaba las riendas. Durante un buen trecho no nos dijimos nada, concentrados en no perdernos y en poner tierra de por medio. Luego Niall comenzó a mirarme de forma inquisitiva, como si quisiera preguntarme algo,

pero no se atreviera.

—¿Te pasa algo? —quise saber yo.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Qué has tenido que hacer para que me liberaran? —se decidió por fin.

—Ya lo sabes, me dejé apresar y le pedí al mariscal que te soltara —le contesté con naturalidad.

—¿Eso es todo? —dejó caer.

—¿A qué te refieres? ¿Quieres decir que si me he acostado con él? ¿Otra vez andas con eso? —le pregunté—. Pues es posible que lo hubiera hecho si hubiera sido necesario para salvarte la vida, que lo sepas. Pero, por suerte, no fue preciso —añadí con sarcasmo.

—Entonces, ¿por qué nos ha dejado marchar?

—Porque, hace unos días, salvé a uno de sus hombres de ser linchado por algunas de mis compañeras, ya ves —le expliqué con tristeza—. Al igual que tú, yo también pienso que en la guerra no todo vale. Por otra parte, es posible que nuestra liberación forme parte de una estratagema o, simplemente, quiera divertirse con nosotros o darnos una lección, cualquiera sabe. En todo caso, ha dejado bien claro que no va a parar de perseguirnos a todos si no nos rendimos. De modo que ahora lo urgente es alejarnos de aquí.

—De nuevo te pido perdón por pensar mal de ti —me rogó con sinceridad.

—Te perdono si me prometes que no volverá a ocurrir —concedí yo.

—Te doy mi palabra —me aseguró.

—Eso espero —le advertí muy seria.

Por el camino, vimos a muchos rezagados en las cunetas. Algunos nos solicitaron, por caridad, que les diéramos muerte. La mayoría, sin embargo, ya había fallecido, y no por las armas del enemigo, sino por el frío, el hambre y la fatiga, como era habitual. Aún recuerdo sus rostros descarnados y lívidos; su cuerpo era un puro esqueleto. Una manta hecha jirones o alguna prenda ya inservible era toda la sepultura que habían podido darles. Algunos estaban

cubiertos por una capa de nieve, como si se tratara de una tumba efímera. Pero lo más triste fue encontrarnos en una encrucijada con un grupo de tres hombres, una mujer y un niño, tumbados en el suelo, formando una especie de círculo, con la cabeza hacia adentro, junto a los restos de un pequeño barril de ron. Seguramente se habían emborrachado para combatir el frío y al final se habían quedado dormidos y habían muerto congelados, como podríamos morir todos si nos descuidábamos.

Eso me trajo a la memoria algo que había leído en algún libro, o tal vez fuera sor María la que me lo contó. Al parecer, no muy lejos del lugar al que íbamos, en el extremo más occidental de Galicia y de la península ibérica, en aguas del océano Atlántico, se encontraba un lugar llamado Fisterra, el final de la tierra para los antiguos, el cabo del mundo hasta entonces conocido, el punto por donde cada día se ponía el sol. En él comenzaba, además, la Costa da Morte, famosa por sus tremendos temporales y sus terribles naufragios, que se extendía hacia al norte por el escarpado litoral, y todo parecía indicar que justo hacia allí íbamos nosotros, ateridos y encorvados, hacia la mismísima muerte, huyendo precisamente de ella.

XV

A pocas millas de Villafranca, dimos con la vanguardia del ejército francés. Los soldados habían encendido varios fuegos en el claro de un bosque y se habían agrupado en torno a ellos para calentarse y descansar. Nada traslucía que se dispusieran a ocupar la población; más bien parecía que estuvieran esperando al mariscal Soult, que, por lo visto, no tenía ninguna prisa por aparecer. Al descubrirnos, unos soldados nos dieron el alto. Yo les mostré el salvoconducto y, tras leerlo con atención, nos dejaron pasar sin ningún problema.

Villafranca estaba situada al oeste del Bierzo, ya muy cerca de Galicia, a la que esa comarca había pertenecido en otro tiempo y a la que ahora estaba estrechamente unida por razones históricas y geográficas; de ahí que en ella se hablara la lengua gallega y se conservaran ciertas tradiciones y costumbres comunes. «Galicia es la huerta y el Bierzo, la puerta», decía un refrán. El lugar tenía más de doscientas casas, estaba bien abastecido y se encontraba en medio de un fértil valle en la confluencia de los ríos Valcarce y Burbia. Se trataba, además, de uno de los finales de etapa más importantes del Camino Francés, como testimoniaban sus hospitales, palacios e iglesias, así como un viejo castillo y un cuartel. Mas la imagen que ofrecía ese día, a lo lejos, era muy desoladora: la mayor parte de las calles y plazas habían caído presas de las llamas y estaban ardiendo bajo la lluvia. Y resulta triste decirlo, pero los causantes de semejante destrozo no habían sido los artilleros franceses, sino de nuevo nuestras propias tropas.

—Ahí no debe de quedar casi nadie. ¿Por qué los gabachos no se animan a entrar? —se preguntó mi marido.

—Seguro que están dejando que les hagamos el trabajo y nos destruyamos y despedacemos entre nosotros —sugerí yo.

Niall me miró como si no entendiera. En verdad, hacía ya

mucho tiempo que había dejado de comprender. Todo aquello lo superaba y lo hacía sentirse profundamente culpable y decepcionado, ya que no era esa, ni mucho menos, la idea que él se había hecho de la guerra y del ejército cuando se alistó. ¿Por qué sus compañeros de milicia se comportaban de esa forma? ¿Qué había sido del valor, el honor, la gallardía...? ¿Y por qué los franceses eran tan miserables? Eran preguntas muy difíciles de contestar en ese momento, y lo único que pude hacer fue tratar de confortarlo con una sonrisa y animarlo a seguir adelante.

En una de las puertas de la villa, nos topamos con un retén de nuestra caballería. Según nos dijeron, buena parte de la retaguardia acababa de abandonar el lugar. En un primer momento, se había dado la orden de tomar posiciones en las montañas vecinas, que se tenían por inexpugnables, pues, para el general Moore, era de suma importancia defender esa zona y tratar de impedir que los franceses pasaran más allá de los desfiladeros del Valcarce. Ese era, precisamente, el límite último que él había fijado en un principio para la persecución. Pero, después de los desórdenes que se habían producido en Villafranca, debió de cambiar una vez más de opinión. En todo caso, los ingenieros tenían previsto volar el puente, de modo que debíamos darnos prisa en atravesar la población.

Dentro de la ciudad, en ese momento no había nada más que enfermos, heridos y borrachos, y, en algunas de las calles, contemplamos escenas verdaderamente espantosas. Por doquier se veían partidas de soldados ebrios cometiendo todo tipo de abusos y atrocidades, de las que eran víctimas los vecinos y sobre todo las mujeres. En la plaza principal ardían gran cantidad de pertrechos militares y víveres, como carne seca y galletas, que sir John Moore había ordenado quemar, pues no había medios de transporte para llevarlos y no quería, bajo ningún concepto, que los franceses se sirvieran de ellos. Esto debió de causar un gran disgusto a los británicos que fueron apareciendo luego, ya que venían con hambre, andaban casi descalzos y no vestían más que andrajos. De ahí que acabaran convirtiéndose en una chusma indisciplinada dispuesta a asaltar almacenes, bodegas y casas, sin miedo a los

castigos o a las represalias.

Por lo que yo sabía, a través del sargento O'Connor, no todos los oficiales estaban de acuerdo con aplicar la política de tierra quemada sin tener en cuenta a los rezagados, que, por lo general, llegaban muy necesitados cuando ya todo había sido destruido. De modo que, si la situación seguía así, muchos auguraban que acabaría produciéndose un verdadero amotinamiento. Y es que una cosa era obedecer la orden de retirarse sin apenas presentar batalla a los franceses y otra muy distinta tener que hacerlo en esas condiciones tan terribles.

En definitiva, estábamos ante un ejército muy distinto al que había abandonado Salamanca unas semanas antes. Según nos había contado uno de los soldados del retén, todo esto había hecho que sir John Moore, tras haber constatado la inutilidad de anteriores medidas, tuviera que recurrir a penas mucho más severas, nunca antes aplicadas por él, como la ejecución de un soldado de caballería, declarado culpable junto con otros dos de saquear un hogar, robar un jamón y golpear a un oficial. La víctima del castigo se echó a suertes entre los tres responsables y el perdedor fue fusilado en la plaza mayor de la villa, donde lo arrodillaron junto a un rosal silvestre. Luego las tropas fueron obligadas a marchar delante del cadáver, para que esa muerte sirviera de escarmiento a los demás. A los otros dos les dieron cien latigazos en presencia de sus esposas, que, una vez finalizado el castigo, los cubrieron con un abrigo y les curaron las heridas sin decir ni una sola palabra.

Por otra parte, un oficial había ordenado reventar algunos toneles de ron para que el contenido se derramara por las calles, antes que verlo caer en manos enemigas, con lo que la bebida que tanto trabajo había costado transportar desde los barcos fondeados en su día en A Coruña se iba a perder para siempre ante la mirada estupefacta de numerosos soldados. Pero de pronto sucedió que estos, al verla correr en grandes regueros por los albañales y regatos, mezclada con lodo y otras inmundicias, se arrojaron al suelo y se dispusieron a recogerla con su grasiento chacó o su vacía cantimplora, o a beberla directamente de los desagües y de los charcos que enseguida se formaron, como si fueran cerdos

revolcándose en una cochiquera.

El resultado de todo ello no fue otro que un inmenso caos. Algunas calles de la ciudad, generalmente estrechas, estaban tan atestadas de cadáveres de caballos y de mulas, carros sin bueyes y pertrechos rotos o quemados que tuvimos que dar un gran rodeo para poder escapar de allí. En algunos lugares todavía se veían casas ardiendo. También se escuchaban amenazas, disparos y gritos de auxilio. La salida en dirección a Galicia se hacía por la calle del Agua, con varios palacios y casas señoriales en su recorrido, varios de ellos destruidos, y luego por el término del Portaje, donde estaba el puente de dos arcos sobre el río Burbia, muy alto y estrecho. Pero allí no se veía a nadie.

Ya en las afueras, varios soldados harapientos y borrachos que a duras penas se tenían en pie intentaron robarnos la mula, y Niall y yo tuvimos que apartarlos a patadas sin apearnos de ella, hasta que conseguimos que huyeran, resentidos y escaldados.

—¿Estás bien? —me preguntó Niall.

—Sí. ¿Y tú?

—No salgo de mi asombro. ¡Esto no puede estar pasando! —me contestó, frotándose los ojos.

—Yo tampoco puedo dar crédito a lo que ven mis ojos. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes —comenté.

Luego seguimos hacia el noroeste por la margen izquierda del Valcarce. Tan pronto dejamos atrás la ciudad, el camino real se deslizaba por una serie de desfiladeros muy angostos y llenos de abruptos precipicios, por los que no era fácil moverse y menos aún con una mula; de ahí que con frecuencia tuviéramos que ir andando. Era, en fin, un paraje muy áspero y agreste, mas, a la vez, muy hermoso, aunque la lluvia y la oscuridad no nos dejaban ver nada.

Durante un buen trecho, no descubrimos a nadie de nuestro ejército, cosa que nos extrañó. Por suerte, en uno de los parajes más recónditos del camino conseguimos conectar con una parte de nuestra retaguardia, que había parado para esperar a los posibles rezagados. Al pasar ante ellos, los hombres nos miraron con asombro, como si fuéramos dos aparecidos, pues nos daban por

muertos, dos cadáveres ambulantes que hubieran regresado del mundo de los difuntos para advertirles de que el juicio final estaba próximo, cosa que, por otra parte, ya sabían desde hacía algún tiempo.

Después de descansar, estuvimos andando con el grupo durante el resto de la noche y, por la mañana, resultó que los hombres, incluido Niall, tenían el pelo, las cejas y la barba cubiertos de escarcha, como si hubieran encanecido de repente y en unas horas hubieran transcurrido varios años. Un arriero que los acompañaba nos condujo a través de un valle encajonado entre recias montañas, pasando por poblaciones de nombres tan sonoros como Trabadelo, Ambasmestas y Ruitelán. Según me había contado en su momento sor María, el último procedía del inglés *route land,* en alusión al Camino de Santiago, ya que el rey Enrique II de Inglaterra había andado por allí en el siglo XII, cuando iba en peregrinación, y, como recuerdo de su paso, había bautizado así ese lugar.

A partir de ese punto, el sendero se fue haciendo cada vez más empinado y difícil, hasta que, por fin, tras cruzar el río Valcarce por un puente romano, llegamos a Herrerías, que, según nuestro guía, se llamaba así porque, desde antiguo, en él había varias fraguas con sus respectivos maestros y oficiales para atender a los que hacían el Camino de Santiago a caballo, justo antes de empezar la temida ascensión hasta O Cebreiro, en la que los pobres animales sufrían lo suyo. Al otro lado del pueblo se hallaba el llamado hospital de los ingleses, construido con motivo de la mencionada peregrinación real, si bien se encontraba abandonado y muy deteriorado por el paso de los siglos. Estaba claro, en fin, que, en otro tiempo, los británicos habían andado por allí, en dirección a Compostela, movidos por la fe y la espiritualidad, mientras que ahora lo único que nos aguijoneaba era el deseo de huir y poder embarcar con destino a nuestra casa.

Cuando llegamos al campamento, lo primero que hicieron los oficiales fue quitarnos la mula e interrogarnos. Querían saber qué había sucedido, por qué los franceses nos habían dejado escapar y cuál era el estado de sus tropas, y yo les conté la verdad, sin

ocultar nada, incluidas las palabras del mariscal, lo que hizo que me miraran con más recelo todavía. Al final Niall volvió con su regimiento, que lo acogió con gran alegría, y yo con las mujeres, que me recibieron con aplausos, como si fuera una heroína, pues estaban muy admiradas de que hubiera sobrevivido a tantos peligros y hubiera vuelto sana y salva con mi marido. Biddy me dio un abrazo tan impetuoso que casi nos caímos las dos al suelo. Había acudido a verme tan pronto como se había enterado de mi regreso. Su marido seguía enfermo, pero al menos no había empeorado y había recuperado su optimismo habitual.

Mientras comíamos, algunas compañeras me preguntaron cómo me habían tratado los malditos gabachos. Yo les dije que, al principio, me habían amenazado y sondeado como si fuera una espía, al igual, por cierto, que acababan de hacer los míos, pero que el mariscal Soult en persona se había interesado por mí y había sido más bien amable. También les mencioné lo que este me había comunicado antes de dejarnos libres, pues no me parecía bien callármelo.

—Si es así, tal vez lo mejor sería que nos rindiéramos —comentó Mary Jane, siempre tan derrotista.

—Nuestros soldados nunca se rinden —recordó Biddy.

—Sí, ya, tan solo se retiran —replicó la otra con cierto sarcasmo.

—Pues has de saber que ni mi marido ni yo estamos dispuestos a entregarnos, y no creo que el tuyo lo quiera tampoco —insistió mi amiga con firmeza—. Lo que la mayoría de los soldados desea es combatir; no, desde luego, retirarse ni menos aún rendirse, que te quede claro. Sin duda preferirían morir con honor en el campo de batalla que vivir de esta forma. De hecho, deberíamos haber retenido un poco más a los franceses en Cacabelos, que para eso ganamos, y haberles hecho frente después de Villafranca, aprovechando las ventajas del terreno.

—Mi marido dice que tal vez el general haya tenido miedo de que los franceses pudieran cortarnos la retirada viniendo desde Asturias, y que, después de lo sucedido en Villafranca, la situación no estaba para muchas batallas. Por eso debió de cambiar a última

hora de parecer —sugirió Elizabeth, mientras le daba de mamar a su niña, que felizmente parecía ajena a todo.

—Mucho me temo que a partir de ahora la cosa va a pintar mucho peor, ya que no tenemos apenas artillería ni aprovisionamientos y nuestras tropas están diezmadas y desmoralizadas —comentó Biddy con tristeza.

Mi amiga tenía razón. Desde que habíamos salido de Astorga, el supuesto repliegue táctico se había convertido en una huida hacia adelante sin sentido que iba dejando el camino sembrado de cadáveres. Ni siquiera en aquellos lugares de montaña en los que contábamos con ventaja o con la suerte de nuestro lado, el general Moore había querido entrar en batalla abierta con los franceses, que se limitaban a perseguirnos sin descanso, como si fueran un cortejo fúnebre, dejando que la dureza del clima y del camino y la falta de alimentos y de pertrechos fueran acabando con nosotros. Tal vez los motivos de nuestro comandante pudieran considerarse loables, eso nunca lo dudé, pero los resultados estaban siendo devastadores. De modo que, si la cosa seguía así, en la retirada iban a morir bastantes más soldados que si todas nuestras tropas hubieran entrado en liza con los franceses, por muchos que fueran, por no hablar de lo que les sucedería a muchas de mis compañeras y a sus hijos o de las penalidades sin cuento que todos sufriríamos para nada.

En todo caso, había que seguir adelante. Gracias a las valientes acciones de nuestra retaguardia, habíamos conseguido mantener la delantera y, al día siguiente, entramos por fin en Galicia por el paso de montaña de Pedrafita do Cebreiro para dirigirnos a Lugo, y desde allí hacia A Coruña, pues la opción del puerto de Vigo acababa de ser descartada definitivamente por el general Moore. Para ello, tuvimos que abandonar el sendero principal del llamado Camino Francés, el que subía a La Faba para llegar a lo alto de O Cebreiro, donde antaño solían morir muchos peregrinos a causa de las tremendas nevadas invernales, y coger el que salía a la derecha, algo menos empinado y escarpado que el anterior y, por lo tanto, un poco más llevadero.

Así y todo, el recorrido fue muy duro y penoso;

probablemente, la parte más abrupta y difícil de todo nuestro recorrido. De hecho, cada montaña que ascendíamos nos iba mostrando sucesivamente tres caras, cada una más terrible que la anterior: en la base, estaba la copiosa lluvia; en la ladera, la cellisca o el granizo lacerantes; y, en la cumbre, la espesa nieve, con un frío insoportable y un viento tan furioso que algunos jinetes se caían del caballo a causa de las ráfagas.

Aunque muchos campesinos gallegos habían huido de sus casas por miedo a los franceses y a nuestras tropas, en varias aldeas nos encontramos con algunos que no solo nos proporcionaron alimento, sino que también nos mostraron atajos y nos dieron valiosa información, dado que con frecuencia nos extraviábamos por esos recónditos lugares. Como ya apunté a propósito del Bierzo, los habitantes de Galicia hablaban una lengua propia, diferente, por tanto, de la castellana, como distintas eran sus tradiciones y costumbres, muy parecidas, sin embargo, en ciertos aspectos a las irlandesas. Al igual que mi país, también los gallegos o galaicos parecían ser de origen celta y, como tiempo atrás había ocurrido con Irlanda, también su tierra había sido colonizada por otro reino, en su caso el de Castilla, que poco a poco les fue imponiendo por la fuerza su idioma, sus leyes y sus creencias, y lo mismo hizo con otros territorios hasta dar lugar a España.

Un día en que las seguidoras del campamento de la retaguardia nos habíamos perdido, le pregunté a un arriero que en ese momento transitaba por allí que dónde nos encontrábamos y este me dijo que a una legua al sur de As Nogais, siguiendo por el empinado camino que llevábamos, que antaño había sido ruta de peregrinos y ahora era calzada real. El hombre era de origen maragato y vestía de una manera muy pintoresca: con chaleco y faja de color rojo, sayuelo de paño negro y calzones abombados.

Cuando nos dirigíamos a esa población, pasamos por una torre en ruinas, llamada de Doncos o fortaleza de Santo Agostiño, una especie de atalaya desde la que, en su día, se podía vigilar y

proteger el paso de enemigos y bandidos. Situada en el fondo de un valle lleno de árboles por el que circulaba un río muy sinuoso, tenía forma cuadrada y estaba en buena parte cubierta de hiedra, tanta que, vista desde lejos, sus muros casi se confundían con el paisaje.

Según nos contó el arriero, ese lugar tenía una leyenda de la época en que los árabes habían estado en la península. Por lo visto, en aquel tiempo, varios infieles atacaron a una pareja de peregrinos que se dirigía a Santiago. Atraído por la belleza de la mujer, uno de ellos la subió a su cabalgadura con la intención de raptarla. Al ver lo que sucedía, el caballero de la torre encargado de proteger el camino salió en su persecución. A punto estaba ya de alcanzarlo, cuando el infiel sacó su alfanje y le cortó la cabeza a la pobre cristiana con el fin de que nadie más pudiera disfrutar de su belleza, y la sangre derramada hizo que la grupa de su caballo blanco se tiñera completamente de rojo. Nos pareció una historia tan estremecedora que muchas nos sentimos identificadas con la peregrina.

Al llegar a As Nogais, comprobamos que era un lugar hermoso y apacible, rodeado de bosques y montañas. El arriero nos dijo que estaba situado en la cuenca del río Navia, en una fértil comarca llamada Os Ancares. En él me llamó mucho la atención el aspecto de algunas de sus casas, llamadas pallozas. Eran de planta circular, con muros bajos de piedra y tejado en forma de cono hecho de cañas de centeno. En las calles, los vecinos se paraban y se persignaban al vernos pasar, pues, al parecer, se pensaban que éramos la Santa Compaña, una especie de procesión de ánimas del Purgatorio que, según nos contaron, de noche solía sembrar el terror por las aldeas y caminos de esas tierras con la misión de ir sumando nuevas almas a la comitiva. Así nos veían.

En el campamento, nos comentaron que, no muy lejos de allí, una de las unidades del general Paget se había topado con los restos de un convoy lleno de uniformes, botas y armas para las tropas españolas, tan necesitadas como las nuestras. Nada más verlo, algunos soldados harapientos se lanzaron sobre tan valiosa mercancía, pero los oficiales se lo impidieron, lo que provocó una

gran amargura e indignación entre sus hombres. En aquellas circunstancias, el calzado se había convertido en el tesoro más preciado y codiciado, y ellos se veían obligados a pasar de largo y a dejar que se perdiera para siempre. Al final, unos rezagados lograron hacerse con el cargamento sin rendir cuentas a nadie, lo que debió de enfadar mucho al marqués de la Romana cuando se enteró.

Nosotras no nos detuvimos mucho tiempo en el lugar. A pesar de la inmensa fatiga que arrastrábamos, seguimos caminando a marchas forzadas, al límite casi de nuestra resistencia y sufriendo toda clase de penalidades. A veces lo hacíamos durante muchas horas seguidas —en algún caso, hasta treinta y seis—, sin apenas descanso ni alimento; de ahí que ahora algunos días se me mezclen con otros. Mientras tanto, oíamos a nuestros perseguidores moverse a lo lejos, pisándoles los talones a los soldados de nuestra retaguardia, como fieras al acecho dispuestas a arrojarse sobre ellos en cuanto se descuidaran, pero sin acabar de decidirse nunca a atacarlos.

Cada paso que dábamos era tan doloroso que muchas anhelaban caer rendidas y dejarse morir sobre la nieve, llena de pisadas rojas. Subiendo una cuesta, vimos a una madre, llamada Grace, a la que apenas la sostenían las piernas, que intentaba hacer andar a un niño de unos siete años totalmente exhausto y sin resuello ni para llorar. Hasta hacía unas horas la mujer había podido contar con la ayuda de algunos soldados, que se habían ido turnando para llevar al muchacho. Mas, a esas alturas, ninguno de ellos tenía ya fuerzas más que para tirar de sí mismo —y eso a duras penas— y la madre tampoco podía llevarlo en brazos; de modo que solo era capaz de arrastrarlo lentamente como si fuera un perrito remolón. Cuando pasaron junto a nosotras, parecían dos espectros. Por suerte, una compañera pudo hacerse cargo del niño y, en ese preciso instante, cumplida ya su importante tarea, la madre dio un profundo suspiro de alivio y de pena y se derrumbó sobre el fango. Entre varias, tratamos de reanimarla, pero ya había muerto.

En un recodo algo más protegido de la lluvia helada que caía

sobre nosotras, encontramos más tarde sobre la nieve el cuerpo de una compañera de otro regimiento. Al acercarnos, descubrimos que había perecido con dos recién nacidos sobre su pecho gimiendo por no poder encontrar alimento en sus senos congelados. Tras arrojar una vieja manta sobre ella para ocultarla de la vista, cogimos a los pobres niños y se los dimos al cuidado de una compatriota que acababa de dar a luz y que, por ese motivo, viajaba en un carro tirado por bueyes. Esta enseguida los arropó y les dio como pudo de mamar.

Un poco más adelante, sucedió que una joven escocesa llamada Sheena se dio cuenta de pronto de que había perdido a su hija de cinco años, que viajaba con ella; de modo que no tuvo más remedio que desandar el camino para tratar de encontrarla. Ni Biddy ni yo pudimos acompañarla, pues estábamos atendiendo a varias enfermas de tifus, y ya no volvimos a saber de ella. Por otra parte, no era raro ver cómo algunas mujeres que se habían sentado a descansar se quedaban luego tiradas en las cunetas a merced del enemigo y la nieve, pues eran incapaces de ponerse en pie. Y es que, en aquellos días, era tal el horror que padecíamos que las vivas envidiábamos la suerte de las muertas.

Cuando por fin llegaba la noche y se nos permitía un momento de descanso, apenas podíamos dormir a causa del frío que nos hacía tiritar, mientras los dientes no paraban de castañetear, ya que muchas veces la pasábamos casi al raso o en pallozas medio derruidas. Era todo tan precario que ni siquiera podíamos encender un triste fuego para calentarnos o para cocinar, o improvisar una cabaña con helechos, ramas y mantas, y los pocos pertrechos y bagajes que nos quedaban tenían que ser abandonados en la calzada por no poder transportarlos.

En cuanto a los soldados con los que nos íbamos encontrando, cabe decir que tampoco les iba mucho mejor que a nosotras. El frío los había convertido en un ejército estrafalario. Los que aún tenían abrigo lo llevaban abotonado sobre la cabeza para que les protegiera la cara, y esto les dejaba las piernas al aire y les daba un aspecto ridículo. Otros envolvían su cuerpo con vendas o trozos de tela, de tal forma que parecía que iban amortajados y listos para

ser enterrados. Recuerdo también a un joven corneta, apellidado McFarlane, que iba medio descalzo, hundiéndose en el barro y cargado con un pequeño saco de patatas, que había pagado a precio de oro y que tuvo que tirar por el camino para poder seguir adelante.

Los suboficiales, por su parte, se esforzaban por mantener un mínimo de disciplina y espolear la moral de sus hombres, siempre proclives a emborracharse o a salir en desbandada en cuanto llegaban a una aldea, tal era su desesperación. La mayoría estaban tan convencidos de que ya no había salvación para ellos que los castigos y las reprimendas no les importaban nada. De ahí que los desertores, en esa parte del trayecto, se contaran por decenas, aunque no creo que ninguno llegara demasiado lejos en su huida.

Sin duda, aquellos fueron los peores momentos de la retirada, los más crueles e infernales. Y, sin embargo, los lugares por los que pasábamos eran los más hermosos por los que habíamos transitado hasta ese momento. Nunca olvidaré, por ejemplo, el bosque de Os Grobos: sombrío, húmedo, brumoso y, sobre todo, poblado de castaños, robles, avellanos y helechos, así como de enormes rocas modeladas por el agua y totalmente cubiertas de musgo. O el día en que divisamos a lo lejos el monasterio de Santa María de Penamaior en lo más profundo de un valle, junto a una de las laderas de la sierra de la Pena do Pico. Se trataba de un paraje muy poco poblado y algo apartado del mundo, rodeado de montañas pizarrosas y bosques muy espesos, en el que antaño los monjes podían atender las necesidades de los peregrinos que por allí pasaban y al mismo tiempo vivir retirados.

Por lo demás, a mí todo aquello me recordaba mucho las tierras de mi querida Irlanda, al menos las que yo conocía, con las que Galicia parecía estar tan emparentada, como si de alguna forma fuéramos un mismo pueblo; yo cada vez estaba más segura de ello. De ahí que sintiera una enorme simpatía por sus habitantes y un gran interés por sus costumbres y por todo lo suyo. Lo malo era que nosotras no habíamos ido allí para gozar del paisaje ni para conocer gente, y menos aún para hacer vida contemplativa.

Al igual que el reverendo William Bradford, a mí también me

gustaría poder describir ahora tan solo la parte hermosa e idílica de aquellos lugares: los parajes montañosos y agrestes, los arroyos alegres y cristalinos, las verdes y suaves praderas, los valles brumosos, los bosques tupidos, los esquivos corzos, las gentes hacendosas y hospitalarias, las fortalezas y palacios en ruinas, los viejos conventos e iglesias... Pero la mía, por desgracia, es una historia triste, un relato lleno de ruido y de furia, como diría el bardo inglés.

XVI

Desde aquello, han pasado los meses y han sucedido muchas cosas. Pero todavía resuena dentro de mi cabeza el continuo repiquetear del tambor que, a veces, pautaba nuestra andadura por los caminos nevados y embarrados, bajo una lluvia fría y pertinaz y un viento que nos quemaba los pulmones y nos cortaba la respiración: tan, tan, tan, rataplán; tan, tan, tan, rataplán; tan, tan, tan, rataplán... Esa era la trágica marcha de un ejército errante y fantasmal, diezmado y andrajoso, atravesando una tierra tan inhóspita como hermosa.

Entre Becerreá y Constantín, todavía en la comarca de Os Ancares, nos encontramos con la tremenda noticia de que nuestras tropas acababan de deshacerse del dinero de la caja del ejército arrojándolo por un barranco, con el fin, una vez más, de que no cayera en poder del enemigo. Por lo visto, el carro que transportaba el tesoro había quedado varado en medio del camino, debido a que los bueyes estaban totalmente extenuados bajo las yuntas y ya no podían continuar. De modo que los soldados que los escoltaban no tuvieron más remedio que sacrificarlos.

El responsable de la carga, el general Courtney, envió entonces a algunos de sus hombres en busca de nuevos animales, pero no los encontraron o, si los hallaron, los otros oficiales no se los dieron o no eran suficientes para acarrear tanto peso. El caso es que al final tuvieron que tirar el tesoro por una gran pendiente, para escándalo de los que en ese momento se encontraban en el lugar. Las relucientes monedas iban guardadas en varios toneles de vino que, al llegar al fondo del desfiladero se rompieron contra unas rocas en mil pedazos, esparciendo por doquier la preciada mercancía. En total se perdieron ¡veinticinco mil dólares de plata españoles!

Cuando nosotros pasamos por allí, vimos que algunas mujeres, entre ellas la famosa Molly, que siempre estaba en todos los enredos, habían bajado por la ladera, con gran riesgo de su vida, para tratar de recuperar algunas piezas. Pero lo peor para ellas fue tener después que trepar; las pobres venían tan cargadas con su pequeña fortuna entre las ropas que les costó Dios y ayuda volver a alcanzar el camino. Una vez en él, apenas podían moverse; iban tan escoradas por el peso que al final hubieron de deshacerse de una parte de las monedas, repartiéndolas entre las amigas, para no quedarse atrás, ya que, si los franceses las apresaban, el dinero no les iba a servir de nada. Tampoco en los lugares por los que pasamos les fue de gran ayuda. Desde el momento en el que ni siquiera puedes cambiarlos por un triste trozo de pan, la plata o el oro no valen más que los guijarros o los cantos rodados.

Constantín se encontraba junto a un río y estaba rodeado de cerros y montañas. Era un pueblo pobre en el que las puertas de las casas eran tan bajas que los soldados de caballería tuvieron grandes dificultades para embutir sus caballos en ellas y ponerlos a cubierto. A la izquierda había una colina a la que se subía por un camino muy empinado y retorcido; del otro lado, estaba el puente, al que se llegaba por una larga pendiente. El general Moore trató de cortar por todos los medios el avance de los franceses con el fin de que nuestras tropas pudieran cruzar el cauce sin problemas, lo que dio lugar a algunas escaramuzas. Luego, cuando el enemigo intentó acercarse, enseguida fue rechazado por el fuego de los fusileros y de la artillería pesada, situada en lo alto de la colina. Y así ocurrió varias veces más, hasta que la oscuridad puso fin al enfrentamiento, con lo que de nuevo quedó patente que nuestros perseguidores no tenían ningún interés en atacarnos de forma abierta y continuada. Como suele decirse, lo suyo era amagar, pero no dar.

Una vez abandonamos Constantín, mis compañeras y yo seguimos andando en medio del desorden reinante, procurando no perder el ánimo, que cada vez estaba más decaído. «¿Volveremos a hacer un alto alguna vez?», nos preguntábamos a cada poco. Conforme nos acercábamos a Lugo, fueron aumentando los

vestigios romanos del camino. Era fácil, pues, toparse con algún puente de entonces o algún miliario, algún trozo de calzada o alguna lápida. Según me había contado sor María, en la ciudad confluían antiguamente los peregrinos que llegaban por el llamado Camino Primitivo, el que venía de Oviedo; los que procedían de Ribadeo y preferían desviarse hacia Lugo; y los que hacían la misma ruta que traíamos nosotros, que accedían por la puerta de San Pedro o Toletana, flanqueada por dos torres y protegida por un castillo que se encontraba en ruinas.

Pero no solo se trataba de un importante cruce de caminos, sino también de una urbe próspera y de gran belleza, rodeada por una impresionante muralla romana que se mantenía en muy buen estado, a pesar de haber sido recompuesta en diferentes ocasiones. Dentro del recinto, en el que no llegamos a entrar, lo más destacado, en opinión de la hermana bibliotecaria, era la catedral, cuya capilla central gozaba del privilegio excepcional de exponer de forma permanente el Santísimo Sacramento, lo que antaño atraía a numerosos peregrinos que iban a Santiago. Y de la importancia de esta devoción por la eucaristía daba buena cuenta el hecho de que, en el escudo de armas de Galicia, figurara un cáliz.

Nosotros, por desgracia, no estábamos para esas cosas. Bastante teníamos con mantenernos en pie. En Lugo nos aguardaba, además, una sorpresa. Cuando ya nadie lo esperaba, comprobamos que el general Moore había logrado reagrupar su maltrecho ejército, incluidos muchos rezagados, a los que había tenido que espolear para que se incorporaran, y había decidido presentar batalla a los franceses a unas tres millas de la ciudad, aprovechando la ventaja que le brindaba el terreno y la existencia de varios almacenes bien provistos de alimentos y pertrechos dentro de ella.

El primer día hubo algunos combates de artillería y breves enfrentamientos directos de la infantería y la caballería, pero el mariscal Soult fue muy cauteloso, debido al estado de sus tropas, y no quiso entrar en el juego; así que permaneció a la espera de nuevos refuerzos, de lo que se deduce que no tenía tan mal

concepto del ejército británico como nos quiso dar a entender a Niall y a mí. Lo suyo, además, era la guerra de desgaste; y para ello disponía de dos armas verdaderamente eficaces: el tiempo inclemente y el paso del tiempo. No parecía necesitar nada más. También debía de imaginar que la perspectiva de una batalla habría devuelto la confianza y la disciplina a nuestras tropas, algo que a él no le interesaba en absoluto. Entonces, ¿para qué esforzarse si era mejor limitarse a aguardar?

A la mañana siguiente, el general Moore mantuvo la orden de batalla y de nuevo mandó tomar posiciones de defensa a sus hombres. Y así estuvieron, bajo el frío y la lluvia, durante un buen rato, como estatuas de sal. «¿Atacamos nosotros o esperamos a que lo hagan ellos?», debió de preguntarse entonces nuestro comandante en jefe, dubitativo, como casi siempre. Al final, no se atrevió a decidirse del todo y tan solo se produjeron algunas escaramuzas, en las que se limitaron a intercambiar varias descargas de fusilería y poco más.

Por desgracia, en una de ellas, Niall recibió un disparo en el muslo de la pierna derecha. Estaba yo preparando la comida con otras mujeres, con el fin de estar entretenida y no pensar en mi marido, cuando vi que lo traían en volandas de vuelta al campamento y me dio un vuelco el corazón. Salí corriendo a su encuentro y, cuando llegué a su altura, le pregunté, muy angustiada, qué tenía, qué había pasado, cómo se encontraba...

—Es tan solo una herida, no te preocupes; ha sido solo mala suerte —me informó él con ánimo sereno.

—¿Y te duele mucho? —quise saber.

—Ni la noto —me dijo para tranquilizarme, pero a simple vista podía darme cuenta de que sí estaba sufriendo.

Sin perder un instante más, pedí que lo llevaran al puesto en el que se encontraban los médicos. Allí lo depositaron sobre una especie de mesa hecha con unas tablas y dos caballetes. El cirujano que la examinó dijo que, en efecto, no parecía una herida grave siempre que no se infectara. Antes de empezar a intervenirlo, le dio a beber algo de ron para mitigar un poco el dolor. Después de limpiar la zona con una esponja suave empapada en vino, extrajo

con cuidado la bala de plomo y demás cuerpos extraños con unas pinzas. Luego, suturó con aguja e hilo los bordes de la herida para que no sangrara y pudiera cicatrizar pronto y, por último, la cubrió con un apósito para que se mantuviera limpia y no estuviera expuesta al aire. Este consistía en un pedazo de lienzo con varias dobleces, embebido en alcohol de vino alcanforado y aceite de trementina y bien sujeto al muslo con un vendaje.

Una vez curado, el cirujano me pidió que me lo llevara de allí, pues debía atender a otros soldados, y recomendó que el paciente hiciera reposo y tuviera cuidado de que la herida no se le infectara. Con la ayuda del sargento O'Connor, conduje a Niall hasta una pequeña arboleda, con el fin de que pudiera estar a cubierto. Allí lo ayudamos a sentarse en el suelo con espalda apoyada en un tronco y las piernas estiradas y lo cubrimos con el capote y una manta.

—¿Y ahora qué voy a hacer? Ya no podré combatir ni caminar como es debido —se quejó Niall, cuando Brian se despidió para volver a su puesto.

—Procura no pensar en eso, ahora debes descansar mientras puedas —intenté tranquilizarlo yo.

—¿Y qué pasará luego, cuando levantemos el campamento o tengamos que salir huyendo? —insistió.

—Para entonces, ya encontraremos alguna solución, no te preocupes —repliqué yo, confiada en que saldríamos adelante.

Poco después, acudió Biddy para interesarse por Niall. Estábamos hablando cuando, de debajo del abrigo, se sacó una botella de ron para que el pobre se animara, y lo cierto es que se le alegró un poco el semblante y, en consecuencia, a mí. Yo le pregunté que dónde la había conseguido y ella me dijo, con un guiño, que eso era secreto de Estado. También nos contó que su marido estaba un poco mejor, pues ya tenía ganas de volver a combatir.

El resto del día transcurrió sin que los franceses mostraran intención alguna de entrar en batalla. El general Moore advirtió, por su lado, que una parte de las tropas enemigas iba dejando el

camino real para tomar con disimulo uno que salía a la derecha, lo que le hizo sospechar que podríamos vernos cortados si permanecíamos más tiempo en ese punto. Así que dio la orden de que nos preparáramos para emprender la retirada en plena noche. Como siempre, esta habría de llevarse a cabo con el mayor sigilo a fin de evitar movimientos hostiles por parte de los franceses. El general mandó destruir algunos pertrechos y encender numerosos fuegos, que luego habrían de ser mantenidos por los piquetes, para hacer creer al enemigo que nuestro ejército iba a pernoctar en la posición de defensa, con lo que, una vez más, el mariscal Soult no descubriría nuestra huida hasta la mañana siguiente.

Poco antes de la partida, se mandó que fueran por delante la mayor parte de las mujeres, junto con los pocos equipajes que aún se conservaban; también se nos dijo que debíamos dejar a los heridos que no pudieran caminar ni valerse por sí mismos, pues no quedaban carros para transportarlos ni habría sido conveniente utilizarlos en tales circunstancias. Se trataba, pues, de abandonarlos a su suerte en la cuneta o en el interior de algún chamizo. Por supuesto, las esposas de algunos afectados nos negamos a dejar atrás a nuestros maridos. Los oficiales insistieron en que eran órdenes del comandante, pero que, si queríamos, nos quedásemos con ellos. De modo que me fui a hablar con el general Moore, que en ese momento estaba terminando los preparativos para la retirada.

Cuando le expuse la situación, me contestó que lo sentía mucho, mas no cabía otra solución, ya que no había manera de transportarlos sin que eso retrasara la marcha o pusiera en peligro la operación y, por lo tanto, la vida y la seguridad de los demás. Yo le rogué que, por lo que más quisiera, lo reconsiderara.

—No puedo hacer excepciones —me indicó.

—No lo pido solo para él. Son muchos los que están en una situación parecida —le informé yo.

—Por eso mismo no puede ser, porque son demasiados.

—Pero no puede dejarlos en la estacada.

—Si los franceses los encuentran, lo más probable es que se ocupen de ellos y no les suceda nada. Usted debería saberlo mejor

que nadie —dejó caer.

—¿Por qué lo dice? —inquirí yo.

—Porque sé que se dejó apresar por el enemigo para dar con su esposo, y no solo no le pasó nada, sino que el mariscal Soult permitió que se marchara a lomos de una mula. ¿O es que hizo algún trato con él para que los liberara? Me consta que se entrevistaron en Cacabelos —añadió con tono suspicaz.

—¿Qué insinúa? —pregunté, sorprendida.

—No insinúo nada; tan solo digo que hablaron —puntualizó.

—¿Es que acaso sospecha de mí? —repliqué yo.

—Es mi obligación desconfiar de todo el mundo —me recordó.

—Pues entonces debería saber que me jugué la vida y la libertad para rescatar a mi marido. Y si el mariscal nos dejó marchar, fue porque yo había librado antes a uno de sus hombres, un pobre muchacho, de ser linchado por mis compañeras sin haber hecho nada. En todo caso, resultó bastante más comprensivo que usted —le solté con toda la intención.

—Entiendo que quiera salvar a su esposo a toda costa, pero eso no le da derecho a pedirme que ponga en riesgo a los demás —me advirtió—. De modo que tendrá usted que ocuparse de él; estoy seguro de que sabrá cómo arreglárselas, como bien ha demostrado hasta ahora.

—¿Y por qué, en lugar de huir, no le hace frente, de una vez por todas, al mariscal Soult? —lo reté.

—Ya lo he hecho. ¿O es que no lo ha visto? Es el mariscal el que no quiere presentar batalla. Así que no nos queda otra que huir, antes de que una parte de sus tropas nos adelante por otro camino e impida nuestra retirada. Por eso debemos salir cuanto antes de aquí. Estamos ya cerca de A Coruña y, si le sacamos de nuevo ventaja, tal vez desista de perseguirnos.

—Me temo que el mariscal Soult no se detendrá hasta acabar con todos nosotros de una u otra forma, pues así lo quiere el emperador. Me pidió que se lo dijera —le comenté.

—Gracias por la información, pero eso habrá que verlo —sentenció él.

XVII

No nos quedaba, pues, otra que valernos por nosotros mismos durante la marcha. Así que me fui al puesto médico para conseguir algunos apósitos y vendajes y algo de quina por si la herida se le infectaba y Niall tenía fiebre. También le preparé una especie de cayado con una rama de castaño que encontré. Cuando regresé junto a mi marido, le conté lo que había hablado con el general Moore, ahorrándole los detalles que pudieran ser dolorosos para él.

—¡¿Y ahora qué va a ser de nosotros?! —exclamó, algo asustado.

—Por eso no te preocupes, que yo te ayudaré a caminar —lo tranquilicé.

—¿En esta situación? ¿Y cuánto crees que aguantaremos? —objetó él.

—Podrás apoyarte en mí —le indiqué yo con ternura—. Además, he conseguido lo necesario para cambiar el vendaje y mantener limpia la herida y te he traído un hermoso cayado.

—¿Y qué pasa con el petate y el mosquete?

—¿A qué te refieres?

—El general ha dicho que tenemos que cuidarlos como si se tratara de nuestras propias vidas, y más en estos momentos, pues vamos a necesitarlos —me recordó Niall.

—Ya veo que a sir John le importa más el petate que tú. En todo caso, yo los llevaré. No creo que la cosa sea para tanto. He visto a algunas compañeras caminando durante días con dos niños y un hatillo de ropa a la espalda —le repliqué.

Y no exageraba. Por otra parte, como buena lavandera, estaba acostumbrada a cargar con un montón de ropa sucia a lo largo de varias millas, bien en grandes cestos de mimbre, bien en un saco de tela; sobre la cabeza, en brazos o a la espalda; bajo la lluvia, el

frío y el calor. Y, si las prendas estaban mojadas, podían pesar hasta cuatro veces más. Pero lo cierto era que, en cuanto me eché el equipaje encima, no las tenía todas conmigo. Para empezar, el peso que acarreaba era enorme, tanto que tiraba de mí hacia abajo y me impedía moverme con libertad. Era increíble todo lo que podía llevar a cuestas un soldado. Yo había visto cómo muchos reclutas se desplomaban por el peso de su carga en situaciones normales, y ahora sabía por qué.

El petate consistía en una especie de estuche en forma de caja, unida al cuerpo con tantos tirantes y cinturones como para enjaezar a un burro, y cargada, entre otras cosas, con una manta, la cantimplora llena de agua, el hacha, el pedernal, la tetera de campaña, un poco de buey salado y algunas galletas, que no eran otra cosa que pan hecho sin levadura para que pudiera conservarse durante un tiempo. Debía de pesar cerca de cincuenta libras. Con razón decían algunos soldados que su enemigo más odiado no eran los franceses, sino el petate; en su opinión, tenían que haberlo abandonado al inicio mismo de la retirada para poder ir más ligeros y descansados, pues con ello se habrían salvado muchas vidas. Pero, como Niall bien sabía, podían ser castigados si trataban de deshacerse de él, y mi marido era muy cumplidor.

En cuanto al arma, se trataba del mosquete de chispa reglamentario, con su característica culata de nogal, y debo decir que también era bastante pesado y engorroso de llevar. A ello había que añadir, además, la bayoneta, el cuerno de pólvora, la bolsa o cartuchera con sus correspondientes cartuchos... De buena gana lo habría arrojado con el petate por un barranco. Total, para lo que servía.

Estábamos ya a punto de partir cuando apareció Brian para decirnos que no podía acompañarnos, ya que tenía órdenes de permanecer en la retaguardia hasta que todos salieran para poder cubrir la retirada, pero que trataría de buscarnos luego. Mi amiga Biddy, por su parte, nos ofreció su ayuda, que por supuesto yo decliné; bastante tenía ya con atender a su marido. Hacía días, además, que le habían confiscado la burra, de la que se había despedido con gran dolor, pues sabía lo que a la Reina de España

le aguardaba tarde o temprano.

Las dos parejas salimos al mismo tiempo de Lugo, justo detrás de un grupo de mujeres, pero Niall y yo enseguida nos separamos, debido a la oscuridad, y comenzamos a dar tumbos en medio de un laberinto formado por pequeños muros, senderos, setos, viñedos, barrancos y tierras de labor. Y, como no podía gritar pidiendo auxilio para no llamar la atención de los franceses, tuvimos que seguir por nuestra cuenta.

La marcha fue mucho peor de lo que había imaginado. Las subidas, en ocasiones, eran tan arduas que nos veíamos obligados a trepar y gatear con las manos; en el caso de Niall, arrastrando, además, la pierna con la ayuda del cayado. Pero las bajadas tenían más peligro, ya que eran muy pendientes y resbaladizas, y a veces teníamos que sentarnos y deslizarnos sobre nuestras posaderas. Niall, por su parte, cojeaba mucho y se sentía culpable por lo que yo estaba padeciendo. La pesada carga, además, se me clavaba en la espalda y me obligaba a llevar siempre la cabeza inclinada hacia delante, lo que me dificultaba la respiración, por lo que más de una vez llegué a pensar que iba a perecer a causa de su abrazo letal.

No obstante, para mí el enemigo más implacable seguía siendo el barro, que con frecuencia nos llegaba hasta las pantorrillas. Luego estaba el hecho de tener que andar con unas botas rotas, que apenas me protegían. Era como si pisara cristales o piedras afiladas o caminara sobre un cepillo para cardar lana; aun así, me alegraba de sentir los pies, pues eso quería decir que todavía no se me habían congelado. Y es que no paraba de nevar, de llover o de caer aguanieve. Es más, a veces también granizaba con fuerza y ello nos obligaba a buscar refugio para no resultar magullados. Se diría que Dios quería castigarnos por algún pecado del que no éramos conscientes.

—Cuando todo esto acabe —me dijo Niall, en una ocasión, para animarme—, te prometo que nos iremos a un lugar tranquilo para vivir y criar a nuestros hijos.

—Ojalá sea pronto —me limité a decir yo, pues apenas podía hablar.

Poco a poco, nos fuimos quedando totalmente rezagados en medio de la nada, cosa que nos aterraba, pues tarde o temprano acabaríamos muriendo de hambre o de frío o capturados por la avanzadilla francesa. Pero estábamos tan rendidos y en tal estado de debilidad que no podíamos hacer nada por remediarlo; incluso hubo un momento en el que apenas conseguíamos movernos, como si hubiéramos encallado en el barro, bajo el aguacero.

Lo peor fue cuando tuvimos que vadear un río, debido a que el puente, uno muy rústico hecho con piedras y troncos de madera, se había derrumbado. La situación era verdaderamente desesperada, ya que, si nos metíamos en el agua, corríamos el peligro de helarnos o de perecer en él, pero, si no lo cruzábamos, pronto caeríamos en manos del enemigo.

—Para, para; no aguanto más —me dijo entonces mi marido.

—No podemos detenernos ahora —insistí yo.

—Lo siento mucho, pero tenemos que descansar —me rogó él, angustiado—; me duele todo el cuerpo y apenas tengo fuerzas para dar un solo paso más. ¡Esta herida me está matando!

Estaba amaneciendo y no sabía dónde nos encontrábamos. Había que hacer algo como fuera. Así que arrojé el arma y el petate al agua, salvo la manta, la bayoneta y lo necesario para mantener limpia la herida de Niall, y me desnudé completamente. Con la ropa y lo demás hice un pequeño hatillo, que sujeté bien al cuerpo de mi esposo, y a él lo cargué sobre mis espaldas, como si fuera un niño, sin que el pobre pudiera oponer resistencia. Yo sabía que, de esa forma, podía poner en peligro mi preñez. Pero, si no lo hacía, ninguno de los tres sobreviviríamos.

El agua del río me llegaba por la cintura y el peso de mi marido, que se aferraba con fuerza a mi cuello para no deslizarse, no me dejaba casi avanzar. De modo que, con cada paso que daba, tenía que pararme para recuperar el equilibrio. Parecíamos San Cristóbal y el Niño Jesús. Con una mano lo llevaba sujeto por detrás de la pierna y con la otra me ayudaba con el cayado. Hubo un momento en que pisé una piedra suelta y a pique estuve de perder pie, con gran peligro de que nos arrastrara la corriente y muriéramos ahogados en un río del que no sabíamos ni el nombre.

Una vez cruzamos al otro lado, me sequé con la manta y me vestí. El frío me agarrotaba las piernas y los dientes me castañeteaban sin parar. Pero no me rendí. Tenía que seguir avanzando. Así que volví a cargar con él y a caminar con la ayuda del cayado. Por suerte, desde que comenzara aquella maldita campaña, Niall había adelgazado mucho; de hecho, estaba casi en los huesos, y mi constitución seguía siendo fuerte. De modo que ahí estaba yo, con dos criaturas: una que iba creciendo dentro de mí y otra, cada vez más encogida, sobre mi espalda. A esas alturas, el pobre ya no protestaba; debía de sentirse tan avergonzado de que fuera yo la que tuviera que llevarlo encima que no se atrevía a decir nada.

Si ya caminar por un sendero embarrado bajo la lluvia y el frío resultaba muy difícil, hacerlo con alguien encima lo convertía en una tarea casi imposible, y más cuando notaba que esa persona ya se había rendido y había abandonado toda esperanza de sobrevivir. Cuánto habría agradecido en ese momento una palabra de aliento por su parte. Tan solo una. Yo le preguntaba de continuo qué tal estaba o si le dolía la pierna. Pero no me respondía. Era como si llevara un peso inerte. Así que yo también comencé a flaquear. De hecho, a punto estuve varias veces de plantarme y decir: «¡Hasta aquí hemos llegado! ¡No puedo más! ¡Que sea lo que tenga que ser!». Por un momento incluso pensé en rendirme al enemigo. Al fin y al cabo, el mariscal Soult no era tan malo como se decía y sus tropas disponían de comida, bebida y médicos, o al menos estaban mejor que nosotros. Pero había algo dentro de mí, en mi corazón y en mis entrañas, que me impulsaba a seguir adelante.

Después de un buen rato, mi marido seguía sin dar apenas señales de vida. Podía sentir cómo se iba aflojando lentamente la presión de sus brazos alrededor de mi cuello, lo que hacía que se bamboleara un poco y a mí me costara más trabajo cargar con él. Tenía miedo de que se cayera y le pedí con ternura que se sujetara con fuerza. Entonces, empezó a delirar. De cuando en cuando, pronunciaba mi nombre o el de su aldea y, en medio, decía cosas incoherentes. Al ver que, de repente, se callaba y dejaba caer las

manos, lo bajé y lo senté en el suelo. Tenía mucha fiebre, como si estuviera ardiendo por dentro. Así que cogí un buen puñado de nieve y se la restregué por la cara y por la frente hasta que esta se derritió. Luego le di un poco de quina y le revisé la herida, que parecía haberse infectado. Mientras le cambiaba el apósito y el vendaje, me di cuenta de que se estaba quedando adormilado.

—¡Niall, Niall! —le grité, angustiada—. No te duermas; si lo haces, te morirás sin apenas darte cuenta.

—Pues eso es precisamente lo que quiero: dejar de sufrir y que ceses de padecer tú también —me replicó.

—No digas esas cosas; no podemos rendirnos ahora —le supliqué.

—Sabes de sobra que solo uno podrá salvarse y necesariamente tienes que ser tú —me exigió.

—¿Y qué voy a hacer yo sin ti?

—Volver a casarte y tratar de sobrevivir —me aconsejó con naturalidad.

—No pienso dejarte aquí, ¿me entiendes? De ninguna manera voy a permitir que mueras por no haber hecho lo suficiente —insistí, mientras lo zarandeaba para que no desfalleciera—. Y, para que lo sepas —añadí con otro tono—, no tengo ninguna intención de volver a casarme.

—He sido muy feliz contigo, Cathy, muy feliz —me confesó —. Eres una mujer valiente y cariñosa. Hace días que habría muerto si no llega a ser por ti. Pero no puedo pedirte que te sacrifiques, y menos para nada. Tal y como están las cosas, lo único que puede ocurrir es que muramos los dos, y eso no lo pienso consentir.

—Ni yo tampoco voy a permitir que fallezcas así —le grité.

—Por favor, déjame ahí, recostado en ese árbol —me suplicó —. Con la fatiga que tengo, no tardaré en quedarme dormido y moriré en paz.

—¡No digas eso! Después de todo lo que hemos pasado y lo mucho que hemos peleado, no estoy dispuesta a abandonarte en medio de esta tierra inhóspita para que mueras como un perro, y menos ahora que estamos tan cerca de conseguirlo —le advertí yo

entre lágrimas.

—Te lo ruego, sálvate tú —insistió mi marido con terquedad.

—Tienes que ser fuerte y no dejarte llevar por el abatimiento. Si no es por ti, hazlo entonces por mí o, mejor dicho, por tu hijo —le dejé caer.

Niall me miró sorprendido, con la boca abierta, las pupilas dilatadas y las cejas más arqueadas que de costumbre.

—¿A qué hijo te refieres? —me preguntó.

—Al que vamos a tener —le revelé yo.

—¡No te entiendo! —exclamó, cada vez más confuso.

—Estoy encinta. ¿Lo entiendes ahora?

—¡¿Estás segura?!

—Pues claro. Una nota esas cosas y ya ha pasado más de un mes desde los días en que me tocaba sangrar —le expliqué.

—¡¿Y por qué no me lo dijiste antes?!

—Al principio, no quería equivocarme como la otra vez. Luego he estado esperando el momento más adecuado para darte la noticia, y sin duda este lo es. Ese niño o esa niña necesita un padre y una madre y, sobre todo, precisa nacer —comenté.

—En ese caso, trataré de resistir. Pero ha de ser con una condición: que dejes de cargar conmigo —me exigió—. Eso no puede ser bueno para el embarazo ni para ti. Lo que me has contado me dará fuerzas para seguir, no te preocupes —añadió emocionado.

Y a mí no me quedó más remedio que asentir, qué otra cosa cabía hacer en ese momento. Lo importante era continuar hasta ponernos a salvo. Luego ya veríamos cómo nos las arreglábamos y cómo salíamos de todo aquello, si es que lo lográbamos, pues hacía ya rato que yo también había comenzado a ponerlo en duda. Así que lo estreché entre mis brazos para confortarlo y darle calor y seguridad, y él comenzó a llorar, supongo que de rabia e impotencia por sentirse desvalido. Tan pronto logró calmarse y disminuyó la fiebre por efecto de la quina, reanudamos la marcha; él, apoyándose en mí y en su cayado, y yo, sujetándolo por la cintura, con el fin de que pudiera avanzar sin venirse al suelo.

XVIII

Como de costumbre, no paró de llover en todo el día, y, aunque trataba de disimularlo ante mi marido, yo notaba como la fatiga, el hambre y la desesperación iban haciendo mella en mí. Así que no sabía cuánto aguantaría. Por suerte, al caer la tarde, nos topamos con una casa, donde pudimos pasar la noche a buen recaudo. Los dueños eran una pareja de campesinos muy ancianos que habían preferido no huir y cuidar de su hogar. Yo les pedí que nos dejaran dormir en las cuadras. Pero, al vernos en tan ruinoso estado, nos ofrecieron una habitación en el interior de la vivienda. El piso estaba cubierto de tierra, la ventana no tenía cristales y el mobiliario consistía en una mesa tosca y un jergón sin mantas ni ropa de cama, pero, después de lo que llevábamos visto y vivido, nos pareció un palacio.

Lo primero que hice fue revisar la herida de Niall, que seguía infectada, aunque no parecía haber empeorado. Tras vendársela de nuevo, le di lo poco que quedaba de la quina, que a buen seguro no sería suficiente. Si la fiebre continuaba, no tendría nada con lo que aliviársela. Nuestros anfitriones enseguida nos convidaron a sentarnos con ellos junto a la *lareira,* donde nos ofrecieron un caldo y un poco de queso de vaca para cenar. Era gente muy humilde, pobre y necesitada, tanto que apenas tenían utensilios para cocinar y no conocían el lujo del fuelle. Mas enseguida se mostraron dispuestos a compartir lo poco que tenían con unos desconocidos. La mujer se había dado cuenta de que Niall estaba con fiebre y le preparó una infusión para aliviarla, creo que de hinojo, a juzgar por el olor. El hombre, por su lado, le sirvió un vaso de aguardiente con una sonrisa y una mirada pícara, como diciendo que eso también le sentaría bien.

Por lo visto, estábamos cerca de Montesalgueiro y ellos se

llamaban Anxo y Noela. Ambos hablaban en gallego y su acento me resultó muy agradable al oído, si bien no entendí casi nada de lo que dijeron, aunque sí lo suficiente para darme cuenta de que no sabían qué era lo que estaba pasando en su tierra, por qué había por allí tantos soldados vestidos con ropajes extraños y farfullando idiomas que no les eran familiares. Yo traté de explicarles como pude, unas veces con gestos y otras con mi pobre español que, en ese momento, en la península había una guerra contra los invasores franceses y que los británicos habían acudido para ayudar a expulsarlos, pero, dada la superioridad de los gabachos y la poca colaboración de los españoles, ahora estábamos en franca retirada, camino de la ciudad de A Coruña, donde teníamos previsto embarcar para regresar a Inglaterra lo antes posible, dejando que las tropas de Napoleón camparan a sus anchas por Galicia. Y ellos, claro está, no paraban de mirarme con extrañeza y asombro, como si no comprendieran nada, y no solo porque yo no me expresara en su lengua. ¡Cómo iban a hacerlo si todo aquello carecía de sentido!

A la mañana siguiente, nuestros anfitriones nos despertaron muy temprano para avisarnos de que nuestros perseguidores se encontraban muy cerca, casi a tiro de piedra, por lo que había que partir enseguida. Yo había puesto a tender la ropa delante del fuego con la intención de que se secara un poco y tuve que vestirme a toda prisa. Antes de irnos, nos obsequiaron con un trozo de queso y algo de pan para el camino y un emplasto para la herida de Niall, en el caso de que la infección fuera a más. Por último, nos desearon mucha suerte. La íbamos a necesitar. Y tal vez ellos también.

Al final resultó que los recién llegados eran un grupo de soldados británicos rezagados y varias mujeres que no habían parado de andar durante toda la noche por miedo a ser alcanzados por el enemigo. De modo que nos unimos a ellos. Entre las esposas iba una escocesa muy delgada y con la cara llena de pecas llamada Effie, a la que yo conocía del campamento. Tras saludarla, le

pregunté por su hija, una niña de corta edad que siempre andaba cogida de su mano y no paraba de llorar, y no me contestó; ni siquiera estoy segura de que me oyera, pues parecía ausente. Tan solo me miró a los ojos, y yo me estremecí. Así que no insistí; no hacía falta.

Tampoco Niall estaba muy hablador, como si algo en su interior lo torturara y le impidiera prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Aunque no me lo decía, yo estaba segura de que se sentía culpable por haberme arrastrado hasta esa situación y, sobre todo, por mostrarse tan indefenso y necesitado de auxilio. Por otra parte, seguía en su empeño de que yo no cargara con él. Pero lo cierto era que cada vez le costaba más caminar y hasta mantenerse en pie, incluso con la ayuda del cayado. Esto hizo que pronto nos quedáramos de nuevo retrasados y sin nadie que pudiera ayudarnos. Niall comenzó entonces a murmurar entre dientes de forma atropellada, como si de nuevo delirara. Salvo alguna palabra suelta, apenas se le entendía, y eso me causó una gran preocupación.

Al ver su estado, le revisé la herida y comprobé que seguía infectada. De modo que le apliqué el emplasto que me había dado Noela. Por el aspecto, no fui capaz de adivinar lo que era, aunque debo reconocer que no olía muy bien. Pero era lo único que tenía, y parece que le sentó bien.

Al cabo de un rato, volvimos a ponernos en marcha.

—¿Por qué no me cuentas una historia? —le pedí para distraerlo de sus negros pensamientos mientras caminábamos.

—¿Qué historia quieres que te cuente? —balbució.

—No sé, la que tú desees; por ejemplo, aquella del conejo que cazaste con una trampa cuando eras niño —le sugerí.

—Pero esa ya la sabes —objetó.

—Sí, pero me gusta mucho oírtela contar.

—Está bien, si eso te hace feliz —concedió sin muchas ganas —. Cuando yo tenía diez años, mi padre me mandó a buscar leña al bosque. No era la primera vez, ya lo había hecho en otras ocasiones. Pero ese día...

En ese momento, irrumpieron en el camino dos soldados

franceses a caballo, que se plantaron delante de nosotros con semblante amenazador; seguramente, formaban parte de alguna avanzadilla y se habían extraviado. Yo les expliqué con gestos que mi esposo estaba herido y por eso nos habíamos retrasado, que no éramos peligrosos y que solo queríamos ponernos a salvo. Pero ellos se apearon de la cabalgadura y se dirigieron hacia nosotros. Desde el primer momento, vi que la cosa no pintaba nada bien. Así que le pedí a mi marido que se defendiera y me preparé para lo que pudiera venir. El más veterano dijo algo en su lengua, que por supuesto no comprendí, y el más joven se rio de forma obscena y descarada. Con una mirada cómplice, parecieron llegar a un acuerdo. Mientras el primero se dirigía hacia Niall, el otro comenzó a aproximarse a mí con aviesas intenciones.

Tan pronto lo tuve cerca, no lo dudé: saqué de entre mis ropas la bayoneta, que por suerte había decidido conservar, y se la clavé varias veces en el vientre y en el pecho antes de que pudiera reaccionar. Con el rabillo del ojo, observé cómo el otro se deshacía de mi marido dándole un fuerte empujón y se volvía hacia donde yo estaba. Al llegar a mi altura, me agarró por los brazos y me hizo desprenderme de la bayoneta. Luego me arrojó con rabia al suelo y se puso a horcajadas sobre mí con la intención de estrangularme. Yo traté de impedirlo tirando con fuerza de sus muñecas, pero la presión no paraba de aumentar, hasta que de repente, cuando estaba ya a punto de perder la conciencia, cayó inerte hacia un lado y me soltó. Detrás estaba Niall, que, al verme en peligro, había logrado reaccionar y, sin perder un instante, le había asestado un buen golpe en la cabeza con el cayado, bendito sea.

Yo me levanté de un salto y le di un abrazo. Las manos le temblaban y su rostro estaba muy pálido. Aún no nos habíamos repuesto del ataque, cuando apareció un grupo de soldados de nuestra retaguardia, comandado por un sargento. Al ver nuestro lamentable estado, se quedaron muy admirados de que hubiéramos acabado con nuestros dos atacantes. Tras saludarlos, recogí la bayoneta del suelo y limpié la sangre en el uniforme del francés al que se la había clavado.

—¿Lo has matado tú? —me preguntó el sargento, muy

sorprendido.

—Eso me temo —reconocí.

—Ojalá mis hombres tuvieran tanto valor.

—Seguramente, lo tienen; pero la mayoría deben de estar desesperados por tener que huir y no poder demostrar su arrojo y su valía en combate —comenté yo.

—Tal vez tengas razón —concedió, no muy convencido.

—En ese caso, algunos de vosotros deberíais decirle al general Moore que, si hemos de sucumbir, lo mejor sería morir combatiendo contra el enemigo y no huyendo de él —me atreví a decirle, sin duda movida por lo que acababa de vivir.

—Ya lo hemos intentado. Como imaginarás, no resulta fácil hacerle saber a un general que está equivocado, y menos a alguien como sir John Moore. Nuestro deber es cumplir sus órdenes sin discutirlas y confiar en que él mismo acabe por darse cuenta —se justificó.

—Entonces, que no se queje luego si sus tropas se desmandan y desmoralizan; él mismo se lo ha buscado —sentencié yo con tristeza y cierto enfado.

—Te aconsejo que no vayas comentando esas cosas por ahí; alguien podría molestarse y contárselo al general —me indicó el sargento.

—¿Te crees que, a estas alturas, eso me da miedo? Yo misma se lo he dicho a la cara alguna vez, aunque de nada ha servido. ¿Qué más me puede pasar? —repliqué.

—Bueno, lo importante ahora es que estáis vivos —indicó el sargento para cambiar de tema.

—Lo que no sabemos es por cuánto tiempo —me lamenté yo.

—Ya estamos muy cerca de A Coruña, donde se acabarán las penalidades —nos animó el otro.

—Ojalá sea así —exclamé yo.

—Si queréis, podéis venir con nosotros y también podéis quedaros con los caballos de esos gabachos, os pertenecen.

—Creí que nunca nos lo ibas a proponer —bromeé.

Mi marido, sin embargo, no dijo nada; todavía parecía encogido y asustado. El ataque debía de haberlo conmocionado.

También el hecho de verme matar a un hombre con su propia bayoneta. Había sido todo tan rápido que aún no lo había digerido. Yo, en cambio, no quise darle muchas vueltas al asunto. No me jactaba de ello, desde luego, pero tampoco me sentía culpable, por lo que no deseaba concederle demasiada importancia. Para mí, había sido una cuestión de pura supervivencia. Era él o yo, nada más. De modo que confiaba en que Dios fuera capaz de perdonarme, y, si no, resultaría que no era tan misericordioso como decían. Lo que me intrigaba era de dónde había podido sacar yo las fuerzas y la determinación para hacerlo. Supuse que, en circunstancias como esa, una reacciona de forma inesperada y trata de protegerse a toda costa, y más si lleva una criatura gestándose en su interior. Eso debió de ser. Después ya no volví sobre el asunto. Bastante tenía con auxiliar a mi marido y seguir sobreviviendo.

Con la ayuda de los soldados que nos rescataron y gracias a los caballos, pudimos conectar de nuevo con parte de nuestras tropas y no tardamos en llegar a Betanzos, donde se encontraba ahora el cuartel general. Situada sobre un pequeño cerro, en el fondo de un valle, y rodeada de colinas que ofrecían muchas posiciones fuertes desde las que poder defendernos, la ciudad se encontraba muy cerca ya del mar, a orillas del río Mandeo, atravesado por un puente de catorce arcos, en el que los ingenieros y zapadores habían colocado explosivos para destruirlo tan pronto nuestro ejército abandonara la población. Esto se había convertido en una práctica habitual durante la retirada, pero lo cierto era que, por una razón o por otra, raramente lo lograban o, si lo hacían, era solo a medias, lo que resultaba muy frustrante para los oficiales.

Nada más entrar en Betanzos, un oficial nos despojó de nuestras cabalgaduras para entregárselas a su regimiento. Por suerte, Niall había comenzado a sentirse mejor, supongo que debido a las virtudes curativas del emplasto de Noela, que Dios la proteja. Según nos explicó Brian, que se alegró mucho de vernos de nuevo, la retaguardia llevaba un tiempo sin apenas divisar a los

franceses. La razón era que, gracias a la marcha nocturna que habíamos emprendido en Lugo, una parte de las tropas había ganado medio día de ventaja sobre los hombres del mariscal Soult. Pero eso había provocado también que muchos de los nuestros se fueran quedando por el camino; de hecho, ese tramo en concreto había dejado atrás a más rezagados y causado más víctimas que cualquiera de los anteriores, de modo que el general Moore había decidido conceder un descanso a los que marchaban por delante y esperar a los que venían detrás.

Los soldados iban llegando solos o en pequeños grupos, exangües, entumecidos y hambrientos; algunos llevaban varios días sin comer. La mayoría andaban descalzos o con las botas completamente destrozadas, por lo que sus pies estaban hinchados y llenos de ampollas, heridas y sabañones, y, en muchos casos, con varios dedos congelados por la nieve y el frío. Según supe por la prensa unos meses después, un ingeniero militar llegó a descubrir que el calzado que usaban muchos de nuestros soldados poseía una grave deficiencia, y era que tenía una capa de arcilla entre la suela y la plantilla que, con la humedad, acababa desintegrando las botas y haciéndolas enseguida inservibles, como yo misma había podido comprobar. Otro fallo, uno más, de la intendencia británica, con el que con toda seguridad algunos en Inglaterra se habrían lucrado, tal vez también gente del Gobierno o de la Administración. Pero el asunto, que yo sepa, luego no se investigó ni tampoco se depuraron responsabilidades.

También vimos aparecer a varias mujeres errantes. Una de ellas venía tan agotada que se derrumbó a las afueras de la población y allí murió, ante su marido desconsolado, que ya no quería seguir caminando. Tras sentarse en el suelo, se abrazó a ella con tal fuerza que, por más que tiramos de él, no conseguimos separarlos. Se trataba de un soldado de infantería, y, por lo que nos dijo, llevaban muy poco tiempo casados. Niall y yo tratamos de persuadirlo con buenas razones de que nos acompañara a la ciudad, pero el hombre no cedió hasta que lo ayudamos a enterrar a su esposa de forma digna junto a la tapia del cementerio, ya que en el interior no fue posible hacerlo. Se llamaba Edward y su

esposa, Harriet; ella acababa de cumplir veinte años, los mismos que tenía yo. Después de aquello no volvimos a saber de él.

A juzgar por el aspecto de muchas de las calles y casas, la población se encontraba en un momento de ruina y decadencia, como otras que habíamos visto antes, si bien poseía bastantes iglesias, palacios, casas señoriales y conventos, en los que no tuvimos ocasión de albergarnos, debido a que ya estaban totalmente ocupados. Los habitantes se mostraron inclinados a recibirnos con hospitalidad, pero eran demasiado pobres para poder darnos nada, aparte de unos tristes mendrugos de pan, que, tras mojarlos en agua, devoramos con ganas, como si se tratara de tajadas de carne, tan hambrientos estábamos.

En el campamento, pregunté a varias compañeras por mi amiga Bridget, a la que echaba mucho de menos, pero ninguna supo darme noticia de ella ni de su marido, y eso me alarmó. No era normal que se retrasara tanto ni que nadie la hubiera vuelto a ver, dado que siempre se notaba su presencia cuando andaba cerca, pues no paraba de ir de un lado a otro para ver si podía ayudar a alguien. De todas formas, yo estaba convencida de que Biddy sabría salir adelante; además de tener muchos recursos, era fuerte y decidida y nunca se rendía, por mal que vinieran dadas.

Mientras descansábamos, Niall y yo nos enteramos de que, en una aldea del camino, había tenido lugar un episodio que alguien bautizó, con mucho humor, como la batalla de los Rezagados. En ella, varios centenares que allí se habían ido reuniendo, incluidas algunas mujeres, resistieron con valentía el acoso de los franceses y lograron escapar del cerco de forma ordenada y escalonada, a diferencia de lo que solía ocurrir. Dirigidos por uno de los rezagados, se dividieron en dos grupos que se iban alternando en sus cometidos. Mientras uno se enfrentaba al enemigo, el otro avanzaba un buen trecho; luego era este el que peleaba y el primero continuaba adelante, y así de forma sucesiva.

Al final fueron puestos a resguardo por el general Paget, que, en un principio, no había querido sacrificar a ninguno de sus hombres para rescatar a lo que él llamaba «una horda de borrachos, ladrones y gandules», pero, al verlos actuar con tanta

inteligencia y arrojo, enseguida cambió de actitud y decidió intervenir, con lo que la cosa acabó en alegría y celebración; sin duda, una acción como esa podía servir de acicate para acrecentar la moral de la tropa ahora que estábamos tan cerca de nuestro objetivo.

Todo eso debió de frustrar mucho a los franceses, que, una vez más, lo pagaron con algunas poblaciones que se iban encontrando a su paso, al igual que habían hecho nuestras tropas. Como más tarde supimos, el episodio más grave y sangriento sucedió precisamente en Betanzos, una vez que nosotros nos fuimos. Allí llevaron a cabo toda clase de desafueros: además de maltratar y asesinar a los hombres y violar a las mujeres, llegaron a la crueldad de desgarrar las orejas de muchas niñas para robarles los pendientes. Definitivamente, eso ya no era una guerra. Eso era otra cosa, por muy civilizado y elegante que fingiera ser el mariscal Soult. De hecho, podría decirse que la violencia de su ejército aumentaba conforme nos acercábamos al puerto de A Coruña, pues debían de tener miedo de que al final lográramos escapar. También mataron animales, destruyeron y saquearon casas, conventos e iglesias, quemaron el maíz almacenado en los hórreos y derramaron el vino y el aceite que había en las bodegas, cosas que, por otra parte, a mí me resultaban ya muy familiares por haberlas visto en mi propio bando.

Esa noche la pasamos en una pequeña iglesia cerca del río, protegidos de la lluvia y el viento. Los soldados habían encendido una fogata en medio de la nave para poder preparar el rancho, secar la ropa y calentarse un poco. Las lamparillas del altar iluminaban tenuemente el resto de la estancia, dejando en sombra las imágenes sacras, que daban una impresión inquietante y amenazadora, como si no estuvieran contentas con nuestra presencia profanadora y quisieran ahuyentarnos. Niall y yo dormimos sobre unas tumbas, que tuvimos que cubrir con mucho heno para que las lápidas de mármol no resultaran tan duras ni tan frías.

XIX

El lecho improvisado sobre el suelo de la iglesia fue bastante más blando y acogedor de lo esperado y pudimos descansar y recuperarnos, lo que nos permitió afrontar la nueva jornada con cierta energía. Desde el río, podía olerse el mar aguas abajo, y eso nos dio muchos ánimos. Por lo visto, los ingenieros tan solo consiguieron derribar la mitad de un arco del puente, por suerte para los vecinos, pues tales destrozos suelen arruinar la vida de una ciudad para nada. Ese día también trataron de volar los almacenes de armas y viandas antes de partir. Mas de nuevo algo falló, dejando en manos de los franceses unos ocho mil fusiles, mientras que los cañones fueron arrojados al río. Incluso se habló de prenderle fuego a toda la villa con el fin de ganar tiempo, algo que, a Dios gracias, se desechó, ya que habría sido un acto tan inútil como imperdonable.

El camino entre Betanzos y A Coruña se me antojó también de gran belleza. Era por lo general montañoso, pero los valles estaban bien cultivados y las colinas eran verdes o estaban totalmente cubiertas de bosques, y eso las convertía en un lugar paradisiaco. Cuánto me habría gustado corretear por ellas en primavera o en verano y echarme a rodar por sus suaves y frescas laderas como hacía de niña en mi pueblo natal, que cada vez tenía más presente, pues todo allí me lo recordaba. Pero no había tiempo para complacencias ni añoranzas.

Según nos dijeron, estábamos a solo una jornada de nuestro destino, un tiempo que a mí, como era de esperar, se me hizo larguísimo, ya que no paraba de mirar hacia atrás para comprobar si nos seguían los franceses. No sé por qué, pensaba que tratarían de atacarnos a toda costa ahora que estábamos cerca de nuestro destino, con el fin de impedir que embarcáramos, y cualquier ruido

o cualquier presencia me alertaba. Niall, por su parte, seguía absorto, ajeno a lo que pasaba; tal vez esa fuera su forma de combatir el miedo: tratar de ignorarlo. Por lo demás, seguía cojeando, pero la herida tenía mucho mejor aspecto. Con frecuencia, yo lo miraba o rozaba su mano con la mía para darle ánimos. Y tampoco dejaba de pensar en Bridget. De hecho, cada vez que pasaba junto a un grupo de mujeres, siempre me fijaba con atención por si alguna de ellas era mi amiga.

Cuando por fin vimos una gran bandada de gaviotas que venía del norte supimos que ya estábamos llegando. Poco después, cruzamos el puente de O Burgo, sobre el río Mero, que poco después sería volado por nuestros hombres, lo que retrasaría un poco la llegada de las tropas de Soult. En esta ocasión, como los ingenieros no estaban dispuestos a sumar un nuevo fracaso a la lista de decepciones, colocaron unas cargas tan potentes que la explosión mató a algunos soldados nuestros, debido a que muchos cascotes salieron disparados con fuerza en todas las direcciones, un infortunio más que añadir a esa trágica marcha en la que casi nada salía como era debido. Si no me equivoco, puede decirse que, junto con el de Castrogonzalo, al principio de la retirada, este último fue el único verdaderamente destruido durante todo el trayecto.

Para entonces, Niall y yo ya habíamos entrado en la ciudad, al límite de nuestras fuerzas; extenuados, heridos y con los pies sangrantes y destrozados, tanto que ninguno de los dos habría podido dar ni un solo paso más. Recuerdo bien el momento en el que, desde un alto, vislumbramos A Coruña a lo lejos, con su ciudadela y sus torres y, al fondo, el inmenso mar, como una gran sábana azul tendida al sol, esperándonos para conducirnos a nuestra tierra. Sin embargo, pronto descubrimos que en el puerto, situado en una pequeña península que se adentraba en el océano, no había barcos fondeados, tan solo algunos pesqueros, mas ningún navío de la flota británica. Una sucesión de vientos contrarios —últimamente, todos eran hostiles para nosotros— había hecho que se retrasaran y no se sabía cuándo podrían arribar.

¿Para eso habíamos recorrido más de doscientas cincuenta millas, entre Sahagún y A Coruña a lo largo de unos veinte días,

bajo el frío y la lluvia, sobre el barro y la nieve, para al final ir a morir en una ratonera? Estaba claro, en fin, que, en esta retirada, todo tenía que estar marcado por la desgracia y la frustración. Y, para colmo, había dejado de llover, justo ahora que ya no tendríamos que andar más. Desde que comenzó la retirada, casi no había parado ni un solo momento de caer agua, nieve o granizo. La situación no podía ser más irónica. Por supuesto, no le dije nada de esto a Niall, aunque es posible que él estuviera pensando lo mismo que yo.

¡Qué distinta a nuestra llegada a Salamanca apenas unos meses antes! Conforme avanzaba la tarde, las calles y plazas fueron llenándose de soldados famélicos, demacrados y harapientos, con los pies estropeados y el cuerpo lleno de parásitos y heridas supurantes. Los coruñeses se santiguaban a nuestro paso y nos miraban con compasión, como si fuéramos los supervivientes de un terrible naufragio. «¿Eso es todo lo que queda del famoso ejército inglés? ¿A eso se reduce todo su poderío militar? ¿Y ahora qué va a ser de nosotros cuando lleguen los franceses?», debían de preguntarse la mayoría.

Por otro lado, la ciudad estaba repleta de provisiones y no faltaban los alojamientos. Recuerdo que, en un convento por el que pasamos, los frailes nos dieron un caldo humeante, unas sardinas asadas al fuego, que nos supieron a gloria, y un pocillo de vino tinto, que nos calentó por dentro y nos alegró algo el semblante por fuera. Nos recibieron, además, de forma alegre y cortés, como si fuéramos peregrinos a Santiago. Luego hicieron fogatas en el claustro y cocinaron carne para nosotros. ¡Carne fresca, nada menos! Aquello parecía un banquete después de un tiempo de abstinencia, fatiga e intemperie.

Más tenso debió de ser el encuentro del general Moore con las autoridades de la ciudad, que seguramente le pedirían explicaciones por la retirada y tratarían de averiguar qué era lo que pretendía hacer hasta que arribaran los barcos. Supongo que sir John se justificaría de la mejor manera posible, aludiendo a la falta de auxilios y de tropas por parte de los españoles, mas procurando no incomodar demasiado a sus anfitriones, con el fin

de que no se ofendieran en un momento tan delicado como ese. En cuanto a nuestra estancia en A Coruña, me imagino que se comprometería a hacer guardar la disciplina de sus hombres durante el tiempo que permanecieran en ella, con el fin de que no causaran ninguna molestia ni daño a los vecinos; de hecho, el alcohol había sido racionado y los movimientos de los soldados, limitados. Asimismo, los pondría al corriente de sus planes para defender la ciudad ante la inminente llegada de las tropas enemigas, que en ese momento era lo más urgente.

A nosotros nos albergaron en una lonja cerca de los muelles. Allí coincidimos con Brian, que se alegró mucho de vernos sanos y salvos y nos puso al corriente de todo. Según nos contó, mostrándonos un mapa que él mismo había dibujado, el general Moore había decidido, después de darle muchas vueltas, establecer la defensa de la ciudad sobre los altos más cercanos a la misma, concretamente en la línea señalada por el monte Mero, Santa Margarida, Elviña, San Cristóbal das Viñas y O Castrillón. Se trataba de una serie de montículos que formaban una especie de anfiteatro a poco más de una milla de la ciudad. Esta era la zona que ofrecía más garantías para las mermadas tropas británicas y que cubría mejor el acceso al puerto. Su única dificultad estribaba en la fragilidad de la posición de la zona de Elviña y del entorno del valle del río Monelos; de ahí el cuidado que puso luego en reforzar toda esa parte, quedando más expuesta la de San Cristóbal y el monte de Mesoiro. Para contener el avance francés, el general Moore contaba todavía con unos quince mil soldados de a pie, frente a los más de dieciséis mil infantes y los cerca de tres mil jinetes a las órdenes del mariscal Soult.

También la ciudad se estaba preparando para contener a los franceses todo lo que fuera posible. Además de rogar a los coruñeses que se dirigieran a los bastiones y ayudaran a la construcción de trincheras, nuestro comandante en jefe había solicitado al gobernador que mandara evacuar dos polvorines repletos de explosivos que la Junta gallega escondía en los altos del Penasquedo, en A Zapateira, ya que podrían caer en manos del enemigo tan pronto entrara en A Coruña. Pero, al ver que no era

factible trasladar su contenido con urgencia, debido a la escasez de medios de transporte, sir John Moore había decidido hacerlos volar.

Recuerdo que Niall y yo estábamos disfrutando al fin de un momento de tranquilidad y reposo en un parque público cuando, de repente, escuchamos un estruendo tan brutal que los dos nos quedamos casi sordos y nos miramos con asombro.

—¿Estás bien? —me preguntó Niall con gesto preocupado.

—Creo que sí —le respondí yo—. ¿Qué habrá sido eso?

—Espero que no sean los franceses —bromeó él por primera vez en varios días.

La explosión causó una verdadera conmoción en toda la ciudad y el puerto, ya que hizo temblar los cimientos, retumbar los edificios y estallar los cristales de las ventanas, que volaron hechos añicos, al tiempo que una ráfaga de aire caliente recorría las calles de un extremo a otro. Los coruñeses salieron de sus casas atemorizados, pensando que se trataba de la erupción de un volcán o de una gran tormenta que amenazaba con tragárselos a todos, y las calles se llenaron de gritos lastimeros y de gente arrancándose los cabellos. También hubo pavimentos levantados, techos hundidos y marejada en la bahía. En el cielo, se formó una columna de humo negro y espeso tan grande y elevada que el firmamento se oscureció como si de repente se hubiera hecho de noche, lo que muchos vieron como un mal presagio de lo que nos aguardaba en los próximos días.

Una hora más tarde, nos enteramos de la causa de semejante estrépito. El oficial de artillería encargado de la voladura contaba con hacer detonar tan solo unos mil quinientos barriles de pólvora, pero resulta que en el almacén contiguo se guardaban casi cinco mil más; en total, fueron cerca de veinticuatro mil libras de explosivos las que estallaron. Luego supimos que, además de los destrozos y de los numerosos heridos, murieron varios vecinos y hasta hubo algunos partos prematuros. Era como si la tragedia nos persiguiera allá donde fuéramos.

Por lo demás, la mayor parte del día la pasábamos en la zona del puerto, a la espera de ver llegar por fin los anhelados barcos y a mi amiga Biddy y su marido. Solíamos sentarnos en los muelles para contemplar el mar o en los bancos corridos de alguna taberna, donde siempre había alguien que nos convidaba a un vaso de vino. Aunque cada día se sentía un poco mejor, Niall todavía no podía andar mucho. Por suerte, uno de los médicos pudo echarle un vistazo a la herida, y se quedó muy sorprendido de lo bien que estaba cicatrizando.

En las playas y en los alrededores de los muelles, se fueron juntando poco a poco todos los enfermos y heridos, que serían unos tres mil; también las seguidoras del campamento que habían sobrevivido, entre ellas algunas de mis compañeras de fatigas, que no dejaban de sorprenderse de que Niall y yo siguiéramos en este mundo después de todo lo que habíamos pasado. Si hasta yo misma estaba admirada, tengo que reconocerlo.

—¡No sabéis cómo me alegro de veros aquí! —exclamé.

—Y total, ¿para qué? ¿Para ir a morir justo ahora que habíamos alcanzado nuestro objetivo? —exclamó Siobhan, tan pesimista y malencarada como siempre.

—Esta maldita retirada ha sido un tremendo error de principio a fin —comentó Mary Jane con gesto desabrido.

—Un horror, eso es lo que ha sido —suspiró una mujer a la que no conocía, pues debía de ser de otro campamento; según me dijeron luego, acababa de enviudar.

Cuando ya nos íbamos, descubrí unos pasos más allá a Elizabeth McGuire con su hermosa niña en brazos, que no paraba de moverse. De modo que me acerqué a ella y la saludé de forma efusiva.

—¿Qué sabes de Bridget? ¿Está por aquí? —le pregunté después.

Aunque llevaba días buscándola sin éxito, no había renunciado a encontrarla en alguna parte. No podía haber desaparecido así como así.

—¿No te has enterado? —me preguntó sorprendida.

—Desde que salimos de Lugo, no he vuelto a tener noticias de

ella. ¿Acaso le ha ocurrido algo? —inquirí con impaciencia.

—Murió su marido —me informó Elizabeth, con gran pesadumbre—. Tan pronto salieron de Lugo, el pobre empeoró y Biddy ya no pudo hacer nada por él, salvo enterrarlo y llorarlo.

¡Pobre Bridget! La noticia me pilló tan de improviso que, en ese momento, no fui capaz de decir nada, como si me hubiera quedado sin sangre.

—Se pasó varias horas cavando una tumba con un palo —continuó Elizabeth—. Después de darle sepultura, comenzó a andar como una sonámbula. Una de nuestras compañeras la vio al día siguiente vagando por el lindero de un bosque y la condujo como pudo hasta aquí.

—¿Y tienes idea de dónde se encuentra ahora? —balbucí.

—La última vez que la vi estaba en el otro extremo de la playa. No quiere ver a nadie y dice que tampoco desea embarcar. Ya no parece la misma —me informó, muy preocupada.

Tras despedirme de Elizabeth, le pedí a mi marido que me aguardara junto a ella y me fui a toda prisa en busca de Bridget. Estaba tan angustiada que no era capaz de pensar con claridad en cómo abordarla, qué decirle, de qué manera consolarla. Aún no había dado con las palabras adecuadas cuando de pronto la descubrí: se encontraba sentada en la arena, muy cerca de la orilla, con la espalda apoyada en una roca y la mirada perdida. Estaba tan abstraída que, al acercarme a ella, no me vio, o, si lo hizo, no me reconoció.

—¿Cómo estás, Bridget? —le pregunté yo—. Soy Cathy. Elizabeth acaba de contarme...

—Entonces sabrás que a mí ya todo me da igual —se limitó a decir.

Estaba tan desmejorada que hasta la voz le había cambiado; ahora era más aguda, aunque menos firme. También sus ojos parecían más apagados.

—Soy tu amiga, ¿acaso no me recuerdas?

—¡Cómo iba a olvidarme de ti! —exclamó con una sonrisa—. Pero ahora no estoy para nadie.

—No me digas eso, Biddy, te lo ruego. Bien sabes que, si he

venido a verte y a hablar contigo, es porque quiero ayudarte, como habrías hecho tú si estuvieras en mi lugar —le comenté yo.

—¿Acaso vas a ayudarme a morir? Porque eso es lo único que deseo ahora —me confesó.

—A eso es a lo único que no puedo ayudarte. Pero sí a que recuperes las ganas de vivir.

—¿Y para qué? ¿Para que al final nos acaben matando a todos en esta maldita playa? —objetó ella.

—Para no darle al enemigo la satisfacción de verte muerta —repliqué yo—. Nuestra victoria es seguir vivas y adelante, como la higuera aquella del puente de Cacabelos, ¿te acuerdas? Por otra parte, debes saber que todavía hay esperanza.

Bridget se quedó pensativa, con la mirada vuelta hacia el mar, como si estuviera buscando algo entre la espuma de las olas, algo que iba y venía lentamente, pero que ella no era capaz de atrapar.

—Nunca te he visto tan pesarosa. No pareces tú —me atreví a decirle, y, al parecer, eso la hizo reaccionar.

Se fue volviendo hacia mí con cara de sorpresa, como si acabara de caer en la cuenta de algo en lo que hasta ese momento no había reparado.

—¿Sabes qué te digo? Que creo que tienes razón —concedió de pronto con un extraño brillo en la mirada—. Así que no les voy a dar a esos malditos franceses la satisfacción de verme derrotada. Es más: te aseguro que, si al final se deciden a entrar en A Coruña, tendrán que vérselas conmigo, con nosotras —añadió, tendiéndome los brazos, que yo estreché con fuerza.

—¡Esa es mi Biddy! Aún tenemos que hacer muchas cosas juntas —la animé.

—Eres una buena amiga, Cathy, y una persona muy valiente. De modo que quiero que sepas que hablar contigo me está sentando muy bien.

—Elizabeth me ha dicho que alguien te encontró cuando andabas perdida y te condujo luego hasta aquí. ¿Te acuerdas de eso?

—Solo sé que, después de enterrar a Dan, debí de andar sin sentido de un lado para otro, durante un buen rato, sin saber qué

hacer —comenzó a decir Bridget—. Creo que no me importaba que los franceses me cogieran cautiva. Yo diría, incluso, que lo deseaba, para ver si a mí también me conducían ante el mariscal Soult, el duque de la Desgracia, como habían hecho contigo. Estaba tan enfurecida que, si me lo hubiera topado de cerca, creo que lo habría matado con mis propias manos. Pero no tuve esa suerte.

—Ojalá lo hubiera hecho yo cuando pude —exclamé.

—Es muy astuto y sibilino ese canalla —indicó ella con rabia —. El general Moore siempre ha pensado que era él el que le estaba dando esquinazo una y otra vez, pero en realidad ha sido el mariscal Soult el que ha estado manejando los hilos de nuestra retirada, al menos hasta Lugo, ¿no te parece?

—Si te refieres a que, en verdad, nunca ha querido darnos caza ni entablar batalla con nuestras tropas y a que él lo único que ha hecho es acosarnos y azuzarnos, estoy de acuerdo contigo —concedí.

—Si no es así, no se comprende su comportamiento —insistió.

—Tienes razón.

—Nada más verte antes, me he acordado de María Pita, la heroína gallega de la que nos habló sor María para demostrarnos que en el pasado también habían existido mujeres valientes y luchadoras —comentó Biddy de pronto.

—¿Te refieres a la que combatió a las tropas inglesas dirigidas por Francis Drake hasta expulsarlas de A Coruña? —puntualicé yo.

—A esa misma —confirmó Biddy—. Estaría bien que ahora surgiera una nueva María Pita, solo que, en esta ocasión, para luchar contra los franceses y ayudar a los británicos. Sería irónico, ¿no te parece?

—¡Ya lo creo! —exclamé de forma entusiasta.

—Veo que tú y yo nos entendemos bien, y eso me complace mucho; es una pena que no nos conociéramos en mejores momentos —comentó Bridget, mirando de nuevo hacia el mar.

Sus palabras eran tan sentidas que me emocionaron.

—Lo mismo pienso yo —confesé.

—¿Y qué tal tu embarazo, por cierto? —me preguntó.

—Creo que sigue su curso.

—Ya te dije que, si salimos de esta, darías a luz en casa.

—¿Te gustaría entonces ser mi comadrona?

—Pero si yo solo ejerzo en casos de extrema necesidad, y, cuando estés de vuelta en Irlanda, parteras no te van a faltar —objetó ella.

—Pero, si por casualidad estamos juntas, ¿me ayudarás a dar a luz? —insistí.

—Aún queda mucho para ese día —me recordó—. ¿Quién sabe dónde andaré yo?

—Quiero que sepas que te considero como si fueras de mi familia, mejor dicho, como mi auténtica familia —le confesé.

—Y yo a ti también —me aseguró, dándome un abrazo.

Lamentablemente, no conseguí arrancarle una promesa o un compromiso firme. Pero logré convencerla para que me acompañara hasta donde se encontraban Elizabeth y Niall y esperara con nosotros el momento del embarque, que ya no podía tardar.

Cuando llegamos, mi marido estaba hablando con algunos soldados heridos de su regimiento. Estos seguían lamentándose de no haber podido librar una batalla como es debido durante toda la retirada. Para ellos, ocasiones no habían faltado, más bien al contrario, y los pocos combates y escaramuzas que habían tenido lugar se habían saldado casi siempre a nuestro favor. También recordaron las numerosas posiciones ventajosas que podíamos haber aprovechado a lo largo del camino para tratar de contener al enemigo, aunque este fuera superior en número, que en realidad no lo era tanto; de tal modo que, si los puertos entre Villafranca y Lugo se hubieran asegurado con artillería, los franceses jamás habrían llegado hasta A Coruña. Naturalmente, la mayoría le echaba la culpa de todo al general Moore. Incluso algunos dijeron que circulaban rumores de que había habido un intento de amotinamiento por parte de cierto oficial, o al menos alguna intriga para derrocar al comandante en jefe y tomar el mando, algo sin duda esperable, aunque por otro lado difícil de creer, puesto que no había trascendido.

Lo que nadie mencionó fue que el mariscal Soult, nuestro

eterno e incansable perseguidor, el azote de los británicos, también se había resistido de forma reiterada a entrar en combate. Tanto el británico como el francés habían pecado, pues, de demasiado cautelosos; ninguno de los dos había querido aventurarse en una verdadera batalla: uno por prudencia o por miedo, el otro por astucia o por cálculo interesado. El resultado, sin embargo, había sido una hecatombe para nosotros, un trágico sacrificio sin épica alguna, seguido por una amarga sensación de derrota para los que habíamos sobrevivido. Así que allí estábamos, mano sobre mano, oteando el horizonte y lamiéndonos las heridas.

Teníamos tantas ganas de que llegaran los barcos que, cuando por fin aparecieron, no nos lo creíamos. Uno tras otro, fueron fondeando en la bahía y arriando sus botes unos cien buques de transporte escoltados por doce barcos de guerra, y por fin, en la tarde del 14 de enero, sir John Moore mandó que comenzaran a embarcar los enfermos graves y los inválidos. El proceso iba a ser largo, desde luego; así que tuvimos que armarnos de paciencia. Por otro lado, los franceses estaban ya tomando posiciones frente a nuestras tropas. No obstante, nada hacía presagiar todavía que la larga y tortuosa persecución fuera a terminar en batalla abierta de forma inevitable.

Mientras Biddy, Niall y yo aguardábamos a que llegara nuestro turno, nos tocó asistir a una escena muy dolorosa, otra más, y no sería la última. Como la mayor parte de los animales de los regimientos de caballería estaban en muy mal estado por falta de herraduras o de clavos para las mismas, o no iban a ser ya de mucha utilidad para cubrir el embarque, debido a que nuestras defensas se habían situado en las laderas de los montes, y al final no podríamos embarcarlos a todos, los oficiales dieron la orden de sacrificarlos cuanto antes en las playas y alrededores, lo que nos conmovió mucho a los allí presentes, a pesar de lo que ya llevábamos encima, que parecía que ni por un instante pudiéramos estar en paz.

Aunque procuré mirar para otro lado y taparme los oídos con

las manos, hubo un momento en el que no pude evitar escuchar sus angustiosos relinchos y fieros resoplidos o ver la sangre sobre la arena o los montones de cadáveres lamidos por las olas. Varios, eso sí, lograron soltarse y galoparon frenéticos por la playa con ánimo de escapar lejos; tal vez alguno lo consiguiera y siga vagando libre por ahí. En total fueron unos dos mil los animales tiroteados o degollados en las playas de A Coruña —¡otra hecatombe!— y sus cuerpos permanecieron allí apilados durante días, descomponiéndose lentamente bajo la lluvia y el sol, a la vista de todos, como un símbolo, uno más, de nuestra propia podredumbre.

XX

El 16 de enero tuvo lugar la batalla de Elviña, como la llaman los gallegos, o de A Coruña, como la llamamos nosotros. Biddy, Niall y yo nos enteramos de que algo se preparaba la noche anterior, por el sargento O'Connor, que se había acercado para saludar a mi esposo y ver cómo estaba, antes de incorporarse a su posición. Nosotros nos habíamos pasado todo el día esperando inútilmente el momento de embarcar, y a esa hora lo único que queríamos era dormir un poco. Pero Brian nos dijo que tenía algo importante que contar. Al parecer, sir John Moore había tratado de evitar la contienda hasta el último momento, ya que lo único que a esas alturas le importaba era conducir a sus hombres a las naves y ponerlos a salvo cuanto antes. Pero el embarque estaba siendo muy lento y los franceses se habían acercado demasiado, por lo que podía resultar muy peligroso continuar con la operación sin salirles al encuentro y hacerles frente de una vez por todas.

Por otra parte, su espíritu de soldado debió de negarse a aceptar como totalmente legítima una retirada en la que no hubiera habido al menos una auténtica batalla, y no unas simples escaramuzas o unas meras operaciones defensivas o de cobertura, por muy heroicas y victoriosas que hubieran sido. Ya ese día había tomado la precaución de entregar municiones y reemplazar el viejo armamento de su infantería por fusiles nuevos, más eficaces y precisos que los anteriores, lo que les daría cierta ventaja sobre los franceses, cuyas armas debían de encontrarse en peor estado después de tantos días de inclemencias.

Por supuesto, ya casi nadie confiaba en sus iniciativas ni en sus virtudes militares. Pero, de momento, él seguía al mando. ¿Por cuánto tiempo? Seguramente, a esas alturas ya habrían recibido en Londres algunas noticias acerca de nuestra desastrosa retirada y el

alto mando habría tomado las resoluciones oportunas. Para sir John Moore, había llegado el momento de dar la talla de su verdadera valía como general del ejército británico. Sin duda, era consciente de que la situación era desesperada; de modo que, si al final no lograba completar el embarque, la sangrienta retirada no habría servido para nada y todas las muertes y sufrimientos habrían sido en vano. Y ello significaría que su gran decisión, esa por la que lo había arriesgado todo, había sido un completo y lamentable error.

Niall estaba tan enardecido con la noticia que quiso acompañar a Brian como fuera, pero este no se lo permitió, pues aún estaba muy débil y podría ser de más ayuda en otras labores, y mi marido no tuvo más remedio que resignarse.

Cuando, al despuntar el alba, se escucharon a lo lejos los primeros disparos de las baterías de artillería, Bridget y yo comenzamos a sentirnos algo inquietas. Era mucho lo que nos jugábamos en ese día y no podíamos permanecer allí sin hacer nada. Sabíamos, además, que en nuestras tropas apenas quedaban médicos y los pocos que había en la ciudad no daban abasto para atender a los enfermos; así que decidimos ofrecernos voluntarias para atender a los heridos en el campo de batalla y llevar municiones a los que las necesitaran.

Niall, al enterarse, se empeñó en acompañarnos. Él también quería colaborar, aunque fuera detrás de la línea de fuego. Yo le rogué que se quedara con Elizabeth y las otras mujeres y las ayudara a embarcar. Pero se negó a hacerme caso. De ahí que tardáramos un buen rato en llegar hasta la retaguardia, ya que aún cojeaba. Allí nos dijeron que nos pusiéramos a las órdenes de uno de los médicos y aguardáramos sus instrucciones. Las noticias que llegaban de Elviña eran muy confusas, a veces contradictorias. Por lo visto, el mariscal Soult había ordenado atacar demasiado tarde, sorprendido por el hecho de que el general Moore hubiera decidido hacerle frente, en lugar de limitarse a resistir. A diferencia de la estudiada estrategia de sir John Moore, que había sabido desplegar

sus tropas de forma acertada, la precaria disposición de sus tres divisiones, una al lado de la otra, no parecía ser la más adecuada y eficaz.

A juzgar por sus movimientos posteriores, resultaba evidente que el verdadero objetivo del mariscal era alcanzar lo antes posible las alturas que dominaban la rada, para desde allí cañonear a discreción la flota británica e impedir que el embarque siguiera adelante; ya tendría tiempo luego de derrotar al general Moore. Pero este, a pesar de su menor experiencia en batallas y de sus notorias debilidades, no parecía dispuesto a permitírselo, aunque ello pudiera costarle la vida y arruinar del todo su carrera, que, de alguna forma, debía de dar ya por amortizadas.

Por la tarde, Bridget, Niall y yo nos dirigimos a la línea de batalla. En ese momento, el combate estaba siendo muy enconado, por lo que los heridos se habían multiplicado. Entre los tres comenzamos a trasladarlos con la ayuda de varios solados a una especie de ermita que había junto a una aldea, donde los cirujanos hacían lo que podían con los pocos medios de los que disponían. Tan pronto los dejábamos en sus manos, retornábamos a buscar más y aprovechábamos para llevar agua, armas y munición. En uno de los viajes, nos internamos más de la cuenta en el frente, pues había un par de heridos en una trinchera de los que nadie se había ocupado, debido a que nuestras tropas habían tenido que retroceder de forma repentina. Mientras Bridget y Niall iban a pedir ayuda, yo me acerqué a la posición para atenderlos. En ese momento, varios soldados franceses se aproximaron a nuestras filas conducidos por un oficial a caballo. Al principio, no me di cuenta de quién era a causa del humo de los disparos. Pero luego descubrí que no era otro que el mariscal Soult. Él también me reconoció y cabalgó hacia mí.

—Yo ya sabía que era usted una mujer valiente, pero no hasta el extremo de internarse en el campo de batalla para ocuparse de los heridos —me comentó con admiración al llegar a mi altura.

—Su misión es matar; la mía, salvar vidas —le dije yo—. Lo importante es que al final nos vamos a salir con la nuestra —añadí con tono desafiante.

—Aún no ha acabado la batalla —me recordó él.

—Por supuesto que no. Pero le aseguro que esta también la va a perder. Habría sido mejor que nos hubiera atacado en Lugo, entonces estábamos más debilitados —le solté yo.

—No lo hice porque confié en que una parte de mis hombres sería capaz de cortarle la retirada al general Moore por el norte. Pero él debió de descubrirlo y se me adelantó, ya que es muy astuto. Hay que tener mucho valor, además, para hacer lo que hizo —me explicó, mientras volvía las riendas de su caballo.

—Se lo comentaré; le alegrará saberlo —le dije yo.

—Le deseo a usted mucha suerte —se despidió.

—Lamento no poder desearle lo mismo —repliqué.

Tan pronto desapareció en la humareda, me quedé muy alterada. Por una parte, lo odiaba a muerte; por otra, sabía que tenía que estarle muy agradecida por la forma como nos había tratado a mi marido y a mí. Pero pesaba más lo primero. En ese momento, regresaron Biddy y Niall con un soldado y unas parihuelas. Cuando se lo conté a ambos, todavía impresionada, no me quisieron creer. Al final los convencí, y sintieron mucho no haber estado conmigo, pues así habríamos tenido la oportunidad de acabar con él.

Entre los cuatro, comenzamos a rescatar a los heridos. Mas, justo en ese momento, llegaron varios casacas azules con la intención de abrir una brecha en nuestras líneas, que en esa parte estaban muy debilitadas, y así poder rodear a nuestros hombres por detrás. De modo que no nos quedó más remedio que tratar de impedírselo. Sin pensárselo dos veces, Niall cogió el sable de uno de los heridos y se lanzó contra el enemigo. De entrada, le hizo un buen tajo en el pecho a uno de ellos y luego alcanzó al otro en un costado. Peor le fue al soldado que había acudido para ayudarnos, pues uno de los franceses le causó una profunda herida en el vientre que lo dejó fuera de combate.

Biddy y yo nos hicimos con los fusiles de los dos heridos, que llevaban puestas las bayonetas, y atacamos con ellas a los que, en ese momento, tenían rodeado a mi marido. Primero, nos deshicimos de los dos que estaban más cerca, que fueron incapaces

de reaccionar, pues no se lo esperaban, y, a continuación, de los dos que se encontraban detrás, que también se vieron sorprendidos, mientras Niall se ocupaba del que restaba. Luego descubrimos que a mi esposo lo habían herido en el brazo izquierdo, y entre Biddy y yo se lo vendamos para que no sangrara. En total, resultaron eliminados siete franceses. La acción sirvió, además, para que nuestros soldados tuvieran tiempo de reforzar ese punto y evitar que se consolidara la brecha.

Estábamos ya a punto de irnos cuando Biddy creyó ver entre el humo al mariscal Soult y trató de apuntarle con el fusil. Pero no le dio tiempo a disparar, pues, cuando lo tuvo a tiro, de nuevo desapareció. Esto nos llevó a pensar que probablemente fuera él el que había enviado a los hombres con los que habíamos combatido, tras haber detectado que allí había una grieta por la que poder infiltrarse en nuestro territorio.

Con la ayuda de algunos soldados, nos llevamos a nuestros heridos al puesto médico para que los atendieran. Lo de Niall era un corte poco profundo, que limpiaron y cubrieron con un apósito. Los que nos acompañaban le contaron a todo el mundo lo que habíamos hecho en el campo de batalla y, uno a uno, acudieron a felicitarnos. Biddy, Niall y yo nos convertimos por un instante en los pequeños héroes del frente, y ello sirvió, entre otras cosas, para resarcirnos de los malos momentos.

Poco después, nos llegó el rumor de que habían herido gravemente al general Moore no muy lejos del lugar en el que nos encontrábamos. Había decidido abandonar el puesto de mando y descender al campo de batalla para comprobar el estado de los flancos y animar personalmente a sus tropas cuando estaban a punto de iniciar una carga contra el enemigo, que, con sus reiterados ataques, amenazaba con romper la formación de nuestro ejército y ocupar nuestra posición.

Uno de los médicos ordenó que lo preparáramos todo para hacernos cargo de él y, al poco rato, apareció una partida formada por varios oficiales y ayudantes de campo, marchando a paso lento

y apesadumbrado detrás de seis soldados que transportaban a sir John Moore con mucho cuidado en una manta tendida entre dos palos y toda manchada de sangre. Uno de los cirujanos se acercó a la improvisada camilla para ver el estado del general y enseguida debió de ver que era ya muy poco lo que se podía hacer. Según los testigos, este se había acercado demasiado a la línea de fuego y un disparo de cañón lo había alcanzado en el hombro izquierdo y el pecho y lo había derribado del caballo, justo al lado de un zarzal, que enseguida se tiñó de rojo. Este último detalle lo aportó uno de sus ayudantes de campo, un joven escocés llamado Henry Hardinge, que en aquel momento estaba con él y había intentado taponar la herida con su fajín. También dijo, muy consternado, que el general no había proferido ni una sola queja, a pesar de que el dolor debía de ser muy grande.

Tan pronto entraron en la ermita, los médicos se arremolinaron en torno a sir John Moore con gesto muy preocupado. La herida era muy grave y el destrozo bastante considerable. Así que uno de los doctores me pidió que la limpiara y la vendara como mejor pudiera.

—De modo que es usted —exclamó el general en cuanto me vio—. Me alegra descubrir que salió adelante. ¿Qué tal está su marido?

—Ahí está con mi amiga Biddy —le informé, haciendo un gesto hacia ellos.

—Ironías de la vida. Ahora soy yo el que no podrá seguir, a pesar de su ayuda —comentó con una sonrisa dolorida.

—Aún la batalla no está perdida —le dije para animarlo.

—Para mí, sí lo está —objetó con un hilo de voz.

En ese momento, los médicos comenzaron a hablar entre ellos en voz baja sobre lo que cabía hacer con el general dada su situación.

—No hace falta que susurréis —les dijo entonces sir John—; de sobra sé cómo estoy.

—Es nuestra obligación intentarlo —objetó el de más autoridad.

—Lo mío ya no tiene remedio; de modo que es mejor que

tratéis de salvar a otros. Es una orden —insistió.

—En ese caso, se hará como dice —concedió el médico.

—Pida que me lleven a mi alojamiento —ordenó—, pues no deseo ser un estorbo.

—Deje al menos que lo acompañe uno de nosotros.

—No hace falta; aquí será más útil —rechazó sir John.

—Si se me permite —me atreví a intervenir—, yo podría atenderlo, ya que me conoce y aquí soy menos necesaria.

—Desde luego, puede acompañarlo —concedió uno de los médicos—. Hoy ya ha hecho mucho aquí. Su comportamiento y el de sus dos compañeros ha sido verdaderamente admirable.

—¿A qué se refiere? —quiso saber el general.

El médico se acercó a sir John Moore y le contó lo que había ocurrido en el campo de batalla hacía poco más de una hora.

—¿Es eso cierto? —me preguntó el general.

—Los médicos siempre son muy dados a exagerar —bromeé yo.

—Le doy las gracias por su entrega. Siempre pensé que era usted muy audaz y muy sincera —comentó con un gesto de complicidad—. Está bien, acompáñeme, pero nadie más. En cuanto a vosotros —añadió, dirigiéndose a los oficiales—, quiero pediros que me perdonéis por todos los errores que haya podido cometer durante la campaña. He tratado de hacerlo lo mejor posible, dadas las circunstancias. Os ruego que se lo transmitáis también a vuestros hombres —titubeó, como si le costara mucho trabajo hablar.

—No piense en eso ahora —le indicó uno de los oficiales con pesadumbre.

—Mucho me temo que ya ha llegado el momento de las despedidas —concluyó él con serenidad.

Después de dar las últimas instrucciones a los mandos presentes, los soldados lo trasladaron en un carruaje a la casa en la que se alojaba, en el Cantón Grande, acompañados por un oficial y por mí. Una vez allí, lo llevaron a una de las habitaciones principales. Yo me senté junto a su lecho y ya casi no me separé de él. A pesar de su estado, se mantuvo consciente y apenas se

quejaba.

Cada vez que se asomaba alguien para ver cómo estaba, el general le preguntaba si sus hombres habían derrotado ya a los franceses. Yo le conté que, poco antes de que lo hirieran en el campo de batalla, me había encontrado con el mariscal Soult, y que este me había confesado que lo consideraba muy astuto y valiente, y que estaba en lo cierto cuando decidió que abandonáramos Lugo de inmediato, al ver que el mariscal no presentaba batalla.

—El duque de Dalmacia es muy amable, pero de poco van a servirme ahora mi valentía y mi astucia si en otros momentos me he comportado como un necio y un cobarde.

—Eso no es cierto —rechacé yo—; gracias a usted, hemos llegado hasta aquí y ahora estamos embarcando.

—No sabe cuánto me alegra escuchar esas palabras. Creo que usted es la única que ha comprendido que, durante toda esta campaña, yo he tratado de obrar siempre con honestidad —me agradeció.

—De eso no me cabe ninguna duda —le aseguré yo.

—Entonces cuénteselo usted a mis hombres, a mis compatriotas y a los españoles, y pídales que me perdonen. Dígales toda la verdad: señale mis errores, por los que pido perdón a los que se hayan visto afectados por ellos, empezando por usted, pero también mis aciertos si es que los ha habido —me rogó.

—Pero yo no soy nadie —objeté—. Aunque lo intentara, a mí nunca me harían caso. Dirían que tuve algo que ver con usted y que por eso lo defiendo.

—Olvide entonces lo que le he dicho. No deseo que también sea víctima de mi infortunio. Por otra parte, hay algo que quiero confesarle antes de morir. Sé que usted es irlandesa y resulta que, hace justo diez años, estuve destinado en Irlanda como comandante general —me explicó—. Mi misión era ayudar a acabar con la rebelión republicana de su país. Entre otras cosas, logré controlar la ciudad de Wexford y al mismo tiempo evité su saqueo. Como usted sabrá, la sublevación fue aplastada por el ejército con gran brutalidad, pero, a diferencia de los otros

comandantes, yo me negué a cometer atrocidades contra su gente. Esto quiere decir que, a lo largo de toda mi carrera, he cumplido siempre de forma estricta las órdenes que se me han dado, pero he intentado igualmente actuar con la debida humanidad, y eso a veces es complicado.

En ese momento, acudieron varios oficiales a despedirse de él y yo aproveché para comer algo y tomar un poco el aire, pues lo necesitaba después de sus últimas revelaciones, que tanto me afectaban. Cuando los mandos se marcharon, fue el turno del reverendo Bradford, que lo acompañó durante media hora. Por último, volví a entrar yo para comprobar su estado. Se le veía totalmente exhausto y dispuesto a entregar en cualquier instante su último aliento. Después de acomodarlo en la cama y darle de beber, me atreví a preguntarle:

—¿Hay alguien a quien quiera que le escriba una carta en su nombre?

—¿Se refiere usted a alguna mujer? Si es así, tengo que contestarle que no. Es verdad que estuve muy enamorado de una mujer mucho más joven que yo —me confesó con nostalgia—, pero nunca le declaré mi amor ni me atreví a proponerle matrimonio, ya que no lo consideraba justo para ella, dada nuestra diferencia de edad. Y, por más que lo he intentado, todavía no la he olvidado.

—De nuevo su comportamiento lo honra —reconocí yo—. ¿Hay alguna cosa que pueda hacer por usted?

—Hay algo, sí, sobre lo que nadie quiere comentarme nada. Dígame la verdad. ¿Han vencido mis hombres por fin a los franceses?

Yo lo miré con conmiseración, dudando si mentirle o no en esos últimos momentos de su vida. Al final le contesté:

—Ahora mismo acaba de llegar del frente la novedad de que las tropas del mariscal Soult han sido derrotadas gracias a usted y a sus hombres. De modo que el embarque está totalmente asegurado.

—No sabe cuánto me alegra escuchar eso. Ahora sí que ya puedo descansar en paz —concluyó él.

Murió al caer la noche de ese día 16, cuando la batalla ya había cesado sin grandes resultados por parte de ninguno de los

dos bandos, si bien es cierto que los nuestros habían logrado detener, por el momento, el avance del mariscal Soult, que era lo importante. Como alguien comentó de forma muy sucinta y paradójica: «Tras su muerte, sir John Moore cubrió a su ejército de gloria, deshonra, victoria y desgracia».

En la ciudad, algunos recibieron la noticia con cierta indiferencia, pero la mayoría lo hicieron con pesar. Al fin y al cabo, era nuestro comandante en jefe y, equivocadamente o no, nos había llevado hasta allí y había conseguido frenar a nuestro perseguidor. Por otra parte, eran muchos los que pensaban que, con su comportamiento heroico, se había redimido de todos sus errores y pecados. Como Moisés, consiguió poner a salvo a muchos de sus hombres y devolverlos a su tierra, pero él no pudo regresar. Ese fue tal vez su castigo por no haber conseguido estar, desde el principio, a la altura de la difícil misión que le habían encomendado.

Asimismo, su muerte sirvió para que los coruñeses y los gallegos en general tomaran conciencia de los peligros que se les venían encima con la llegada de los franceses y acabaran rebelándose de una vez por todas contra el enemigo invasor. Para los que lo acompañaron durante la terrible retirada, sir John Moore fue un general ciertamente reprobable, pero, para aquellos que lo vieron actuar en A Coruña, se convirtió en todo un ejemplo, ya que no solo cumplió con su deber como principal responsable de las tropas, sino que se comportó como un verdadero héroe. Eso nadie podía ponerlo en duda.

Debido a la urgencia, lo enterraron de madrugada en el baluarte de San Carlos con todos los honores. Como en ese momento no pudieron hallar un ataúd apropiado, tuvieron que envolverlo en su capote militar y varias mantas. Mientras lo sepultaban, comenzaron a oírse a lo lejos algunos disparos de las tropas francesas, que, al parecer, trataban de avanzar con cautela hacia la ciudad y el puerto, y hubo que terminar la ceremonia de forma precipitada.

Por ahí se cuenta que hasta el propio mariscal Soult, su mortal enemigo, llegó a manifestar su pesar y admiración por él

cuando tomó A Coruña dos días después y descubrió su improvisado sepulcro; también dio orden de marcar con una estela el lugar en el que se le había visto caer, junto al zarzal. Y cuando, tiempo después, el marqués de la Romana pasó por allí, ordenó de inmediato el traslado de los restos a un lugar más destacado, pues, a pesar de las enormes diferencias que había habido entre ellos, le tenía mucho respeto.

XXI

Poco antes de medianoche, Bridget, Niall y yo recibimos la orden de regresar al puerto para embarcar. Allí la situación era muy tensa, ya que los que todavía faltaban no veían la hora de conseguirlo y vagaban de un lado a otro desesperados. Las operaciones se estaban llevando ahora a cabo bajo la supervisión del general Hope y la incondicional ayuda de los propios coruñeses. Los hombres de la brigada de Beresford, a quienes se había encargado cubrir la retirada, mantuvieron toda la noche las fogatas encendidas, llevando de un lugar a otro las llamas, con el fin de que los franceses pensaran que el grueso del ejército británico aún permanecía en la ciudad. Se trataba de una treta aprendida del general Moore, que siguió siendo eficaz tras su muerte, como si de alguna forma todavía estuviera con nosotros.

A la playa y los muelles fueron acudiendo algunos vecinos para prestarnos su ayuda y desearnos una buena travesía. «¡Qué afortunados sois de tener vuestros barcos y poder escapar de aquí!», exclamaban algunos. «¿Qué será ahora de nosotros cuando vengan los franceses?», se preguntaban otros. Desde la orilla, las mujeres agitaban los pañuelos para despedir a los que estaban a punto de partir, mientras que, en los altos, los hombres de la guarnición de A Coruña maniobraban las baterías contra los franceses para tratar de cubrir la salida de los barcos.

Bien entrada la madrugada, recibimos la visita de Brian, que quiso felicitarnos en su nombre y en el de otros suboficiales por nuestro comportamiento en la batalla. Antes de despedirse, pues él debía embarcar en otra nave, nos dijo que nos veríamos en Portsmouth, que no dejáramos de buscarlo. Como la cosa iba todavía para largo y estábamos muy cansados, Biddy, Niall y yo decidimos dormir un rato. El día anterior había sido extenuante y

muy cargado de emociones para los tres.

A las pocas horas, alguien me despertó para avisarme de que había llegado nuestro turno para subir al barco. Pero, cuando fui a despertar a Biddy, descubrí que no estaba. Niall y yo la buscamos por los alrededores con angustia, hasta que, entre mis ropas, encontré de pronto un papel. Se trataba de una carta:

Querida Cathy,

Como te gusta leer, prefiero decírtelo por escrito. Si te lo hubiera comunicado de viva voz, no me habrías dejado poner en marcha mi resolución. Cuando veas esto, yo ya estaré lejos; no te molestes, por tanto, en buscarme. Perdóname que no te acompañe en el viaje de regreso. Pero, sin mi marido, yo ya no tengo nada que hacer en Irlanda. Sin embargo, creo que todavía podría llevar a cabo algo útil en esta tierra. Así que he decidido que mi lugar esté aquí, cerca de la tumba de mi esposo, al que quiero enterrar como es debido tan pronto me sea posible. Dan era un gran hombre al que le gustaba pasar inadvertido, y así fue como murió, pero yo deseo honrarlo como se merece.

A pesar de todo lo que me ha ocurrido por estas tierras, en Galicia me siento como en casa, y sé que a ti te ocurre lo mismo. De modo que, tan pronto las tropas británicas se vayan de la ciudad, me mezclaré con la población y trataré de ayudarla a liberarse de los franceses. De momento, es todo lo que quiero decirte. Si consigo llevarlo a efecto, acabarás enterándote.

Como te gusta escribir, voy a tomarme la libertad de pedirte que cuentes tu historia y, de paso, la mía y la de las otras seguidoras del campamento, así como la de Niall, Dan, Brian y el general Moore. No permitas que la retirada la narren solo los de siempre: los militares, los historiadores y los políticos. Dales voz por una vez a las que nunca la tienen, a las que ni siquiera existimos, a las que siempre perdemos..., así en la guerra como en la paz.

Estoy segura de que lo vas a hacer muy bien. Cuídate mucho y cuida también de tu marido, que tanto te necesita.

Recibe un abrazo de tu amiga

Terminé la carta hecha un mar de llanto. Tenía que haber imaginado que Bridget no regresaría tan pronto a su tierra, no sin haber intentado antes hacer algo para enaltecer la memoria de su marido, pues ella no era de las que se rinden ni de las que se olvidan o se casan con otro cuando los recuerdos todavía están frescos. En ese instante, yo ignoraba qué era lo que planeaba, ni siquiera ahora tengo claro que ella lo supiera del todo, pero podía imaginármelo de forma vaga.

Una vez en el bote de embarque, ansiosos por llegar al navío, Niall y yo comenzamos a rezar entre dientes para que Dios se apiadara de nosotros y no nos abandonara en semejante trance. Habíamos luchado y sufrido mucho para llegar hasta allí y no podíamos perecer ahora. Ese mar que tanto habíamos anhelado no podía convertirse de repente en nuestra tumba por muy hermosa que fuera.

Mi marido parecía mucho más animado que en los días anteriores, gracias a su comportamiento en la batalla, y eso me confortaba. La primera en subir por la escala a cubierta fue una mujer embarazada de varios meses a la que yo no conocía, pues su marido debía de pertenecer a otro regimiento. Era pequeña de estatura y parecía muy fatigada. Estaba tan deseosa de llegar arriba que a punto estuvo de resbalar y venirse abajo en varias ocasiones, mas otras tantas se aferró a los travesaños de madera con fuerza y, al final, lo consiguió.

Después le correspondió la vez a una de las que habían bajado al fondo del barranco para rescatar algunas monedas del tesoro de nuestro ejército, la esposa de un cabo llamado Bailey. La pobre comenzó a trepar con torpeza, animada por una de sus compañeras, y, cuando se encontraba hacia la mitad del recorrido, se le salió de entre los pliegues del vestido uno de los saquitos con monedas. Ella intentó atraparlo al vuelo con una de sus manos, pero perdió el equilibrio y se quedó con la otra colgando de uno de

los travesaños, balanceándose al compás del aire. Aterrada, trató de agarrarse a la escala con ambas manos. Mas un golpe de viento hizo que cayera al agua, con tan mala fortuna que su cabeza fue a golpear contra el bote. Desde este trataron de rescatarla con un bichero. Por desgracia, su cuerpo desapareció de inmediato, como si se hubiera hundido a plomo arrastrada por el peso de las monedas, lo que provocó gran estupor entre los allí presentes.

Una vez repuestos, continuamos embarcando los demás, pues no había tiempo que perder. Yo le pedí a Niall que fuera él por delante, por si las heridas le daban algún problema y tenía que ayudarlo. Le costó un poco, ya que con el brazo izquierdo apenas se podía agarrar y con la pierna derecha casi no se podía impulsar, pero no fue necesaria mi intervención. Sin embargo, hubo un momento, hacia la mitad de la escala, en que yo me detuve y sentí vértigo. Niall se dio cuenta de lo que pasaba y desde lo alto me gritó:

—No mires abajo y asegura cada paso que des. No tengas prisa, pero tampoco te pares.

Y así lo hice, con los ojos siempre puestos en los travesaños; primero un pie, luego el otro, con calma y seguridad, hasta llegar arriba. En cubierta, pude ver cómo el marido de la mujer ahogada seguía llorando de forma desconsolada sin dejar de asomarse por la borda, como si todavía la buscara o esperara que apareciera en la superficie.

—Se lo dije, bien sabe Dios que se lo dije, que el Señor la iba a castigar por su codicia desmedida, y vaya si lo ha llevado a cabo, pero ella no quiso hacerme nunca caso y no paraba de reírse de mí —se quejó el cabo con amargura—. ¿De qué te van a servir ahora todas esas monedas sepultadas en el fondo del mar? ¿Acaso crees que hay tiendas en el infierno donde puedas gastarlas? ¿Y qué voy a hacer yo en este momento sin ti? —añadió con desesperación.

Mientras tanto, yo me había dejado caer sobre el suelo de la cubierta y Niall hizo lo mismo. Contra todo pronóstico, allí estábamos los dos, dándonos un abrazo. Otros, incluidas varias mujeres y niños, tardarían aún algunas horas en embarcar. Hasta que llegara el momento, debían permanecer sentados en la arena,

aguardando los botes, con ansiedad e incertidumbre. Y puede que, unas cien millas más al sur, en el puerto de Vigo, los soldados de las brigadas ligeras todavía estuvieran esperando a los últimos rezagados para poder partir hacia casa, después de haber padecido frío, hambre y fatiga como nosotros, solo que por otra ruta.

Nuestro navío zarpó con viento favorable rumbo al noreste. Pero enseguida descubrimos que aún no habíamos salido totalmente del peligro. En tierra, la artillería francesa no cesaba de dispararnos desde los altos de la punta sur de la bahía, donde habían conseguido emplazar una batería con seis cañones. Justo delante de nosotros cayó una bala que causó un gran estrago en una de las naves, que no tardaría en hundirse, lo que provocó gran confusión e hizo que otros barcos tuvieran que mandar varios botes para intentar salvar a los supervivientes y repartirlos entre los más próximos, donde ya no cabía ni un alma más. Los siguientes disparos impactaron tan cerca que tuvimos que cambiar de rumbo, y lo mismo hicieron los que venían detrás. Varias embarcaciones aún fondeadas se vieron obligadas a cortar amarras; otras fueron abandonadas por la tripulación y algunas encallaron o chocaron entre sí en su precipitada huida.

Por suerte, los hombres de Beresford impidieron que la cosa fuera a mayores, manteniendo a raya a los franceses hasta que salimos a mar abierto. En ese momento, me imaginé al mariscal Soult frustrado por no haber conseguido detenernos, a pesar de tener tan mal concepto de las tropas británicas, que al final habían logrado poner agua de por medio. Es verdad que él iba a entrar victorioso en A Coruña, pero no era menos cierto que, en buena medida, el general Moore se había salido con la suya y había salvado a una buena parte de su ejército, aunque fuera a costa de muchas vidas y de mucho sufrimiento por parte de quienes estuvimos en la retirada. En cuanto a la guerra en sí, nuestro sacrificio no había servido para mucho, para qué nos íbamos a engañar, al menos a corto plazo; tan solo para distraer durante algún tiempo al ejército francés y permitir que los españoles comenzaran a recuperarse y a rearmarse.

¿Qué le diría Napoleón al mariscal Soult cuando se enterara

de que este no había llegado a impedir nuestro embarque, tras la retirada, ni había ganado de forma clara la batalla final? ¿Lo mandaría acudir a París para dar explicaciones? Y, en tal caso, ¿qué le diría? De sobra sabía el mariscal que el emperador no perdonaba a los perdedores ni a los desafortunados. ¿Sería misericordioso con él?

Al ver que por fin estábamos a salvo, Niall y yo nos miramos y volvimos a abrazarnos sin poder contener nuestras lágrimas, felices por estar vivos y juntos después de todo lo que habíamos pasado. Cuando luego acudimos al primer reparto de comida, descubrí con sorpresa que con nosotros viajaba el reverendo Bradford, que se las había arreglado para salvar la mayor parte de sus estampas, aunque no su querida caja de pinturas, por lo que se le veía triste y desencantado. Le pregunté qué pensaba hacer con sus dibujos ahora que volvíamos a Inglaterra y me contestó, muy avergonzado, que tal vez prenderles fuego, ya que casi ninguno de ellos mostraba el infierno que habíamos vivido en la península.

—Y ahora sería demasiado doloroso tratar de revivirlo, al menos para mí; de modo que lo mejor será pasar página —añadió con resignación.

—Yo, por el contrario, creo que nuestra obligación es recordar lo ocurrido —repliqué.

—¿Y con qué fin? —quiso saber él.

—Para que no se olvide todo lo que ha sucedido durante la retirada y así evitar que se repita —respondí.

—Si algo nos enseña la historia, es que todo se repite una y otra vez; de modo que muy poco se puede hacer para impedirlo —sentenció el hombre de Dios.

—Ese es un comentario muy poco caritativo y piadoso por su parte, ¿no le parece? —dejé caer yo.

—No alcanzo a entender por qué —exclamó el reverendo, sorprendido—. ¿Puedes explicármelo?

—Porque en este pequeño capítulo de la historia hay mucha gente que ha muerto o que ha sufrido para nada, por culpa de aquellos que han tomado decisiones equivocadas, y no me refiero solo al general Moore, sino también al alto mando y al Gobierno,

que dan sus órdenes a muchas millas de distancia, sin tener en cuenta las circunstancias ni la realidad del país, y por razones que a veces cuesta trabajo entender —argumenté yo.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices, pues algunos se podrían molestar con tus palabras —indicó el reverendo, con tono algo desabrido, antes de apartarse de nosotros.

—Y usted con lo que pinta, pues podrían llamarlo farsante —le advertí yo.

A pesar de esa conversación y de las incomodidades propias de un barco como ese, Niall y yo no parábamos de mirarnos y sonreír. Habíamos sobrevivido y eso nos había hecho más fuertes y había consolidado nuestro amor. Sentados sobre unas maromas en la cubierta, empezamos a hacer planes para el futuro inmediato, cuando a él le abonaran la paga. Niall quería ir a comer a un buen restaurante y yo acudir al teatro, como la gente acomodada. Mi marido se pondría el uniforme nuevo que le habían prometido y yo un vestido elegante. Y, cuando llegamos a este punto, comenzamos a reírnos a carcajadas, como dos tontos enamorados.

—¿Y después qué haremos? —pregunté.

—Yo, reponerme del todo y terminar de aprender a leer —apuntó Niall.

—Pues yo voy a escribir un relato —anuncié con entusiasmo.

—¡¿Un relato?! ¿Y de qué va a tratar? —quiso saber él.

—De nosotros, de la guerra, de la retirada, de Biddy, del general Moore... —me limité a decir yo.

—Ya estoy deseando leerlo —aseguró Niall.

—Pues tendrás que esperar un poco —le advertí.

Durante la travesía, las cosas no siempre fueron fáciles. De hecho, hubo momentos en que llegó a soplar un gran vendaval y, en los últimos días, estalló una violenta tormenta que hizo que algunos barcos quedaran varados en la costa, con gran peligro de zozobrar. Pero ni Niall ni yo llegamos a marearnos ni a sentirnos mal. Ambos habíamos sufrido tantos percances durante la campaña que, por muy fuerte que fuera el oleaje, el movimiento del barco

ya no nos afectaba. Para nosotros, era como una cuna mecida por el viento. Así que no tardamos en quedarnos dormidos como dos benditos.

XXII

Nos despertaron unos gritos agudos en el puente de mando del barco. La tripulación había avistado tierra y todos nos agolpamos de inmediato en la cubierta, ansiosos por desembarcar y dejar definitivamente atrás la pesadilla que habíamos sufrido, si es que ello fuera posible. Era el 30 de enero cuando llegamos al puerto de Portsmouth, donde nos recibieron con grandes vítores, banderas y música triunfal. Todo en los muelles era júbilo y alegría. Luego, cuando nos vieron desembarcar, los asistentes se quedaron horrorizados al comprobar cómo volvían a Inglaterra sus familiares y compatriotas, ya que parecían una horda de pordioseros: con el cuerpo desgarrado por heridas y enfermedades, la ropa hecha jirones, los pies envueltos en trapos ensangrentados, el pelo lleno de piojos, las largas barbas comiéndoles el rostro y los ojos velados por el cansancio; de hecho, algunos estaban casi ciegos, a causa de la oftalmia. El estado de las tropas, en fin, era tan lamentable que algunos oficiales portuarios pidieron que el desembarco se hiciera por la noche con el fin de evitar una visión tan desoladora.

¿Y qué podría decir de las mujeres que los acompañaban? Todas con el pelo desgreñado, la cara llena de cicatrices, los labios resecos, las manos agrietadas y los pies destrozados; y la mayor parte enfermas, heridas o mutiladas. Los niños ni siquiera parecían niños de lo debilitados, desnutridos y exhaustos que estaban. En cuanto a los equipos, estaban completamente destruidos y las armas de los pocos que aún las conservaban, inservibles, ya que los fusiles venían cubiertos de óxido y las bayonetas pegadas a las fundas, por lo que no se podían sacar. Así terminaba, en fin, la campaña de los casacas rojas en la península ibérica: con cierto honor, sí, aunque de forma muy desastrosa.

Después de ese primer momento de estupor, comenzaron a

producirse grandes muestras de afecto, como la de un oficial de infantería y su mujer, que lo estaba esperando en la playa con dos niños pequeños de la mano. Estaban tan impacientes por estrecharse que, tan pronto se vieron a lo lejos, ambos echaron a correr, hasta que se encontraron cerca de la orilla y cayeron uno en los brazos del otro y se besaron de forma atropellada y después rieron y lloraron sin saber qué decirse, dejando que sus manos y sus ojos hablaran por ellos.

Luego estaban los familiares que no eran capaces de reconocer a sus hijos, esposos, hermanos o padres detrás de esos espectros que se les acercaban, o los que los buscaban de forma angustiosa entre los que iban desembarcando hasta descubrir de golpe que no habían vuelto, que habían quedado enterrados en alguna tumba anónima o tendidos sobre la nieve bajo una manta raída, con lo que la alegría y la expectación del recibimiento enseguida se tornaba en llanto y desesperación.

A Niall y a mí nos estaba esperando Brian O'Connor, siempre tan atento con nosotros, y más desde lo que había ocurrido en A Coruña. Después de saludarnos, nos dijo que nos había conseguido un alojamiento en casa de unas damas ricas y solteras que se habían ofrecido para albergar a algún veterano.

—Así podréis olvidaros de la vida militar durante unos días —añadió con una sonrisa cómplice.

—Pero yo no soy un veterano —adujo Niall.

—Eso ya lo sé, pero les he dicho que sois una pareja encantadora, además de unos héroes —bromeó Brian.

Después, le aconsejó que se pasara lo antes posible por el cuartel para recibir la paga y un uniforme nuevo, como le habían prometido, así como una pequeña recompensa por haber sido herido dos veces y por su comportamiento en la batalla de A Coruña.

—Lamento que para las mujeres como tú o como Biddy no haya nada previsto en el reglamento —se disculpó Brian, dirigiéndose a mí, un poco avergonzado.

—Deberían recompensarnos a todas, pero ya sabemos cómo es el ejército —comenté yo.

—Por eso he querido ayudaros con el alojamiento. Es lo menos que puedo hacer por vosotros.

Mientras nos dirigíamos a este, pasamos por las calles del centro de Portsmouth, llenas de tiendas y negocios y de gente que iba y que venía de un lado para otro, alegre y despreocupada, como si en el mundo no hubiera guerras. La casa en cuestión se encontraba en el barrio más acomodado. Era un edificio señorial de dos plantas con un bonito porche a la entrada. Nos salió a recibir una sirvienta que nos condujo a un pequeño salón, donde nos esperaban nuestras anfitrionas, que se llamaban Annabelle y Margaret Atkinson. Las dos eran bajitas y muy delgadas, con la tez pálida y el pelo recogido en un moño. Cuando nos vieron se alegraron de que, en lugar de un veterano, fuéramos una pareja tan joven y nos dieron la bienvenida a su hogar, que resultó ser muy acogedor; si hasta había una biblioteca rebosante de libros y cuadros.

Esa noche Niall y yo pudimos dormir, después de mucho tiempo, en una cama como es debido, con colchón y sábanas, sin peligros ni sobresaltos. Pero lo más importante para mí fue que ese día, por fin, pude ponerme ropa limpia y completamente seca que me prestaron nuestras anfitrionas, al parecer de una sobrina suya, lo que me produjo un inesperado placer. Por lo general, no nos damos cuenta de lo trascendentales que son las pequeñas cosas de la vida hasta que las perdemos. Por eso, cuando las recuperamos, nos generan un enorme bienestar, como a mí aquel humilde vestido que no raspaba ni pesaba ni estaba húmedo y, además, olía a recién lavado. Mientras me lo ponía, me acordé mucho de mi querida Biddy. ¿Por dónde andaría? ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Habría logrado llevar a cabo sus planes?

A la mañana siguiente, tan pronto me desperté, lo primero que hice fue mirarme en el espejo que había en el armario ropero con el fin de comprobar hasta qué punto mi rostro había cambiado o si me había convertido en otra después de todo lo vivido. Miré mi cabellera pelirroja, algo descuidada y sucia; mis ojos verdes, ahora

tristes y apagados; mi piel reseca y estropeada por el frío, antes tersa y lozana; mis mejillas llenas de cortes y raspaduras; mis labios amoratados y agrietados... Estaba tan cambiada que casi no me reconocí. «¿De verdad soy yo esa? ¿Soy la misma jovencita que partió de aquí hace solo unos meses?», me preguntaba. A simple vista, estaba claro que no. Y, sin embargo, debía dar gracias al cielo por seguir viva y sin grandes heridas, salvo las del alma, que esas nunca se cierran ni cicatrizan del todo, aunque, por suerte, no se ven.

También contemplé con atención mi barriga, que seguía sin notarse apenas, pues debía de estar de ocho o nueve semanas, o poco más. Pero sí sentía que los pechos estaban más grandes y pesados, o notaba ciertos mareos y náuseas matutinas y algunos trastornos en el estómago. Durante la marcha y la travesía estaba tan angustiada y agobiada que casi no había tenido tiempo de percibir los cambios que se estaban produciendo en mi interior. Mas ahora, de golpe, empezaba a tomar verdadera conciencia de que estaba embarazada, y eso me alegró y me ayudó a distanciarme un poco de los malos recuerdos y de las pésimas noticias.

Cuando Niall regresó del cuartel con su uniforme nuevo, que, una vez más, lo hacía parecer un príncipe, yo me aseé y me puse uno de los vestidos heredados, el que mejor me sentaba, y nos fuimos a dar un paseo y a comprar algunas cosas de primera necesidad. Los dos estábamos tan contentos y excitados que a veces nos olvidábamos de quiénes éramos y de dónde veníamos. Nos parecía mentira que unas semanas antes hubiéramos estado literalmente hundidos en el barro y asediados de continuo por la muerte.

En los días siguientes, Niall y yo nos fuimos enterando, a través del bueno de Brian, de que, tras los correspondientes recuentos, se calculaba que el número de bajas sufridas en la retirada por el conjunto de nuestras fuerzas ascendía a más de siete mil, dejando aparte a las mujeres, cuya cifra jamás se dio a conocer, como si no

hubiéramos estado allí. Solo entre Villafranca del Bierzo y Lugo se estimaba que pudieron sucumbir unos dos mil soldados, así como otros mil entre Lugo y Betanzos, cifras terribles y escandalosas para tratarse de una retirada, pero que, a mi juicio, se quedaban cortas.

Tan pronto se supieron en Londres, se suscitó una gran polémica sobre las decisiones tomadas por sir John Moore, que para unos habían terminado en un relativo éxito, mientras que para otros significaban un estrepitoso fracaso. Él, por suerte, ya estaba muerto y no tuvo que sufrir tantas censuras, diatribas y humillaciones. La mayoría lo consideraba poco menos que un necio, un cobarde o un traidor, y, más que de una retirada, los periódicos hablaban de una vergonzosa huida. Lo que en Londres no sabían era que allá, en A Coruña, muchos lo tenían por un héroe, y el resultado de su expedición se consideraba una especie de «derrota triunfal»; lo primero, por haber fracasado en la misión que, en principio, le habían encomendado; lo segundo, por haber salvado a la mayor parte de su ejército para posteriores campañas, pues la llamada «guerra peninsular» no había hecho más que empezar. Y, desde entonces, me consta que han comenzado a circular por Galicia todo tipo de leyendas sobre él, algo que sin duda le agradaría saber, pues tenía en alta estima a los gallegos.

En realidad, todas esas discrepancias habían surgido ya entre los oficiales a las órdenes de sir John Moore, la mayoría de ellos partidarios de enfrentarse a los franceses en lugar de huir hacia Vigo o A Coruña. Para tales mandos, estaba claro que el deber de un comandante en jefe no era otro que conducir a sus hombres a la batalla, y no escapar de ella. Los incondicionales de Moore, por el contrario, justificaban su fracaso escudándose en el comportamiento más bien pasivo y poco patriótico de los españoles, a quienes había ido a ayudar, así como en la falta de avituallamiento para sus tropas. Esto había hecho que el ejército británico tuviera que presionar a unos campesinos que habían sido ya objeto de varias requisas y de la rapacidad del ejército napoleónico, por lo que sus reservas para pasar el duro invierno eran inexistentes o muy escasas. Y a eso habría que añadir que nuestras tropas estaban en franca retirada, perseguidas a poca

distancia por los franceses, lo que no favorecía precisamente las adhesiones de los pobres lugareños.

El caso es que ahora todo el mundo habla del general Moore, pero yo soy la única persona civil que trató con él durante la campaña, la única que lo vio dudar y tomar decisiones muy difíciles en situaciones verdaderamente complicadas, la única, en fin, que se atrevió a echarle en cara ciertas cosas. Y, a este respecto, puedo asegurar que, cuando sir John recibió la orden de entrar en España, enseguida vio que no contaba con los apoyos necesarios, ya que, en su opinión, los ejércitos españoles estaban derrotados y no había, pues, fuerza alguna a la que unirse, por no hablar del caos político y administrativo que reinaba entonces en la mayor parte de la península. Por otro lado, estaba convencido de que los franceses eran muy superiores en número y estaban menos castigados que nosotros, lo que no era del todo cierto, según se averiguó luego, pero eso él no lo sabía. Sin embargo, obedeció el mandato que se le hizo, ya que pensaba que sus superiores nunca creerían que las cosas en España estaban tan mal; es más: en el caso hipotético de que se hubiera marchado sin haberlo intentado, se le habrían echado encima y lo habrían culpado de la derrota de la causa española.

Al final, no tuvo más remedio que retirarse, con el loable propósito de salvar a las tropas que le habían entregado. Pero, si hubiera sido por él, la retirada habría sido ya desde Salamanca y en dirección a Lisboa, sin daño alguno para sus hombres. Así y todo, consiguió atraer hacia el norte el grueso de las fuerzas de Napoleón, liberando de esta forma la mitad sur de la península, lo que dio un respiro a las caóticas tropas españolas, y salvó a la mayor parte del ejército británico para posteriores expediciones.

Dicho esto, está claro que sir John Moore tuvo aciertos, pero también cometió graves errores durante la campaña y especialmente en la retirada, bien por falta de decisión y de firmeza, bien por incapacidad para llevar a cabo una misión como la que él mismo se había impuesto. Es evidente, en fin, que le faltó confianza en sí mismo, tal vez por miedo a la responsabilidad; y eso lo llevó, según el general Stewart, uno de los oficiales que

estuvieron a sus órdenes, a subestimar las cualidades de sus propias tropas y a exagerar las del adversario. Los que lo conocían bien argumentan, por su parte, que su espíritu era entonces muy diferente al alegre y sereno de sus mejores tiempos, lo que se traducía en la expresión triste de su rostro y en una gran ansiedad y depresión, como si su juicio se hubiera visto nublado por algo o estuviera bajo la influencia de algún oscuro maleficio, un aspecto en el que, por carecer de datos, yo no puedo entrar.

Desde el momento en el que se enteraron de mi proyecto, las hermanas Atkinson apoyaron totalmente mi decisión de escribir un relato personal sobre la retirada de sir John Moore y pusieron a mi alcance todo lo necesario para poder llevarlo a cabo con la debida tranquilidad y comodidad. El caso es que una mañana me hallaba yo en su biblioteca tomando notas en un cuaderno; sobre la mesa había varios libros —unos abiertos, otros con cintas marcando las páginas—, diversos papeles y algunos recortes de periódico. En ese momento, llamaron a la puerta y a continuación entraron mis anfitrionas, que se quedaron con la boca abierta.

—Perdona nuestra sorpresa, pero ignorábamos que supieras leer y escribir —comentó Margaret.

—Aprendí de niña en mi pueblo —expliqué yo.

—¿Estás escribiendo alguna carta? —quiso saber Annabelle.

—Trato de escribir algo así como unas memorias de la campaña en la que hemos estado mi marido y yo —comenté.

—¡Qué interesante! —exclamó ella.

—Espero que no les moleste que haya ocupado su biblioteca; lamento mucho el desorden —me disculpé.

—¿Y por qué nos iba a importar? Era de nuestro padre, que fue almirante de la Marina Real, y nosotras nunca la usamos, ¿verdad, Margaret?

—Desde luego, a nosotras nos gusta más tomar el té con las amigas o jugar al bridge, pero él se pasaba las horas muertas aquí —confirmó Annabelle con una sonrisa.

Luego estuvieron un rato hablando entre ellas en voz baja,

pero de forma animada. Cuando terminaron, la buena de Margaret se dirigió a mí para decirme con naturalidad:

—Annabelle y yo hemos pensado que tu marido y tú tal vez estaríais mejor en una vivienda para vosotros solos, lejos del ajetreo de esta casa y de la ciudad. Se os ve tan enamorados que imaginamos que preferiríais estar a vuestro aire, y así tú podrías escribir sin que nadie te molestara. Si os interesa, tenemos una pequeña casa de pescadores junto al mar, en Southsea, a muy pocas millas de aquí, que heredamos también de nuestro padre. Podéis quedaros en ella todo el tiempo que deseéis. Nosotras nunca vamos por allí, aunque es un sitio muy agradable.

—Eso sería estupendo —exclamé yo.

—Pues instalaos cuando os apetezca, y llévate todos los libros que quieras; a nuestro padre le agradaría que le pudieran ser útiles a alguien —indicó Annabelle.

Y, en efecto, eso hicimos unos días después. A Niall le habían concedido una licencia de seis meses para que se recuperara del todo, y con el dinero que le habían dado tendríamos más que suficiente para vivir en un pueblo como Southsea.

La casa es muy humilde, pero tiene todo lo necesario para ser feliz. Desde entonces, yo me he pasado todas las mañanas leyendo y escribiendo en uno de los cuartos de arriba, mientras Niall salía a pescar o hacía reparaciones o mejoras en la casa. Por la tarde, solemos ir a pasear por el camino de la costa, sin perder nunca de vista el mar. A veces paramos en alguna taberna y tomamos una pinta de cerveza con algunos marineros y militares ya retirados. También nos quedamos un rato contemplando la playa, arrullados por el vaivén de las olas y el canto de las gaviotas.

Durante estos meses, he seguido leyendo los artículos, crónicas, diarios, memorias y cartas que se han ido publicando en la prensa o en forma de libro sobre la deshonrosa retirada de sir John Moore, como muchos la llaman. Me los envía puntualmente desde Portsmouth nuestro amigo Brian. Los periodistas que se han ocupado del asunto con frecuencia incurren, como era de esperar,

en numerosos errores y falsedades, ya que ninguno de ellos estuvo allí y casi siempre tratan de complacer a aquellos que les pagan, como si fueran la voz de su amo. En cuanto a los que sí estuvieron presentes como oficiales, suboficiales o simples soldados, aunque coinciden en la descripción de algunas atrocidades, lo cierto es que cada uno cuenta la historia a su manera, en función de sus vivencias, ideas e intereses. Con esto no estoy diciendo que sus relatos sean falsos, pero resulta evidente que todavía faltan por conocerse algunos hechos y puntos de vista.

En el mío tan solo he pretendido contar mi experiencia y dar mi versión particular de la retirada de sir John Moore, esa que otros han bautizado como la marcha de la muerte. Por supuesto, no he pretendido ofrecer aquí los menudos detalles de las escaramuzas ni de las batallas, pues no estuve presente en ellas, al menos no en primera línea, salvo, eso sí, en la más importante, la de Elviña o A Coruña, y en alguna otra fui testigo directo. Sin embargo, durante la retirada, sufrí las mismas penalidades que cualquier soldado, si no más; pasé por los mismos lugares por donde ellos pasaron, unas veces un poco antes, otras un poco después; y, desde luego, puedo asegurar que observé cosas que la mayor parte de ellos no vieron.

Por otro lado, no ha sido mi intención hablar aquí solo en mi nombre, sino también en el de Bridget Skiddy y las otras mujeres que estuvieron conmigo. Muchas murieron; otras perdieron a sus hijos o a sus maridos, o fueron heridas o enfermaron o sufrieron grandes percances, pero no recibieron ninguna recompensa, ni siquiera el reconocimiento o las gracias, a diferencia de sus esposos, hasta el punto de que, en Portsmouth, tuvieron que hacerse numerosas colectas de ropa y dinero para algunas de ellas y sus niños, pues se encontraban lejos de su casa y sin un solo penique, y la mayoría, encinta.

De todas formas, es muy posible que ningún director de periódico ni ningún editor quiera atreverse a publicar mi relato porque tal vez les parezca demasiado franco, descarnado o inoportuno; o puede que, cuando se dé a conocer, el asunto ya no interese a nadie o ya no queden supervivientes de los hechos aquí

referidos o ni siquiera se conserve la memoria de muchos de ellos. Pero al menos habré cumplido con lo que Biddy me pidió y, de paso, me habré curado y purificado yo, pues pienso que escribir es vivir dos veces: una para sufrir y otra para sanar, una para morir y otra para renacer.

Precisamente, lo he redactado al mismo tiempo que mi marido se iba recuperando de sus heridas, las del cuerpo y las del alma, y que mi hija o mi hijo iba creciendo dentro de mí. También mi relato ha ido germinando en mí como un embarazo; de hecho, he sentido cómo se iba haciendo carne de mi carne y se iba desarrollando en mi interior, alimentándose de mis recuerdos y de mi sangre, y cómo ahora pugna por ver la luz. En un par de semanas, saldré de cuentas, y en unos días nos trasladaremos a Portsmouth para el parto, como me han pedido Margaret y Annabelle, siempre tan atentas, así como para tratar de encontrar algún periódico o editor que quiera ayudarme a alumbrar mi texto. Si es niña, la llamaremos Bridget y, si es niño, Brian. El título del libro me lo sugirió la propia Biddy en su carta: *Así en la guerra como en la paz.* Confío en que, cuando mi criatura nazca, mi obra esté ya lista para entrar en imprenta, y, si no es así, habrá que seguir insistiendo en otro lugar. Aunque la he escrito en inglés, espero que alguna vez se traduzca al español y al gallego para que tengan oportunidad de leerla los descendientes de aquellas gentes que fueron víctimas de nuestro paso por tierras de los antiguos reinos de León y de Galicia, y conozcan también nuestras propias desdichas.

Hace unos meses, el grueso del ejército británico, unos cuarenta mil hombres, regresó a España al mando del general Wellesley, para plantarle cara a los franceses y expulsarlos de una vez por todas de la península. Aunque no sabemos todavía cuál será el resultado de la contienda, hay motivos para pensar que la muerte de sir John Moore y el sacrificio de tantos otros en la célebre retirada pueden no haber sido en vano, como tampoco lo fueron nuestras muchas penalidades, ya que el grueso de esta nueva

expedición está constituido por las tropas que él adiestró y, en su día, libró de morir a manos del enemigo.

La licencia de Niall está a punto de concluir y es muy posible que a él también lo movilicen y lo envíen de nuevo a España. En ese caso, yo intentaré acompañarlo si es que puedo y soy afortunada en el sorteo. Seguro que por allí andarán, si han resultado elegidas, algunas de mis antiguas compañeras de fatigas y sus respectivos maridos. Y tal vez en algún recodo del camino me encuentre con Biddy, a la que, no sé por qué, me imagino con el grupo de guerrilleros gallegos que, junto a las tropas de un tal Pablo Morillo, vencieron hace unas semanas a los franceses en la batalla de Ponte Sampaio. Esta derrota, por cierto, obligó al mariscal Ney a replegarse, perseguido por los guerrilleros, que lo acosaron ferozmente y sin darle tregua, como en su día hicieron los gabachos con nosotros, lo que ha supuesto, a la postre, la retirada definitiva de las tropas del mariscal Soult de Galicia. Y a eso sí que podría llamársele justicia ejemplar.

De sobra sé que la gloria del Reino Unido nada tiene que ver conmigo y que lo más probable es que nos aguarden todo tipo de sufrimientos, cuando lo que yo deseo es vivir tranquila, no pasar frío, pues el frío es la muerte, y ver crecer a mi bebé en casa. Si quiero volver, es porque se lo debemos a los hombres y mujeres que perecieron durante la retirada del general Moore y a todos los españoles que fueron víctimas de los desmanes de nuestro malhadado ejército, así como a los campesinos gallegos que nos ayudaron en aquel difícil trance y, de manera especial, a los ciudadanos coruñeses, que tan generosos fueron con nosotros a pesar de haberles metido al enemigo en casa y haberlos abandonado a su suerte. Aparte de eso, ¿dónde podría estar mejor que con la persona a la que amo?

Agradecimientos y deudas

Quiero expresar públicamente mi agradecimiento a Javier Gómez Vila, que, cuando explorábamos la llamada vía Künig por tierras de Lugo, con el fin de documentarme para mi novela *El manuscrito de barro* (2021), situada en el Camino de Santiago en el siglo XVI, me contó que algunos de los momentos más aciagos de la retirada de sir John Moore habían tenido lugar en esos mismos parajes que estábamos recorriendo; asimismo, me dio a conocer algunos textos de diversos autores sobre el asunto y me facilitó información bibliográfica, que luego yo fui ampliando por otros derroteros, especialmente en lo relativo a esas mujeres que, como esposas de soldados, participaron en la campaña, que es el aspecto en el que he querido centrar mi libro por ser el que considero más dramático y humano y de mayor interés que las propias batallas. También quiero darle las gracias a Teté, por animarme a escribir esta novela y revisarla en su primera versión; a Manuel Menchón, por sus sabios consejos, su estímulo y su amistad; y al historiador Ricardo Robledo, que me aportó algunos detalles en el último momento.

Así en la guerra como en la paz es hija de la imaginación propia y de algunos libros ajenos. Para construir el personaje de Catherine Gallagher, narradora y protagonista del relato, me he inspirado en las mencionadas mujeres y he tenido en cuenta el diario de Catherine Exley, que estuvo en otras campañas de esa misma guerra como esposa de soldado, así como algunos testimonios de participantes en la retirada de sir John Moore. Eso quiere decir que buena parte de lo referido en esta novela sucedió realmente, aunque puede que varíen algunas circunstancias.

He aquí una selección de los textos que me ayudaron en esta travesía, si bien conviene recordar, una vez más, que se trata de una obra de ficción y que, por lo tanto, el autor se ha tomado en

ella algunas libertades:

Robert Blakeney, *A Boy in the Peninsular War. An Autobiography,* ed. de Julian Sturgis, Londres, John Murray, 1899; William Bradford, *Viaje por España y Portugal. La Guerra Peninsular. 1808-1809*, 2 vols., ed. de Ricardo Robledo, Salamanca, Caja Duero, 2008; Thomas Cardoza, *Intrepid Women: Cantinières and Vivandières of the French Army,* Bloomington, Indiana University Press, 2010; John Dobbs, *Recollections of an Old 52nd Man,* Waterford, T. S. Harvey, 1859; Charles J. Esdaile, *Women in the Peninsular War,* Norman, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 2014; Charles J. Esdaile, «Bullets, Baggages and Ballads Revisited: Forgotten Sources for the Experience of British Women in the Revolutionary and Napoleonic Wars Revised and Expanded», *British Journal for Military History* 1 (3), 2015, pp. 80-95; Charles J. Esdaile, «British-Army Camp Followers in the Peninsular War», *The Historian*, 2020, pp. 11-15; Catherine Exley, *Catherine Exley's Diary: the Life and Times of an Army Wife in the Peninsular War,* ed. de R. Probert, Kenilworth, Brandram, 2014; Elena Fernández, *Mujeres en la guerra de la Independencia,* Madrid, Sílex, 2009; Francisco González González, *Retirada de Moore y batalla anglofrancesa de Cacabelos,* Cacabelos, Ayuntamiento de Cacabelos, 2002; Alexander Gordon, *A Cavalry Officer in the Corunna Campaign, 1808-1809,* Londres, John Murray, 1913; Juan A. Granados Loureda, «El *parti pris* de sir John Moore. Apuntes para el estudio de la guerra de Independencia en el noroeste peninsular (1808-1809)», *Nalgures. Revista de la Asociación de Estudios Históricos de Galicia* 2, 2007, pp. 261-329; Juan A. Granados Loureda, *La guerra de sir John Moore* [ebook], Punto de Vista, 2016; Benjamin Harris, *Recuerdos de este fusilero*, introd. y epíl. de Ian Roberson, Barcelona, Reino de Redonda, 2008 (1ª ed.: *The Recollections of Rifleman Harris,* ed. de Henry Curling, Londres, H. Hurst, 1848); [John o Thomas Howell], *Journal of a Soldier of the 71st, or Glasgow Regiment: Highland Light Infantry, from 1806 to 1815,* Edimburgo, William and Charles Tait, 1819; William Hamilton Maxwell (ed.), *Peninsular Sketches by Actors on the Scene*, Uckfield, Naval Military Press, 2002; Henry Milburne, *A Narrative of Circumstances Attending the Retreat of the*

British Army under the Command of the Late Lieut. Gen. Sir John Moore, Londres, T. Egerton, 1809; Alejandro Mohorte Medina, «Las mujeres en la guerra: las *cantinières* y los seguidores de los campamentos»: https://www.museoliber.org/wp-content/uploads/2014/10/La-mujer-en-la-guerra-Las-cantini%C3%A8res-y-los-seguidores-de-campamento.pdf; James Carrick Moore, *Relato de la campaña del Ejército Británico en España al mando de su excelencia sir John Moore,* ed. de A. Urgorri, A Coruña, Diputación Provincial de A Coruña, 1987; James Wilmot Ormsby, *An Account of the Operations of the British Army and of the State and Sentiments of the People of Portugal and Spain: during the Campaigns of the Years 1808 & 1809,* Londres, James Carpenter, 1809; F. C. G. Page, *Following the Drum: Women in Wellington's Wars,* Londres, Andre Deutsch Ltd, 1986; R. K. Porter, *Letters from Portugal and Spain Written during the March of the British Troops under sir John Moore*, Londres, Longman and Co., 1809; Pascual Riesco Chueca, «"Aguijábamos poderosa espuela": testimonios de la retirada inglesa bajo John Moore (1808) entre Benavente y Astorga», *Argutorio* 38, 2017, pp. 44-51; Pascual Riesco Chueca, «"El tiempo crudo, los bagajes abandonados": testimonios de la retirada de John Moore (1809) entre Astorga y el Bierzo», *Argutorio* 39, 2018, pp. 20-28; Pascual Riesco Chueca, «"Entre opuestas montañas de dificultoso y agrio acceso": testimonios de la retirada inglesa bajo John Moore (1809) por el Bierzo», *Argutorio* 41, 2019, pp. 21-31; Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada: la Guerra de la Independencia*, Salamanca, Librería Cervantes, 2003; Manuel Santirso Rodríguez y Alberto Guerrero Martin (coords.), *Mujeres en la guerra y en los ejércitos,* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019; August Ludolf Friedrich Schaumann, *On The Road With Wellington: The Diary of a War Commissary in the Peninsular Campaigns,* Londres, William Heinemann, 1924; Sheila Simonson, *Following the Drum: British Women in the Peninsular War*, University of Portland (MA dissertation), 1981; Charles Stevens, *Reminiscences of My Military Life from 1795 to 1818,* ed. de Nathaniel Steevens, Winchester, Warren & Son, 1878; Christopher Summerville, *La marcha de la muerte. La retirada a La Coruña de sir John Moore*

1808-1809, trad. de Pedro Donoso, Barcelona, Inédita, 2006 (Barcelona, RBA Coleccionables, 2006); William Surtees, *Twenty-five Years in the Rifle Brigade*, Edimburgo, William Blackwood, 1833; Charles Üman, *A History of the Peninsular War,* Londres, Greenhill Books, 1995; Charles William Vane [Stewart], *Story of the Peninsular War,* Londres, Henry Colburn, 1848; VV. AA., *A batalla de Elviña. 16 de xaneiro de 1809.* Catálogo Exposición Kiosko Alfonso, A Coruña, 2002. Colección Puertas Mosquera*,* A Coruña, Fundación Caixanova-Concello da Coruña, 2002; VV. AA., *Salamanca en la Guerra de la Independencia*, Salamanca, Caja de Salamanca y Soria, 1996; Daniel Yépez Piedra, «Víctimas y participantes. Las mujeres españolas en la *Peninsular War* desde la óptica británica», *Revista HMiC: Història Moderna i Contemporánea* 8, 2010, pp. 156-178; Joaquín Zaonero, *Libro de noticias de Salamanca que empieza a rejir en 1796 [hasta 1812]*, ed. crítica de Ricardo Robledo, Salamanca, Librería Cervantes, 1998.

Así en la guerra como en la paz
Luis García Jambrina

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño y la ilustración de la portada, Pencil Ilustradores

© Luis García Jambrina, 2023
© por el mapa, CalderónSTUDIO®

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): fecha

ISBN: 978-84-670-6961-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!